



©CHANTAJE

DIRK MÜLLER

CHANTAJE

DIRK MÜLLER

No me entristece la muerte de mi marido.

Denunciaré su desaparición en comisaría e interpretaré a la perfección el papel de esposa afligida, pero lo cierto es que me siento feliz cuando recuerdo que ya no volveré a verlo más.

Habrà quien piense que soy una mala esposa, una ingrata que no ha sabido valorar todo lo que su marido ha hecho por ella o, incluso, una asesina desalmada. No perderé el tiempo en hacerle cambiar de opinión, pues aquel que piense de ese modo probablemente esté en lo cierto.

No me arrepiento de lo que hice. A decir verdad, creo que incluso me siento orgullosa de ello. No pienso en la vida que arrebaté sino en todas las que salvé, incluida la mía propia.

Kassandra Kapra, 7 de diciembre de 2015

7 de diciembre de 2015

Al inspector de policía Liam Sanders no le gustaba la gente o, al menos, eso intuyó Cassandra el día en que le conoció.

—Así que su marido ha desaparecido —comentó Liam con desgana, como si no hubiera nada más detestable que conversar con aquella mujer a quien ya había juzgado sin ni siquiera concederle la presunción de inocencia.

Había conocido a muchas como ella. Mujeres que empleaban su belleza engatusando al primer iluso que se cruzaba por su camino, despojándole de su dignidad y, por supuesto, de su cuenta bancaria. Él mismo había sido víctima de un desfalco similar en un pasado todavía demasiado reciente.

—Eso he dicho —contestó Cassandra, concentrada en controlar su ritmo cardíaco.

—Como seguro ya sabrá, tienen que haber transcurrido cuarenta y ocho horas antes de poder presentar la denuncia formal por desaparición —le informó el inspector sin ni siquiera mirarle a los ojos—, cosa que no ha sucedido sino he comprendido mal su relato de los hechos.

—Así es, pero verá...

—¡Dile lo de la llamada del despacho de abogados! —exclamó la mujer sentada a su lado.

Saltaba a la vista que la relación entre suegra y nuera no era especialmente cordial. La madre del desaparecido irguió la barbilla con arrogancia, dejando patente quién de las dos llevaría la voz cantante.

Margaret Witterman debía rondar los sesenta y cinco años, calculó el inspector Sanders. Tal vez alguno más. Era difícil de precisar, pues su rostro parecía haber sido sometido a cuantiosas cirugías estéticas.

Liam contempló detenidamente los rasgos de la mujer y no tardó en sacar sus propias conclusiones. Cabello plateado recogido en un elegante rodete estilo bailarina. Pómulos prominentes, esculpidos por el bisturí de algún famoso cirujano plástico. Una mirada fría y severa que parecía sondear con precisión todo cuanto acaecía a su alrededor. No había el menor destello de bondad en aquella mirada desafiante, de parpadeo lento e indiferencia implacable.

—No creo que eso tenga importancia ahora —comentó Cassandra, importunada por la presencia de su suegra y el inmutable rechazo del inspector.

—Por supuesto que la tiene —le corrigió Margaret, esforzándose por parecer una mujer encantadora. Le dirigió una mirada al inspector—. Ayer llamó un hombre preguntando por mi hijo Jayden. Era su abogado. No quiso dejar ningún recado, pero mencionó algo sobre un testamento.

—¿Qué importancia podría tener esa llamada en esta investigación? —preguntó Liam con una expresión de indiferencia.

—Dígame usted, inspector —replicó Margaret, sin ocultar su contrariedad, empleando un

tono de voz de quien está acostumbrado a dar órdenes. Frunció la nariz de un modo huraño y acto seguido sonrió de nuevo, dirigiéndole una mirada de falsa modestia—. No soy aficionada a sacar conclusiones precipitadas, pero me atrevería a decir que esa llamada guardaba algún tipo de relación con la desaparición de mi hijo. —Aspiró una interminable bocanada de aire al tiempo que alzaba de nuevo la barbilla y el pecho—. Hablé con mi hijo por última vez hará unos dos o tres días. Durante aquella conversación Jayden me comentó que, debido a los últimos acontecimientos, estaba considerando modificar el contenido de su testamento —añadió dirigiendo una furtiva mirada a su nuera.

Kassandra disimuló su sorpresa. Ella no sabía nada de aquello, suponiendo que fuera cierto. En caso de que así fuera, aquel no era el tipo de asuntos que Jayden compartiría con su madre.

El inspector observó la reacción de Kassandra. Demasiado comedida para resultar creíble. Podía engañar a cualquiera menos a él, se dijo mientras pronunciaba en silencio su veredicto de culpabilidad.

Liam se levantó con una irritante pasividad, les ofreció una taza de café que ambas rechazaron y se sirvió una a sí mismo.

—¿A qué acontecimientos se refiere? —preguntó al tomar asiento, observando a través de la ventana de su despacho el enorme revuelo que había aquel día en la comisaría.

—Lo desconozco, inspector —respondió Margaret con una sonrisa formal—, pero seguro que mi nuera podrá darnos algún detalle.

Kassandra le dirigió una mirada fustigadora. Forzó enseguida una sonrisa poco natural y trató de recomponerse. Lo último que debía hacer era perder los nervios.

—¿Y bien? —intervino el inspector, recostándose sobre el respaldo de su asiento y cruzando una pierna sobre la otra. Dirigió su pregunta a Kassandra mientras daba un sorbo a su taza de café—. Díganos, ¿por qué querría su marido redactar un nuevo testamento?

—No lo sé —respondió ella tímidamente. Tragó saliva, removiéndose inquieta mientras sentía la acusatoria mirada del inspector—. No sé nada de ningún testamento.

Era evidente que Kassandra mentía, pensó Liam. No hacía falta ser muy observador para apreciar el aroma a engaño que desprendían sus gestos. Estaba tensa y hacía notables esfuerzos por controlar sus emociones. Las palabras que pronunciaba y su lenguaje corporal iban en direcciones opuestas y su relato de los hechos estaba repleto de contradicciones. Pero lo cierto es que nada de ello le importaba al inspector.

Debía reconocer, no obstante, la enorme curiosidad que Kassandra había despertado en él. Una mujer de lo más pernicioso, pensó, de esas capaces de destrozarle a uno la vida en un abrir y cerrar de ojos. Desvió la mirada hacia sus labios. Rojos, carnosos y peligrosamente tentadores. Los movía con una lentitud deliberada, sabiendo, seguramente, el efecto que ello debía provocar en los hombres.

Tenía una pequeña cicatriz con forma de media luna que le atravesaba la ceja izquierda. Lejos de afeitar su aspecto, aquella cicatriz avivaba la singularidad de una belleza aparentemente indómita. Esa mujer le traería problemas, auguró Liam. La pérdida tenía ojos felinos, pensó,

labios provocadores y el rostro angelical de una muñeca de porcelana.

—Mi marido era... Es el director de operaciones de Witterman Investment Bank —señaló Cassandra, escondiendo las manos bajo la mesa.

—Eso ya lo ha dicho antes —le cortó el inspector mientras echaba un segundo vistazo a la fotografía del desaparecido.

Liam quería provocar una reacción en ella. Era una auténtica bomba de relojería y no tardaría mucho en explotar, pronosticó acertadamente el inspector.

—Como seguro ya sabrá, mi hermano Benjamin es el presidente del Witterman Investment Bank —intervino de nuevo la señora Witterman, irguiendo exageradamente la cabeza—. Tendrá que excusarle, señor Sanders. Mi hermano es un hombre muy ocupado y no le ha sido posible acompañarnos para denunciar la desaparición de su sobrino. Tenía programado un viaje de negocios que no ha podido cancelar —añadió con un titubeo apenas perceptible.

Aquello parecía una competición de embusteras, pensó Liam. Curiosamente, no parecían haber consensuado sus mentiras. Después de asentir, volvió la vista hacia Cassandra.

—Continúe —le pidió elevando la voz, pues el alboroto de voces al otro lado del despacho parecía ir en aumento.

—No sé qué más puedo contarle. —Cassandra tomó aire e inconscientemente inclinó el cuerpo hacia su izquierda, separándose de Margaret—. Llevaba unos días bastante nervioso. Creo que se trataba de un asunto relacionado con su trabajo.

La acritud del inspector, reflejada no solo en sus palabras sino también en la rudeza de su mirada, hizo tambalear momentáneamente la templanza de Cassandra.

Tenía que lidiar además con otro inconveniente aun mayor, odiaba a los policías y su mera presencia era suficiente para angustiarse. No había querido acudir a la policía, pero de haberse negado su suegra habría sospechado de ella. Inspiró profundamente y se ocultó de nuevo tras su hábito de ecuanimidad.

Nada de lo que estaba haciendo tenía sentido si perdía el control sobre sí misma. Llegado el momento, tal vez se entregase a la policía. Podía incluso confesar la verdad de lo ocurrido y asumir las consecuencias de sus actos. Pero ese instante todavía no había llegado. Ahora debía concentrarse en lo verdaderamente importante. Sobrevivir y seguir adelante con su plan.

Contempló al inspector mientras se preguntaba por qué diablos la habría tomado con ella. Tenía buena apariencia, pensó, aunque tal vez un poco desaliñada, como si se hubiera vestido con prisas. Cabello oscuro, abundante y un tanto desgreñado. Un hombre de expresión sarcástica y mirada severa, de unos cuarenta y tantos años. Tenía una imperfecta y peculiar nariz, rematada por un fino pero espeso bigote oscuro. No era especialmente apuesto, pero sí poseía cierto atractivo, una belleza atípica enmarcada por sus enigmáticos y rasgados ojos negros.

—Así que le perturbaba algo relacionado con su trabajo... —comentó Sanders al tiempo que se perfilaba el bigote empleando el dedo índice y el pulgar.

—Eso creo —dijo Cassandra, humedeciéndose los labios.

Sanders se incorporó lentamente, sufriendo sobre sus hombros la losa de un mundo que a menudo detestaba. Aquel no estaba siendo un buen día. Tampoco había sido una buena semana, ni siquiera un buen año.

—¿Qué le ha pasado en la mano? —preguntó señalando con la cabeza.

Inconscientemente, Cassandra ocultó su mano derecha bajo la mesa.

—No es nada —respondió con amargura—, una caída sin importancia.

—¿Y en el mentón? —insistió—. Debió ser una caída bastante aparatosa.

—Lo fue —respondió Cassandra acariciándose la barbilla con cierto nerviosismo.

Liam le dedicó una pequeña sonrisa de incredulidad.

Las paredes del despacho retumbaron con el alboroto que parecía haber estallado en la comisaría. Miró a través de las láminas de la persiana que quedaba a su izquierda con curiosidad. Al otro lado parecía estar librándose una auténtica batalla, pensó al ver el agitado desfile de policías que iban de un lado a otro sosteniendo carpetas, hablando por teléfono, leyendo periódicos y, más de uno, preparándose para salir.

—Además de la información facilitada, ¿hay algún otro dato relevante sobre el aspecto de su marido que debamos conocer? —preguntó el inspector con evidente desinterés.

—Sufre una leve cojera apenas perceptible —respondió Cassandra—, aunque a veces, cuando el dolor en su rodilla es bastante intenso, ha de medicarse y, en ocasiones, incluso emplear un bastón para caminar. —Volvió la vista ligeramente hacia su derecha y miró a su suegra con desprecio—. Un accidente de la infancia.

—Comprendo... —comentó el inspector Sanders, atento al duro intercambio de miradas entre ambas mujeres—. ¿Tenía su marido algún motivo para abandonarle? —preguntó sin la menor delicadeza.

Kassandra alzó la vista y entornó sus astutos ojos marrones, enmarcados por largas y negras pestañas. Cerró los párpados durante un par de segundos e inspiró hondamente mientras se balanceaba de un lado a otro, como si aquel simple movimiento pudiera hacer desaparecer el miedo y la ansiedad.

Abrió los ojos y se acarició la cicatriz que atravesaba su ceja izquierda. La tensión hizo que enrojeciera como una antorcha en la oscuridad, alumbrando la angustia de quien oculta un oscuro secreto.

—No creo que lo tuviera —mintió con voz trémula y afligida, clavando la mirada sobre su regazo.

—Tal vez tuviera algún motivo que usted desconozca —insistió Liam, ensañándose.

Esta vez la provocación sí surtió efecto. Cassandra se levantó precipitadamente y, desviándose del plan trazado, le lanzó una mirada desafiante al inspector.

Llevaba años soportando toda clase de maltrato. Ella misma se había dejado capturar por aquella sutil telaraña de humillaciones que tan hábilmente habían entrelazado a su alrededor. Pero

aquello ya formaba parte del pasado. Un pasado que, desde luego, no pensaba revivir.

—No me trate como a una idiota —dijo con un tono de voz autoritario.

—No se comporte como tal, señora Wenneck —contestó Liam, consciente de haber apretado la tecla correcta.

—Kapra. Me llamo Kassandra Kapra —le corrigió ella con la respiración cada vez más agitada, acariciándose de nuevo la enrojecida cicatriz de su ceja—. Es mi apellido de soltera.

Sanders sonrió satisfecho, la estaba llevando al límite y eso, tarde o temprano, tendría su recompensa.

—Veo que usted no es de las que pierden el tiempo...

—Conservé mi apellido al contraer matrimonio, ¿tiene usted algún problema con eso? —preguntó ella elevando la voz. Su suegra también lo había hecho, pensó en añadir, aunque los motivos de una y de otra nada tenían que ver.

Kassandra desvió la mirada hacia el arma del inspector. Tragó saliva e intentó recobrar la compostura. Durante los últimos años había desarrollado una gran habilidad para controlar sus emociones, sus pensamientos, sus deseos y, en definitiva, su comportamiento. No tenía más que echar mano de aquel meritorio autocontrol.

—Discúlpame, Liam —dijo con una sonrisa artificial al tiempo que tomaba asiento de nuevo —, ¿puedo llamarte por tu nombre? —preguntó coquetamente, echando mano de su ya oxidada destreza para seducir a los hombres.

—No puede, llámeme inspector —respondió Liam, disfrutando de la contienda—, y trátame de usted, señora Kapra.

Aquel comentario, que Kassandra interpretó como un intento más de humillación, activó la mecha de la bomba, haciéndola estallar casi al instante.

—¿Se puede saber cuál es su maldito problema, señor Sanders? —exclamó, dando un golpe en la mesa con el puño cerrado tras el que se incorporó de nuevo—. ¿Acaso le ha molestado algo de lo que he dicho?

—No me molesta lo que usted dice, señora Kapra —respondió él, levantándose lentamente y apoyando las palmas de las manos sobre la mesa—, sino lo que calla—. Sus ojos quedaron a la altura de los de Kassandra. El resentimiento que le inspiraba aquella mujer le ascendió por la garganta—. La desaparición de su marido le trae sin cuidado, ¿no es cierto?

Se estaba pasando de la raya y era consciente de ello, pero lo cierto es que el inspector Sanders disfrutaba asediando a los embusteros, especialmente si eran de los que pestañeaban con encanto.

—¿Cómo se atreve? —sollozó Kassandra casi jadeando.

Su suegra, que hasta aquel instante había permanecido en un segundo plano disfrutando de la escena, se incorporó de su asiento y posó su mano sobre el hombro de Kassandra, demostrando, una vez más, quién dictaba las órdenes.

La joven obedeció. Estaba deseando mandar a su suegra a paseo y, sin duda, acabaría por hacerlo en no mucho tiempo, pero antes debía asegurar el éxito de su plan.

Aquella misma mañana, Cassandra había abierto el periódico esperanzada, pero no había encontrado ni una sola noticia que destruyera el buen nombre de su marido. No le bastaba con la muerte de Jayden, la justa venganza exigía acabar con su reputación. Miró de reojo a su suegra y sonrió en silencio al imaginar su amargura en tanto todo saliera a la luz.

—Sé lo que está pensando en estos momentos, inspector Sanders—comentó Margaret Witterman, una de las mujeres más adineradas de la costa este, cuyo carísimo perfume parecía haber colonizado toda la estancia.

—Ilústreme, se lo ruego —le pidió Liam, empleando su habitual tono sarcástico, mientras tomaba asiento de nuevo.

—Como sin duda sabrá, mi hijo Jayden es un hombre adinerado, igual que lo soy yo y lo es nuestra familia. —La mujer habló pausadamente, como si hubiera pronunciado cientos de veces aquel mismo discurso. Dirigió una mirada a la puerta del despacho, tras la que aguardaba pacientemente el guardaespaldas de su prometido, un afamado empresario noruego con quien iba a contraer matrimonio en pocos meses—. En cambio, Cassandra tiene un origen humilde —continuó, lanzándole una mirada de falsa caridad a su nuera.

—Vaya al grano, por favor.

—Está convencido de que Kassie no es más que una caza fortunas. Cree que ella se casó con mi hijo solo por su dinero y lo cierto es que...

—Lo cierto es que eso me da igual, señora —le interrumpió Liam, sintiendo verdadera repugnancia por aquella mujer. Abrió el segundo cajón de su mesa, sacó una libreta y comenzó a tomar notas. Decidió ignorar a la señora Witterman cuando en realidad hubiera querido sacarla a patadas de su despacho. Levantó la vista y miró de nuevo a Cassandra—. ¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Dos años y medio.

—¿Cuál es su profesión? —«Si es que se dedica a algo», quiso añadir la voz del prejuicio.

—Soy escritora —respondió ella con timidez, haciendo todo lo posible por refrenar el temblor de sus piernas.

Kassandra era, además, redactora y locutora de diversos programas culturales en una pequeña emisora local. También trabajaba en una editorial donde corregía textos de autores consagrados. Ocasionalmente, daba clases en un taller de escritura que organizaba una vieja conocida. Todo con tal de conservar su independencia económica. Pero, por supuesto, eso no le importaba lo más mínimo al inspector.

Ella jamás había encajado en el mundo de su marido, un mundo donde la ambición y la frivolidad campaban a sus anchas. Trató de mantenerse alejada de la perversidad de una sociedad caracterizada por la superficialidad y la ostentación, pero a menudo se veía atrapada por una corriente de falsas apariencias que jamás eligió. Había acompañado a su marido a demasiadas fiestas de la alta sociedad neoyorquina, recordó con amargura. Ceremonias regidas por el lujo y el

derroche, eventos vacíos de espíritu y repletos de vanidad.

—Así que escritora —comentó Liam sin levantar la vista del papel mientras se atusaba el bigote—. Y dígame, ¿tienen éxito sus libros?

—No mucho —admitió ella con la garganta seca.

¿Qué demonios estaba haciendo?, se preguntó mientras cerraba los ojos y recordaba por qué estaba ahí. No tenía tiempo que perder. Había acudido a comisaría a denunciar la desaparición de su marido, tal y como le había exigido su suegra, pero aquello se estaba alargando más de la cuenta.

—Lo suponía —comentó Liam con una sutil sonrisa sarcástica—. ¿Tienen ustedes hijos?

—Tiene problemas de infertilidad —intervino Margaret señalando a su nuera con la cabeza.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Cassandra, al borde del colapso nervioso. Cobijó sus ojos bajo la palma de su mano mientras encontraba el modo de serenarse.

—Tal vez ese no sea el diagnóstico correcto —reconoció la señora Witterman, proyectando veneno a través de sus palabras—. Hace unos meses sufrió un aborto durante la doceava semana de gestación.

Kassandra se volvió hacia su suegra con lágrimas en los ojos. ¿Qué diablos estaba sucediendo en aquel despacho? El plan parecía sencillo, solo tenía que denunciar la desaparición de su marido, regresar a casa y preparar su huida. Pero todo se estaba complicando por culpa de su suegra. Aquella maldita bruja estaba a punto de arruinarle aún más la vida.

—¿Acaso creías que Jayden no me iba a contar algo así? —le preguntó Margaret, incapaz de sentir la menor empatía.

Se produjo un silencio embarazoso, solo perturbado por el alboroto que se había formado al otro lado de la puerta.

El día anterior habían tenido una acalorada discusión a cuenta de la fortuna de Jayden, recordó Kassandra. «No verás ni un solo centavo», le había dicho Margaret con cierto regocijo, dando por sentada la existencia de un contrato prenupcial que protegiera la riqueza de su hijo.

Lo cierto es que sí existía un acuerdo prematrimonial, en virtud del cual Kassandra recibiría toda la fortuna de su marido en caso de que él falleciera. Una decisión que, por extraña que pudiera parecer, Jayden había tomado con el único propósito de que su madre no viera ni un solo centavo de su dinero.

Margaret había sabido de la existencia de dicho acuerdo aquella misma mañana. Curiosamente, no parecía importarle. «Recuerda, querida —le advirtió a Kassandra con un profundo desprecio —, tengo ojos en todas partes».

No era la primera vez que Margaret le hablaba de aquel modo. Sin embargo, esta vez Kassandra había notado algo diferente en el tono de sus amenazas. Antes de que la discusión pasara a mayores, Benjamin, el tío de Jayden, se presentó también en el apartamento. Al parecer, estaba preocupado por la desaparición de su sobrino, de quien supuestamente no había sabido nada durante el último día. Partía de viaje aquella misma tarde, un asunto de última hora, se

excusó.

Ambos parecían comportarse de un modo muy dispar. Margaret irradiaba tranquilidad y, sorprendentemente, buen humor. Claro eso era habitual en ella. Por mucho que algo le perturbara, sabía muy bien cómo disimularlo. Lo cierto es que sí hubo algo anormal en su comportamiento. Durante el tiempo en que estuvo en el apartamento lo recorrió de punta a punta buscando, según explicó, una documentación que Jayden debía entregarle.

Benjamin, en cambio, parecía esforzarse en reprimir un inminente ataque de pánico. Forzaba una sonrisa poco natural y en su rostro desencajado podía apreciarse cierta fatiga y conmoción.

Poco después Cassandra recibió la visita Saúl Ramírez, el único amigo de su marido. Jayden y Saúl se habían conocido años atrás, cuando no eran más que unos niños, durante su estancia en el internado Caterpillar. Todas las familias elitistas del estado querían que sus hijos entraran en aquel colegio, pero solo unas pocas lo lograban. Familias adineradas, familias con poder y prestigio.

El caso de Saúl era distinto. Sus orígenes eran más bien humildes. Su padre había hecho todo cuanto estaba en sus manos por lograr que su hijo entrara en aquella escuela, no tanto por la educación que ahí recibiría su hijo, sino por la notoriedad que ello conllevaría. Saúl heredó de su padre el afán por renegar de un origen modesto como el de su familia. Pero, a diferencia de su progenitor, él trabajó muy duro para alcanzar el éxito, ejemplificando a la perfección el consagrado sueño americano.

Había enriquecido rápidamente gracias a la industria farmacéutica. Sin embargo, Saúl no había logrado lo que más ansiaba, la aceptación de la élite social que tanto admiraba. Pero eso estaba a punto de cambiar. Su reciente matrimonio con la hija del magnate Víctor Adams y el inminente éxito de su empresa farmacéutica acabarían por catapultarle directo hacia la cima del poder y el dinero. Era una simple cuestión de tiempo. O, al menos, eso se repetía él continuamente.

—Querida, el inspector no tiene todo el tiempo del mundo —comentó Margaret, disfrutando de la provocación—. Y yo tampoco. Tengo asuntos legales que atender —añadió con una sonrisa maliciosa.

Kassandra rechinó los dientes y dirigió la mirada hacia la pared que quedaba a su izquierda.

Calma. Eso era todo cuanto necesitaba. Calma y una gran dosis de indiferencia para evitar que la ruindad de su suegra alterase su estado de ánimo.

—Por supuesto —dijo Cassandra, dejando entrever una sutil inestabilidad—. ¿Alguna otra pregunta, inspector?

—Llámele usted intuición, corazonada o simplemente experiencia —comentó Liam mientras se acariciaba el mentón con la mano derecha—, estoy convencido de que usted tiene algo que ver con la desaparición de su marido, señora Kapra.

Y razón no le faltaba, pensó Cassandra.

—¿Ha terminado ya? —preguntó ella cada vez más nerviosa.

Liam sonrió al ver a su presa acorralada.

—Por el momento —respondió con una mirada fustigadora—. Le agradecería que no abandonase la ciudad sin avisarnos.

3 de noviembre de 2008

Su vida no siempre había sido fácil. Hubo un tiempo, no muy lejano, en que incluso deseó su propia muerte.

Jayden se dejó caer sobre el sofá maldiciendo su terrible dolor de rodilla. Sufría los efectos de una resaca severa, pero aun así se sirvió otra copa de coñac. El alcohol era una medicina eficaz contra el sufrimiento del alma. Aquel frío día de otoño, la nostalgia por una vida que jamás había existido le embistió sin avisar.

Debería haber salido de casa, pensó malhumorado mientras deambulaba por su apartamento. Una vuelta a la manzana le habría ayudado a ahuyentar los malos recuerdos, pero ya era tarde para eso. Era tarde para todo, exclamó en voz alta, dejando escapar un pequeño grito ahogado.

Cogió un pisapapeles de bronce fundido que había sobre la mesa del recibidor y lo lanzó contra la chimenea con todas sus fuerzas. Se dejó caer lentamente en el suelo, apoyando su espalda sobre la pared. Cerró los párpados y trató de controlar sus pensamientos, pero el dolor del pasado le arremetió con fuerza, invitándole a emprender un camino de no retorno.

Apenas guardaba un solo recuerdo agradable de su infancia. Todo cuanto almacenaba en el desordenado cajón de su memoria se reducía a un único instante de desdicha. Un instante que se había alargado durante toda su niñez.

Internado en un prestigioso colegio elitista y conservador, Jayden había recibido una educación alejada de las emociones. Y es que albergar sentimientos, fueran del tipo que fueran, no estaba bien visto en la reputada Escuela Caterpillar, situada en el condado de Jefferson, a casi mil millas de distancia del que debiera haber sido su hogar. Ahí, en el colegio más prestigioso del estado de Alabama, fue donde Jayden vivió su particular infierno.

Fue su madre quien lo escogió. Ella era quien tomaba las decisiones en casa. George Wenneck, el padre de Jayden, era un hombre condescendiente al que todo parecía traerle sin cuidado. Había tenido un único golpe de suerte en la vida: conquistar a la hija de Paul Witterman, el afamado magnate de las finanzas.

George era hijo de un granjero y de una maestra de escuela en un pequeño pueblo del norte de Pensilvania. Sus padres trabajaron muy duro para darle una buena educación, una formación con la que pudiera labrarse un futuro lejos de la pobreza en la que ellos habían crecido. Pero no era un futuro mejor que el que sus padres lo que George ansiaba. Él no quería tener un buen trabajo con el que ganarse la vida honradamente. Él quería algo más.

George quería amasar una gran fortuna, pero era consciente de sus limitaciones. Siempre fue un mal estudiante, no porque fuera perezoso, como era el caso de sus hermanos, sino porque la naturaleza, o tal vez la genética, no le había dotado de la suficiente inteligencia.

Tampoco creía en el trabajo duro. Ese era el camino que habían escogido sus padres y ¿de qué

les había servido? George sabía que nunca llegaría a millonario por el camino del sacrificio y de la honradez, de manera que en tanto alcanzó la mayoría de edad abandonó a su familia en busca de un futuro donde solo hubiera cabida para la riqueza, la fama y el poder.

En cierto modo, logró su objetivo. No era muy especialmente astuto, ni tampoco trabajador, pero sí era un gran embaucador. George era capaz de venderle la Biblia al mismísimo Satanás. Y así fue precisamente como conquistó a Margaret Witterman, con la que contrajo matrimonio después de cuatro citas, tres ramos de rosas blancas y un par de hermosos poemas de Ralph Waldo Emerson.

Jayden culpaba a sus padres por igual. Ninguno había hecho nada para impedir el infierno en el que había transcurrido su niñez.

El día en que se lo explicó a su madre por primera vez, ella no le creyó. Podría haberlo hecho, pero Margaret decidió achacar aquel exceso de imaginación, como ella lo definió, a una disciplina insuficiente. Malos tratos en la Escuela Caterpillar, pero ¿qué sandez era esa?

Cuando Jayden se lo contó a su padre, confió en que su progenitor pondría fin a su pesadilla, pero lo cierto es que George ni siquiera lo intentó. Unas semanas más tarde, Jayden aprovechó la visita mensual de su madre para suplicarle de nuevo que le sacaran de aquel internado. Contaba entonces con diez años recién cumplidos.

—Me aplicaré más en mis estudios, tienes mi palabra, pero, por favor, no me obligues a pasar un solo día más en Caterpillar —sollozó desesperado.

—Hablaré con el padre Jordan —respondió Margaret con una incomprensible indiferencia.

—¡No, por favor! —gritó Jayden a pleno pulmón—. Con él no.

—Haz el favor de bajar la voz —le ordenó Margaret, malhumorada—. Y, por lo que más quieras, deja de comportarte como un mocoso malcriado. El padre Jordan es un buen hombre, él sabrá cómo solucionar este problema.

—¡El padre Jordan es el problema! —estalló Jayden, a punto de romper a llorar—. Es un hombre malvado, él es quien...

—Te prohíbo que hables así de él, ¿me oyes? Él es... —Margaret se mordió el labio inferior, impidiéndose así revelar la verdad sobre el padre Jordan. Inspiró y expiró varias veces hasta que logró calmarse—. Tal vez hayas malinterpretado sus intenciones, ¿no crees?

—¿Acaso estás ciega? —exclamó Jayden, roto de dolor, con una madurez impropia para un niño de su edad—. ¿O es que no lo quieres ver? El hombre a quien defiendes es un tipo repugnante.

Margaret le asestó a su hijo una sonora bofetada cargada de odio y rencor.

—El padre Jordan es una persona excelente. No te habría internado en este colegio de no haber sido así —comentó con un parpadeo teatral, irguiendo la barbilla como si nada malo hubiera sucedido. Compuso una amplia sonrisa que evidenciaba su nerviosismo mientras trataba de recuperar la calma—. Y ahora, basta ya de tonterías. No quiero volver a hablar de este tema nunca

más, ¿comprendes? Vete a tu habitación y aprende a comportarte como es debido.

De nada sirvieron las súplicas de su hijo. Aquella misma tarde, Margaret Witterman mantuvo una larga conversación con el Padre Superior. Para desgracia de Jayden, las cosas empeoraron considerablemente a partir de entonces.

Unos días más tarde, el muchacho encontró el modo de escapar del internado. Por desgracia para él, aquel plan no tuvo éxito y su tentativa de huida le salió muy cara.

Todavía debían pasar unos cuantos años antes de que Jayden pudiera alejarse de aquella condena aparentemente perpetua. Durante todo aquel tiempo, fue forjando un espíritu solitario de alma atormentada que ya nunca le abandonaría. Poco a poco, Jayden desarrolló una personalidad antisocial, caracterizada por una frialdad enfermiza, algo que, con el paso de los años, se transformó en una asombrosa habilidad para manipular la voluntad ajena.

Trabó amistad con Saúl, un muchacho cuya mirada parecía haberse convertido en cenizas, devorada por el fuego del mismísimo Lucifer. Jayden le observó durante días con verdadera curiosidad. No tardó en reconocer un sufrimiento idéntico al suyo salvo por una pequeña diferencia, en el rostro de Saúl se apreciaba una mezcla de culpa y vergüenza que difícilmente pasaba desapercibida.

Nunca hablaron de ello, tampoco les hizo falta, pero las cadenas de sus respectivas penitencias, visibles solo para ellos dos, les unieron durante su estancia en el infierno de Caterpillar.

La familia de Saúl no era tan pudiente como la de Jayden. Más bien al contrario. Saúl ansiaba ser como sus compañeros. Deseaba su riqueza, su distinción, esa despreocupación tan característica de la clase alta. El resto de los niños, a excepción de algún que otro desgraciado como él, pertenecían todos a familias acaudaladas. Sus padres eran abogados de reconocido prestigio, políticos de primera línea o incluso reputados financieros.

Él no tenía esa suerte. El destino había querido que él naciera en una familia de granjeros. Su padre, un alcohólico con tendencias violentas, apenas ganaba para mantener a su familia. Trabajaba de carpintero haciendo algún que otro arreglo menor a los vecinos del pequeño pueblo donde vivían. Lo poco que ganaba se lo gastaba en apuestas y en objetos de valor que exhibir ante sus amigos.

Peter, que así se llamaba el hombre, no discriminaba entre las muchas posibilidades que tenía de malgastar sus pocos ingresos, aunque su predilección siempre estuvo en las carreras de caballos. La suerte jamás le sonrió. Aun así, él siempre se preocupaba por mostrar ante los demás una falsa opulencia. Solía pasearse con su viejo Cadillac del cincuenta y seis como si aquel destartado vehículo representara todo lo que anhelaba ser.

La madre de Saúl era una ama de casa sin mayores aspiraciones que las de ver crecer a su único hijo, con quien a menudo pagaba la frustración de una vida carente de entusiasmo. Llegó el día en que aquella mujer de ojos tristes llenó su vacío con una enfermedad que ningún médico se atrevió a diagnosticar. Un trastorno que le llevó a escuchar voces inexistentes que solo parecían habitar en su cabeza.

Un día como otro cualquiera, la fortuna se cruzó en el camino de Peter. Una herencia

inesperada de un familiar a quien apenas conocía, le dejó una pequeña suma de dinero, suficiente como para que creyera haber recibido la llamada de la suerte. Derrochó la mitad del dinero en sus habituales apuestas y destinó la otra mitad a la educación de su hijo. A Peter no le importaba lo más mínimo la formación que recibiera Saúl, pero sí ansiaba codearse con la clase más selecta del condado y ¿qué mejor para ello que el internar a su hijo en el colegio más prestigioso del estado?

Jayden y Saúl trabaron amistad con un tercer muchacho, Steven, un niño de ojos grandes y melosos, antaño brillantes, en los que se percibía el mismo dolor que ambos sufrían desde hacía meses.

Los padres de Steven trabajaban como reporteros en un prestigioso periódico. Ambos se habían labrado una gran carrera como periodistas, cubriendo, por lo general, aspectos de gran calado. Jeremy y Sophie viajaban a menudo por todo el país, pasando largas estancias fuera de su hogar. Ese fue precisamente el motivo por el que decidieron enviar a Steven al internado Caterpillar. Su hija, una niña de apenas siete años de edad, era demasiado joven para internarla en un colegio, de modo que la dejaron al cuidado de una institutriz.

Steven tenía un aspecto adorable. Sus enormes ojos y aquella dulce expresión en su rostro le valieron el apodo de Cutiepie. Había sido un muchacho risueño, algo travieso y soñador. Pero todo eso quedó atrás el día en que ingresó en Caterpillar, un lugar donde sus sueños se desvanecieron como una neblina pasajera.

Habían transcurrido más de veinte años desde aquello, pero el pasado persistía en forma de recuerdos y de una cojera que arrastraba desde la infancia. A sus treinta y dos años, Jayden era un hombre solitario, introvertido y extremadamente perspicaz. Él no temía la soledad, disfrutaba de ella. La aceptaba como lo que era, una elección personal.

Gozaba de una intuición financiera que rozaba la genialidad, una habilidad que le permitía ganarse la vida desde el despacho de su apartamento.

A diferencia de su padre, Jayden era un hombre muy inteligente. Desarrolló una gran capacidad reflexiva sobre sus propias emociones, lo que en cierto modo le permitió enterrar, al menos temporalmente, los residuos de un dolor aparentemente incurable.

El recogimiento por el que voluntariamente había optado incluía también a su familia, una decisión que, por supuesto, su madre desaprobaba. Jayden era consciente de lo mucho que ella sufría por aquel distanciamiento, pero lo cierto es que sus sentimientos le traían sin cuidado.

A Jayden le importunaba el que su madre tratara de acortar la distancia entre ambos, especialmente desde que su padre falleciera en un trágico accidente de coche dos años atrás.

En un primer momento, Margaret recurrió a la manipulación emocional para lograr su objetivo, pero no conocía suficientemente bien a su hijo como para que sus continuos chantajes surtieran efecto, por lo que se decantó por una estrategia distinta.

La maniobra definitiva que empleó Margaret para ganarse la atención de Jayden fue

introducirle en el negocio familiar. Para ello tuvo que convencer a su hermano Benjamin, quien, tras superar sus reparos iniciales, accedió a contratar a su sobrino como director de operaciones del Witterman Investment Bank.

8 de diciembre de 2015

—Lamento tener que decirte esto, pero me temo que no estás siendo del todo objetivo. —Al sub inspector O'Connor no le gustaba andarse por las ramas y menos con un compañero a quien respetaba y apreciaba por igual.

—Vamos, Mason, sabes tan bien como yo que esa mujer no está siendo sincera —se defendió Liam, cruzándose de brazos y reclinándose sobre el respaldo de su asiento—. Su exposición de los hechos no se sostiene por ningún lado. La defiendes porque te has dejado encandilar por su rostro angelical, pero no es más que una embustera.

Mason ahogó un bostezo mientras recordaba el revuelo que aquella mujer había provocado en la comisaría. En tanto abandonó el despacho de Liam, la frágil e inusual belleza de Cassandra la convirtió en el centro de todas las miradas. Miradas de deseo, admiración y curiosidad, la mayor parte de ellas.

—La defiendes porque no creo que esa mujer tenga algo que ver con la desaparición de su marido —replicó el subinspector sin obtener respuesta. Observó a su compañero detenidamente—. ¿Tiene esto algo que ver con Corinne?

—Venga ya, ¿en serio? ¿De verdad me vas a salir con esas ahora?

—Tal vez sea imaginación mía, pero creo que Cassandra guarda cierto parecido físico con tu ex mujer.

Liam cerró los ojos mientras se masajeaba el puente de la nariz. Resopló y levantó la vista hacia el techo en un gesto de hastío.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —preguntó al tiempo que señalaba la puerta de su despacho.

El subinspector O'Connor pensó su respuesta durante un instante.

—El capitán me ha pedido que te eche una mano con el caso —dijo finalmente, acomodándose las gafas sobre su nariz.

Liam se levantó bruscamente y casi por instinto. Miró a su compañero mientras refrenaba el deseo por golpear el primer objeto a su alcance.

—Tiene que ser una broma —comentó con la furia brotando a través de sus palabras—. ¿Acaso cree que no puedo ocuparme del caso sin una niñera que me vigile?

—Por el amor de Dios, Sanders, sé comprensivo —le exigió Mason, sabiendo que pedía demasiado—. Los de Asuntos Internos están al acecho. Sabes tan bien como yo que quieren tu cabeza y harán lo imposible por conseguirla.

—No tienen nada a lo que aferrarse —alegó Liam, observando a través de la ventana la agitación que parecía reinar aquel día en la comisaría.

—Allanamiento de morada, amigo. Irrupiste en el apartamento del amante de tu ex mujer sin

una orden judicial —comentó Mason, abriendo los ojos y las palmas de las manos de manera sincronizada—, y no contento con eso le propinaste una paliza a ese hombre.

—Sabes muy bien porqué lo hice. Si me hubiera esperado a recibir una maldita orden, ese cretino habría acabado con Corinne. Vamos, Mason, fue ella quien me llamó pidiéndome auxilio.

—Sé que estaba en peligro, pero deberías andarte con ojo —le advirtió, más como amigo que como compañero—. De lo contrario, esa mujer acabará por destrozarte la vida de nuevo.

—Dime algo que yo no sepa. —Liam se sirvió una taza de café y le dirigió una mirada de indiferencia a Mason, que en aquel instante contenía un nuevo bostezo—. ¿Algo más?

—Llamaste cretino al jefe de Asuntos Internos —respondió O'Connor, esta vez con una sonrisa irónica—. Solo Dios sabe por qué...

—¿Qué tiene que ver Dios con todo esto? —refunfuñó Liam, ya un poco más sosegado—. Lo que le dije a Henderson es lo que todos en esta comisaría piensan de él. Una cosa es comportarse como un estúpido de vez en cuando y otra muy distinta es acostumbrarse a ello. Ese bastardo chupatintas ha hecho de la estupidez un estilo de vida.

Mason no pudo evitar sonreír al escuchar aquellas palabras. Sanders tenía razón, el jefe de Asuntos Internos no era más que un imbécil con aires de grandeza al que Liam había logrado poner en su sitio. Pero lo había hecho delante de toda la comisaría, lo que lo hacía más humillante todavía, de modo que irían a por él sin la menor contemplación.

Liam era, sin lugar a dudas, el mejor agente de policía que jamás había conocido, pensó Mason. Sin embargo, todas sus virtudes se veían ensombrecidas por un único defecto. El inspector Sanders hacía siempre lo que le venía en gana y eso, en un mundo de subordinación y obediencia como el suyo, solía acarrearle problemas.

—¿Por qué no hablas con el capitán? —preguntó Mason con un tono amable—. Tal vez él pueda echarte una mano con los de Asuntos Internos.

—Jamás pido un favor a nadie a menos que esté dispuesto a devolvérselo en un futuro no muy lejano —respondió Liam, huraño.

Llevaba siendo policía el tiempo suficiente como para saber que no podía fiarse de nadie. El jefe de Asuntos Internos no era el único que se la tenía jurada. Había demasiadas personas deseando su fracaso, entre ellos el capitán Nicholson.

—Es tu vida, amigo —dijo Mason levantando las palmas con resignación—, tú verás lo que haces con ella —añadió mientras su boca se abría en un bostezo colosal.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Liam, alzando una ceja—. Tienes una pinta horrible.

Mason volvió a bostezar mientras sus párpados parecían sucumbir a la ley de la gravedad. En su rostro pálido y marchito destacaban unas ojeras azuladas que acentuaban su aspecto demacrado y cadavérico.

—La hermana de Lúa se ha peleado con su marido —contestó medio adormilado.

—¿Y eso que tiene que ver con la mala pinta que tienes?

—Está viviendo con nosotros mientras solucionan sus problemas.

—Sigo sin entenderlo.

Mason se levantó con lentitud y sirvió un par de cafés.

—Tiene un bebé —explicó, dejándose caer sobre el asiento—. Un bebé de cinco meses. Le están saliendo los dichosos dientes —protestó, ajustándose las gafas sobre el puente de la nariz—. Ya no hay quien duerma en casa —añadió con un gesto de derrota. Carraspeó antes de continuar hablando—. Volviendo al tema que nos ocupa, ¿qué tal si te relajas un poco con el asunto? Dale una tregua a la mujer, al menos hasta que tengamos algo que la incrimine —comentó haciendo una mueca graciosa al pronunciar sus últimas palabras.

Liam no sonrió. No le gustaban los embusteros y estaba claro que Kassandra ocultaba algo.

—En ello estoy —dijo con habitual seriedad—, tratando de encontrar una prueba que demuestre su involucración en la desaparición de su marido.

O'Connor negó con la cabeza, ¿cómo diablos podía ser tan testarudo? En tanto Liam mordía una presa, no había modo de que la soltara.

—Maldita sea, Sanders, ¿qué demonios te pasa? ¿Dónde ha quedado tu imparcialidad?

—Sepultada bajo mi olfato policial —respondió Liam con excesiva brusquedad. No tenía ganas de discutir y mucho menos con Mason, de modo que aflojó el tono—. Estoy seguro de que esa mujer miente.

La conversación había llegado a un punto muerto cuando un joven compañero les interrumpió.

—Subinspector, le traigo el informe que me solicitó —le dijo el agente a Mason al entrar en el despacho.

—Pasa, muchacho, no te quedes ahí parado. —O'Connor le hizo un gesto con la mano para que le entregara la documentación.

El joven le alcanzó una carpeta y, tras una servil inclinación de cabeza, abandonó el despacho.

—Cada vez son más jóvenes los muchachos que ingresan en la academia —comentó Mason con una medio sonrisa mientras abría la carpeta y echaba un vistazo a su contenido—. Por Dios bendito, este no era más que un imberbe.

—¿Qué es eso? —preguntó Liam, obviando el comentario de su compañero.

—Esto, querido amigo, es la prueba que demuestra que yo estaba en lo cierto —respondió, golpeándose el pecho con la palma de la mano—, y que tú estabas equivocado.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Relájate, Sanders, solo es un informe —respondió Mason mientras buscaba un paquete de tabaco en el bolsillo del pantalón—. Le pedí a Miller que investigara a la mujer. Algo extraoficial, ya sabes —explicó mientras se ajustaba las gafas sobre la nariz.

Liam le lanzó una mirada de escepticismo. Kassandra Kapra había mentido en su declaración y ningún informe le convencería de lo contrario.

Sirvió dos tazas más de café y observó atentamente cómo Mason escudriñaba aquel informe de apenas dos hojas y media.

El subinspector O'Connor bebió un sorbo de café sin levantar la vista y asintió con la cabeza.

—No te mintió —dijo tras contener un bostezo—. Es una escritora de escaso éxito. También trabaja como locutora en una pequeña emisora local. —Mason siguió leyendo mientras se paseaba un cigarrillo entre los dedos—. E imparte clases de escritura en una academia cerca de su casa.

—Eso no demuestra que no mintiera.

—Contrajo matrimonio con Jayden Wenneck hace poco más de dos años y medio —prosiguió Mason—, tal y como mencionó en su declaración.

—Venga ya, O'Connor, ¿por qué diablos iba a mentir sobre eso? Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. No fue sincera acerca de la desaparición de su marido. Me apuesto lo que quieras a que ella tuvo algo que ver.

—Lo dudo. —Mason continuó ojeando el informe, deslizando un dedo por la varilla derecha de sus gafas—. No tiene ningún familiar vivo a excepción de su tío, que vive en Coconut Grove, a casi mil trescientas millas de distancia.

Liam se incorporó y se acercó a la ventana desde donde contempló el tráfico infernal de Nueva York. Cerró los ojos y trató de concentrarse en el caso, pero el ruido de la ciudad se lo impidió. Escuchó el sonido lejano de una sirena de policía, el claxon de los coches, el alboroto de los conductores, entremezclado con el de los transeúntes, y, de manera mucho más intensa, el ajeteo de la comisaría de policía en la que había trabajado durante los últimos dieciocho años.

De pronto, el silencio de Mason le pareció de lo más extraño.

—Y bien, ¿qué más dice ese informe? —preguntó al darse la vuelta.

Su compañero permaneció en silencio durante unos segundos. Tenía el ceño fruncido y negaba con la cabeza.

—Tal vez tengas razón —admitió, levantando la vista del informe—. Hay algo importante que la señora Kapra olvidó mencionar.

—Vamos, Mason, déjate de rodeos —protestó Liam.

—Se va de viaje —anunció sin levantar la vista—. Al parecer compró un billete de tren para Lake Placid.

Kassandra se miró en el espejo y observó su palidez casi enfermiza. Quería creer que había actuado correctamente y, en cierto modo, así había sido, pero lo cierto es que la muerte de Jayden no respondía a un acto de honradez y rectitud, sino de venganza. Una venganza a la que aún le quedaba un último capítulo por escribir.

Sin saber muy bien por qué, Kassandra pensó en el inspector Sanders. Aquel tipo sabía que ella no había sido sincera y no tardaría en descubrir su secreto. Debía andarse con cuidado, pues no era de los que se daban por vencidos.

Lucas revoloteaba de un lugar a otro de la habitación. El animalillo percibía la ansiedad de Cassandra, sufriendola en su interior como si él mismo fuera consciente del peligro que corrían.

Era una suerte que fuera un perro tan pequeño, apenas pesaba once libras, pues ello le permitía llevárselo consigo casi a cualquier lugar.

Cogió el periódico y se dispuso a examinarlo con calma. Los escándalos políticos y financieros copaban prácticamente todas las páginas del diario. Cassandra no encontró ni una sola referencia a su marido. Maldijo su suerte en silencio, arrepintiéndose de haberse deshecho de los documentos que encontró en la caja fuerte de su marido. En su momento le pareció la mejor opción, pero ahora temía haberse equivocado.

Dejó aquel pensamiento de lado y se concentró en lo verdaderamente urgente. En aquel instante tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

A pesar de sus esfuerzos, la duda arremetió de nuevo. Sentada sobre la butaca que había junto a la cama, miró el reloj de la pared y respiró tranquila. Todavía no era hora de partir. Cogió a Lucas en brazos, lo sentó sobre su regazo y comenzó a conversar con él.

—Hice lo que tenía que hacer. No tuve elección—. El perro miró a su dueña con los ojos bien abiertos, inclinando la cabeza de un lado a otro como si tratara de comprenderla—. Crees que he cometido un error, ¿no es cierto? —Lucas gimoteó a modo de respuesta—. Tal vez lledes razón —respondió ella con una inquietante frialdad—, pero cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo.

Kassandra no sentía la menor tristeza por la pérdida de su marido. Era algo que deseaba desde hacía demasiado tiempo. La espera le había resultado más dura de lo que esperaba, pero había merecido la pena. No obstante, la muerte no era condena suficiente para Jayden, no después de lo que había hecho.

Diciembre de 2008 – diciembre de 2009

Jayden tardó varios días en hacerse a la idea. Aquello no era algo fácil de asimilar y mucho menos para alguien como él.

En sus más de cincuenta años de historia, el Witterman Investment Bank, conocido por las siglas WIB, nunca había ocupado los primeros puestos en la banca nacional. Sus activos y su valor en mercado jamás lo habían situado a la cabeza de ningún ranking. El WIB era un negocio de pequeñas dimensiones, que basaba su éxito en la calidad de sus servicios y en la cercanía con el cliente. Pese a su reducido volumen, no solo gozaba del respeto y de la confianza del sector, sino que contaba además con una extraordinaria y envidiable salud financiera.

El banco había sobrevivido a varias crisis financieras, sin que ninguna de ellas lograra siquiera hacerle tambalear. A mediados de 2008, coincidiendo con el cataclismo de los mercados financieros, el Witterman Investment Bank no perdió la confianza de sus clientes. Todo lo contrario. Sus directivos presenciaron el terremoto que desató el pánico bancario sin que les salpicara la espiral negativa que puso en jaque a la economía mundial.

La inmensa mayoría de sus competidores descendieron al mismísimo infierno debido, principalmente, a la elección de un modelo de negocio excesivamente agresivo. La imprudencia de unos pocos había provocado el colapso de muchos, le comentó Benjamin Witterman a su sobrino en voz baja mientras el camarero les tomaba nota. Ambos escogieron un menú ligero, que acompañaron, a petición de Benjamin, con el vino más caro de la carta.

A diferencia de los otros bancos de inversión, el Witterman Investment Bank había apostado por un modelo de negocio mucho menos arriesgado, motivo por el cual no había sufrido el éxodo masivo de sus clientes tras la crisis hipotecaria que se había desatado recientemente. El WIB había hecho bien los deberes, logrando capear la tormenta con dignidad y astucia, alejándose de la codicia, de la ambición y del exceso de confianza que minaron la credibilidad del sistema financiero.

—Una historia realmente fascinante —comentó Jayden después de casi una hora escuchando a su tío. Sesenta interminables minutos de un soporífero monólogo acerca de los logros de su gestión al frente del WIB. Les sirvieron los cafés mientras Jayden se preguntaba cómo demonios había logrado permanecer despierto—. Hiciste las cosas como es debido, te felicito por ello —añadió con una mueca irónica.

Benjamin le observó como si acabara de escuchar una broma de mal gusto. Le hizo un gesto al camarero para que le sirviera un whisky doble y, durante unos segundos, permaneció pensativo. Aquello no saldría bien a menos que le explicara la verdad a su sobrino.

—Patrañas —comentó, saltando al ruedo.

—¿Cómo dices? —preguntó Jayden, sorprendido.

—Lo que acabas de escuchar no son más que patrañas. —Benjamin exhaló un suspiro de frustración al tiempo que se enderezaba el nudo de la corbata—. Estamos tan expuestos como la

mayoría de nuestros competidores o, incluso, más que ellos. Somos el arquetipo de banco agresivo, hemos asumido los mismos riesgos que todos y en estos momentos nuestro balance real debería acumular pérdidas incalculables.

—¿Debería?

Benjamin se revolvió en su asiento y carraspeó.

—¿Sabes? —dijo con la mirada perdida en ninguna parte—, hubo un tiempo en que el dinero entraba a raudales. Nos creíamos los amos del mundo. Pero, como suele ocurrir, todo cambió en un abrir y cerrar de ojos. —Suspiró, abriendo los ojos, y clavó la mirada en su vaso de whisky—. Cuando la tormenta estalló hace apenas unos meses, nos pilló en medio del océano y sin posibilidad de resguardo. —Benjamin alzó la vista y miró fijamente a su sobrino—. ¿Comprendes lo que trato de decirte, muchacho?

—Lo cierto es que no —respondió Jayden sin ser del todo sincero, alzando una ceja mientras esbozaba una sonrisa mordaz. No le tenía especial aprecio a su tío y saber que su gran imperio estaba a punto de naufragar, le provocaba una deliciosa sensación de satisfacción personal. Se acomodó en su asiento y cruzó una pierna sobre la otra con extremada lentitud—. Si no he comprendido mal lo que acabas de explicarme, deduzco que el WIB debería haber quebrado hace tiempo. Dime, tío Benjamin, ¿qué habéis hecho para evitar el colapso?

—Hemos hecho lo que teníamos que hacer —respondió Benjamin, esquivo y molesto. Aquello no había sido una buena idea, pensó, desconfiando de su sobrino.

—¿Por qué no lo sueltas de una vez? —preguntó Jayden ensanchando una sonrisa que aparentemente trataba de evitar—. Será nuestro secreto. Tienes mi palabra. —Benjamin permaneció callado, valorando una posible retirada. Por primera vez, Jayden se replanteó su estrategia. Quería un puesto directivo en el banco. Lo quería y lo tendría. — Escucha, sé que no hemos empezado con buen pie, pero debes confiar en mí si quieres que trabaje contigo. Llevo casi una década invirtiendo por mi cuenta en cientos de empresas. Créeme, tío Benjamin, no hay nada que no haya visto antes. —Jayden carraspeó y dio un nuevo rodeo—. Habéis alterado los balances, ¿es eso? No hay nada de lo que avergonzarse, todas las empresas maquillan sus cuentas y manipulan sus resultados. Sin embargo, incluso alguien como yo sabe que eso no detiene la hemorragia por mucho tiempo.

—Nada hacía presagiar que algo así pudiera ocurrir —comentó Benjamin, como si pensara en voz alta—. Nadie lo vio venir...

—Algunos sí lo hicimos —le interrumpió Jayden alzando la barbilla con un gesto muy habitual en su madre—. No quiero parecer descortés, tío Benjamin, pero tú, al igual que el resto solo visteis lo que queríais ver.

—Escucha, muchacho, no he venido hasta aquí para que me sermonees, ¿comprendes?

—No era esa mi intención —comentó Jayden—. ¿Por qué no me explicas de una vez por qué no os habéis hundido junto al resto de los bancos de inversión?

Benjamin abrió los labios para cerrarlos inmediatamente después. No confiaba en su sobrino, pero era un joven muy astuto. Tal vez incluso podría hacerle ganar dinero.

—Este negocio me ha permitido codearme con gente verdaderamente importante —dijo finalmente—. Personas que presiden negocios de dudosa catadura moral, ¿comprendes? Se obtiene una incalculable cantidad de información si uno está dispuesto a mantener los oídos bien abiertos y la boca bien cerrada. En este negocio no existe la honradez. Todos, sin excepción alguna, guardamos un cadáver en el armario.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Jayden torciendo el gesto.

Benjamin no tenía más opción que abordar la cuestión sin tapujos. Se sinceró con su sobrino, explicándole con todo lujo de detalles de dónde emanaba la lluvia de dinero que había impedido su caída. Habló sin descanso durante más de una hora y, cuando acabó, observó a su sobrino con una fingida indiferencia, como si su reacción le trajera sin cuidado.

Jayden, por su parte, no mostró la menor emoción. Permaneció callado, con la mirada clavada en la copa de vino, mientras trataba de asimilar la insensatez de lo que acababa de escuchar. El emblemático Witterman Investment Bank había evitado la quiebra gracias a los cuantiosos ingresos de una actividad que nada tenía que ver con el banco.

Pensó en ello mientras caminaba en dirección a su apartamento. Tanto si decidía subirse al barco como si no, su tío le había hecho prometer que no diría nada a nadie. Por supuesto que no lo haría, se dijo en silencio, el secreto de su tío Benjamin no era precisamente algo de lo que presumir.

Los días pasaron y Jayden continuó reflexionando sobre ello. Pese a sus reticencias, debía reconocer que aquel asunto había despertado su curiosidad. Curiosidad y, por supuesto, un deseo por enriquecerse rápidamente y sin apenas esfuerzo. Pero, a decir verdad, era algo más profundo que la simple codicia lo que había despertado en su interior.

Al cabo de una semana Jayden valoró seriamente el trabajar para su tío. Le conocía muy bien como para saber que aquello no había sido idea suya. No hacía falta ser muy listo para saber quién estaba detrás de aquella propuesta. Su madre. Casi podía imaginársela persuadiendo a su hermano para que le ofreciera un puesto en el banco. Si ella supiera a lo que realmente se dedicaba Benjamin, pensó mientras sonreía.

Aquella misma tarde Jayden tomó una decisión. No lo hizo por el dinero, ni tampoco por el poder y el prestigio que acarreaba el puesto que le había ofrecido su tío Benjamin. Subirse a aquel tren le despejaría el terreno para perpetrar su anhelada venganza.

Jayden había aprendido a convivir con su pasado y a seguir adelante. Sin embargo, el día en que conoció la verdad sobre las actividades ilegales que sostenían el futuro del Witterman Investment Bank, algo siniestro se removió en su interior.

A mediados de diciembre, Jayden concertó una entrevista con su tío.

—Y bien, muchacho, ¿has tomado ya una decisión?

Benjamin sabía que no había sido buena idea ofrecerle un empleo a su sobrino. No podía creer

que se hubiera dejado convencer por Margaret. Aquella bruja y su maldito chantaje emocional siempre lograban doblegarle. Pero el mayor error lo había cometido él solo y sin ayuda de nadie. Había sido su decisión revelarle a Jayden la verdad sobre el banco y su economía de extorsión.

Margaret se sentía sola desde que su marido había fallecido y ansiaba tener a Jayden a su lado. Sus ruegos y súplicas cayeron todas en saco roto, pues el muchacho no quería saber nada de ella. Le estaba bien empleado, solía pensar Benjamin.

Ella nunca se había ocupado de su hijo. Para su hermana, Jayden no era más que una molesta pieza de colección que exhibir en determinados actos sociales. Pero en tanto vio que el chico no sabía desenvolverse en sociedad, lo encarceló en un internado. Jamás se había interesado por él hasta el instante en que, años después, sufrió la despiadada embestida de la soledad.

—La verdad es que... —titubeó Jayden haciéndose de rogar.

Benjamin observó al joven con curiosidad e impaciencia. Sin duda era alguien con severos trastornos mentales, pensó al contemplar sus gélidas facciones. Debía haber sufrido mucho, intuyó al reparar en el desaliento que se reflejaba en su mirada. Pero eso a él le traía sin cuidado, a Benjamin le preocupaba una sola cosa en la vida: su banco y su adulterada reputación.

—Vamos, chico, no tengo todo el día —le urgió acompañando sus palabras de un gesto acuciante. Ahora que Jayden sabía la verdad, no podía permitirse el lujo de que no formara parte de ella—. ¿Qué decides?

—Me apunto —respondió el joven tras un exasperante y provocado titubeo.

—Me alegra oírte decir eso.

Benjamin suspiró aliviado.

Unos días más tarde formalizaron su acuerdo. Jayden se incorporó al Witterman Investment Bank como director de operaciones con un sueldo de ciento cincuenta mil dólares anuales. Un sueldo que, por supuesto, se vería incrementado por los beneficios del verdadero trabajo para el que Benjamin le había contratado.

El banco había consolidado su próspero negocio en la gestión de grandes patrimonios y en el asesoramiento en operaciones empresariales, especializándose en el sector farmacéutico. Sin embargo, durante los últimos años el número de clientes se había reducido en un sesenta por ciento. La situación no solo no mejoró con el tiempo, sino que se agravó durante el último año, cuando la sucesión de errores cometidos por el propio banco acabó por firmar su sentencia de muerte.

Viéndose con el agua al cuello, Benjamin y sus socios estuvieron a punto de declararse en quiebra en más de una ocasión. Corría el mes de enero cuando finalmente asumieron la derrota. El banco había perdido casi a la mitad de sus clientes más importantes durante el último año y la crisis de liquidez era ya una realidad.

Sentado en un opulento sillón de cuero, Benjamin agitó los hielos de su copa de whisky antes de comunicarles la noticia a sus socios, a quienes había citado en el salón principal del Arnold

Business Club. Llevaba casi medio siglo siendo socio de aquel exclusivo club de negocios, recordó con la mirada clavada en la pared que quedaba frente a él, obviando la presencia de aquellos tres hombres que aguardaban su veredicto. Con cierta nostalgia, Benjamin pensó en todas las cosas a las que debería renunciar tras su inminente descalabro.

Recostó la cabeza sobre el respaldo del sillón y se dispuso a soltar el discurso que había preparado durante toda la mañana. Abrió la boca y movió los labios, pero no emitió ningún sonido.

La conversación de la mesa de al lado llamó su atención y, por un instante, olvidó por completo la presencia de sus socios. Eran los hermanos Schneider quienes hablaban a dos metros escasos de distancia mientras tomaban el café tras una copiosa comida. Benjamin les observó de reojo, tratando de disimular el interés que su conversación había despertado en él.

Los hermanos Schneider eran los propietarios de una pequeña empresa de construcción de viviendas de alto standing. La constructora, que contaba entonces con casi cuatro décadas de historia, había sido fundada por su padre, Dirk Schneider, dos años después de haber emigrado a los Estados Unidos sin más equipaje que la ambición.

Benjamin conocía muy bien a los hermanos Schneider. Había coincidido con ellos en varios eventos de la alta sociedad neoyorquina e, incluso, había llegado a compartir mantel, conversaciones y confidencias con Aldous Schneider, el mayor de los dos hermanos.

Era precisamente Aldous quien hablaba en aquel instante. Sin la menor precaución daba buena cuenta de las recientes infracciones cometidas por su empresa con el propósito de evadir impuestos, un repertorio de trucos, artimañas y argucias contables con los que burlaban a la Hacienda Pública.

Aldous no solo acababa de confesar haber cometido un fraude fiscal, sino que además había revelado detalles suficientes como para que tanto él como su empresa fueran condenados por un delito grave. Sin embargo, nada de eso le sorprendió a Benjamin. Al fin y al cabo, nadie en su sano juicio optaría por no evadir impuestos. Tampoco se sorprendió del hecho de que Aldous hablara de ello sin el menor pudor. Las grandes fortunas eran sencillamente intocables, tanto que ni siquiera tenían la necesidad de guardar las apariencias.

Benjamin se acarició el mentón mientras sonreía tímidamente. Las paredes de aquel club privado, reservado a la élite empresarial de la ciudad de Nueva York, habían sido testigos silenciosos del amplio catálogo de fraudes contables y financieros que acometían algunas de las entidades más reputadas. No solo eso, las confidencias que los socios del Arnold Business Club se intercambiaban durante sus encuentros iban mucho más allá de la simple evasión fiscal. Los exclusivos salones del club albergaban entre sus orgullosas paredes a decenas de hábiles ladrones de guante blanco, que no dudaban en alardear de sus continuas burlas a la ley y a la justicia.

Sobornos, extorsión, tráfico de influencias, blanqueo de capitales... La lista era interminable. Benjamin se limpió el sudor de la frente con un pañuelo de seda que sacó del bolsillo de su pantalón. Echó una ojeada a su alrededor, ensanchando su tímida sonrisa mientras hacía un cálculo rápido.

Casi podía olfatear los beneficios de su brillante plan. Si las cosas salían bien, no solo

lograría evitar la quiebra del banco sino que además amasaría una gran fortuna. Aquel hatajo de esnobs engreídos pagaría lo que hiciera falta por preservar su inmerecida vida de opulencia y derroche. Una vida de lujos, corrupción e impunidad. Una vida de avaricia, codicia e inmoralidad que él podría destruir en un abrir y cerrar de ojos.

En un momento de inestabilidad económica como aquel, la reputación y la confianza lo eran todo, pensó Benjamin sonriendo con el entusiasmo de un niño. Aquellos tipos tenían toneladas de dinero. Un dinero que no dudarían en pagar si alguien les amenazara con difamarles públicamente, divulgando todo suerte de secretos inconfesables. Pagarían, por supuesto que lo harían.

Benjamin cruzó una pierna sobre la otra, reclinando el cuerpo sobre el respaldo de la butaca, y bebió un trago de whisky. Aquello significaba cometer un delito muy grave y asumir un riesgo para el que muy probablemente no estuviera preparado. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? El Witterman Investment Bank estaba a punto de quebrar tras más de cincuenta años de historia. No sería él quien diera el cerrojazo si había una posibilidad de salvarse, por pequeña que fuera.

Cinco minutos y un par de cálculos aproximados le bastaron a Jayden para convencer a sus socios.

Jayden no tardó mucho en familiarizarse con el singular *modus operandi* del WIB. Valiéndose precisamente de su actividad habitual, el venerable banco de inversión blanqueaba el dinero obtenido de las actividades ilícitas gracias a la ayuda de un exclusivo y reducido grupo de abogados, expertos en pericias judiciales, contables y bancarias.

El equipo de juristas, entre los que se encontraba un distinguido veterano experto en el blanqueo de capitales, había sido el encargado de diseñar un sistema de operaciones laberínticas que, sirviéndose de testaferros y sociedades instrumentales, imposibilitaba el rastreo de la operativa ilícita con la que Benjamin y sus socios habían logrado grandes sumas de dinero en apenas medio año.

El banco continuaba con sus operaciones habituales, pero el viento soplaba claramente su contra. No solo habían perdido a buena parte de sus mejores clientes, también habían despedido a prácticamente todos sus empleados, de manera que los que aún continuaban en el banco eran los encargados de gestionar la escasa actividad financiera.

Todos los trabajadores del banco, sin excepción alguna, firmaron un nuevo y voluminoso contrato de confidencialidad, incluso aquellos que no tenían ni la más remota idea de lo que Benjamin y sus socios se traían entre manos.

En las oficinas se respiraba un ambiente enrarecido. Apenas unos meses atrás, el Witterman Investment Bank había estado a las puertas de la bancarrota y ahora, en cambio, sacaba pecho ante sus buenos resultados. Sin embargo, por muy extraña que pudiera parecer aquel repentino resurgir, nadie osó cuestionarlo, y mucho menos después de la opulenta prima que se repartió entre los empleados.

Ello no evitó que durante los siguientes meses, al Witterman Investment Bank le abrieran un par de investigaciones por unas irregularidades contables que habían sido denunciadas, al parecer, por un antiguo empleado. No obstante, la inestimable y rápida intervención por parte de los

abogados y de los asesores fiscales del banco, logró que el WIB fuera exonerado de cualquier responsabilidad relacionada con el hecho denunciado: el registro de unas operaciones supuestamente ficticias.

Jayden recibió su primer encargo clandestino una semana después de haber formalizado su contrato. Estudió detenidamente el expediente sin el menor recelo. Con un entusiasmo nada frecuente en él, se encomendó a la referida misión bajo el seudónimo de *El Ojo de Horus*, manteniendo en secreto su verdadera identidad.

Los remordimientos y las dudas que conllevaban realizar un trabajo como aquel, desaparecieron en tanto cobró su primer cheque. Doscientos mil dólares por apenas dos semanas de trabajo. A ese le siguieron otros tantos. Trabajos, por lo general, sencillos, carentes de riesgo y grotescamente fructuosos.

A petición de su tío Benjamin, Jayden dedicaba un pequeño porcentaje de su tiempo a gestionar el patrimonio de un par de clientes del banco: inversiones en bienes raíces, acciones bursátiles y algún que otro fondo de inversión. Pan comido para alguien como él.

Al cabo de unos meses, Jayden decidió crear su propio fondo de inversión con aportaciones de esos mismos clientes. Lo hizo por simple aburrimiento y a espaldas de Benjamin, quien no dudó en mostrar su enfado en tanto se enteró de la noticia. Tras una larga discusión, Jayden logró persuadir a su tío. Mantendría el fondo a condición de no dedicarle mucho tiempo a su gestión y no cometer ningún error que acabara en la portada de algún periódico financiero.

El fondo no tardó en obtener unos altos rendimientos, lo que inevitablemente llamó la atención de nuevos inversores. Los brillantes resultados atrajeron en masa a cientos de clientes que, en cuestión de pocos meses, se agolparon a las puertas del banco, ansiosos por subirse al nuevo tren del dinero del que todo el mundo hablaba. A Benjamin no le gustó el revuelo que se armó. Si había algo primordial en su nuevo negocio era la discreción, pero debía reconocer que aquel maldito fondo y su elevada rentabilidad no hacían sino reforzar su tapadera.

Jayden no tardó mucho en mudarse de vivienda. Cuatro meses después de haber comenzado a trabajar en el WIB, trasladó su hogar a un apartamento situado en pleno corazón de Manhattan.

La abundancia de dinero le convirtió en un ser menos solitario. La gente a su alrededor ya no le resultaba tan desagradable, pues todo el que se acercaba a él le trataba como si fuera el mismísimo dios de las finanzas, tal y como le bautizó su tío al cabo de un tiempo. Llegó incluso a retomar el contacto con su madre, por quien, sin embargo, sentía el mismo desprecio de siempre. La riqueza, el poder y la fama hacían todo mucho más soportable, incluida la presencia de Margaret.

Pero su nueva vida de opulencia y derroche no logró cegarle del todo. A principios de septiembre del año siguiente, Jayden retomó su insaciable deseo de vengar su pasado. Y es que, por mucho que tratara de evitarlo, el tormento de su niñez le afligía infatigablemente, acomodándose en su memoria como el único y vivo recuerdo que guardaba de su infancia.

Tenía las herramientas, el conocimiento y la madurez necesarias para trazar el plan que precisaba. Jayden estaba convencido de que lograría acallar los fantasmas de su pasado en tanto

acabara con la impunidad de aquel miserable que tan despreciablemente le había condenado a muerte. El padre Jordan.

Durante los meses siguientes trabajó muy duro en la elaboración de su arriesgado y ambicioso proyecto. Destinó muchas horas a investigar a su presa, de quien acabó por conocer hasta el más mínimo detalle.

Sin embargo, el destino quiso frustrar sus planes poniendo en su camino a la única persona verdaderamente decente que conocería en toda su vida. El 31 de diciembre de 2009 Jayden conoció a Kassandra Kapra.

8 de diciembre de 2015

El timbre sonó en el mismo instante en que se disponía a cerrar la maleta. Instintivamente, Cassandra se dio la vuelta y miró fijamente a Lucas mientras se llevaba el dedo índice a los labios. El animalillo se sentó sobre sus patas traseras y permaneció en silencio.

El miedo se había convertido ya en un compañero inseparable. Cassandra alejó como pudo los pensamientos aterradores de su cabeza y se acercó a la puerta caminando de puntillas. Observó a través de la mirilla y respiró aliviada al ver a Thomas, el conserje del edificio. Abrió la puerta lentamente, al tiempo que trataba de recuperar el ritmo normal de su respiración.

—Siento molestarte, Kassie —dijo el conserje, ensanchando una sonrisa ensayada cientos de veces frente al espejo. Ladeó la cabeza y estiró el cuello, mirando hacia el interior del apartamento—. ¿No está Jayden contigo? Hace un par de días que no le veo. Ya sabes que a mí no se me escapa nada —bromeó con una risa nerviosa.

—No está —respondió Cassandra. El tono de su voz no iba acompañado de la menor muestra de amabilidad—. ¿Querías algo, Thomas? Tengo bastante prisa.

—Ya veo, te vas de viaje —dijo, señalando el equipaje tirado sobre el suelo del salón.

Kassandra hizo todo lo posible por contener la furia que le exigía cerrarle la puerta en las narices. Había contenido sus emociones durante meses, pero los acontecimientos vividos en las últimas cuarenta y ocho horas habían rebasado los umbrales de su tolerancia.

—Eso no es asunto tuyo —dijo tras un instante de vacilación al tiempo que daba por finalizada la conversación—. Ahora, si me disculpas...

—En realidad venía a entregarte este sobre en mano —comentó Thomas, visiblemente ofendido, mientras con el pie impedía que ella cerrase la puerta—. No cabe por la ranura del buzón.

Kassandra cogió el sobre directamente de las manos del conserje, le propinó una patada en el pie y cerró la puerta sin despedirse. No tenía por costumbre dejar de lado sus modales, tampoco el mostrarse agresiva con la gente, pero la situación no le permitía andarse con muchas contemplaciones.

Se dejó caer sobre el sofá y con una palmada invitó a Lucas a sentarse a su lado. Miró el reloj de su muñeca y resopló un bufido de contrariedad.

—Deberíamos irnos en diez minutos —le dijo a su perro.

El animal soltó un par de ladridos tras subir al sofá.

—Ya sé que el tren no sale hasta mañana, pero debemos irnos ya. Pasaremos la noche en un hotel.—A Cassandra le reconfortaba hablar con su perro. Lucas sabía escuchar prestando toda su atención, sin interrupciones ni reproches—. El inspector Sanders no tardará en llegar —auguró al recordar al tipo que le había seguido hasta la estación de trenes—. Debo andarme con mucho ojo o ese hombre arruinará mis planes.

Se lo imaginó de nuevo. Tan seguro de sí mismo y con esa maldita arrogancia propia de quien se cree superior a los demás. Liam Sanders le había sentenciado antes si quiera de haberle escuchado hablar.

Durante un instante de duda y debilidad, Cassandra contempló la posibilidad de sincerarse con él. Sabía que estaba sola en aquel juego macabro del que difícilmente podía salir con vida. ¿Y si le contaba la verdad? ¿Y si le confesaba su crimen?

No tardó mucho en descartar aquella opción. Liam Sanders era un agente de policía y ella, más que nadie en este mundo, sabía que no debía fiarse de alguien como él.

Lo cierto es que Cassandra tenía razones de sobra para desconfiar de la policía. Razones que se remontaban a una infancia destruida por la desgracia.

Se dirigió hacia la cocina, donde cogió un cuchillo que hizo las veces de abrecartas, y regresó al salón. Abrió el sobre acolchado que le había entregado Thomas y sacó una pequeña caja de su interior, un estuche de madera con motivos religiosos grabados en los laterales. Entreabrió la tapa con sumo cuidado, como si intuyera su contenido.

La fotografía que había en su interior le cortó momentáneamente la respiración. El estuche cayó al suelo mientras Cassandra tomaba asiento sobre el brazo del sofá.

Observó la fotografía recordando el día en que Jayden la tomó. Había pasado más de un año desde entonces. Se había enfadado con él por haberle fotografiado desnuda, pero su enojo se esfumó en tanto su marido le prometió que se desharía de la fotografía. Era evidente que no había cumplido su promesa.

Se agachó y cogió el estuche, sabiendo que había algo más en su interior. No erró en su vaticinio. Extrajo un papel doblado y leyó en voz alta.

Escogiste mal a tu adversario. El juego continúa, pero ahora seré yo quien dicte las reglas.

—Creo que ha llegado la hora de hacerle una visita a la dulce Cassandra —comentó el inspector Sanders sin ocultar la mezcla de ironía y de *ya te lo dije* impregnada en su voz.

—¿Ahora? —protestó Mason—. Son más de las doce. Almorcemos algo primero, me muero de hambre. Lua ha decidido hacerse vegana, influencia de su hermana, y en casa no se come otra cosa que no sea tofu. —Sacudió la cabeza y resopló—. Empanadillas rellenas de tofu, tofu a la milanesa, salchichas de tofu, tofu marinado. ¡Me sale el tofu por las orejas!

Liam dejó escapar una pequeña sonrisa.

—No quiero que se nos escape.

—Venga, amigo, ya has leído el informe. Su tren no sale hasta mañana. —Mason creía estar a punto de convencerle—. Podemos ir a verla esta tarde y de paso interrogamos a los vecinos del edificio. He enviado a Rodríguez a hablar con los compañeros de trabajo de Jayden y con ese amigo suyo... ¿Cómo se llamaba? —preguntó mientras echaba un vistazo a su libreta de notas.

—Saúl Ramírez —respondió Liam de mala gana.

—Eso es. Al parecer, no está siendo fácil concertar una cita con él. Estaba pensando en hacerle una visita—. Mason carraspeó antes de continuar hablando—. Clark está examinando el registro de llamadas del teléfono móvil del desaparecido. Quizá ahí encontremos alguna pista sobre su paradero. —Permaneció pensativo durante un par de segundos—. Si esta tarde observáramos algo sospechoso en Kassandra, tal vez sea interesante inspeccionar también la lista de sus últimas llamadas.

—¿Algo sospechoso? Maldita sea, Mason, ¿qué más necesitas para darte cuenta de que esa mujer miente?

El subinspector O'Connor tuvo intención de responder recurriendo al argumento de la prudencia, pero en ese instante alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Liam.

El detective Clark entró en el despacho con el ceño fruncido.

—¿Has averiguado algo? —preguntó Mason mientras desenvolvía un caramelo de menta que encontró en el bolsillo de su pantalón—. ¿Algo interesante en el registro de llamadas de Jayden?

El detective titubeó un instante. No había venido a hablar de eso precisamente.

—Nada relevante, señor.

—No me llames *señor*, me hace sentir viejo. —El caramelo que paseaba por su boca sabía a rancio, pensó, pero al menos lograría calmar el hambre—. ¿Ninguna pista, entonces?

El detective negó con la cabeza.

—Son llamadas a su trabajo o a su casa —respondió—. Tal vez tuviera otro teléfono móvil. Quizá...

—¿Qué tienes en la mano? —le interrumpió Liam.

—Quería enseñarles algo —comentó Clark mientras alzaba su mano derecha, donde sostenía una fotografía que entregó al inspector Sanders. Carraspeó antes de pronunciar su pregunta—. ¿No es esta la mujer del hombre que ha desaparecido?

Liam permaneció boquiabierto durante un par de segundos, incapaz de articular palabra.

—Es ella —respondió finalmente—. ¿De dónde diablos has sacado esto? —preguntó al tiempo que le alcanzaba la fotografía a Mason, quien no pudo reprimir un indiscreto silbido de admiración.

—No se lo va a creer, inspector —dijo el hombre—. Han empapelado la mitad de la ciudad con esta fotografía.

Los últimos y extraños acontecimientos les obligaron a posponer la comida, algo que al hambriento de Mason no le sentó especialmente bien.

De camino al apartamento de Kassandra hicieron una pequeña parada en las oficinas de la empresa de Saúl Ramírez, el amigo de Jayden. Había accedido a concederles media hora, todo

cuanto su apretada agenda le permitía, pero lo cierto es que la conversación apenas duró un cuarto de hora.

Saúl era un tipo engreído, de apariencia elegante y refinada. Al hablar trataba de no mover ni un solo músculo del rostro, a excepción de sus labios, empleando la arrogancia propia de quien ansía impresionar a los demás por su poder y su dinero. El tono y las palabras empleadas revelaban una personalidad con rasgos profundamente narcisistas, lo que a su vez evidenciaba un deseo enfermizo por lograr la admiración de los demás.

—Siento no haber podido atenderles hasta ahora —comentó mientras invitaba a los agentes a tomar asiento en el sofá de cuero que había en su despacho—. Soy un hombre muy ocupado —añadió, derrochando vanidad en cada una de sus palabras. Carraspeó ligeramente, afanándose por aclararse la garganta—. Mi empresa farmacéutica se encuentra actualmente en pleno auge, estamos a punto de sacar al mercado un nuevo medicamento que...

—No quisiera parecer descortés, señor Ramírez —le cortó Liam empleando el sarcasmo como tono de fondo—, pero su negocio nos trae sin cuidado—. La diplomacia no se encontraba entre una de sus virtudes. La sutileza tampoco—. Necesitamos que nos diga todo lo que sabe acerca de la desaparición de su amigo Jayden. Supongo que estará consternado por la noticia.

La vergüenza encendió las mejillas de Saúl, quien carraspeó de nuevo, esta vez enérgicamente. El carraspeo dio paso a una tos seca y nerviosa que Saúl trató de disimular sin el menor éxito. Con el rostro compungido, se pasó la mano por su pelo engominado, evidenciando su incomodidad. Acto seguido les habló de su buena y estrecha relación con Jayden, sin aportar el menor detalle relevante para la investigación a excepción de un fugaz comentario acerca del mal momento por el que pasaba su matrimonio con Cassandra.

Liam aborrecía a los tipos como Saúl y así se lo hizo saber con un gesto de evidente desprecio cuando se despidió de él, dando por concluida una entrevista que, a pesar de lo que pudiera parecer en un principio, reveló más información de la que aparentaba.

—No es trigo limpio, ¿no crees? —comentó Mason mientras se dirigían en coche al apartamento de Cassandra, situado en la Quinta Avenida.

—No lo es —respondió Liam atento a la carretera. De hecho, pensó, nadie parecía serlo en aquella historia. Ni Saúl, ni Margaret ni, por supuesto, Cassandra.

En tanto llegaron al apartamento, Mason carraspeó antes de hablar.

—Deja que sea yo quien hable con ella, Liam —dijo con un tono prudente—. No quiero que la asustes.

—Por el amor de Dios, Mason, ¿qué diablos crees que le voy a hacer?

El conserje les abrió la puerta con suma amabilidad.

—Policía de Nueva York —indicó Liam mostrando su placa—. Buscamos a Cassandra Kapra.

—Será mejor que tomen el ascensor, caballeros. Novena planta, primera puerta a la derecha —comentó el hombre un tanto cohibido.

Una vez dentro del ascensor, Mason miró a su compañero por el rabillo del ojo. Pulsó el botón

y continuó con la conversación que habían dejado a medias.

—No sé exactamente por qué, pero tienes una extraña fijación por esa mujer. —Salieron del ascensor y se dirigieron al apartamento. Mason continuó hablando en voz baja—. Continúo pensando que lo mejor es que sea yo quien le interroge. Es posible que nos haya mentado, pero debemos ser cautos. Si llegara a intuir que...

El inspector O'Connor dejó de hablar en tanto vio que la puerta del apartamento estaba abierta. Instintivamente, los dos sacaron sus armas y entraron en la vivienda sin hacer apenas ruido.

Era un apartamento enorme, pensó Liam una vez dentro. Los Wenneck eran, sin duda, una familia muy adinerada, se dijo al contemplar el salón de casi cien metros cuadrados con unas espectaculares vistas a Central Park.

—¡Sanders, aquí! —exclamó su compañero desde el otro lado del salón.

—¿Qué sucede? —preguntó Liam.

—La alfombra... —balbuceó—. La alfombra del salón está manchada de sangre.

Diciembre de 2009 – septiembre de 2010

Kassandra Kapra era una mujer tan hermosa que dolía con solo mirarla. Su belleza, sencilla, pura y elegante, fue lo que cautivó a Jayden. Su extraordinaria y genuina bondad fue lo que le enamoró.

El día en que la vio por primera vez, aquel gélido 31 de diciembre de 2009, Jayden se hizo una firme promesa. Si lograba conquistarla, jamás permitiría que se alejara de su lado.

Apenas pasaban unos minutos de las once de la noche. Su capacidad para relacionarse con la alta sociedad neoyorquina parecía haber tocado techo, pues antes siquiera de dar la bienvenida al nuevo año, Jayden abandonó la lujosa fiesta a la que había asistido, donde se daban cita las personalidades más célebres de la ciudad y, a la vez, las más detestables.

Caminaba en dirección a su apartamento cuando la vio correr sosteniendo algo en sus brazos. Tenía la cara bañada en lágrimas y miraba en todas direcciones.

—¿Le puedo ayudar en algo? —preguntó Jayden en tanto estuvo a su lado, más por curiosidad que por solidaridad.

No pudo evitar mirarla de arriba abajo. Vestía de un modo refinado pero sin la sofisticación y el glamour de las mujeres adineradas.

No era muy alta. Tampoco delgada, pero sí esbelta. A pesar del abrigo, Jayden pudo apreciar su sensual y femenina silueta. Llevaba el cabello recogido con un elegante broche plateado, dejando al descubierto su elegante y largo cuello.

Jayden se detuvo un instante a la altura de sus labios rojos, que resaltaban sobre su delicado rostro de porcelana. Unos labios que enseguida quiso besar. Pero sin duda fueron sus ojos los que le cautivaron, dos luceros pardos cuya singular tonalidad oscilaba entre el marrón oscuro del contorno hasta la miel más dorada en su zona pupilar.

Kassandra se desabrochó el botón superior de su abrigo al tiempo que reclinaba su cuerpo hacia delante.

—Le acaba de atropellar un hombre que iba en una bicicleta —sollozó—. Andaba solo por la calle. No tiene collar ni nada que le identifique. Necesito encontrar un taxi urgentemente para poder llevarlo a un hospital veterinario.

El cachorro de bichón maltés debía tener poco más de cinco meses, pensó Jayden. Estaba inconsciente y tenía sangre en las patas traseras. A decir verdad, el animal no despertó en él la menor compasión. Sí lo hizo el ángel de ojos melosos que lo sostenía como si la vida le fuera en ello.

El azar quiso que en aquel instante divisara a lo lejos un taxi libre. Corrió unos pasos en dirección al vehículo y le dio el alto enseguida.

Llegaron al hospital en menos de diez minutos. Kassandra salió disparada del vehículo llevando al cachorro en sus brazos. Jayden pagó al taxista y entró en el centro al cabo de dos minutos. Tardó otros dos en localizar a Kassandra en la sala de espera, ya sin el cachorro.

Caminaba de un lado a otro mientras conversaba por teléfono. Su vestido estaba manchado de sangre, pero eso no parecía importarle lo más mínimo. Estaba visiblemente alterada, sin embargo, sonreía mientras conversaba con su interlocutor. En tanto finalizó la llamada, su móvil sonó de nuevo. Contestó pidiéndole disculpas a Jayden con un gesto de cabeza.

Cuando por fin colgó, él sonrió, complacido por poder disfrutar al fin de su atención.

—¿Por qué recibe tantas llamadas? —preguntó secamente, clavando sus ojos sobre los de ella.

—Hoy es mi cumpleaños —respondió Kassandra, extrañada por el modo impetuoso en que él le había hablado.

—¿Cuántos años cumple? —quiso saber Jayden, formulando su pregunta como si de un interrogatorio se tratara.

La joven le miró levemente asustada. Tal vez no había sido buena idea dejarse acompañar por aquel desconocido, pensó.

—Treinta y dos —respondió dando un minúsculo paso hacia atrás—. Quisiera darle las gracias por lo que ha hecho, ¿cuánto le debo por el taxi?

Jayden había conocido a muchas mujeres durante el último año. A la mayoría de ellas no las volvía a ver después de la tercera o la cuarta cita. Mujeres de belleza efímera y adulterada, que no dudaban en desplegar todo su encanto con tal de seducir al *dios de las finanzas*, como le empezaban a apodar en los selectos círculos empresariales de la Gran Manzana.

Aquella mujer era distinta a todas las demás. Desprendía bondad y autenticidad por cada poro de su piel. Curiosamente, no parecía esforzarse en ofrecer una buena impresión a los demás, sino por ofrecérsela a sí misma.

—No me debe nada —respondió Jayden, tratando de ocultar la fascinación que emergía en su interior.

La miró deslumbrado. Brillaba de un modo deslumbrante, pensó mientras se llevaba la mano a su pierna derecha. El dolor de su rodilla se agudizó en aquel instante. Buscó un frasco entre los bolsillos de su abrigo, sacó dos calmantes y se los llevó a la boca.

—Insisto —dijo ella, ladeando la cabeza y juntando las cejas en señal de extrañeza—. Dígame lo que le debo, por favor.

Él sonrió, observándola con enorme curiosidad. Rebosaba energía, ternura y honestidad. Todo lo que él adolecía.

—Me debe una cena en el mejor restaurante de la ciudad —respondió Jayden, esbozando una tierna sonrisa, un gesto poco habitual en él.

Ella se rio. No estaba acostumbrada a coquetear con desconocidos y, a decir verdad, no era algo que le gustara hacer, pero aquel hombre le había ayudado a salvar la vida de un ser indefenso, así que lo menos que podía hacer era corresponderle con la misma amabilidad.

No parecía una mala persona. Tal vez algo inquietante, pensó Kassandra al posar su mirada sobre sus ojos. Frío y quizá un tanto distante, como si hubiera construido un gran muro protector a

su alrededor. No era muy apuesto, pero sí enigmático. Debía ser un tipo acomodado, dedujo al observar su elegante atuendo. Era bastante más alto que ella. Su corte de pelo convencional y la barba bien cuidada le otorgaban un aspecto refinado. En sus ojos, de una oscuridad inusual, Cassandra no pudo advertir la menor emoción, algo que le conmocionó y le intrigó a partes iguales.

—Y dígame, ¿dónde está ese restaurante? —preguntó con un lento pestañeo.

—En la veinteava planta del edificio Walden —respondió Jayden sintiendo por primera vez en toda su vida el inquietante cosquilleo de la felicidad—. Ahí es donde vivo.

La relación sentimental entre ambos se consolidó sin que ella apenas se diera cuenta. Cassandra permitió que la corriente le arrastrara sin detenerse a pensar en lo que estaba haciendo.

Un enamoramiento vertiginoso pareció apoderarse de ella en cuestión de días, mermando su raciocinio. La euforia y la exaltación conquistaron su cerebro de manera instantánea e incluso floreció en ella una inusual valentía, algo muy impropio en Cassandra, pues había vivido toda su vida atemorizada tras haber perdido a sus padres cuando apenas contaba con ocho años.

A mediados de febrero, Jayden y Cassandra ya vivían juntos. Fue ella quien se trasladó al apartamento de Jayden, a cambio de que él le permitiera contribuir con los gastos de la vivienda. Así se lo prometió en un principio, pero lo cierto es que finalmente Jayden no le permitió pagar un solo dólar. Suficiente tenía con no exigirle que dejara de trabajar.

Por aquel entonces, Cassandra trabajaba en un periódico local de escasa envergadura, un trabajo que, sin embargo, le apasionaba. No obstante, poco tiempo después de conocer a Jayden, ella dejó su puesto como redactora de manera inesperada. Él jamás le preguntó el motivo que había detrás de aquella repentina decisión. A decir verdad, para Jayden fue una buena noticia.

El frío e inexpresivo apartamento de Jayden no tardó mucho en convertirse en un hogar y ello se debió, al menos en parte, a la presencia de Lucas, un travieso bichón maltés totalmente recuperado del atropello que a punto estuvo de costarle la vida.

La convivencia con Jayden le resultó fácil y agradable a Cassandra. Apenas pasaban tiempo juntos durante la semana, pues él trabajaba a destajo en el banco de inversión de su tío. Eso fue precisamente lo que prolongó su idilio de forma casi perpetua.

Coincidían por las noches y en los fines de semana. Durante ese tiempo, Jayden la trataba maravillosamente. Era evidente que sentía verdadera devoción por Cassandra. La colmaba de atenciones y de regalos, algo que ella nunca pidió ni necesitó, pero sí correspondió.

Dejar su trabajo como reportera no fue una decisión fácil para ella, pero en su momento le pareció la mejor idea. No obstante, y dado que no quería depender económicamente de Jayden, comenzó a trabajar como locutora de radio en una pequeña emisora local durante tres tardes a la semana. En sus ratos libres, Cassandra solía escribir, siguiendo los pasos de su tío John, un afamado novelista. Sin embargo, a diferencia de él, los libros que escribió Cassandra apenas gozaron del menor éxito.

A mediados de abril, Cassandra recibió un misterioso e inesperado correo electrónico firmado por Donna Thurman, la propietaria de una pequeña pero conocida editorial que apostaba únicamente por autores noveles. El contenido del email no dejaba lugar a dudas, la editorial estaba interesada en publicar una de sus novelas.

A la euforia inicial le siguió el recelo y la desconfianza, pues Donan Thurman resultó ser la íntima amiga de Benjamin Witterman. Dando por sentado que era Jayden quien verdaderamente estaba detrás de aquella sospechosa proposición, algo que Donna nunca negó, Cassandra decidió rechazar la oferta. Sí aceptó, en cambio, trabajar en la editorial corrigiendo textos de otros autores.

Trabajar en la radio y en la editorial, además de publicar novelas y venderlas por su cuenta, le reportaba una pequeña cantidad de dinero, suficiente para conservar su libertad económica. Sin embargo, Cassandra se olvidó de atesorar la más importante de las libertades, la emocional. Con el paso del tiempo condicionó su felicidad a la presencia de Jayden, anteponiendo los deseos de él a los suyos propios.

No tardaron mucho en sincerarse el uno con el otro. Con la respiración acelerada, y sintiéndose verdaderamente incómodo al hablar de ello, Jayden le explicó el infierno vivido durante su infancia. Le habló de los abusos sexuales en el internado Caterpillar, y también de la inacción de su madre, por quien no sentía el menor aprecio.

A pesar de lo cómodo que se sentía hablando con Cassandra, Jayden fue cauto en su confesión. No le habló de su deseo de venganza. Sin embargo, tuvo la extraña sensación de que, por sorprendente que pudiera parecer en alguien como Cassandra, ella habría visto con buenos ojos el plan que él tenía en mente.

Kassandra escuchó atentamente sin interrumpirle. Era más que evidente que aquellos años de horror le habían convertido en quien era ahora, un hombre frío, distante y que apenas confiaba en la bondad de las personas, pensó Cassandra mientras le observaba.

Ella, por su parte, le habló de la pérdida de sus padres. No tenía ningún familiar vivo, a excepción de su tío John, que vivía en el estado de Florida, y de su adorada abuela, ingresada en una residencia desde hacía varios años después de casi tres décadas de enfermedad.

Kassandra era una mujer introvertida con heridas sin cicatrizar. Ello le había impedido relacionarse de un modo normal con el resto de la gente. Mantuvo un par de relaciones sentimentales, una con un compañero de la universidad, y la otra con un colega del trabajo. Ninguna de ellas llegó a buen puerto. Tampoco contaba con muchas amistades, de modo que, a menudo, sufría la punzada de la soledad.

Ambos eran almas solitarias e incomprendidas, sufriendo un trauma que les había acompañado durante décadas. No obstante, habían sobrellevado sus cargas emocionales, fruto de un pasado cruel, de un modo muy distinto.

Kassandra había crecido bajo el constante miedo a la pérdida, al acecho y a la desgracia inminente. Jayden, en cambio, no sentía ningún temor. Era un hombre asombrosamente insensible. Lo único que verdaderamente había despertado una emoción en él era su firme deseo de vengar su

pasado. Pero todo cambió el día en que conoció a Cassandra. A partir de entonces, abrigó un nuevo deseo. Se prometió a sí mismo hacer todo cuanto estuviera en sus manos para que ella permaneciera a su lado y, por supuesto, para no compartirla con nadie más.

El día en que se confesaron sus fantasmas del pasado, les unió un falso sentimiento de compasión y lealtad mutua. Una unión, aparentemente imperecedera, fortalecida por la emoción de haber encontrado, por fin, a su alma gemela.

Pero aquel sentimiento no se desarrolló de manera saludable, sino bajo el sutil velo de la dependencia. Cassandra sentía a menudo miedo de perder a Jayden. Fue precisamente ese temor lo que potenció una adicción patológica hábilmente acrecentada por el chantaje emocional al que él la sometió sin que ella pareciera percatarse.

Jayden era su protector, su abrigo, su salvador. A él le cedió el control de su vida. Su carácter débil y temeroso no ayudó en absoluto, como tampoco lo hizo un pasado que le había marcado a fuego lo fácil que podía ser perderlo todo en un instante.

Tuvieron que pasar varios meses antes de que Cassandra viera por primera vez el verdadero rostro de Jayden.

A mediados de septiembre, una de las cientos de editoriales a las que la joven había enviado sus libros contactó con ella, interesada en la publicación de su última novela.

Fue el mismo director de la editorial quien le telefoneó para proponerle una reunión en la que le explicarían los términos del acuerdo. Creyendo que por fin había llegado su gran oportunidad, Cassandra aceptó entusiasmada.

El día de la entrevista, Anthony, que así se llamaba el director de la editorial, le invitó a comer en un elegante restaurante de la zona. La casualidad quiso que aquel día Jayden estuviera almorzando con su tío en el mismo restaurante.

Benjamin no se percató de la presencia de Cassandra, sentada a dos mesas de distancia, pero sí se dio cuenta de que algo perturbaba a su sobrino.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? No has probado bocado desde que hemos llegado.

Jayden permaneció impasible, con la mirada y la mente fijas en Cassandra y en su acompañante.

—¿Quieres hacer el favor de prestarme atención cuando te hablo? Nos jugamos mucho dinero con este asunto —insistió su tío.

Jayden se centró de nuevo en el trabajo, pero no dejó de observar a Cassandra. Su sonrisa, sus gestos e incluso las palabras que intuyó debía estar diciendo, le taladraron el cerebro una y otra vez como una tortura lenta y dolorosa.

Con los ojos clavados en ella, tuvo que reprimir el deseo de levantarse y clavarle un cuchillo al hombre que estaba con ella y que le hacía reír de aquel modo tan risueño. Eso era quizá lo que más le dolía. Con él nunca se reía así.

No se le ocurrió pensar que aquel tipo fuera el director de la editorial del que Cassandra le había hablado unos días antes. No se le pasó por la cabeza el que aquello no fuera más que una reunión de trabajo y que tanto Cassandra como aquel hombre simplemente estuvieran siendo cordiales el uno con el otro.

Jayden se limitó a abrir la puerta de la ansiedad que sentía cada vez que temía perder a la única persona honrada que había conocido en su vida.

Aquel día Jayden regresó pronto a casa. Esperó a Cassandra sentado sobre la butaca de piel negra que había en el salón. Los dedos de su mano izquierda repiqueteaban impacientemente la mesa de mármol que había su lado. Su mano derecha sostenía un antiguo pisapapeles de bronce con forma de águila, regalo de su amigo Saúl. Cerró los párpados, dando rienda suelta a su pernicioso imaginación, hasta el instante en que ella regresó a casa.

—Llegas tarde —susurró desde la penumbra.

Kassandra dio un respingo y encendió la luz.

—¡Santo cielo, Jayden! Me has dado un susto de muerte. —Suspiró aliviada al ver que todo estaba en orden y se agachó para saludar a Lucas, que en aquel momento reclamaba su atención sin dejar de saltar—. ¿Qué tal te ha ido el día?

Él se levantó, dejando caer el pisapapeles al suelo, y se acercó a ella con paso firme. La crudeza que se perfilaba en su mirada asustó a Cassandra, que instintivamente dio un paso hacia atrás.

—Hoy te he visto comer con otro hombre —dijo Jayden con un tono de voz imperturbable mientras le agarraba del brazo. Le invadió un miedo atroz. El miedo a perderla. Pero en lugar de expresar su temor, dejó que la ira hablara por él—. Jamás volverás a hacer algo así a menos que yo esté presente. No vuelvas a provocarme del modo en que lo has hecho hoy o te prometo que lo lamentarás.

9 de diciembre de 2015

No recordaba haber cerrado la puerta al salir de casa a toda prisa y eso le inquietaba. Durante el trayecto a su nuevo destino, que había hecho a pie a pesar del frío invernal, Cassandra no había prestado atención a nada excepto a su propio miedo.

Se reprochaba a sí misma su falta de concentración. No estaba siendo todo lo minuciosa que debía ser y tampoco había logrado neutralizar la angustia que se había instalado en su garganta y en la boca del estómago. Debía mantener la calma, se dijo mientras comenzaba a temblar el evocar unos recuerdos nada agradables. En momentos así era cuando más le aterraba la soledad.

Había pasado la noche en una pequeña pensión cerca de Penn Station. Un lugar nada tranquilo, donde el alboroto de las peleas de los huéspedes se mezclaba con los sonidos característicos de un tugurio como aquel, una música excesivamente alta, cajones y puertas que se abrían y cerraban con estruendo, un bebé llorando sin consuelo, muebles arrastrados por el suelo, el chirrido de los muelles de las camas y, por supuesto, el habitual ruido de las obras de la calle.

Apenas pudo pegar ojo en toda la noche. Pasaban unos minutos de las siete de la mañana cuando Cassandra se levantó de la cama, desde donde contempló el viejo sofá de tres patas que quedaba frente a ella. De la pared colgaba un espejo oxidado cubierto de una espesa capa de polvo y algún que otro cuadro descolorido por el paso del tiempo. La noche costaba sesenta dólares, ¿qué más podía pedir por ese precio? Tuvo que pagar otros sesenta para que la dueña hiciera la vista gorda con Lucas.

Una vez en la calle, el bullicio de la ciudad dio la bienvenida a lo que prometía ser un día duro. Cassandra cogió un taxi y se dirigió a la estación de trenes. Contempló la ciudad a través del vidrio del coche mientras se preguntaba si estaría haciendo lo correcto. Abrió de nuevo la pequeña caja de madera y leyó el siniestro anónimo con un gesto compungido. Contempló la fotografía con los ojos entumecidos.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó el taxista mirándole a través del espejo retrovisor.

Ella asintió sin apenas mirarle y continuó navegando a la deriva entre recuerdos y tormentos. De pronto, al alzar la vista, sintió una fría sacudida que ascendió por los costados hasta posarse en su mandíbula. Inhaló con dificultad, quedándose el aire atrapado en algún lugar entre sus labios y los pulmones.

La fotografía de su cuerpo desnudo adornaba los escaparates de las tiendas que veía a través de la ventanilla del taxi. Cubría también las fachadas de algún que otro edificio, los cubos las basuras e incluso los semáforos. Contempló aquel horror con los ojos vacíos de lágrimas. Logró refrenar el ritmo de su respiración cerrando los ojos. Cassandra inhaló valentía y exhaló miedo. El juego había comenzado, pensó.

El paso del tiempo, por breve que fuera, solía disipar la gravedad de los problemas, pensó Cassandra mientras se reclinaba sobre el respaldo del asiento del tren y acariciaba a Lucas, que le

miraba con ojos comprensivos.

Todavía le dolía la mano. El corte no era profundo, pero aun notaba el palpitar de la sangre alrededor de la herida. Seguía sin entender por qué demonios se había puesto a fregar aquella maldita copa de cristal justo después de leer el anónimo que incluía la caja de madera. No lo entendía, pero lo cierto es que aquel era un comportamiento muy habitual en ella. Cada vez que se sentía acorralada, Cassandra comenzaba a ordenar todo a su alrededor.

Afortunadamente, la sangre que bañó su mano al cortarse con la copa le hizo reaccionar a tiempo y salir del apartamento de manera casi inmediata. De no haber sido así, seguramente se hubiera topado con el inspector Sanders.

La casa estaba tal y como la recordaba, pensó Cassandra al mirar a su alrededor. Fue ella quien escogió aquella cabaña ubicada en Lake Placid, en el condado de Essex, Nueva York, donde los inviernos solían ser tan crudos como la propia vida. Habían pasado más de veinticinco años desde el día en que, siendo una niña, se enamoró de aquella casa, recordó con melancolía.

La vivienda estaba rodeada por un bosque frondoso, salvo en la parte que daba al lago de aguas cristalinas y profundas. Cuando era pequeña, a Cassandra le gustaba contemplarlo desde el pequeño embarcadero de madera que había junto a la casa. Durante las noches de verano, solía admirar el cielo tachonado de estrellas, imaginando que en alguna de ellas alcanzaría a ver a sus padres.

En invierno, en cambio, pasaba el tiempo observando la espesa capa de hielo que cubría el lago. Siempre, claro está, que su tío se lo permitiera, lo que no ocurría muy a menudo, pues el frío que hacía en la intemperie solía ser una seria amenaza.

Por aquel entonces, su tío y ella solían pasar horas sentados frente a la chimenea, contemplando la belleza salvaje del fuego mientras tomaban una taza de chocolate caliente.

Kassandra sonrió con nostalgia al rescatar aquellos recuerdos. Cerró los ojos, deleitándose con el olor a madera quemada que surgía de la chimenea, impregnando de calidez el salón. Lucas se acurrucó junto a ella, reclamando cariño.

Se cubrió las piernas con una manta de terciopelo y bebió un sorbo de vino mientras saboreaba el dulce, y a la vez amargo, elixir de la soledad. Volvió la vista hacia la ventana y se embelesó contemplando la oscuridad de la noche.

Habían transcurrido más de cinco años desde la última vez que estuvo en la cabaña. En aquellos tiempos, ella mantenía una excelente relación con su tío John, recordó Cassandra sin poder evitar el envite de la añoranza.

John Kapra, el famoso escritor de novela negra cuya residencia habitual se encontraba en Coconut Grove, un barrio al sur de la ciudad de Miami, solía trasladar su hogar a aquella cabaña de montaña dos o tres semanas antes de que diera comienzo la Navidad. Tanto él como su sobrina odiaban esas fechas. Ninguno de los dos había logrado sobreponerse a lo ocurrido casi treinta años atrás.

La cerradura de la puerta sonó mientras Cassandra buceaba en el gélido mar de sus recuerdos. Lucas dio un respingo y miró a su dueña, tras lo cual comenzó a ladrar.

Kassandra se incorporó rápidamente y se dirigió hacia el recibidor a toda prisa, donde se encontró a un hombre espantado que sostenía un pequeño jarrón dorado.

—¡Maldita sea, Kassie! —exclamó su tío John—. ¿Qué demonios haces aquí?

El hombre volvió a dejar el florero sobre el mueble de la entrada, sacó un pañuelo blanco de su bolsillo y limpió el jarrón con un esmero enfermizo.

—Te avisé de que vendría.

—Como cada año —le reprochó John, dándole la espalda. El hombre cerró el pestillo superior de la puerta. Lo abrió de nuevo y lo volvió a cerrar. Repitió aquel excéntrico ritual con cada uno de los cerrajes, tras lo cual se volvió hacia su sobrina. Empleando un tono mordaz, le preguntó—: ¿Dónde está tu querido marido?

—He venido sola.

—¡Que me parta un rayo si eso es cierto! —John observó a su sobrina mientras se quitaba los guantes, que lanzó a una pequeña papelería de hierro forjado que había junto a él. La muchacha no parecía bromear, pensó—. ¿Te ha permitido venir sola hasta aquí? Qué considerado por su parte —comentó con su habitual sarcasmo. Reparó en la mano vendada de Cassandra y, señalándola con la cabeza, le preguntó—: ¿Qué te ha pasado?

—No es nada —respondió, quitándole importancia.

—¿Que no es nada? —repitió él, exagerando su entonación—. Tienes sangre en el vendaje que cubre la palma de tu mano. —Se acercó a ella, ladeando la cabeza, y le subió la manga de la camisa—. ¿Y esto? —preguntó señalando el otro vendaje que envolvía su muñeca—. ¿Tampoco es nada?

Ella negó con la cabeza y resopló agotada.

—Me corté al fregar una copa de cristal justo antes de salir de casa.

—Y en la muñeca, ¿qué te ha pasado? —insistió, sin creer del todo la explicación de su sobrina.

—Una caída sin importancia —respondió Cassandra. Alzó la mano, pidiendo silencio—. Escucha, tío John, ha sucedido algo —dijo con la voz entrecortada.

John percibió enseguida la gravedad de la situación. Lanzó una mirada de desprecio a Lucas, que permanecía a los pies de su sobrina, y se dirigió al salón, donde se sirvió una copa de coñac.

—¿Por eso has venido a verme?

Kassandra asintió, sabiendo que debería explicarle la verdad a su tío. O, al menos, parte de ella.

—¡Maldito bastardo hijo de perra! —vociferó John a pleno pulmón, dejando perpleja a su sobrina

con aquella reacción—. No me mires así, Kassie. Sabes que nunca le he tenido el menor aprecio. Eras una muchacha tan maravillosa, con un futuro brillante, y ahora, ¡mírate! —exclamó, señalándole con la palma de la mano.

—Vamos, tío John, no hables así —le pidió Cassandra mientras cogía a Lucas en brazos—. No está todo perdido.

Él le lanzó una mirada de incredulidad y comenzó a preparar la cena mientras trataba de asimilar lo que su sobrina le acababa de explicar.

John se lavó las manos hasta en tres ocasiones, puso una olla grande con abundante agua y sal al fuego y, en tanto hirvió, añadió unos macarrones. Cortó beicon en tiras pequeñas y lo sofrió en una sartén hasta que se doró. Lo sacó con sumo cuidado y lo dejó sobre un plato con papel absorbente.

Lucas, todavía en brazos de su dueña, comenzó a olisquear a su alrededor sintiendo un repentino y voraz apetito.

—Haz el favor de dejar al animalucho en el suelo y, por lo que más quieras, aléjalo de la cocina —le ordenó John a su sobrina con una expresión de desagrado—. ¿Acaso no sabes la cantidad de infecciones que puede transmitir un perro? Son portadores de bacterias, virus, parásitos, ...

—Te olvidas de los hongos —comentó ella, esbozando una sonrisa burlona.

Kassandra se apartó ligeramente de la zona de los fogones, pero no dejó a Lucas en el suelo. El animal era el ser más importante de su vida y así seguiría siéndolo.

John refunfuñó mientras derretía la mantequilla en una sartén, a la que añadió un poco de leche, queso pecorino y cheddar, y una cucharada de mostaza de Dijon. Sirvió una copa de vino y le alcanzó otra a Cassandra.

—Así que tu marido ha resultado ser un pederasta —comentó de pronto, pronunciando aquellas palabras con una dosis extra de repugnancia.

Kassandra le miró sorprendida. No era esa la conclusión a la que ella había llegado.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Me parece una conclusión sobradamente válida teniendo en cuenta las premisas —apuntó John mientras vertía los macarrones cocidos en un bol al que también añadió una salsa. Espolvoreó queso y pan rallado por encima y metió el bol en el horno—. Por el amor de Dios, Kassie, guarda fotografías con imágenes explícitas de abusos sexuales a menores.

—No creo que sea tan simple, eso es todo —comentó ella mientras dejaba a Lucas en el suelo—. Él no aparecía en ninguna de esas fotografías —añadió, encogiéndose de hombros al tiempo que su mirada se perdía a través de la ventana de la cocina—. Claro que eso no demuestra que no sea un pederasta.

Kassandra no había sido del todo sincera. Quería proteger a su tío y, erróneamente, creía que contarle toda la verdad le pondría en un serio peligro, de modo que no le habló de lo que verdaderamente hacía Jayden con aquellas fotografías. Tampoco le mencionó sus verdaderas

intenciones, un secreto que, con un poco de suerte, se llevaría a la tumba.

—Todavía no puedo creer lo que has hecho —comentó John a modo de reproche—. ¿En qué diablos estabas pensando?

—No lo planeé —se defendió Cassandra—, simplemente ocurrió.

—Querida, uno no desvalija una caja fuerte por accidente. —John la miró con desconfianza y aguardó un instante antes de continuar hablando—. Y bien, ¿qué más encontraste en su interior?

—Cientos de documentos que no tuve tiempo de examinar.

—¿Cómo que no...? —John se interrumpió a sí mismo—. ¿Dónde están los documentos?

Kassandra clavó la mirada en la pared.

—Los tiene Ethan. O eso espero. Se los entregué a uno de sus compañeros para que él pudiera enviárselos a Ethan.

—¿Qué hiciste qué? ¡Virgen santa, Kassie! ¿Cómo diablos se te ocurrió semejante majadería? —John hacía aspavientos con ambas manos a la vez. Se acercó al fregadero y se lavó frenéticamente, tras lo cual se secó las manos con un paño de cocina que sacó de un armario. Negó con la cabeza y continuó hablando—. Precisamente a Ethan. ¿Qué pretendes que haga él con esos documentos?

—Es periodista, pensaba que tal vez podría publicar algo sobre este asunto —respondió ella encogiéndose de hombros, muy consciente de lo que significaba haberle enviado los documentos a su ex pareja.

—¿Y bien? —preguntó su tío abriendo los ojos colmados de expectación—. ¿Ha publicado algo?

Kassandra agachó la cabeza, reacia a mirar de frente a su tío.

—Me temo que no —susurró en voz baja—. Últimamente las páginas de su periódico solo hablan de escándalos financieros —protestó—. Le he llamado por teléfono cientos de veces, pero siempre salta el contestador. En la redacción me dijeron que está de vacaciones.

—Está bien, no le demos más vueltas —dijo John, palmeándole la espalda—. Seguro que Ethan regresa pronto al trabajo. En cuanto a Jayden...

—Jayden ha desaparecido —se apresuró a decir Cassandra.

—Sí, querida, eso ya lo has dicho antes —respondió con calma—. Sabiendo que saqueaste su caja fuerte, muy probablemente huyera previendo lo que se le podía venir encima. De todas formas... —dijo con una mueca de escepticismo—, te conozco demasiado bien como adivinar cuando me estás mintiendo.

—Yo no...

—Cálmate, Kassie —le apaciguó su tío acariciándole el cabello con una voz pausada—. No hay ninguna prisa. Puedes explicármelo cuando te sientas preparada para ello.

—Gracias, tío John.

Kassandra salió de la cocina y se dirigió al salón. Intrigado, John la siguió. Ella dejó a Lucas en el suelo y se volvió hacia la estantería que había junto a la chimenea. Tomó un libro, aparentemente al azar, y lo estudió detenidamente.

—«La expiación de la culpa» —enunció John sin que en su voz pudiera apreciarse la menor muestra de orgullo—. No es uno de mis mejores libros, pero sus ventas me hicieron ganar una pequeña fortuna —comentó con encogimiento mientras observaba la extraña expresión que se dibujaba en el rostro de su sobrina. —. Puedes llevártelo si quieres, tengo cientos de ejemplares, pero no creo que disfrutes con su lectura.

Kassandra sonrió con una mezcla de melancolía e ironía.

—Lo he leído más de una vez —respondió secamente, dejando escapar un pequeño suspiro.

—Sé que no querrás hacerlo y, en parte, creo entender por qué —dijo John con cautela—, pero ¿no deberías hablarle del contenido de la caja fuerte a ese tal Sanders? La policía no podrá ayudarte si no compartes con ellos todo lo que sabes.

—Sabes de sobra que no puedo confiar en la policía.

—Es una locura desconfiar de todos los policías solo porque uno te defraudó. —Echar mano de aquel tipo de frases hechas no era su estilo, así que lo intentó de nuevo—. Debemos olvidar el pasado de una vez por todas. Los dos deberíamos hacerlo.

Ella le miró terriblemente ofendida, como si sus palabras hubieran invocado al mismísimo diablo. Kassandra abrió la boca con intención de replicarle, pero el timbre le interrumpió.

—¿Esperas a alguien? —preguntó ella.

John no respondió. Abrió un armario que quedaba oculto tras unas cortinas y sacó una nueve milímetros semiautomática. Caminó despacio hacia el recibidor, sujetando el arma con inseguridad.

Acercó el ojo a la mirilla y se volvió hacia su sobrina con una expresión de incomprensión.

—¿Quién es? —preguntó Kassandra con un agónico susurro después de coger a Lucas en brazos.

Su tío no le contestó. A decir verdad, ni siquiera le oyó. Abrió cada uno de los pestillos y sacó un pañuelo blanco del bolsillo de su pantalón con el que se limpió el sudor de la frente. Dejó el arma sobre el mueble de la entrada y abrió la puerta lentamente.

—Buenas noches, agentes —dijo con voz pausada, aunque vacilante mientras los dos hombres que estaban frente a él guardaban sus placas—. ¿En qué puedo ayudarles?

Octubre de 2010 – verano de 2011

La reacción de Jayden le sorprendió y le asustó por igual. El miedo que le sobrecogió al escuchar su amenaza le impidió reaccionar. Cassandra quiso explicarle que el tipo con el que le había visto no era más que el director de una editorial interesada en uno de sus libros. Quiso decirle que aquel hombre no significaba nada para ella y que jamás le engañaría. Pero las palabras fallecieron en sus labios antes de ser pronunciadas.

Jayden se largó después de dirigirle una severa mirada de desprecio, dejándola sola con su miedo y su arrepentimiento. Cassandra se arrodilló sobre el suelo y comenzó a llorar sin saber muy bien qué acababa de suceder. Lucas se acurrucó junto a ella.

Era tal su aparente sometimiento que ni siquiera se planteó el plantarle cara a Jayden, ni mucho menos el abandonarle. No obstante, sí fue consciente de la clara amenaza que representaban sus palabras.

Permaneció inmóvil durante horas y, por primera vez, se planteó la posibilidad de que aquella no fuera una relación saludable. Porque en el fondo, muy en el fondo, Cassandra sabía que aquel no era un amor sincero, sino una relación tóxica fortalecida por el chantaje emocional y su negativa a abrir los ojos. Había algo más que a ella no se le escapaba, algo que le hacía soportar lo insoportable.

Ya era demasiado tarde para enfrentarse a su destino, pensó derrotada. Ella ya había tomado una decisión. Tal y como Jayden solía decirle, sus caminos estaban unidos de por vida. No tenía más opción que permanecer a su lado, se dijo, tratando de convencerse de una realidad que, muy a su pesar, aceptaba con sumisión.

Los días posteriores se sucedieron con aparente normalidad. Jayden se centró de nuevo en su trabajo y Cassandra se esforzó por avanzar con su nuevo libro, un proyecto del que parecía sentirse muy orgullosa.

Jayden asistió a varios eventos organizados por la alta sociedad neoyorquina. Fiestas glamorosas a las que generalmente le obligaba a acudir su tío Benjamin, puras exaltaciones de superficialidad sin más aliciente para Jayden que el acabar en la cama con alguna mujer a quien nunca más volvería a ver.

En una ocasión, le pidió a Cassandra que asistiera con él a una de esas fiestas. Era Saúl, su amigo de la infancia, el anfitrión de aquella ceremonia cuyo propósito no era otro que el de recaudar dinero para los niños sin hogar.

La fiesta se celebró en una de las mansiones que tenía Saúl a las afueras de la ciudad. Acudieron un reducido número de personas, todas ellas pertenecientes a la flor y nata empresarial de Nueva York. Personas a quienes Saúl quería impresionar, obsesionado por una aceptación que por fin estaba a punto materializarse tras su reciente matrimonio con Lilly Adams, Lilly Ramírez tras el enlace, una de las mujeres más ricas del país.

El evento fue un verdadero desfile de sofisticadas y costosas joyas, elegantes vestidos y un sin fin de excentricidades.

Jayden se separó de su mujer en tanto entraron en la mansión. La prensa rosa se había interesado por la ceremonia, invitada, casi con toda probabilidad, por el propio Saúl. Había decenas de periodistas desperdigados por el salón central. En ellos encontró Jayden la excusa perfecta para dirigirse a un lugar más calmado. No se excusó con su mujer, simplemente se largó de su lado, haciendo que ella se sintiera terriblemente incómoda en medio de toda aquella gente rica.

Kassandra salió a pasear por la terraza anexa al salón. Hacía demasiado frío como para que el paseo resultase agradable. Aun así decidió quedarse fuera y dejar pasar las horas hasta que su marido decidiera regresar a casa. Sin embargo, al cabo de unos minutos no le quedó más remedio que entrar de nuevo, pues las bajas temperaturas hacían que fuera casi imposible permanecer en la intemperie con tan solo un vestido de noche y un chal de seda.

Entró en un salón contiguo al principal, donde una banda de músicos amenizaba el ambiente. Una elegante y concurrida barra de bar de madera se extendía a lo largo de una de las paredes. Kassandra se sentó en uno de los estilizados taburetes y contempló las estanterías que quedaban frente a ella, exhibiendo toda clase de licores.

—¿Qué hace una mujer como tú sola en un lugar como este? —escuchó Kassandra a sus espaldas.

Se volvió con una sonrisa en los labios, sabiendo quién había pronunciado aquellas palabras.

—Dichosos los ojos —exclamó Saúl tras darle un sentido abrazo—. Y bien, ¿se puede saber qué haces aquí sola? ¿Dónde demonios está tu marido?

—Ya sabes cómo es Jayden... —le excusó ella sin mucho acierto—. En tanto ha visto a la prensa se ha ido a otro lugar.

—¿Sin ti? —preguntó Saúl, elevando el mentón al tiempo que cruzaba los brazos.

Kassandra le dedicó una tierna sonrisa, agradecida por aquella aparente muestra de empatía. Saúl vestía un elegante smoking de color blanco y una pajarita negra ligeramente ladeada. El cabello engominado hacia atrás resaltaba unas generosas entradas, preludio de una inminente calvicie. A pesar de ello, su aspecto era abrumador, pensó Kassandra.

—La culpa es mía, no sé qué hago aquí. Ya sabes que yo odio estas fiestas.

Él la miró encandilado por su lento pestañeo. Bajó la vista hasta sus labios mientras imaginaba lo que sentiría al besarlos. Fantaseó con acariciarle suavemente la mejilla con la cara externa de su mano. Una caricia llevaba a otra y en cuestión de segundos Saúl se imaginó haciéndole el amor.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella, al ver la extraña expresión en su rostro.

—Disculpa —dijo él, exhalando toda la pasión contenida en apenas unos segundos, mientras carraspeaba con un gesto de disculpa. Le hizo un gesto al camarero para que le sirviera una copa de whisky. Se volvió hacia Kassandra, mirándola repetidamente de arriba abajo mientras imaginaba su cuerpo desnudo—. Demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Problemas en la empresa?

—Llevamos meses trabajando muy duro en el lanzamiento de un nuevo medicamento —respondió él en voz baja, como si le estuviera revelando un secreto. Carraspeó de manera ligera, casi imperceptible—. La industria farmacéutica es muy competitiva, no es un negocio fácil, pero creo que esta vez estamos a punto de dar con algo importante —añadió, henchido de orgullo.

Durante más de un cuarto de hora Saúl le habló de sus logros al frente de su empresa. El ritmo de su discurso era acelerado, no obstante, hacía pequeñas pausas en su monólogo durante las que esperaba un gesto de reconocimiento por parte de Cassandra.

Era más que evidente el amor desmesurado que Saúl sentía por sí mismo, sin embargo, su obsesión por lograr la admiración de los demás revelaba, al mismo tiempo, una notable falta de autoestima. Su lenguaje y gestos petulantes se traducían en un discurso narcisista, orientado hacia la búsqueda incansable de admiración.

—Me complace oír lo bien que van tus negocios —comentó ella en tanto tuvo oportunidad de hablar—. Y dime, ¿qué curará ese misterioso medicamento?

Absorto en sus propias fantasías, Saúl dio rienda suelta a su ensoñación, alimentando su ego con un relato a medio camino entre la ficción y la realidad. Habló sin medida ni discreción sobre el medicamento que próximamente lanzaría al mercado, un éxito de ventas sin precedentes en la industria farmacéutica.

Mientras escuchaba su propio soliloquio, Saúl observó detenidamente a Cassandra. No encajaba en aquel mundo, pensó al tiempo que admiraba su rostro de porcelana. Era una mujer extraordinariamente bella, lo que a buen seguro le hubiera abierto las puertas del cielo de la alta sociedad. Sin embargo, Cassandra no hacía el menor esfuerzo por formar parte de la élite neoyorquina, algo que él no acababa de comprender. A pesar de ello, resultaba irresistiblemente tentadora.

Podría llegar a enamorarse de ella, pensó Saúl rescatando de nuevo el deseo por besarla. La miró fijamente y creyó entrever en sus ojos un cierto coqueteo. De pronto, la idea de tener una aventura con Cassandra comenzó a tomar forma en su cabeza.

—Francamente, Kassie —le dijo inclinándose ligeramente—, no sé qué diablos haces con un tipo como Jayden —. Al pronunciar aquellas palabras carraspeó de nuevo, esta vez de manera gutural, como si quisiera deshacerse de un molesto nudo en la garganta. Tosió con fuerza antes de agregar lo siguiente—. Yo no te dejaría sola ni un instante.

Ella le miró sin decir nada, siendo muy consciente del deseo que despertaba en él. Durante un instante sintió lástima por él. Lástima y desprecio.

Saúl le devolvió la mirada. Cassandra era puro fuego, pensó, y él estaba ansioso por quemarse. Se inclinó hacia ella con intención de retirarle un mechón de pelo de la frente cuando de pronto se percató de la presencia de Jayden. Les observaba atentamente desde el otro lado de la sala, fumando un cigarrillo tras otro.

Hacía varios minutos que Jayden contemplaba la escena con aparente indiferencia. Ignoró la

evidente falta de respeto por parte de su amigo, centrándose en el dolor que le causaba ver a Cassandra junto a otro hombre, fuera quien fuera. Tenía una capacidad innata para provocarle, pensó mientras apretaba el puño oculto en el bolsillo de su pantalón.

La maldijo en silencio, pero contuvo su furia. Debía andarse con pies de plomo, especialmente después de haberla amenazado pocos días atrás cuando la descubrió almorzando con otro hombre.

Se alejó en busca de una copa, creyendo que tal vez un trago apaciguaría sus instintos más primitivos. Haría cualquier cosa por retenerla, pero no le quedaba más remedio que contenerse si no quería librar una batalla para la que no creía estar preparado.

Pasó varios minutos reflexionando en silencio, disfrutando del efecto sedante y placentero del alcohol, hasta que de pronto echó a andar en dirección a Cassandra, que continuaba en el mismo lugar, pero sin la compañía de Saúl. Le asió del brazo con una punzada de angustia lastimándole el estómago. Al hacerlo, se vio reflejado en los ojos de su ella. No le gustó lo que vio, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—No pongas a prueba mi paciencia —le advirtió, apretándole el antebrazo con fuerza—. Sabes muy bien de lo que soy capaz.

Ella bajó la mirada con un gesto apesadumbrado, a lo que él respondió mirándole con desprecio, como si no fuera más que una mercancía defectuosa de la que estaba a punto de deshacerse.

No hablaron de lo sucedido durante su regreso a casa, ni tampoco en los días posteriores, pero desde aquel día nada fue lo mismo.

Jayden no se arrepentía de sus palabras, era necesario que ella supiera donde estaban los límites. No obstante, deseaba que ella se comportara igual que siempre. Echaba de menos su carácter risueño, su extraordinaria capacidad para ver el lado bueno de las cosas y, sobre todo, aquella risa angelical que transformaba el infierno en el mismísimo cielo.

No quiso pedirle disculpas, al fin y al cabo, no era su perdón lo que él quería, pero sí trató de dosificar la tirantez y el mal humor con el que la trataba desde el incidente. Después de todo, sus estrategias para mantenerla a su lado podían no ser infalibles, y lo último que él deseaba es que ella decidiera abandonarle.

Su acercamiento paulatino tuvo una respuesta positiva casi inmediata. En tanto se mostró más cariñoso y afable con ella, Cassandra volvió a ser la de siempre o, al menos, eso creyó él en un primer instante. Sin embargo, a medida que los días avanzaban, volvió a ver en ella destellos de miedo y angustia.

No era su tristeza lo que a Jayden le preocupaba, sino la posibilidad de que ella pudiera dejarle. A una mujer como ella nunca le faltarían pretendientes, pensó con el miedo instalándose entre sus oscuras emociones.

¿Y si le dejaba por otro hombre?, se preguntó días más tarde mientras deambulaba de un lado a otro de su despacho con una copa de coñac en la mano. Se la imaginó sonriéndole a otro tipo y sintió el deseo de arrancarle la vida. Kassie sería suya o de nadie más, se prometió a sí mismo

mientras daba con el modo de reconquistarla.

Durante los días siguientes, Jayden le colmó de atenciones y no reparó en gastos. Se esforzó de un modo casi enfermizo por hacerla feliz, mostrándose complaciente y afectuoso.

Los notables esfuerzos de Jayden no tardaron en dar sus frutos. El miedo y la ansiedad que enmarcaban el dulce rostro de Cassandra desaparecieron como por arte de magia.

Queriendo asegurarse el éxito, Jayden no solo amansó su fuerte carácter, también le colmó de costosos regalos. Pasados unos días, decidió afianzar su estrategia con una dosis de chantaje emocional. Siempre había sido muy hábil manipulando a la gente, tan solo tenía que observarles detenidamente e identificar su punto débil.

Con su característica destreza, Jayden era capaz de manipular sentimientos como el remordimiento o la culpa. Hacerlo con Cassandra le resultaba extraordinariamente sencillo.

—Si algún día decidieras abandonarme —le dijo en una ocasión en que volvió a percibir cierto distanciamiento en ella—, no merecería la pena continuar viviendo.

Aquel tipo de mensajes solía tener un efecto inmediato en Cassandra, quien aparentemente no supo ver el enjambre de toxicidad en que se estaba convirtiendo su relación.

Jayden también echaba mano de su poderosa habilidad para manipular a Cassandra cuando quería evitar que ella saliera con sus amigas a tomar algo. A menudo recurría al victimismo, y lo cierto es que siempre lograba su objetivo.

Las presiones, coacciones e incluso la violencia psicológica comenzaron a formar parte del día a día de su relación. Cassandra cedió en todas y cada una de las pretensiones de Jayden, quien no tardó en hacerse con las riendas de aquel macabro juego.

«Nadie te querrá ni te protegerá como yo», solía ser una de las frases predilectas de Jayden. Una afirmación que Cassandra nunca cuestionó, del mismo modo que tampoco puso en duda ninguna de las expresiones que incluía el chantaje emocional al que solía someterla. Jayden logró de Cassandra una obediencia ciega, una férrea sumisión y el sometimiento más enfermizo.

—Si de verdad me quisieras, no irías vestida de ese modo —comentó una noche cuando se preparaban para acudir a una fiesta benéfica que organizaba su tío Benjamin.

Como cabía esperar, Cassandra se cambió inmediatamente de ropa. Ella le amaba y de ningún modo hubiera querido herirle. Lanzó el vestido a la basura y se vistió de un modo más *decente* que no avergonzara a su marido.

—Lo hago por tu bien —le aclaró Jayden al verla vestida con otro atuendo—, alguien podría faltarte al respeto si te viera vestida con una prenda como la anterior.

Jayden también empleaba los regalos y las promesas para obtener cuanto quería por parte de Cassandra, pero lo cierto es que nada de eso tenía el menor efecto en ella, quien, no obstante, sí agradecía los obsequios. Hasta que, en una ocasión, Jayden dio con el modo de reafirmar el sometimiento de la joven.

Casi todas las tardes Cassandra visitaba a su abuela enferma, algo a lo que por el momento su marido no había puesto ningún inconveniente. Ello no evitó que Jayden empleara uno de los investigadores que habitualmente trabajaba con él para que siguiera a Cassandra y verificara que, efectivamente, era a su abuela a quien visitaba.

—No debes preocuparte por nada, Jayden —le dijo el detective privado mientras tomaban una taza de café tras haber seguido a Cassandra durante más de una semana—. Sigue cada día la misma rutina. Acude a la residencia, está una hora con su abuela, a veces dos, y regresa a casa.

—Bien —dijo Jayden satisfecho. Dejó la taza de café sobre la mesa y miró a través de la ventana. Llovía a raudales y no llevaba consigo ningún paraguas—. De camino a la residencia o durante el regreso a casa, ¿no se ve con nadie? —preguntó con la mirada perdida.

—Absolutamente con nadie.

—¿Qué hay del tiempo que pasa en el hospital? ¿Habla con alguien además de con su abuela? ¿Médicos, enfermeros, algún otro paciente?

El detective negó con la cabeza.

—Tu mujer no se separa de su abuela —dijo mientras se sacaba un sobre del interior de su chaqueta de pana. Se lo entregó a Jayden, quien miró las fotografías con cierta indiferencia—. Lo que me recuerda una información que tal vez sea de tu interés...

—Dispara —le ordenó Jayden al tiempo que le hacía un gesto a la camarera para que le sirviera más café.

—Por lo que he podido averiguar, la abuela de tu mujer se ha quedado sin dinero para costear la residencia. Ayer estuvieron hablando de ello—. Rebuscó entre sus bolsillos y le entregó un dispositivo minúsculo donde había grabado la conversación.

Jayden miró al detective y, por primera vez, sonrió complacido.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó con un gesto de dolor, acariciándose la rodilla.

—Dos mil dólares al mes —respondió el detective, orgulloso del buen trabajo que había realizado—. A finales de este mes tendrá que abandonar la residencia. Por lo visto, no han pagado las dos últimas mensualidades. Ayer, mientras seguía a tu mujer de camino a vuestro apartamento, le escuché hablar por teléfono. Parece que está valorando el trasladarla a otra residencia mucho más económica.

—Esas son muy buenas noticias —comentó Jayden con una mirada enfermiza—, ¿sabes algo de esa otra residencia?

El detective asintió y después le entregó un folleto publicitario.

—El edificio se cae a pedazos —comentó. La camarera les sirvió más café mientras el detective le lanzaba una mirada lasciva—. Apenas hay personal y las instalaciones son nefastas. Eso sí, el coste mensual se reduce a una cuarta parte. Si no es indiscreción —dijo tras un leve carraspeo—, ¿por qué no te pide ayuda para pagar la residencia de su abuela?

—Las mujeres no son seres racionales —respondió Jayden, ensanchando una sonrisa malvada—. Cassandra es muy digna para algunas cosas. Sabe que soy un hombre rico, pero por algún motivo que no alcanzo a comprender, nunca ha querido aprovecharse de ello.

Jayden se despidió del detective y se dirigió a casa dando un largo y placentero paseo. Por fin había dado con el modo de encadenar a Cassandra para siempre.

Tardó menos de una mañana en completar todo el papeleo para hacer el traslado de la anciana a la conocida residencia Golden Gate, situada a pocas manzanas de casa. Antes de formalizar su ingreso necesitó la firma de Scarlett, la abuela de Cassandra.

La mujer firmó sin saber muy bien lo que hacía y a primera hora de la tarde ya disfrutaba de una enorme habitación con vistas al Central Park.

Alrededor de las cinco de la tarde, Jayden recibió una llamada de Cassandra.

—Vengo de visitar a mi abuela —dijo de manera agitada—. En la residencia me han dicho que la han trasladado a otro centro y que has sido tú quien se ha encargado de ello. ¿Es eso cierto?

Aquel tono exigente no era nada habitual en ella, pensó Jayden mientras sonreía para sus adentros.

—Así es, Kassie.

—Pero... ¿por qué? —gimoteó—. ¿Cómo se te ocurre hacer algo así sin avisarme?

—Decidí ir a visitar a tu abuela —comentó él de un modo pausado—, ya sabes que le tengo mucho aprecio.

Kassandra se extrañó al escuchar aquello.

—No lo sabía... —tartamudeó. Hubiera jurado que Jayden ni siquiera sabía cómo se llamaba su abuela.

—Una enfermera me explicó la difícil situación económica que está atravesando —mintió, dotando a sus palabras de un exagerado dramatismo—. Quizá debería haberlo comentado antes contigo, pero...

—Deberías haberlo hecho, Jayden. Ya lo tenía todo solucionado, había solicitado su inscripción en la residencia Marion —le reprochó ella, arrepintiéndose al instante del modo en que le había hablado—. Perdóname, sé que debería estar agradecida, es solo que...

—Lo comprendo, sé que te gusta ocuparte de tus problemas, pero tienes que entender que quiera cuidar de ti. —A pesar de la conmoción que irradiaban sus palabras, Jayden sonreía con cierta maldad. Ella había mordido el anzuelo, solo quedaba el último empujón, un pequeño aderezo de culpa—. Vamos, Kassie, ¿la residencia Marion? ¿Quién sabe lo que hubiera sido de nuestra querida Scarlett en aquel lugar? ¿Cómo diablos se te ocurre trasladarle a un centro como ese? —preguntó con una leve dosis de desprecio—. Apenas hubiera tenido atención médica, por no hablar de las instalaciones... El edificio se está derrumbando. Por el amor de Dios, ¿es que no ves las noticias? Dos ancianos fallecieron el mes pasado en esa residencia a causa de unas

supuestas negligencias médicas.

Tenía razón, pensó Cassandra. Como siempre, Jayden estaba en lo cierto. Ella era una ingrata por no agradecer lo que acababa de hacer y, por supuesto, también era una irresponsable por haber decidido trasladar a su abuela a un lugar como aquel.

—Perdóname, he sido una auténtica idiota. —Guardó silencio durante un instante, sumiéndose en un desgarrador baño de culpabilidad y humillación—. Pero...

—No hay *peros* que valgan, Kassie —le cortó Jayden, mirando su reloj.

—No puedo pagarlo —dijo, bajando instintivamente la mirada—. Es mucho dinero, Jayden.

—No te preocupes por eso, yo me ocuparé de las facturas. —La conversación se estaba alargando más de la cuenta, pero estaba siendo tremendamente provechosa—. Sabes que haría cualquier cosa por ti, del mismo modo que yo sé que tú jamás me abandonarías, ¿no es así?

—Por supuesto que no —respondió ella con firmeza.

Kassandra resultó ser una presa demasiado fácil para Jayden. Era inmensamente bondadosa, insegura y temerosa, una combinación letal que hacían de ella una diana perfecta sobre la que lanzar su trampa mortal.

Al cabo de unos días, cuando ya no albergaba la más mínima duda sobre la ciega obediencia que ella le profesaba, Jayden dejó de lado su reciente gentileza. Regresaron los reproches, el chantaje y las humillaciones, que Cassandra recibía como si creyera merecerlos.

Jayden controlaba el dinero que ella gastaba, la ropa que vestía, sus horarios e incluso su teléfono móvil. La única libertad que le permitía era visitar a su abuela, aunque restringió las visitas a una por semana.

Las consecuencias de aquel maltrato no tardaron en hacerse visibles en Cassandra. Malestar físico en forma de severos dolores de cabeza, baja autoestima, aislamiento, ansiedad y estrés, eran solo alguno de los efectos que sufrió durante los siguientes meses.

Como un conflicto enquistado por la pasividad y el paso del tiempo, regresó la rutina de la tortura psicológica que enseguida abrió las puertas al maltrato físico.

Sin darse apenas cuenta, Cassandra se vio atrapada en una peligrosa combinación de abuso emocional, ofensas ocultas bajo un telón de falsa moral y atroces golpes a traición.

Después de la tormenta siempre venía la calma, y lo hacía en forma de caros regalos que no hacían sino humillar más a Cassandra. Una secuencia que se repitió durante meses de manera ordenada, sin que el ciclo variara ni una sola de sus fases, hasta que un día Jayden decidió romper el orden establecido. Ese mismo día, le pidió matrimonio a Cassandra.

9 de diciembre de 2015

Faltaban pocos minutos para las diez de la mañana cuando el capitán Nicholson entró en el despacho del inspector Sanders.

—Han encontrado el cadáver de Jayden Wenneck en un viejo almacén próximo a las inmediaciones del banco donde trabajaba —anunció con un fingido pesar—. El informe preliminar de Morrison apunta a que la muerte se habría producido la misma noche de su desaparición—. Nicholson volvió la vista hacia la puerta y negó con la cabeza. El asunto pintaba mal, pensó, la prensa no tardaría en hacerse eco de la noticia—. Quiero que le des prioridad a este caso, ¿me oyes? Margaret Witterman está de camino. Está devastada —explicó—, le di mi palabra de que encontraríamos a su hijo.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó el inspector mientras se disponía a salir a toda prisa.

—Calma, Sanders —le pidió el capitán con un gesto de manos—. El cadáver está ya en la sala de autopsias.

—¿Y por qué diablos no se me ha informado? —preguntó Liam visiblemente enojado.

—Han encontrado el cuerpo a las dos de la madrugada —se justificó el capitán, quien a pesar del odio que a veces le despertaba el inspector Sanders comprendía muy bien su malestar—. No me he enterado hasta ahora. Entiendo que estés molesto, pero esto es lo que hay. Escúchame bien —le dijo empleando un tono distinto, tratando de hacerle ver quién era el superior—, quiero que interrogues a la mujer del fallecido. Por el momento, ella es la principal sospechosa del crimen.

—¿Y eso quién lo ha determinado? —preguntó Liam sin esconder su malhumor.

—He hablado con la señora Witterman —respondió el capitán alzando ligeramente la cabeza—, y todo apunta a Cassandra. Vamos, Liam, sé que tú también desconfías de ella —le dijo alzando las manos y buscando un poco de comprensión por su parte.

—Es posible que así sea, pero a diferencia de ti, mi desconfianza no se debe a ninguna presión —le espetó el inspector.

A primera hora de la tarde, Liam entró en la sala de autopsias acompañado de Mason. El inspector Sanders echó un vistazo a la reluciente superficie de acero inoxidable que había en medio de la estancia. Sobre ella, y bajo una gran sábana blanca, descansaba el cuerpo sin vida de Jayden Wenneck.

Liam se sentía cómodo en aquel lugar aun a pesar de la esterilizada frialdad y del denso silencio que se respiraba en el ambiente.

—¿Causa probable de la muerte, doctor Morrison? —preguntó sin el menor prolegómeno, saludándole con un gesto de barbilla.

—La víctima presenta contusiones varias, pero ninguna de ella le provocó la muerte —

respondió el forense, lanzando a una papelera los guantes de látex que acababa de quitarse de las manos—. Recibió un golpe en la parte posterior de la cabeza, lo que probablemente le dejara inconsciente durante unos minutos.

—No fue el único golpe que recibió —comentó Mason señalando con la cabeza el ojo izquierdo de Jayden, cerrado por la hinchazón.

—Hemos realizado varias pruebas en la ropa que vestía el día de su muerte para detectar alguna sustancia tóxica —prosiguió el doctor Morrison sin prestar atención a la interrupción—. El resultado ha sido negativo. En cuanto a la autopsia del cuerpo, me temo que no hemos podido determinar nada concluyente —añadió, sacudiendo la cabeza—, de modo que hemos enviado muestras de sangre y de orina al laboratorio.

Los agentes permanecieron callados a la espera de que el hombre continuara hablando.

—¿Y bien? —preguntó Liam al ver que el forense no decía nada—. ¿Han recibido ya el resultado del laboratorio?

—Eso parece —respondió el hombre con un gesto ambiguo, señalando una carpeta que había sobre la mesa auxiliar que quedaba a su derecha.

El inspector Sanders guardó silencio durante un par de segundos, pasados los cuales resopló sin ocultar su urgencia.

—Vamos, doctor Morrison, no tenemos todo el día —le urgió alzando las manos.

El forense se encogió de hombros y asintió con indiferencia, como si aquel asunto le trajera sin cuidado. Cogió la carpeta de la mesa auxiliar y la abrió para examinar su contenido.

—Las pruebas de toxicología apuntan a que la víctima fue envenenada con TTX —explicó mirando a los agentes por encima de sus gafas.

—¿TTX? —repitió Mason, alzando las cejas por encima de sus gafas.

—Tetrodotoxina, un veneno que se puede encontrar en el fugu —respondió el doctor Morrison, echando mano de su escasa paciencia.

—¿Qué es el fugu? —preguntó el sub inspector O'Connor, cruzando los brazos con expresión de extrañeza mientras contenía un bostezo.

El forense resopló. No le gustaban las personas. Al menos, no aquellas a las que todavía les latía el corazón. Miró el vulgar reloj que colgaba de la pared, regalo de su ex mujer, y arrugó la nariz mientras reparaba en lo bien que le sentaría un café.

—El pez globo —aclaró sin ocultar el poco entusiasmo que aquella conversación le suscitaba —, una exquisitez gastronómica, según dicen —añadió con cierto desprecio.

—¡Ah! —exclamó Mason, dándose un ligero golpe en la frente—. Ya sé de lo que está hablando. Mi cuñado lo probó cuando estuvo de viaje en Japón. Al parecer, su consumo provoca una agradable sensación de cosquilleo en la lengua —añadió sin importarle el mal humor del doctor Morrison.

—Como les decía —le cortó el forense con un gesto agrio—, el pez fugu tiene una toxina

altamente letal, mucho más venenosa incluso que el cianuro.

—¡Caramba! ¿Y algo así es comestible? —preguntó Mason apoyando la mano sobre una pequeña bandeja con instrumental que había sobre la mesa de trabajo.

El material forense se precipitó sobre el suelo pulido, provocando un tamborileo metálico de bisturíes, escalpelos y cuchillos para autopsias.

—El animal ha de estar correctamente preparado y desintoxicado antes de ser vendido —respondió el forense de mala gana mientras observaba al subinspector tratando de recoger el instrumental del suelo—. Haga el favor de no tocar nada más —le ordenó con un tono nada cortés —, mi asistente lo recogerá todo.

—Discúlpeme —dijo Mason al incorporarse.

El doctor Morrison les dio la espalda y se dirigió hacia un rincón de la sala donde había una cafetera de goteo. Después de lavarse las manos en el fregadero que quedaba a su derecha, el forense colocó un filtro de papel en la cafetera y añadió café molido.

—No me vendría mal un café —comentó Mason, acusando el cansancio propio de todo un día de trabajo después de no haber pegado ojo en toda la noche.

—A la vuelta de la esquina encontrará una cafetería —dijo el doctor Morrison de espaldas a los agentes.

Mason abrió la boca, pero Liam evitó que dijera nada alzando la mano y negando con la cabeza.

—La tetrodotoxina se encuentra principalmente en el hígado y en los órganos reproductores del pez fugu. Es un veneno extremadamente potente —explicó el forense mientras se daba la vuelta con una taza de café humeante en las manos—. Un solo pez globo contiene en sus vísceras veneno suficiente para matar a decenas de personas. Aislar la toxina del pez no es una tarea especialmente complicada si se sabe cómo hacerlo. En manos de alguien con tendencias homicidas, el pez fugu puede convertirse en un arma tremendamente eficaz.

—Así que Jayden Wenneck murió por la ingesta del veneno de un pez —comentó Mason, pensando en voz alta mientras observaba el humo que emergía de la taza que sostenía el forense.

El hombre negó con la cabeza.

—La tetrodotoxina fue administrada por vía subcutánea. El veneno inyectado en sangre es el que actúa con mayor rapidez. Si el veneno se administra por vía oral el efecto es mucho más lento —argumentó—, antes de que comencese a actuar debería ser absorbido por el estómago o por el intestino delgado. —El hombre descubrió la sábana y señaló el cuello de la víctima—. Observen —les pidió, empleando un nuevo tono de voz cercano a la amabilidad, e invitándoles a situarse al otro lado de la mesa de autopsias—. ¿Ven el minúsculo orificio en el cuello? Fue hecho con una aguja muy delgada. La cantidad administrada debió ser suficiente para que la víctima falleciera en menos de una hora.

—Gracias, Morrison. Si esto es todo... —masculló Liam a modo de despedida, antes de dar por finalizada su visita.

—En realidad no. —El doctor dio sorbo a su taza de café y observó la reacción de los agentes—. Hay algo más.

—¿Y bien?

—Le extrajeron sangre a la víctima —comentó el forense—. Calculo que unos cuatrocientos o quinientos centímetros cúbicos.

—¿Por qué iba alguien a hacer eso? —preguntó Mason, sin ocultar su asombro.

Morrison le miró con cara de pocos amigos. Puso los ojos en blanco y exhaló un hondo suspiro.

—Averiguarlo es su trabajo, subinspector —dijo, dándole la espalda—. no el mío.

La investigación había avanzado tras su visita al forense. Aun así, el inspector Sanders estaba de un humor de perros. Tenía la desagradable sensación de que alguien estaba jugando con él. Ese alguien bien podría ser Kassandra, pensó con las manos al volante y la vista clavada en la carretera. No tardarían mucho en averiguarlo, se dijo mientras echaba un vistazo a su reloj.

Liam seguía sin fiarse de nadie. Así era él, y a esas alturas ya no se planteaba cambiar. Lo cierto es que tenía motivos de sobra para ser así de desconfiado. Y todo por una maldita mujer, pensó equivocadamente y levemente avergonzado. Una mujer que había jugado con él hasta vaciarle la cuenta corriente y despojarle de su ya lastimada dignidad. La misma mujer que no había dudado en pedirle auxilio cuando su nuevo amante, un ex convicto excarcelado recientemente después de cumplir una condena de siete años por robo a mano armada, le había levantado la mano tras haber bebido más de una botella de whisky.

Liam ya no sentía el menor aprecio por Corinne, su ex mujer, pero eso no le había impedido el acudir en su ayuda. Él era así, un hombre escarmentado, pero con un alto sentido del deber. Eso sí, él imponía sus propias reglas. Así había sido durante la mayor parte de su vida y así continuaría siendo.

A decir verdad, no solo su ex mujer le había convertido en quien era ahora. Durante su carrera de policía había sido testigo de infinidad de injusticias. Cada una de ellas había forjado su carácter desconfiado y, en ocasiones, huraño.

A diferencia de él, Mason estaba de buen humor. No parecía importarle el haber hecho un viaje de más de cinco horas siguiendo una nueva y extraña pista que bien podría haber sido falsa.

Cuando por fin llegaron a su destino, hacía ya varias horas que había anochecido. El frío era insoportable y comenzaba a caer una nieve ligera pero húmeda.

Liam golpeó la puerta mientras se encogía de hombros y ocultaba su cuello bajo la solapa del abrigo. Sus ojos se encontraron con los de la persona que abrió la puerta, un hombre menudo de porte elegante.

Debía ser el tío de Kassandra, dedujo el inspector al observar la excentricidad y el pánico que reflejaban aquellos dos ojos diminutos resguardados bajo las clásicas gafas de intelectual.

Liam sacó su placa identificativa y se la mostró al hombre mientras se disponía a presentarse, pero la extraña reacción de su compañero le distrajo. Mason se agachó y recogió un paquete del suelo, que contempló desde todos los ángulos.

—Buenas noches, agentes —dijo el tío de Cassandra. Forzaba una voz calmada nada verosímil, pensó Liam mientras guardaba su placa—. ¿En qué puedo ayudarles? —preguntó al tiempo que les invitaba a entrar en su vivienda, una cabaña de madera de donde procedía un agradable calor hogareño.

Una vez dentro, Liam buscó con la mirada a Cassandra. La encontró detrás del hombre que les había abierto la puerta, esforzándose por mantener la calma. La observó con una mezcla de curiosidad y escepticismo, tratando de adivinar los pensamientos que cruzaban por su cabeza.

—¿Querrían algo de beber, caballeros? —preguntó el hombre de ademanes excéntricos después de completar un extraño ritual con los pestillos de la puerta.

Liam apartó su escrutinio y regresó a la realidad.

—Se lo agradecemos, pero no será necesario, señor...

—¡Oh, claro! —exclamó el hombre mientras se limpiaba con un pañuelo blanco para después extender la mano—. Soy John Kapra, disculpen mis modales.

—Yo soy el inspector Sanders. —Liam le estrechó la mano a John—. Y él es mi compañero, el subinspector O'Connor. Necesitamos hablar con la señora Kapra.

—¿Acaso sucede algo malo, agentes? —preguntó John de un modo ridículamente teatral—. Mi sobrina es una gran persona, ella nunca haría daño a nadie —añadió, delatando unos nervios más que evidentes.

Kassandra permanecía en un segundo plano. Sostenía a Lucas en brazos y observaba la escena como si de algo ajeno a ella se tratara. Permaneció tranquila, sin mostrar la más mínima emoción, tal y como se había comportado durante los últimos meses de su vida. Claro que la verdadera Cassandra le pedía a gritos el echar de la cabaña a aquellos dos policías.

—Permítame dudarle, señor Kapra —respondió Liam sin la menor sutileza—. Su sobrina nos ha mentado en varias ocasiones, ¿no es así, Cassandra?

Se había dirigido a ella por su nombre, y eso la incomodó. Sin percatarse de ello, Cassandra dio un minúsculo paso hacia atrás que no pasó desapercibido para Liam.

—¿Cómo...? —balbuceó. La vista se le nubló antes de formular la pregunta y tuvo que dejar a Lucas en el suelo—. ¿Cómo me han encontrado?

—Alguien nos informó de su paradero.

—¿Quién es ese *alguien*?

—No puedo facilitarle esa información —respondió Liam, observándola de arriba abajo.

El inspector Sanders no podía responder a la pregunta, entre otros motivos, porque no conocía la respuesta. Había sido un informante anónimo quién les había proporcionado la dirección donde podrían encontrar a Cassandra.

Aquella misma mañana, mientras Mason y él charlaban con el doctor Morrison, un hombre llamó a comisaría y preguntó por el inspector Sanders. El agente que atendió la llamada no logró que su interlocutor se identificara. Dejó un único mensaje, tan escueto como extraño, el paradero de Cassandra Kapra.

—Nadie podía saber que yo estaba aquí —pensó Cassandra en voz alta mientras se apoyaba sobre el mueble que quedaba a su izquierda.

John se sirvió una copa de whisky que bebió de un solo trago.

—Ha sido Jayden —anunció solemnemente, como si estuviera desvelando un gran secreto. Volvió la vista hacia su sobrina—. Estoy seguro de que ese malnacido te ha seguido hasta aquí.

Jayden tenía motivos de sobra para perseguir a Cassandra, pensó John, especialmente después de que ella hubiera desvalijado aquella maldita caja fuerte en cuyo interior había fotografías tan comprometedoras. Robarlas había sido una verdadera temeridad. ¿Por qué diablos habría hecho algo así?, se preguntó furioso con Cassandra y, curiosamente, orgulloso de ella.

—Me temo que eso no es posible, señor. —Mason intervino en la conversación.

—¿Y por qué no, agente?

—Jayden Wenneck está muerto, señor Kapra.

John les pidió que le acompañaran al salón. A Liam no le hizo especial ilusión el sentarse junto a la chimenea mientras Cassandra y su tío asimilaban la noticia, pero lo cierto es que incluso su falta de empatía tenía sus límites.

John se sirvió otra copa de whisky y les ofreció una a los agentes, que enseguida rechazaron su ofrecimiento.

A decir verdad, Liam necesitaba tomar un trago con el que calmar su malestar. La discusión con el capitán Nicholson había sacado a relucir su lado más díscolo. Liam odiaba que le dijeran cómo debía hacer su trabajo, y eso precisamente era lo que había tratado de hacer el capitán aquella mañana. La investigación debía centrarse únicamente en Cassandra, le había ordenado Nicholson, a petición, obviamente, de la señora Witterman.

El problema no era Margaret. A Liam le traían sin cuidado las impertinencias de una mujer como ella. Lo que verdaderamente le sacaba de sus casillas era que el capitán hubiera cedido a sus chantajes.

Cierto era que Liam no creía en la inocencia de Cassandra, pero las decisiones que tomara responderían a sus propias investigaciones y no a la voluntad de una ricachona lunática enfermizamente obsesionada con su nuera.

Aquella mañana Nicholson le había dado un ultimátum a Liam. O inculpaba a Cassandra en veinticuatro horas o lo entregaba el caso a otro inspector.

—Así que Jayden ha muerto —murmuró John, como si hablara consigo mismo. Trataba de hacerse a la idea, pero lo cierto es que le estaba costando un gran esfuerzo—. ¿Dónde...? ¿Dónde

han encontrado su cadáver? —preguntó con cierta tensión, como si fuera un personaje de sus novelas quien hablara por él.

—En una nave industrial próxima a su apartamento.

Kassandra comenzó a temblar por dentro.

—¿Y de qué ha fallecido? —insistió John, sosteniendo su copa de whisky como si de un tesoro se tratara.

Antes de responder Liam observó detenidamente a Kassandra, tratando de averiguar qué demonios escondía esa misteriosa mujer de ojos ambarinos y emociones devastadas. Ella ni siquiera parpadeó. Era evidente que su cerebro estaba trabajando a toda máquina, pero la expresión de su rostro no daba apenas pistas sobre qué era lo que debía estar maquinando.

Era una mujer extrañamente atractiva, pensó Liam. Su belleza no era común, ni tampoco comprensible. Tal vez era aquella singular mirada parda, oculta bajo un velo de misterio, lo que le hacía brillar de aquel modo tan cegador.

—Todavía no hemos recibido el informe toxicológico —contestó Liam en tanto finalizó su infructuoso escrutinio, obviando en su respuesta las heridas que presentaba Jayden en el rostro y en la parte posterior de la cabeza.

John compuso una exagerada mueca de extrañeza.

—¿El informe toxicológico? —repitió con incredulidad—. Jayden podía ser muchas cosas, pero no era un drogadicto, ¿no es así, Kassie?

Llevaba razón, pensó Kassandra. Jamás había visto a su marido consumir ninguna droga.

—No lo era —respondió tímidamente mientras deslizaba un dedo sobre la cicatriz de su ceja izquierda.

—Nadie ha hablado de drogas —puntualizó Liam—. Al menos, no de las que usted está pensando —aclaró.

Involuntariamente, el inspector dirigió la mirada hacia la copa de whisky que el tío de Kassandra dejó sobre la mesa.

—¿Y entonces? —preguntó John sin esconder su curiosidad.

—Todo apunta a que ha muerto envenenado —respondió Liam dirigiendo a Kassandra una mirada acusatoria—. Un modo de asesinar más propio de mujeres que de hombres —añadió de un modo provocador.

Kassandra sintió una gran losa helada sobre sus hombros. Incapaz de dominar sus emociones ni un segundo más decidió concederse un respiro.

—Si me disculpan —dijo al tiempo que se incorporaba con cierta dificultad—, subiré un instante al lavabo. Necesito refrescarme.

Instintivamente, Mason se levantó.

—¿Se encuentra bien su sobrina? —le preguntó a John en tanto Kassandra hubo abandonado el

salón.

—Eso creo —respondió John con el estómago revuelto y la mirada perdida en la desgracia que acechaba—. Es una mujer fuerte, lo superará.

—De eso no me cabe la menor duda —apuntilló Liam, cansado de aquella interpretación teatral.

El comentario no fue del agrado de John, que regresó de nuevo a la realidad dispuesto a limpiar el buen nombre de su sobrina.

—Escuche, inspector, no sé qué pretende insinuar con ese tipo de comentarios, pero le aseguro una cosa, Cassandra es una excelente persona. Cometió un solo error: se casó con la persona equivocada. Eso es todo. —Permaneció un instante con la mirada perdida—. A decir verdad, no sé qué diablos vio en Jayden, supongo que se enamoró de lo que ella quiso ver.

—Pensaba que era su cuenta corriente lo que le había enamorado de él.

Mason se volvió hacia su compañero abriendo los ojos mientras se ajustaba las gafas. ¿Qué demonios estaba haciendo? Sanders era tipo astuto, de eso no le cabía la menor duda, pero en esta ocasión había errado el tiro. Era evidente cuál era su intención, sus continuos envites tenían un único propósito: provocar a los Kapra. Pero no lograría nada asediándoles de aquel modo, pensó Mason, convencido de que ninguno de los dos tenía nada que ocultar.

—Le estaría muy agradecido si dejara sus prejuicios a un lado, inspector. —John se bebió el whisky de un solo trago—. Puedo intuir porqué desconfía de ella —confesó agachando la mirada—. Es más que evidente que oculta algo. Antes de que me lo pregunten, les diré que no sé de qué se trata. Si puedo darles un consejo, denle tiempo. Solo necesita eso, tiempo y paciencia.

—Me temo que no disponemos ni de una cosa ni de la otra —respondió Liam, fiel a su habitual insensibilidad.

El deseo por tomar un trago aceleró su respiración.

—¿Por qué cree usted que su sobrina no está siendo sincera con ninguno de los tres? —intervino Mason, tratando de calmar las aguas.

Aquel tipo parecía mucho más razonable que el otro, pensó John, valorando la posibilidad de confesar lo que sabía.

—Según me ha explicado Kassie, Jayden y ella tuvieron una discusión hace unos días. Después de eso él desapareció. Eso es todo lo que sé. —John decidió obviar el asunto de la caja fuerte—. Intuyo que no me ha explicado todos los detalles para no preocuparme.

—¿Y qué hay de nosotros? —insistió Mason—. ¿Por qué nos ha ocultado la verdad a nosotros?

—Ella... —John titubeó. Volvió la vista hacia su espalda, temiendo que Cassandra pudiera aparecer en cualquier momento. Su sobrina interpretaría como una traición lo que John estaba a punto de hacer, pero él solo quería protegerla y para ello no veía más salida que contar con el apoyo de aquellos dos agentes—. Kassie no confía en la policía.

—¿Cómo que no confía en la policía? —repitió Mason como si sus oídos acabaran de

escuchar la peor de las blasfemias.

—Ocurrió hace muchos años —comentó John en voz baja. Se aclaró la garganta y, con ayuda de su pañuelo, se secó el incómodo sudor de la frente mientras se sentaba en la otra esquina del sofá, apartándose así del sofocante calor de la chimenea. Aquella era la primera vez en mucho tiempo que recordaba lo sucedido, pensó con la mirada humedecida—. Su familia más cercana falleció cuando ella no era más que una niña.

—Siento oír eso —dijo Mason con verdadero pesar.

—Yo apenas la conocía por aquel entonces —continuó John mirando el fuego de la chimenea—. La había visto un par de veces, tal vez tres. —John agachó la cabeza—. Mi hermana y yo nunca nos llevamos muy bien —reconoció, alzando repentinamente la mirada hacia el inspector, casi deseando enfrentarse a él—. Era una mujer ejemplar —dijo, enmendando su anterior comentario—, pero el trabajo se convirtió en su única obsesión. Cuando ella y su marido fallecieron, yo adopté a Cassandra. Le di mi apellido e hice cuando estaba en mis manos para que esa pobre niña fuera feliz, pero pasaron muchos años antes de que viera una sonrisa en su rostro.

—Lo lamento mucho, señor Kapra —dijo Mason, visiblemente consternado—. Disculpe que insista, pero ¿qué tiene que ver esta historia con la aversión que siente su sobrina por el cuerpo de la policía?

—Eso tendrán que preguntárselo a ella —añadió con lentitud y pesar, como si de algún modo le doliera pronunciar aquellas palabras.

En aquel preciso instante, Cassandra bajó por las escaleras. Le sorprendió el modo en que los dos agentes le observaron. ¿Era compasión lo que reflejaban sus miradas? ¿Tal vez empatía o simplemente lástima? Debía tener un aspecto horrible, pensó retirándose el pelo de la cara.

Tomó asiento en el sofá junto a su tío John. Se extrañó del silencio que reinaba en el salón, donde todo cuanto se escuchaba en aquel instante era el crepitar del fuego. Volvió la vista hacia su tío y por el rabillo del ojo echó un vistazo a los agentes. Reparó entonces en el paquete que Mason tenía a sus pies.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando un sobre grande de color marrón.

Mason le miró sin comprender su pregunta hasta que bajó la vista hacia sus pies y vio el paquete.

—¡Oh, sí! Disculpe, estaba en la puerta —le informó alcanzándole el sobre acolchado—. Lleva su nombre.

Kassandra lo cogió con las manos temblorosas. Rasgó el papel que lo envolvía y extrajo una cajita en cuyo interior encontró una nota mecanografiada.

Querida Kassie,

Supongo que te habrás sentido feliz al conocer la noticia de la muerte de tu marido. Era eso lo que querías, ¿no es así?

Dedicaré el tiempo que me quede en libertad a destrozar tu vida del mismo modo que tú estás empeñada en destruir la mía.

Puedo imaginar tu rostro de estupor. Créeme cuando te digo que me duele. Me duele en el alma verte así, tan frágil y encolerizada al mismo tiempo.

Piénsalo bien antes de dar un siguiente paso. Tienes el remedio para esta horrible enfermedad que te acecha sin descanso. Entrégame la grabación y olvidaré tus pecados.

Ahícam

Septiembre de 2011

La boda se celebró en la más absoluta intimidad por expreso deseo de Jayden. Cassandra tampoco era mujer de grandes ceremonias o, al menos, eso acabó por creer tras conversar sobre ello con su futuro marido.

Jayden parecía ansioso por celebrar el enlace, como si de algún modo temiera que ella se arrepintiera de su decisión. Teniendo en cuenta que apenas había que organizar ningún preparativo, logró convencer a Cassandra para contraer matrimonio en septiembre. Ella, aceptando una vida que no deseaba, se limitó, una vez más, a dejarse llevar por la corriente.

El Ayuntamiento de Nueva York, ubicado en el Bajo Manhattan, fue testigo de su enlace, íntimo e impersonal, al que apenas acudieron unos pocos invitados. Cassandra ni siquiera pudo decidir la lista de asistentes a su propia boda. Hubo una ocasión en que trató de convencer a Jayden para invitar a la que antaño había sido su mejor amiga, y con quien apenas había mantenido la relación durante los dos últimos años.

—No creo que sea una buena idea, Kassie, ya sabes cómo es Lucy. —Jayden no la miró cuando pronunció estas palabras, algo muy propio en él.

—Pero es la única amiga que tengo. Deja que al menos venga ella a la boda —suplicó, sumergiéndose de nuevo en su habitual papel de sumisión.

—Sabes que no me gusta que hables así —contestó él como si hablara con una niña de cuatro años—, yo no te tengo que dar permiso para que hagas lo que consideres oportuno. Puedes invitar a quien quieras, solo te pido que lo reconsideres. Lucy no es una buena persona, los dos sabemos que tiene celos de ti y no hace falta ser muy listo para saber por qué.

Ella se encogió de hombros, sin comprender el giro que estaba dando la conversación.

—Por el amor de Dios, Kassie, no seas ingenua. —Esta vez Jayden sí le miró, clavando sobre ella sus ojos negros—. ¿De verdad me vas a hacer creer que nunca supiste de sus sentimientos hacia mí? —Le zarandeó la cabeza, removiéndole el cabello como si no fuera más que una mocosa, y le dedicó una sonrisa lastimera—. ¿Cuándo aprenderás que la gente no es tan buena como tú piensas?

—Yo no sabía que... —balbuceó—. Veras, Jayden, no quisiera llevarte la contraria, pero no creo que sea cierto eso que dices.

Él le puso el dedo en los labios índice y le pidió silencio mientras le sonreía ladeando la cabeza. Aquel gesto, aparentemente inocente, lograba aterrarla. Una simple sonrisa, una sencilla mueca de amabilidad, le hacía estremecer, pues en el fondo sabía que alguien como Jayden no era capaz de sonreír honestamente.

—¿Cómo está Scarlett? —preguntó él con una habilidad enfermiza—. Hace tiempo que no me explicas nada de tu abuela. ¿Acaso no está bien en la residencia Golden Gate?

Cada vez que discrepaban sobre algún asunto, Jayden sacaba a relucir el tema de su abuela,

mencionando con suma destreza la residencia que tan *generosamente* costeaba.

—Supongo que se habrá alegrado mucho de nuestro enlace —prosiguió, enmarcándole el rostro con sus manos—. Cariño, no debes darle tantas vueltas a las cosas, ya sabes que eso perjudica tu salud —añadió, haciendo alusión a los dolores de cabeza que Cassandra sufría tan a menudo—. Tu abuela y tu tío John estarán contigo el día de nuestra boda, ¿a quién más necesitas?

Kassandra se acostumbró a anular cualquier tipo de emoción. El dolor de la soledad le acompañó durante aquellos días de manera infatigable. Aceptó con resignación su desamparo, pactando su rendición con el mismísimo diablo. A cambio, se convirtió en una mujer huérfana de emociones. Solo Jayden podía advertir la sombra de aquella desazón, que a sus ojos se mostraba en forma de incertidumbre.

—No me gusta verte así de triste —solía decirle en tanto detectaba el menor indicio de inseguridad—, tienes todo cuanto una mujer podría desear, ¿qué más le puedes pedir a la vida?

Felicidad, acostumbraba a responder Cassandra en silencio. Felicidad y, sobre todo, libertad.

—Ya sabes que el mundo está lleno de malas personas, pero no debes preocuparte por eso si estás a mi lado. Solo yo te cuidaré como te mereces, solo yo te daré todo lo que necesitas y, por supuesto, solo yo te querré tanto como para dar mi vida por ti.

Vivían en un mundo hostil y lo único que podía salvar a Cassandra del desencanto que reinaba a su alrededor era permanecer al lado de Jayden. Eso le hizo creer él y eso precisamente acabó por aceptar ella.

El día del enlace no fue muy diferente al resto de los días, salvo por dos singulares e inesperadas conversaciones. La primera de ellas tuvo lugar entre Cassandra y su tío John minutos antes de la ceremonia.

—Cometes un grave error, Kassie —le advirtió John sosteniéndola del brazo con autoridad.

Kassandra se sintió intimidada al mirar a su alrededor. Saúl, el amigo de su marido, les observaba desde el otro lado de la sala. Su rostro dejaba entrever cierta contrariedad y su mirada no irradiaba su habitual y aparente amabilidad. Cassandra le saludó con una sonrisa nerviosa. Él le devolvió la sonrisa mientras se tapaba la boca con un pañuelo, tras un severo golpe de tos.

—No es el momento adecuado para hablar de eso —le recriminó Cassandra a su tío mientras inconscientemente se acariciaba la pequeña cicatriz de su ceja izquierda.

—Si ahora no es el momento adecuado, ¿cuándo lo será? —refunfuñó él, furioso al ver como su sobrina tiraba su vida por la borda—. Solo intento entender por qué demonios te casas con alguien como Jayden.

—Agradezco tu preocupación, tío John, pero ahora no me apetece hablar del tema —balbuceó.

—¡Virgen santa! Pero ¿tú te has visto? —explotó—. Ni siquiera eres capaz de decirme por qué te casas con él. —John se percató de su brusquedad y suavizó el tono enseguida—. Escucha, Kassie, todavía estás a tiempo de cancelar la boda. No volverás a vivir el día de hoy. Los días no se repiten, simplemente pasan de largo —dijo con un aire nostálgico.

De nada le sirvieron sus palabras. El enlace se celebró sin que John pudiera evitarlo. Él asistió a aquella farsa sintiendo una repentina punzada de culpabilidad, sabiendo que muy probablemente podría haber hecho algo más por evitar la grave equivocación que estaba cometiendo su sobrina.

La segunda conversación inesperada tuvo lugar instantes después del enlace, en un pequeño y elegante local situado a escasos cien metros del ayuntamiento. Los invitados conversaban distraídos mientras disfrutaban del servicio de aperitivos que incluía, naturalmente, un variado repertorio de bebidas alcohólicas.

Margaret, la madre de Jayden, quiso felicitar a su nuera en privado, de modo que le pidió que le acompañase a un lugar más apartado.

—Enhorabuena, querida, ya lo has conseguido —comentó una vez a solas, lanzando veneno a través de sus palabras.

Margaret Witterman no aprobaba aquel enlace. Es más, se mostraba firmemente en contra del mismo y así se lo había hecho saber a su hijo, quien, por supuesto, había hecho caso omiso de sus advertencias.

Kassandra permaneció en silencio, escudriñando a la mujer y empleando todas sus fuerzas en no caer en la provocación.

—Vamos, Kassie, esto no es un concurso de popularidad —insistió la mujer, ansiando la confrontación—, no tienes que fingir conmigo, conozco muy bien a las mujerzuelas como tú. Solo buscáis una única cosa: dinero. Al menos, podrías haberte esforzado en celebrar un enlace a la altura y no esta pordiosera celebración de indigentes. Solo espero que los abogados de Jayden hayan redactado un acuerdo prematrimonial que proteja sus bienes. —Margaret contempló el bello rostro de Kassandra, donde apenas se reflejaba la menor reacción. La joven parecía un maldito ángel, pensó enfurecida—. Haz el favor de responder con sinceridad y olvídate de intentar agradarme.

—No intento agradarte, Margaret —respondió ella con franqueza.

—No juegues conmigo, jovencita —le advirtió, alzando el dedo índice mientras la fulminaba con la mirada—. Sé lo que pretendes, pero mientras yo viva lucharé para impedírtelo.

Kassandra no tenía más que sonreír y asentir, tal y como solía enfrentarse a los envites de su suegra. Pero aquel día algo extraño sucedió en el interior de su cerebro. De pronto y sin previo aviso, se prendió la chispa de la rebeldía. Una pequeña descarga de indocilidad que habló por ella.

—Si te hace más feliz, puedo fingir que tu opinión me importa.

No tenía ni idea de quién había pronunciado aquellas palabras que, si bien habían brotado de sus labios, no parecían haber emergido de su cerebro. Pero una vez pronunciadas, ya era demasiado tarde para echarse atrás, pensó Kassandra.

—¿Con quién te crees que estás hablando? —exclamó Margaret, incapaz de dar crédito—. Harás de mi hijo un hombre infeliz y es mi deber impedir que ello suceda.

A decir verdad, no era la felicidad de su hijo lo que realmente le preocupaba. Margaret sabía perfectamente lo que acabaría por suceder si ella no lo impedía antes. Cassandra parecía astuta, pensó, pero no lograría hacerse con la fortuna de su familia. No mientras ella viviera.

—Si quieres buscar un culpable de la infelicidad de tu hijo, mírate al espejo —dijo una osada Cassandra antes de dar media vuelta y dejar a su suegra con la palabra en la boca.

Una boda era, junto con el nacimiento de un hijo, el acontecimiento más importante en la vida de una persona, les dijo Benjamin en tanto la celebración hubo concluido. El tío de Jayden parecía feliz por aquel enlace, aun a pesar de lo mucho que había enfurecido a su hermana.

—Y aquí está mi regalo de boda —anunció mientras les entregaba las llaves de un apartamento situado en pleno corazón de Manhattan.

—Te lo agradezco, tío Benjamin —respondió Jayden sin fingir el menor asombro, pues ya habían conversado previamente sobre ello.

Benjamin quiso acompañarlos a su nueva vivienda, orgulloso por el magnífico y costoso regalo que les había hecho a su sobrino y a su mujer. De camino, recogieron a Lucas, que les recibió como si llevara semanas sin verlos.

Ubicado en un distinguido edificio de finales del siglo XIX, el apartamento parecía atesorar toda la elegancia de la ciudad. Con más de veinticinco plantas y quinientos apartamentos, el edificio trataba de alcanzar el mismísimo cielo de Manhattan. Era uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad, les explicó Benjamin mientras se regodeaba en la fortuna que le costó aquel apartamento cuando lo compró tres años atrás. Techos altos, paredes de cristal, suelos de mármol y apliques de bronce. Un lujo al alcance de muy pocos.

Kassandra se detuvo en el vestíbulo, contemplando la ostentación y la extravagancia del lugar. Se adentró en su nuevo hogar sosteniendo a Lucas en brazos, como si temiera que el animalillo hiciera algún destrozo a semejante pulcritud. Avanzó mientras a lo lejos escuchaba a Benjamin y a Jayden conversar sobre un negocio que tenían entre manos.

Llegó a la que sería su habitación de matrimonio, una estancia enorme donde una cama con dosel, vestida con elegantes sábanas de seda, captaba todo el protagonismo de la estancia. Dejó a Lucas en el suelo e inspeccionó el lugar sin sentir la menor emoción.

—¿Te gusta, querida? —preguntó una voz a su espalda.

—Es maravilloso —respondió ella mientras se daba la vuelta—. Muchas gracias, Benjamin.

—¿Dónde está Lucas? —preguntó Jayden, que en aquel momento entraba en la habitación con un par de copas. A Cassandra no le gustaba beber o, al menos, eso había decidido él, de modo que nunca le servía nada que llevara alcohol—. ¿No le habrás dejado suelto por el apartamento? —preguntó con un ligero tono de reproche.

—Le dejé un instante al suelo —se defendió Cassandra—. Iré a por él.

Lo buscó por todo el apartamento, lo cual no le resultó tarea fácil, pues se trataba de una vivienda de enormes dimensiones.

—¿A dónde te diriges? —preguntó Jayden al verla abrir una puerta roja que hasta aquel instante le había pasado desapercibida a Cassandra.

—La puerta estaba entreabierta, pensé que tal vez Lucas hubiera entrado en esta habitación.

Jayden compuso una mueca poco amistosa que ella no supo interpretar. ¿Por qué se habría molestado?, pensó Cassandra mientras ardía en deseos por tomarse un trago que le ayudara a sobrellevar aquella vida no deseada.

—Kassie, querida, esa puerta no da a ninguna habitación —intervino Benjamin, lanzándole a su sobrino una mirada de recriminación para después dedicarle a Cassandra una dulce pero fingida sonrisa hogareña—. No es más que una estancia vacía que mandé construir cuando compré el apartamento. —Benjamin abrió la puerta y le mostró el interior, un oscuro pasillo de paredes de piedra que parecía dar a una posterior sala de la que apenas se veía ningún detalle—. Esta puerta debería estar siempre cerrada —dijo mientras sacaba una llave de su bolsillo—. No deberías entrar ahí dentro. Solo Dios sabe la cantidad de suciedad que debe haber.

Cerró la puerta con llave con un movimiento lento y seguro. En aquel instante se escuchó un ladrido de Lucas.

—¡Está dentro! —exclamó Cassandra—. Por Dios, Benjamin, abre la puerta —le suplicó.

Él hizo lo propio y, antes de que pudiera darse cuenta, Cassandra atravesó el pasillo. Se adentró en la habitación que apareció al final del mismo. Al entrar se encendió sobre ella una bombilla roja, como una diminuta luz de posición de un barco vigilante, que iluminó la estancia de un modo bastante peculiar.

No era como se lo había imaginado, pensó Cassandra, extrañada al ver el elegante despacho con paredes cubiertas de caoba que se mostró ante sus ojos. Pisó el suelo enmoquetado y se apoyó sobre una de las sillas de tela acolchada que estaban junto al escritorio de madera de acacia con acabado de mármol. La mesa estaba cubierta de papeles. Los restos de un puro recién apagado descansaban sobre un cenicero de cristal labrado. Cassandra olisqueó el aire, apreciando el aroma a tabaco y a pieles curtidas, y cogió a Lucas en brazos.

A un lado de la sala había un espectacular bar rodante con decenas de botellas, algunas sin abrir, otras a medio consumir, copas de un precioso azul brillante y una pequeña vitrina de nogal que albergaba varias cajas de habanos.

En aquel preciso instante, cuando Jayden y Benjamin entraban en la sala apresurados, Cassandra la vio por primera vez. Oculta tras unas tupidas cortinas de terciopelo rojo, divisó lo que acabaría siendo el umbral de su posterior infierno.

Era una caja fuerte de pequeñas dimensiones, encastrada sobre la pared que quedaba frente a ella, de madera y de acero pulido.

—Has descubierto mi secreto —comentó Benjamin al entrar en la habitación, forzando una sonrisa con la que, sin embargo, no pudo ocultar su evidente contrariedad—. En realidad, sí había una habitación tras el oscuro pasillo —añadió con una impuesta y poco creíble naturalidad—. Como podrás ver, no es más que un simple despacho —comentó, extendiendo la mano derecha mientras con la izquierda accionaba el interruptor de la luz.

—Siento haber tenido que entrar —se disculpó Cassandra con la vista fija en la caja fuerte.

—No te preocupes por eso. Te preguntarás qué hay en esa caja fuerte... —dijo Benjamin advirtiéndole su curiosidad.

—En realidad no —mintió—. Eso no es asunto mío.

—No son más que documentos privados, papeles sin importancia —comentó él, haciendo un aspavento con la mano—. Y ahora, salgamos de este tugurio, apenas se puede respirar con este olor a humo.

El día concluyó del mismo modo en que comenzó, con una frialdad a la que Cassandra ya se había acostumbrado.

Jayden parecía satisfecho, había logrado lo que él más ansiaba, casarse con la única mujer a la que había amado y la única persona que había logrado despertar en él un sentimiento muy próximo a la felicidad. No obstante, había un asunto que le perturbaba. La caja fuerte.

El maldito perro se había colado por donde no debía y Cassandra había acabado por descubrir la existencia de aquella habitación en cuya caja fuerte se escondían cientos de documentos comprometedores. La culpa no había sido suya, se dijo, sino de su tío Benjamin. ¿Cómo diablos había cometido el error de dejar la puerta abierta?

—Había pensado en mudarnos al nuevo apartamento a finales de mes —le comentó a su mujer una vez se metieron en la cama.

—Me parece bien.

Jayden carraspeó antes de continuar hablando.

—No quiero que entres en la habitación que hay tras la puerta roja. —Empleó un tono suave y cariñoso, pero estaba dispuesto a ser más duro con ella si eso era necesario.

—Descuida —respondió ella—, no entraré ahí.

—Prométemelo —le exigió él mientras miraba a Lucas, tumbado sobre el regazo de Cassandra.

—Tienes mi palabra, Jayden. ¿Tú sabes qué es lo que guarda tu tío en esa caja fuerte?

—No lo sé —respondió él, molesto por aquella repentina curiosidad—, y, como bien dijiste, no es asunto tuyo. —Jayden se aclaró la garganta y clavó sus ojos en los de Cassandra—. Benjamin enviará alguien la semana que viene para que vacíe el despacho. Había pensado en emplearlo para mis asuntos personales —añadió, recalcando la última palabra. Carraspeó de nuevo—. Necesitaría tener cierta intimidad.

—Lo comprendo.

—Júrame que jamás entrarás en esa habitación, Kassie —insistió Jayden.

—Ya te he dado mi palabra. —Cassandra volvió la vista hacia él y le miró extrañada—. No tienes por qué preocuparte.

—Espero que así sea —respondió él, hilvanando una clara amenaza tras sus palabras—. Lo espero por tu propio bien.

9 de diciembre – 10 de diciembre

Liam no dudó en quitarle la nota de las manos a Cassandra. Ella había palidecido repentinamente, de modo que debía ser algo grave, dedujo. La leyó en tensión, sabiendo que se trataba de una pieza más a encajar en aquel endiablado rompecabezas.

—Creo que ha llegado la hora de que nos acompañe a comisaría y nos explique de una vez por todas de qué demonios va todo esto —dijo el inspector en tanto concluyó la lectura de aquella nota mecanografiada, empleando un tono a medio camino entre la indignación y la preocupación.

Le alcanzó el papel a su compañero y observó a Cassandra, advirtiendo por primera vez un breve destello de agitación. Parecía aterrada, y no era para menos, pensó el inspector. Aquel mensaje la involucraba en la muerte de su marido. Sin embargo, no parecía ser eso lo que verdaderamente le asustaba.

El horror que Liam percibió en su mirada nada tenía que ver con la muerte de su marido, sino con el espanto que le asedió al sentirse acorralada. La nota incluía algo más que una simple incriminación. Ese tal Ahicam, quien quiera que fuera, le estaba declarando la guerra a Cassandra.

—Señor Sanders, no quisiera contradecirle pero son más de las once de la noche —intervino John—. No creo que sea una buena idea salir de viaje a estas horas. Con este tiempo sería una auténtica temeridad —añadió señalando una de las ventanas del salón donde parecían advertirse espesos copos de nieve que caían con urgencia, golpeando suavemente el cristal—. ¿Por qué no se quedan a pasar la noche en la cabaña? Hay habitaciones de sobra y...

—Se lo agradezco, pero me temo que eso no será posible —le interrumpió Liam.

El viaje hasta Lake Placid le había resultado terriblemente pesado y lo cierto es que pensar en la vuelta en coche, que probablemente durara mucho más de las cinco horas que les había costado llegar, se le hacía cuesta arriba. Aun así, pasar la noche en aquella cabaña no parecía ser la solución, y menos aún teniendo en consideración el humor de perros que arrastraba tras la discusión con el capitán.

—Mire, inspector, tiene usted mi palabra de que mañana iremos con ustedes dos a comisaría. Yo acompañaré a mi sobrina, y le prometo que ella le dirá todo lo que sabe, ¿verdad que sí, cariño? —le preguntó a Cassandra, que permaneció enmudecida con la mirada clavada en el fuego de la chimenea—. Kassie, ¿estás bien?

Ella asintió sin fuerzas. Levantó la vista y, haciendo un notable esfuerzo por contener las lágrimas, dirigió la mirada a los agentes.

—Les contaré todo lo que sé.

Kassandra dio vueltas en la cama durante más de dos horas, incapaz de conciliar el sueño. Se había retirado a su habitación enseguida, temiendo que tal vez alguno de los agentes no quisiera esperar al día siguiente para escuchar su confesión. Así pues, dejó a su tío a solas con aquellos

dos hombres y se largó sin más.

Al cabo de unos minutos había escuchado a Liam dirigirse a la que sería su habitación. Mason, en cambio, permaneció en la planta de abajo con su tío John, con quien disfrutó de una deliciosa cena de macarrones con queso.

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando finalmente logró quedarse dormida, pero su descanso no tardó en verse perturbado por una agónica pesadilla.

Kassandra se levantó de la cama intentando no hacer ruido. Lucas apenas se inmutó y continuó durmiendo acurrucado entre las sábanas.

Bajó las escaleras descalza y caminó de puntillas, tratando de evitar el habitual crujir de la madera. La chimenea todavía estaba encendida, pensó al escuchar el sonido crepitante del fuego.

—¿Tampoco puedes dormir?

Kassandra permaneció inmóvil y en silencio al escuchar aquellas palabras.

El inspector Sanders estaba sentado sobre el sofá de terciopelo. Sostenía una copa de whisky que agitó con un movimiento preciso, provocando el tintineo del hielo al golpear las paredes del vaso.

Liam examinó a Kassandra al detalle. O, al menos, todo lo detenidamente que su estado de embriaguez le permitió. De algún modo, le recordó a una semilla a punto de germinar, como si ansiara compartir sus emociones con el mundo entero. Pero no lo hacía. Kassandra permanecía recluida en su propia prisión, inmovilizada por unas cadenas de esclavitud de las que no parecía poder liberarse.

Ella le observó sin saber qué decir. El inspector parecía haber bebido bastante, pensó. Tenía las mangas de la camisa remangadas y el cuello desabrochado, las pupilas anormalmente dilatadas y el pelo revuelto y enmarañado. Le extrañó el modo en que se había dirigido a ella, mirándole fijamente a los ojos sin que en sus palabras pudiera apreciarse el menor reproche.

—Eres una mujer realmente preciosa —comentó Liam, dejando escapar sus pensamientos más íntimos—. Lástima que lo apetecible y lo conveniente rara vez coincidan.

Kassandra le miró desconcertada. ¿Qué demonios le había sucedido al obstinado e inflexible inspector Sanders? ¿Dónde había quedado aquella profunda antipatía que su mera presencia parecía suscitarle?

—Será mejor que no bebas más. —Kassandra apartó la botella de whisky que había sobre la mesa y la dejó en el mueble bar.

—Agradezco tu preocupación. —Bajo su bigote se dibujó una sonrisa indecorosa.

—No es por ti por quien me preocupo, sino por mí —aclaró, dejando escapar una pequeña dosis de su antiguo temperamento.

—Mi ex mujer solía repetirme esa frase a menudo —se burló Liam con un tono tan mordaz como el reproche que escondían sus palabras.

Kassandra le miró vagamente escandalizada y esbozó una leve sonrisa diplomática.

—Te contaré un secreto, inspector —dijo mientras tomaba asiento a su lado—, no todas las mujeres somos iguales.

Liam sintió el terrible deseo de besarla. No lo deseaba, lo necesitaba como el oxígeno que alimentaba sus pulmones. Cerró los ojos y calibró los pros y los contras de aquella temeridad hasta que por fin se decantó por la retirada.

—Yo te contaré otro secreto —comentó con una mueca de satisfacción—, no todos los policías somos iguales.

Kassandra le dedicó una sonrisa cortés, intentando no parecer afectada por aquel comentario punzante, pero sus labios se tensaron sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—No lo dudo —respondió, apretando los puños sobre su regazo.

Liam se aproximó a ella con sutileza, observando su confusión con cierto deleite. Kassandra mentía, por supuesto que lo hacía, pero no era una asesina, pensó mientras la observaba con detenimiento. En aquel instante, la dulzura de su rostro se le antojó deliciosa y aditiva.

—Sé que tú no mataste a tu marido. —Su voz sonó repentinamente seria—. Del mismo modo que también sé que no estás siendo sincera conmigo. Puedes confiar en mí, Kassie, haré todo cuanto esté en mis manos para ayudarte.

Kassandra le miró conmovida. Quiso hablar, pero su voz se quebró como una delicada pieza de cerámica. Esbozó una tenue sonrisa melancólica y respondió para sus adentros: «Lo hice, inspector. Yo maté a mi marido».

El viaje de regreso a la ciudad de Nueva York resultó menos pesado de lo que había esperado, especialmente después de la resaca con la que había amanecido.

Liam recordaba haber conversado con Kassandra a solas la noche anterior mientras calmaba su asfixiante deseo por un trago, que acabó convirtiéndose en casi media botella de whisky. Sin embargo, no tenía una idea muy precisa de lo que habían hablado.

Sí era consciente de que, por extraño que fuera, aquella conversación parecía haber cambiado la relación entre ambos, como si de algún modo las palabras pronunciadas, o tal vez las no pronunciadas, hubieran derrumbado el muro cimentado entre los dos.

Kassandra había logrado convencer a su tío para que no le acompañara a Nueva York. Inicialmente, John se había opuesto con firmeza, pero después de casi una hora de discusión ella logró quitarle la idea de la cabeza.

Ninguno de los tres hizo apenas ningún comentario durante el inicio del viaje. Fue Mason quien, pasadas un par de horas, decidió romper el silencio reinante.

—Debería confiar en nosotros, Kassandra —dijo, sentado en el asiento del copiloto. Giró la cabeza para mirar hacia atrás—. Ha de saber que haremos todo cuanto esté en nuestras manos para ayudarle, pero tiene que sincerarse con nosotros. Dígame, señora Kapra, ¿quién es ese tal Ahicam y por qué la está amenazando? —preguntó, dejando para sus adentros la única cuestión que en aquel momento verdaderamente le preocupaba.

Liam miró a Cassandra a través del espejo retrovisor.

—Ojalá lo supiera —respondió ella con la cabeza apoyada en la ventana mientras acariciaba a Lucas, que descansaba sobre su regazo.

—Algo podrá decirnos de ese tipo —insistió Mason—, él sí parece conocerla a usted —añadió, recordando el contenido del paquete que él mismo le había entregado la noche anterior—. ¿Qué hay de la grabación que mencionaba la nota?

—No sé nada de ninguna grabación —respondió Cassandra sin apenas mover los labios.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el subinspector O'Connor—. ¿Es que no se da cuenta del lío en el que está metida?

Ella no respondió, se limitó a mirar a través de la ventana.

—Déjalo, Mason —le pidió Liam en voz baja—. Hablaremos de ello en tanto llegemos a comisaría.

Kassandra agradeció aquellas palabras y, de nuevo, se recluyó en su soledad.

Antes de pasar por la comisaría, Liam acompañó a Cassandra a su apartamento a recoger unas cuantas pertenencias. Tras la muerte de su marido, el que hasta entonces había sido su hogar se había convertido en objeto de investigación por parte de la policía.

Ya no debía haber ningún agente en el apartamento, pues el registro había concluido la tarde anterior, le informó Liam. Aun así, Cassandra decidió trasladar su residencia al estudio que su tío tenía en Manhattan, un pequeño piso de apenas dos habitaciones al que John solía ir cuando echaba de menos el infernal bullicio de la ciudad.

Liam le miró de reojo mientras se dirigían al apartamento. No sabía por qué, pero de pronto sentía la necesidad de asegurarse de que nada malo le sucediera. Todavía no conocía la magnitud real de la amenaza que pendía sobre Cassandra, sin embargo, era más que evidente que se trataba de algo muy serio, de modo que no quiso dejarla sola ni un solo segundo. Por eso y porque, en el fondo, seguía sin fiarse de ella.

La puerta del apartamento no estaba cerrada con llave y dentro de la vivienda se escuchaban varias voces, por lo que el inspector fue el primero en entrar.

La residencia estaba repleta de agentes de la ley, compañeros todos ellos de Liam.

—¿Qué narices hacéis todavía aquí? —le preguntó a un tipo larguirucho que, tumbado sobre el suelo, expandía un polvo de color negro sobre la alfombra que estaba bajo el sofá.

—Estamos revisando de nuevo el apartamento, inspector Sanders —respondió el hombre, irguiendo la cabeza sin levantarse del suelo.

—¿Por qué no se me ha informado de ello? —gruñó Liam—. ¿Y dónde está el oficial que debería custodiar la puerta de entrada?

El hombre se incorporó, descubriendo su esquelética figura, y se encogió de hombros. Incluyó

la cabeza hacia delante y habló en voz baja.

—Escucha, Liam, a mi todo esto me trae sin cuidado, ¿comprendes? Me da mismo buscar pruebas en lugar que en otro —explicó, agitando en el aire la brocha que sostenía en su mano derecha.

—¿Por qué habéis regresado de nuevo, Héctor?

—Órdenes de arriba —respondió el tipo alzando la mirada al techo—. Al parecer, el trabajo que realizamos ayer no fue del todo escrupuloso —ironizó—. Alguien influyente ha hablado con los jefes, Sanders. Tenemos que revisarlo todo de nuevo hasta que encontremos lo que estamos buscando.

—¿Y qué demonios estáis buscando? —Liam comenzaba a perder la paciencia.

El hombre larguirucho miró de reojo a Cassandra, que permanecía inmóvil detrás de Liam.

—Cualquier prueba que incrimine a la esposa del fallecido —respondió el tipo en un susurro—. Según el capitán, ahora mismo es la principal sospechosa.

—¡Maldito hijo de...! —Liam contuvo la blasfemia al tiempo que cogía su móvil para hacer una llamada—. ¿Quién está realmente detrás de todo esto? —preguntó mientras marcaba el número de teléfono del capitán.

El hombre abrió la boca para contestar a la pregunta, pero no tuvo tiempo de hacerlo, pues alguien le interrumpió.

—¡Inspector Sanders! —exclamó una voz femenina que provenía de la otra punta del salón—. Gracias a Dios que ha venido, tiene que...

Margaret enmudeció en tanto vio a Cassandra. Su rostro traslucía un espanto genuino. Tras un primer instante de alarma, la mujer curvó los labios hacia arriba, esbozando una sonrisa fingida.

—¿Qué haces aquí? —exclamó Margaret, conteniendo la furia que casi le imploraba echar a patadas a aquella muerta de hambre que su hijo había escogido por esposa—. ¿Cómo tienes la poca vergüenza de aparecer por el apartamento de mi hijo? —Kassandra ni se inmutó, lo cual le enfureció aún más—. Ni se te ocurra aparecer por el funeral, ¿me oyes? Y ahora, ¡lárgate de aquí!

—Solo he venido a recoger algo de ropa. No tardaré más de cinco minutos.

—Ya veo, y supongo que no podías recoger tu ropa sin que te acompañase el inspector encargado del caso. ¡Por el amor de Dios! ¿A quién pretendes engañar? —A la pregunta sin contestar le siguieron toda suerte de improperios. Ninguno de ellos pareció ofender a Cassandra. En cambio, el inspector sí mostró su malestar ante aquel desagradable espectáculo—. Le está engañando, señor Sanders —le dijo Margaret clavando la vista en él—, y cuanto antes se de cuenta de ello, mejor para usted.

—Tranquílcese, por favor —le pidió Liam, echando mano de sus reservas de paciencia, mientras le dirigía una mirada a Héctor, a quien parecía preguntar: «¿qué diablos hace está mujer aquí?».

—¿Qué me tranquilice? —repitió la mujer, totalmente fuera de sí—. ¡Mi hijo está muerto,

inspector! ¡Muerto! —Margaret comenzó a llorar de un modo grotescamente teatral—. Pensé que se trataba de una discusión de pareja, creí que tal vez mi hijo habría entrado en razón y por fin había decidido abandonar a la meretriz que tenía por esposa —expuso con rencor, como si leyera un guion—, pero no ha sido así. Jayden está muerto y le puedo asegurar que ella está detrás de su asesinato.

—Señora Witterman, la policía está trabajando sin descanso para esclarecer los hechos, pero es pronto para sacar conclusiones. Déjenos hacer nuestro trabajo y le aseguro que averiguaremos lo ocurrido. —Liam aborrecía tener que contenerse, pero después de la última discusión con el capitán, debía ser mucho más comedido si no quería que le apartaran del caso.

—¡Al infierno con eso! —vociferó Margaret, despidiéndose de sus exquisitos modales. Se volvió a Cassandra y le clavó el dedo índice en el pecho, exagerando un sufrimiento simulado—. A mi no me engañas, sé que tienes algo que ver con la muerte de mi hijo y te juro por Dios que haré todo cuanto pueda para acabar contigo, ¿me oyes? —continuó gritando mientras le dirigía una mirada de desagrado a Lucas, que había comenzado a gruñirle—. No eres más que una estúpida con aires de grandeza. Te crees muy lista, ¿no es así?, pero estás muy equivocada si crees que podrás salirte de esta. Acabaré contigo, cueste lo que cueste.

Lejos de ser una estúpida, Cassandra era una persona sorprendentemente inteligente. A su notable inteligencia añadía otra cualidad tan valiosa como la primera: la paciencia. Una virtud que había desarrollado casi por necesidad.

—Puedes estar tranquila, Margaret —murmuró mirándole a los ojos—. No volverás a verme en mucho tiempo. —Al pronunciar estas palabras, Cassandra no pudo evitar sonreír.

Su suegra se acercó a ella y le habló al oído.

—Es realmente irónico, ¿no te parece? —susurró, encarnando el mal en su mirada—. Crees tener motivos para sonreír, pero no son las puertas del cielo las que se acaban de abrir para ti, sino las del mismísimo infierno.

Liam no pudo escuchar las palabras exactas, pero si intuyó la amenaza que simbolizaban.

—Con todos mis respetos, señora —dijo Liam, cogiéndole del brazo con más delicadeza de la que hubiera deseado—, está usted entorpeciendo una investigación policial. No sé quién demonios le ha dado permiso para entrar aquí, pero deberá abandonar el apartamento.

El inspector le hizo un gesto a Héctor para que acompañara a la señora Witterman a la salida. Margaret aceptó la derrota de aquella batalla, convencida de que acabaría con la carrera de aquel maldito agente de policía que acababa de humillarle sin la menor contemplación. En cuanto a Kassie, le tenía preparado un final mucho más apoteósico. Se marchó del apartamento sonriendo en silencio, habiendo concluido una de sus mejores interpretaciones. La muerte de su hijo le traía sin cuidado. Su única obsesión era acabar con su nuera, algo que estaba en camino de lograr.

De camino a comisaría, Liam y Cassandra no hicieron mención alguna a lo ocurrido. Curiosamente, ninguno de los dos pensaba en otra cosa.

Al cabo de unos minutos, Liam recibió una llamada de teléfono.

—¿Qué sucede, Mason? —respondió Liam, activando el manos libres mientras conducía—. Estamos a un par de manzanas de la comisaría.

—Da media vuelta —le dijo su compañero—, y ve al apartamento de Benjamin Witterman. Yo estoy de camino. Nos veremos ahí.

Kassandra observó a Liam mientras acariciaba a Lucas, que dormía sentado sobre su regazo.

—¿Al apartamento de Benjamin? —preguntó el inspector, temiendo que la llamada supusiera un cambio de planes.

—Es el tío de Jayden Wenneck.

—Sé quién es Benjamin —comentó Liam, irascible—. ¿Qué sucede?

—No estoy muy seguro —titubeó Mason, temiendo que Kassandra estuviera escuchando la conversación—, verás es que...

—Está bien, dime dónde tengo que ir —refunfuñó Liam.

El inspector Sanders se dirigió malhumorado a su nuevo destino. Tal vez debiera haber dejado a Kassandra en el estudio de John o en comisaría antes de dirigirse al apartamento de Benjamin, pero lo cierto es que no se sentía cómodo perdiéndola de vista.

Kassandra se estaba convirtiendo en un verdadero rompecabezas. Por primera vez en todos sus años en el cuerpo, Liam se sentía incapaz de interpretar una mirada. Era una mujer indescifrable, concluyó mientras la observaba por el rabillo del ojo. Pero él jamás abandonaba un desafío. La complejidad del caso no hacía sino estimularle aún más.

Ella, en cambio, parecía satisfecha con su autocontrol. Hubiera deseado mandar a paseo a Margaret, por supuesto, pero no podía permitirse ese lujo. Todavía no. Sus emociones habían invernado durante mucho tiempo y así debía continuar.

En tanto llegaron, Kassandra cogió a Lucas en brazos, algo que lograba reconfortarle al instante. Tras el cordón policial que custodiaba la puerta de entrada al apartamento de Benjamin, Liam advirtió el murmullo propio de una congregación de agentes. Fue entonces cuando advirtió el error de haber traído consigo a Kassandra.

Ella abrió los ojos intuyendo lo que anunciaba aquel bullicio de voces. Un súbito escalofrío bailó por todo su cuerpo, provocándole un temblor que apenas pudo controlar.

—No te muevas de donde estás —le escuchó decir al inspector que, con un gesto de mano, le pidió que permaneciera tras la puerta del apartamento.

Una vez dentro, Liam contempló absorto el enorme revuelo que reinaba en el apartamento.

—Sanders —le dijo el detective Rodríguez, saludándole con la cabeza—, será mejor que vengas a ver esto —añadió, invitándole a seguirle hasta una habitación situada al otro extremo del inmueble.

Liam volvió la vista, asegurándose de que Kassandra no se adentraba en el apartamento.

—¿Qué demonios es todo esto? —exclamó al abrir la puerta de la habitación.

Había sangre seca por todas partes. En el techo, en las paredes, en el suelo y en los muebles. El inspector examinó la escena atónito, intuyendo que aquella sangre no solo hablaba de dolor, sino de venganza.

—¿De quién...? —comenzó a decir sin dejar de mirar a su alrededor.

Curiosamente, y a pesar del macabro espectáculo que había en aquel lugar, todo parecía estar en su sitio. Una ráfaga de viento azotó bruscamente la ventana, que se abrió al instante, provocando un gran estruendo. El detective se llevó instintivamente la mano a su arma y apuntó hacia la ventana.

—Solo es viento, Rodríguez —le tranquilizó Liam palmeándole la espalda—. ¿De quién es la sangre?

—No tengo la menor idea —respondió el detective tras un incómodo carraspeo—. Hemos enviado muestras al laboratorio, pero todavía no sabemos nada. —Un agente golpeó la puerta suavemente con los nudillos. El detective le miró fugazmente, mientras le hacía un gesto con la mano para pedirle que volviera más tarde. Se volvió hacia el inspector y retomó la conversación—. Una llamada anónima alertó a la policía de un fuerte estruendo en el interior de la vivienda.

—¡Otra maldita llamada anónima! —blasfemó el inspector Sanders, observando la ciudad a través de la ventana abierta—. ¿Habéis interrogado a los vecinos?

—Nadie oyó nada. Tal vez me equivoque, pero no creo que ninguno de ellos hiciera esa llamada.

—¿Y dónde demonios está...? —preguntó Liam, reparando en aquel mismo instante en el espejo salpicado de sangre que quedaba a su espalda—. ¿Dónde está Benjamin Witterman?

—No hay forma humana de localizarle —respondió el detective con una expresión fatigosa.

El inspector Sanders observó la fotografía pegada en el centro del espejo. Tras las manchas de sangre se observaba claramente el rostro de una mujer hermosa de enormes ojos color miel. Liam se llevó la mano a la frente mientras negaba con la cabeza. Resopló agotado, masajeándose el puente de la nariz en un intento por calmar su temperamento. Hurgó en los bolsillos interiores de su americana hasta que encontró una cajetilla de cigarrillos, que agitó hasta que asomó uno de ellos.

—No creo que sea buena idea —comentó el detective en voz baja. Liam le dedicó una mirada de pocos amigos que, a decir verdad, nada tenía que ver con él. Rodríguez carraspeó de nuevo y preguntó—: ¿La mujer de la fotografía es...?

—Kassandra Kapra —respondió el inspector con el cigarrillo colgando de los labios—. Tráeme un par de guantes, ¿quieres? —le pidió mientras observaba el espejo con la cabeza ladeada.

Rodríguez regresó en menos de un minuto. Liam enfundó sus manos en los guantes de látex que le alcanzó el detective y retiró la fotografía del espejo. Le dio la vuelta y leyó en voz alta el mensaje que había en el reverso.

«Se te agota el tiempo»

Octubre 2011 – Noviembre 2013

Los años que siguieron al enlace acabaron por marchitar la verdadera esencia de Cassandra. A medida que el tiempo avanzaba, ella se dejaba morir sin oponer la menor resistencia.

Parte de culpa de su derrumbe emocional la tuvo la muerte de su abuela. Scarlett falleció tres meses después de que su nieta contrajera matrimonio, coincidiendo su defunción con las fechas navideñas que tanto detestaba Cassandra. El distanciamiento con su tío John y el aislamiento de amigos y conocidos no hicieron sino arrojarle al mismísimo abismo.

El más que evidente naufragio de Cassandra no pasó desapercibido para Jayden. Si bien no fue un asunto al que prestara excesiva atención, lo cierto es que sí trató de ponerle remedio. Durante un tiempo, se comportó de un modo más afectuoso con ella. Fue cariñoso, le colmó de atenciones y regalos e incluso fue mucho más permisivo en cuanto a con quién podía relacionarse. Pero nada de eso fue suficiente para despertar a su mujer de aquel estado vegetativo.

Jayden se cansó pronto de la falta de resultados. Él había intentado ayudarle a salir de aquel encierro voluntario, pero Cassandra no ponía de su parte. Nada lograba entusiasmarle. Al menos, nada que se comprara con dinero. Se pasaba el día deambulando por casa, vestida con harapos, dejando tras de sí un reguero de derrotismo. Él la observaba, preguntándose dónde estaría el problema, pero en su mirada inexpresiva no pudo hallar la menor respuesta.

Pocas semanas después, Jayden decidió desistir en su empeño. Al fin y al cabo, era ella quien había optado por no seguir luchando. Ya no había nada que él pudiera hacer salvo respetar su decisión. Además, él tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

Llevaba ya mucho tiempo trabajando para su tío Benjamin, tal vez demasiado, lo que le había permitido no solo amasar una gran fortuna, sino adquirir la experiencia necesaria para perpetrar su anhelada venganza, algo que había dejado de lado precisamente el día en que conoció a Cassandra. Ahora que ella se había convertido en su esposa, él podía ocuparse de lo único que verdaderamente le importaba en aquel momento de su vida: saldar cuentas con el pasado.

Kassandra conocía el terrible infierno que Jayden había vivido durante los años en que estuvo internado en Caterpillar. Él mismo le había hablado de ello años atrás, poco después de conocerse. Era un asunto del que a Jayden no le gustaba conversar, sin embargo, sincerarse con Cassandra aliviaba su dolor. En las otras dos ocasiones en las que le habló de su infancia, jamás mencionó los planes que tenía en mente. Ella se limitaba a escucharle sin interrumpirle ni una sola vez, pero en su mirada Jayden advirtió algo realmente extraño, como si de algún modo ella le alentara a vengar su pasado. Claro que tal vez solo fuera imaginación suya.

Kassandra jamás atravesó la puerta roja que juró no abrir. En primer lugar, porque siempre estaba cerrada. En segundo lugar, porque sabía que, de hacerlo, sufriría las represalias de su marido. Sin embargo, y a pesar de su imperecedera postración, la misteriosa puerta tras la que se escondía aquella enigmática caja fuerte, despertó en ella una emoción casi olvidada: la curiosidad.

No tuvo oportunidad de satisfacerla, pero sí escuchó a Jayden hablar de ella en más de una ocasión. Cassandra se movía con sigilo en su propia casa, cual alma desencarnada en busca de un canal de luz. A veces se ocultaba tras la puerta del despacho de Jayden y escuchaba a su marido conversar con Benjamin.

—Haz el favor de tranquilizarte, tío Benjamin, y déjalo en mis manos, lograré que nos pague la suma que le exigimos —escuchó decir a su marido en una ocasión—. Tengo preparada una sorpresa para ese hijo de perra si no accede a mis pretensiones.

Jayden guardó silencio mientras escuchaba a su interlocutor.

—Por supuesto que no —negó, casi ofendido—. ¿Por quién diablos me tomas? La puerta siempre está cerrada con llave. Kassie no tiene ni la menor idea de lo que hay en esta habitación y mucho menos en la caja fuerte. —Jayden calló durante un segundo y volvió a la carga—. No fui yo quien se dejó la puerta abierta el día en que vinimos a esta casa por primera vez —le reprochó—, en cualquier caso, puedes estar tranquilo, ya sabes que soy un hombre muy precavido. Además, a Kassie nunca se le ocurriría hacer tal cosa, y mucho menos ahora que está... ¿cómo decirlo? Tal vez deprimida sea la palabra. Tendrías que verla, parece un muerto viviente. Deambula por la casa como si fuera un fantasma.

Ya había escuchado suficiente, pensó Cassandra mientras se dirigía de nuevo a su habitación, donde caviló sobre aquella extraña conversación. Lo que acababa de escuchar cambiaba las cosas, concluyó tras un par de segundos. Su marido conocía el contenido de la caja fuerte.

Jayden le pidió a su tío ausentarse del trabajo durante unos meses. Utilizó a Cassandra como pretexto, aunque su intención no era precisamente ocuparse de su mujer.

Benjamin no se mostró especialmente propenso a concederle tal permiso a su sobrino. ¿Acaso Jayden se había creído que podía dejar su trabajo cuando le viniera en gana?

Aquel no era un negocio normal, como tampoco lo era la fortuna que percibían por dedicarse a lo que se dedicaban. Además, Jayden se había convertido en la principal fuente de ingresos del banco, así que no podía permitirse el lujo de prescindir de él durante tanto tiempo. No obstante, unos días después Benjamin reconsideró su negativa. Tal vez no era tan mala idea el concederle un descanso. Después de todo, el chico había hecho un gran trabajo y a Benjamin no le interesaba tenerle en su contra.

Habiendo obtenido el beneplácito de su tío, Jayden recopiló toda la información que precisaba sobre el padre Jordan. Estaba listo para equilibrar la balanza.

El malnacido que arruinó su infancia y, por ende, el resto de su vida, tenía ahora setenta y cinco años de edad. Hacía más de una década que había abandonado la enseñanza. Había mudado su residencia a un pequeño pueblo situado a las afueras del condado de Jefferson, donde pasaba los días dando largos paseos y disfrutando de la pesca.

Para perpetrar su venganza Jayden había tenido que pedir un favor especial a uno de los colaboradores habituales de su tío, un reputado detective privado conocido por su escasez de escrúpulos. Había sido él quien le había hecho entrega de aquel valioso dossier con el que Jayden

pensaba destruir al padre Jordan.

Jayden no se sorprendió al ver las fotografías que le entregó el detective. Unas indecorosas imágenes que mostraban la miseria humana en su máximo esplendor. Sus sospechas eran ciertas, pensó Jayden al comprobar que el párroco no había abandonado aquellos vicios tan despreciables. Le exigiría hasta el último centavo a cambio de no hacer pública su deshonra, se dijo con cierto regocijo, y cuando le hubiera arruinado, sacaría todo a la luz.

No lo haría por los otros niños. A Jayden le importaba bien poco lo que les sucediera a los demás. Él simplemente quería vengarse de quien le arrebató la vida, un ser miserable que no dudó en propinarle palizas si no cedía a sus exigencias, el mismo que abusó de él durante años sin que sus padres hicieran nada para evitarlo. Pero el destino le deparaba una sorpresa que cambiaría sus planes.

Jayden se encontraba ultimando los detalles de su elaborado plan cuando escuchó llorar a su mujer. Se acercaban las fechas navideñas, algo que siempre entristecía a Cassandra, por lo que en un primer instante no le dio la menor importancia.

Sin embargo, pasados unos minutos reparó en lo distinto que sonaba aquel lamento delirante. Se levantó malhumorado, salió de su despacho cojeando ligeramente y encaminó sus pasos hacia la habitación de matrimonio.

Kassandra estaba tumbada sobre la cama hecha un ovillo. Sollozaba desconsolada mientras negaba con la cabeza. Parecía tener algo en las manos y, a tenor de sus gestos, debía ser precisamente ese *algo* lo que motivaba su desconsuelo. Jayden volvió la vista hacia Lucas, que estaba tendido junto a ella. El animal parecía estar bien, pensó extrañamente aliviado.

—¿Qué sucede, Kassie? —preguntó con el espanto ascendiéndole por la garganta. Se había distanciado de Cassandra y su amor por ella, si es que podía emplearse esa palabra, había ido esfumándose poco a poco hasta convertirse en un vago recuerdo, pero lo cierto es que verla sufrir de aquel modo no le resultó en absoluto agradable—. ¿Ha ocurrido algo?

Ella no dijo nada. A decir verdad, ni siquiera parecía haber escuchado la pregunta de su marido. Cassandra estaba sumida en un mar de desesperación del que no había salida. Había echado su vida a perder y todavía no sabía cómo ni porqué.

No entendía cómo podía haber sucedido. Había tomado todas las precauciones necesarias para evitarlo, pero el destino era así de caprichoso, pensó para sí misma, un depredador que devora a sus presas tras disfrutar de la caza. ¿Qué diablos podía hacer?, se preguntó desesperada mientras sufría una inesperada punzada de culpabilidad.

Una cosa era dar por sentada su propia desgracia y otra muy distinta era sentenciar a muerte a un ser inocente. No tenía salida, concluyó permitiendo que el desespero ganara terreno entre sus pensamientos.

Fue entonces cuando Jayden creyó percatarse de lo que estaba sucediendo. Su mujer no lloraba porque estuviera consternada, se dijo esbozando una sentida sonrisa, sino porque estaba profundamente emocionada. Una hipótesis errada que, no obstante, le condujo a la verdad.

Kassie no sujetaba nada, concluyó Jayden al alzar las sábanas que cubrían su cuerpo. Tenía las manos soldadas a su vientre, como si protegiera el tesoro máspreciado del universo.

—¡Diablos, Kassie! —exclamó con los ojos abiertos por la exaltación y el rostro pálido por la conmoción. Tomó la mano helada de su mujer entre las suyas mientras una lágrima de emoción, la primera de sus últimos treinta años de vida, resbalaba por su mejilla—. Vamos a ser padres.

10 de diciembre de 2015

En pocos minutos el apartamento se llenó de más policías, convirtiéndose en un auténtico hervidero de agentes uniformados.

—El capitán me llamó cuando estaba de camino y tuve que pasar por comisaría —le comentó Mason a su compañero, excusando su retraso mientras se limpiaba con la manga de la camisa los restos de magdalena que aún tenía en las comisuras de los labios.

—Acompáñame —le pidió Liam, deseando poder salir de aquel apartamento y fumarse el cigarrillo que todavía colgaba de sus labios.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Mason al entrar en la habitación e instintivamente dio un paso hacia atrás—. ¿Qué diablos ha pasado aquí? ¿Quién... quién demonios ha hecho esto? —exclamó sin ocultar su estupor.

—Es pronto para aventurar hipótesis —respondió Liam—, pero imagino que habrá sido la misma persona que asesinó a Jayden.

—Esto se pone cada vez peor —comentó Mason con la mirada perdida. Volvió la vista hacia su compañero y observó cierto recelo en su rostro—. Por cierto, ¿dónde está Cassandra? —preguntó extrañado mientras dirigía una mirada a su alrededor.

—En una de las habitaciones de invitados —respondió Liam señalando el pasillo que quedaba a sus espaldas—. No fue una buena idea venir aquí con ella —admitió mientras negaba con la cabeza—. Le pedí que esperara en la entrada del apartamento, pero no lo hizo.

—¿Entró...? ¿Entró en la habitación? —preguntó el subinspector con una expresión de horror. Liam asintió—. ¿Y cómo reaccionó?

—No lo hizo —contestó Liam con la mirada perdida.

—No te sigo, socio —comentó Mason, confuso, mientras se quitaba las gafas.

—Entró en la habitación, pero, como de costumbre, no mostró la menor emoción.

—¿Crees que tal vez ella...?

—Si lo creyera no estaría aquí hablando contigo —le interrumpió Liam con un tono cortante.

—Veo que por fin has entrado en razón.

—No he cambiado de opinión, si eso es a lo que te refieres. Kassie nunca ha sido sincera con nosotros. Dicho de otro modo, nos ha mentado desde el principio.

—¿Kassie? —se burló el subinspector O'Connor. Dejó a un lado la broma al ver la seriedad en el rostro de su amigo—. ¿Qué hay de la madre de Jayden?

Liam le miró extrañado.

—No digo que esto sea obra suya —aclaró Mason—. Tampoco que no lo sea. Es solo que...

—Vamos, amigo, no te andes por las ramas.

—Es evidente el odio que siente por su nuera —comenzó a decir Mason mientras arrugaba la nariz.

—¿Y solo por eso asesinaría a su hijo?

—Sé que no tiene mucho sentido, pero tal vez...

—Ya has leído su declaración —Liam negó con la cabeza. No descartaba ninguna hipótesis, por disparatada que fuera, pero tampoco era partidario de perderse en conjeturas débiles e improbables—. Tiene una coartada sólida para la noche del asesinato.

—Los criminales acostumbran a tenerla. O, más bien, a crearla.

—Estaba cenando en casa del alcalde. Él mismo lo ha confirmado.

—No es necesario mancharse las manos para cometer un crimen.

—Llevas razón —admitió Liam mientras se acariciaba lentamente el bigote—, pero por el momento no tenemos nada que la incrimine.

—Tenemos el móvil —respondió Mason abriendo los ojos desmesuradamente—. Diez millones de dólares.

—Que debería heredar Cassandra.

—Así es —reconoció el subinspector con una sonrisa astuta—, a menos que se demuestre que Jayden fue asesinado a manos de su mujer... Un asesino no puede heredar de su víctima.

Liam le miró, pensativo.

—Comprendo... —comentó, asintiendo mientras clavaba su mirada en la puerta de entrada a la vivienda—. Nadie puede beneficiarse de su propio dolo.

Mason asintió con un gesto de complacencia.

—En caso de que Cassandra fuera condenada por el asesinato de su marido, supongo Margaret sería la única heredera de la fortuna de su hijo.

—Podría ser... —reconoció Liam sin estar del todo convencido.

—¿Tienes algún otro sospechoso?

—Ninguno de carne y hueso. —Liam exhaló un profundo suspiro, a medio camino entre el cansancio y la frustración—. Pero creo que es bastante evidente que la persona que está acosando a Cassandra está detrás de la muerte de Jayden y, por supuesto, de todo esto —añadió señalando en dirección a la habitación bañada en sangre.

—¿Tienes pruebas de ello?

—Tengo algo mucho mejor —dijo Liam—. Mi intuición.

—Vamos, Sanders... —protestó Mason, quitándose las gafas.

—Quiquiera que sea esa persona quiere incriminar a Cassandra en el asesinato de su

marido. No solo eso —se corrigió—, quiere destruirla. —Miró a su compañero a los ojos—. Si bien no me convence del todo, he de admitir que tal vez Margaret Witterman tenga algo que ocultar en toda historia. En cualquier caso, de nada sirve especular sobre la identidad del asesino si no logramos que Cassandra se sincere con nosotros.

—Hablando de ella, ¿estás seguro de que debemos descartarla como sospechosa?

—Completamente.

—¿Y por qué, si puede saberse? —preguntó Mason alzando las cejas. Liam no respondió, se limitó a sonreír de un modo sagaz. Mason le devolvió la sonrisa y añadió—: Comprendo. Otra vez tu astuta intuición —ironizó—. ¿Crees que ella sabe quién es el asesino?

—Lo que creo es que sabe mucho más de lo que cuenta.

Kassandra no era alguien a quien le gustara poner las cosas fáciles, por lo que sonsacar la verdad no sería tarea fácil, pensó Liam. Tal vez sintiera cierto placer en desafiar a todo el que estuviera a su alrededor. Quizá simplemente trataba de protegerlos o de protegerse a sí misma. Fuera como fuese, él aceptaría el desafío. A decir verdad, lo había aceptado el mismo día en que la conoció.

Mientras Kassandra descansaba en el dormitorio contiguo, Mason y Liam examinaron de nuevo la habitación junto a los agentes de la policía científica.

—¿Y qué vas a hacer con ella? —le preguntó Mason a su compañero—. ¿No pretenderás que se quede sola en el estudio de su tío después de lo sucedido? Tampoco creo que pueda volver a su casa. A estas alturas, seguro que su suegra ya habrá cambiado la cerradura —pronosticó, asintiendo mientras pronunciaba sus palabras—. ¿Por qué no te la llevas a tu apartamento? En ningún lugar estará tan segura como en tu casa.

A Liam no le pareció una buena idea, pero lo cierto es que apenas disponía de más opciones. Se alisó el bigote cuidadosamente y meditó la situación durante un instante.

—Está bien —dijo finalmente—. Necesito que te quedes aquí y te encargues de todo.

—Cuenta con ello, socio.

El apartamento del inspector era tal y como lo había imaginado. Un refugio alejado de un mundo que en ocasiones parecía aborrecer, pensó Kassandra al observar el interior de la vivienda.

Contempló con cierto interés las paredes de ladrillo envejecido, prácticamente desnudas a excepción de unas cuantas fotografías en blanco y negro, que mostraban orgullosas la ciudad de Nueva York en los años treinta.

La luz que entraba en el apartamento lo hacía casi de puntillas, como si sintiera vergüenza al penetrar a través de los enormes ventanales, otorgándole a la vivienda cierto aire bohemio.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Liam, aflojándose el nudo de la corbata.

—No, gracias —respondió Cassandra mientras dejaba a Lucas en el suelo.

El perro corrió hasta el sofá del salón y se subió en él, quedándose dormido casi al instante. Cassandra abrió la boca con intención de reñirle, pero Liam se lo impidió.

—Déjale que duerma un rato, el pobre animal debe estar exhausto —comentó con sinceridad—. ¿Estás segura de que no quieres nada de beber? —Ella negó con la cabeza, incómoda por la situación—. Está bien, como quieras. Yo sí me tomaré un trago.

Liam se dirigió a la cocina. Sin saber muy bien qué hacer, ella le siguió con un paso lento y desconfiado.

—Es un lugar precioso —balbuceó Cassandra mientras su mirada se perdía entre las vigas de acero del techo, de donde pendían viejos utensilios de cocina como si flotaran en el vacío.

Él ignoró su comentario. Estaba tratando de ser cortés con ella, pero necesitaba hacer algún progreso y para ello debía echar mano de su habitual sentido práctico. Cogió una botella de vino del botellero de madera que quedaba a su derecha y miró el reloj de la pared, que en aquel instante marcaba las seis y treinta y seis.

—Verás, Cassandra, estoy haciendo un verdadero esfuerzo por ser paciente contigo —se sinceró mientras abría la botella y se servía una copa—, pero incluso yo tengo mis límites.

—¿Qué esperas de mí? —preguntó ella conociendo la respuesta, sin más intención que la de ganar un poco de tiempo.

—La verdad —respondió Liam intuyendo su enorme desconsuelo.

Todo cuanto podía hacer en aquel momento era guardar silencio, pensó Cassandra. No estaba preparada para sincerarse con nadie. Claro que en aquel momento no creía estar preparada para nada de lo que estaba sucediendo.

—Escúchame bien —le pidió el inspector, acercándose—, sé que todo lo que ha sucedido estos últimos días guarda algún tipo de relación, del mismo modo que también sé que tú eres la única que parece conocer ese vínculo.

—No sé de qué me hablas.

—No juegues conmigo —le advirtió Liam sin pestañear—. Creo que no eres consciente de la gravedad de tu situación. Tu marido ha sido asesinado y, ahora mismo, tú eres la principal sospechosa de su muerte.

—Yo no he hecho nada malo.

Liam bebió un trago, observándola con detenimiento. Cassandra se esforzaba en mantener las distancias dominando sus emociones, pero el resplandor de su mirada delataba su nerviosismo.

—¿Quién es Ahicam? —preguntó sin rodeos.

—Ya os he dicho que no sé quién —respondió ella intentando no mostrarse intimidada.

Liam inspiró hondamente y trató de empujar a un lado la tentación de enviarlo todo a paseo.

—Háblame de la grabación —le pidió.

—¡No tengo esa maldita grabación! —exclamó Cassandra, sacudiendo la cabeza con nerviosismo.

Liam observó los movimientos arrítmicos de su garganta mientras ella tragaba saliva. Parecía estar a punto de echarse a llorar, pensó al ver la humedad en sus ojos.

—¿Y por qué él lo cree? —preguntó al cabo de unos segundos.

—¡Y yo qué diablos sé! —estalló Cassandra con los ojos llenos de lágrimas contenidas.

El inspector dio un paso hacia ella, tendiéndole la mano, pero Cassandra retrocedió.

—Estoy intentando ayudarte —dijo Liam con su paciencia caminando en la cuerda floja—, pero necesito que colabores conmigo.

Kassandra apenas reaccionó. Clavó la mirada en el suelo y trató de contener el arranque de pánico que poco a poco iba colonizando su cuerpo.

—Está bien, como tú quieras. Nadie podrá decir que no lo haya intentado —comentó Liam con serenidad—. Recoge tus cosas y sal de mi casa.

Kassandra levantó la vista sorprendida, justo a tiempo para ver como el inspector salía de la cocina. La estaba echando de su casa. Era libre para huir donde quisiera, pero ¿a quién quería engañar? No tenía donde ir.

Salió de la cocina y encaminó sus pasos hacia el salón. El inspector estaba sentado sobre el sofá, saboreando su copa de vino con aparente indiferencia. Ella se acercó y se sentó a su lado.

—Me vendría bien una copa.

Sincerarse con el inspector vulneraba su única regla: mantener su secreto a salvo. Pero ¿acaso tenía otra alternativa?, se preguntó Cassandra mientras contemplaba la lluvia desde uno de los ventanales del salón.

—No sé por dónde empezar —dijo al darse la vuelta.

—El principio suele ser un buen comienzo —respondió Liam mientras le alcanzaba una copa de vino. Viendo que efectivamente no parecía saber qué decir, decidió echarle una mano—. ¿Quién asesinó a tu marido?

—Ojalá lo supiera.

—Vamos, Kassie, necesito que pongas de tu parte.

¿Le había llamado Kassie?, se preguntó ella, sintiendo una repentina complicidad con el inspector.

—Yo no... —balbució, nerviosa. Se aclaró la garganta y añadió—: No sé quién lo hizo.

Liam se armó de paciencia y decidió intentarlo de nuevo.

—¿Crees que es la misma persona que te envió el paquete que dejaron frente a la cabaña de tu tío John?

—Es probable —contestó ella con mucha cautela.

—¿La misma que ha bañado de sangre el apartamento de Benjamin?

Kassandra acarició la pequeña cicatriz que atravesaba su ceja izquierda, deslizando las yemas de sus dedos mientras meditaba su respuesta.

—Eso me temo —respondió al cabo de unos segundos.

—Vamos avanzando —dijo él—. Has dicho que no sabes quien asesinó a tu marido y te creo —mintió—, pero necesito que hagas un esfuerzo y pienses en quién podría estar detrás de todo esto. —Ella enmudeció, así que intentó dar un nuevo rodeo—. ¿Tenías una buena relación con tu marido?

Kassandra se alejó de la ventana y tomó asiento en el sofá, evitando el contacto visual.

—No y, antes de que me lo preguntes —comentó con la mirada clavada en su regazo—, te confesaré que su muerte no me ha entristecido lo más mínimo.

Sus palabras sonaron sinceras, se dijo Liam, satisfecho por aquel pequeño progreso. Kassandra se moría de ganas por soltar todo lo que llevaba dentro, pensó, tan solo necesitaba un pequeño empujón.

—¿Crees que tal vez la madre de Jayden haya tenido algo que ver con todo esto?

—¿Margaret? —preguntó Kassandra. Su rostro traslucía asombro—. Es una persona despreciable, pero... —titubeó—. No creo que ella estuviera al tanto de cómo se ganaba Jayden la vida.

—No estoy seguro de comprender qué es lo que quieres decir —dijo Liam, extrañado por aquel comentario, mientras tomaba asiento junto a ella. Kassandra pareció arrepentirse enseguida. Era obvio que andaba con pies de plomo y que compartía la verdad a cuenta gotas, como si temiera decir más de lo debido—. Está bien, echemos el freno —concedió el inspector, parcialmente satisfecho—. Supongo que tendrás hambre, no hemos comido nada en todo el día. ¿Qué te parece si preparo algo de cenar? —preguntó con amabilidad, probando una nueva maniobra de acercamiento.

—Creo que me vendría bien comer un poco —respondió Kassandra con timidez y cierta desconfianza.

Una vez en la cocina, Liam sirvió dos copas de vino y comenzó a cocinar.

—Dime, Kassie, ¿dónde estudiaste periodismo? —preguntó Liam mientras cortaba la carne en trozos grandes, que sazonó con sal gruesa y pimienta negra.

—En la Universidad de Columbia —respondió ella, extrañada por el tono excesivamente cercano del inspector y, especialmente, porque no recordaba el haber mencionado que había estudiado periodismo.

Seguramente le habrían investigado, pensó. A estas alturas ya debían saberlo todo de ella. O casi todo, se corrigió tratando de tranquilizarse.

Liam doró la carne en una sartén durante unos pocos segundos y la retiró a un plato. Empleó la

misma sartén para sofreír una cebolla que acababa de picar, a la que añadió unos cuantos dientes de ajo.

—Y cuéntame, ¿cómo es eso de ser escritora? —Liam le dio la espalda a los fogones y le miró directamente. El plan parecía funcionar, pensó al verla flaquear. Tal vez lograra ver un atisbo de emoción en algún momento de la noche, se dijo—. ¿De dónde sacas la inspiración para escribir tus libros?

A Cassandra le parecieron más que evidentes cuáles eran las intenciones del inspector. Estaba tratando de ser particularmente amable con ella, entablar una conversación y sonsacarle toda la información que pudiera. Y lo cierto es que el juego comenzaba a gustarle.

—Hace mucho tiempo que no escribo, inspector —confesó ella con cierta vergüenza.

—Llámame Liam, por favor —le pidió él, al tiempo que añadía una pizca de harina en la sartén y un vaso del mismo vino que estaban bebiendo—. Y dime, ¿por qué llevas tanto tiempo sin escribir?

—Las cosas no iban bien en casa... —respondió ella con prudencia, temiendo dar un paso en falso.

El vino de la sartén comenzó a hervir. Jayden añadió la carne, varias zanahorias troceadas y abundante tomillo y laurel.

Liam se giró mientras se secaba las manos con un paño de cocina y al hacerlo se compadeció de la mujer que vieron sus ojos. Saltaba a la vista la violenta batalla interior que estaba librando. Cassandra se debatía entre sincerarse con él o bien mantener su secreto a salvo, pero ¿por qué diablos no lo soltaba sin más?

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Liam aproximándose levemente.

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo de sobra. —Sus labios esbozaron una sonrisa sincera—. Este guiso tarda más de tres horas en cocinarse. —Ella abrió los ojos en señal de sorpresa—. Tranquila, la de hoy será una receta rápida, en media hora estará lista.

Siendo plenamente consciente de la trampa que él trataba de tenderle, Cassandra cayó voluntariamente en ella, midiendo cada una de sus palabras, pero disfrutando de un instante de libertad. Durante aquella media hora permitió que su verdadero *yo* aflorara sin reservas.

Liam escuchó atentamente mientras se formaba una imagen de la desgracia que debía haber soportado aquella mujer, a quien habían aprisionado sin que apenas se diera cuenta. Sus músculos se tensaron cuando Cassandra le habló del maltrato emocional al que se había visto sometida durante los últimos años, un abuso sin tregua que incluso había llegado a las manos, acabando no solo con su dignidad sino también con cualquier rastro de esperanza.

Kassandra fue comedida en su confesión y rehusó facilitar los detalles más escabrosos. Detalles que no solo no aportarían nada provechoso a la conversación, sino que le harían recordar alguno de los pasajes más deplorables de los últimos años de su vida.

—Hay más realidades de las que ven tus ojos —comentó Liam, inusualmente crispado al ver la desesperanza dibujada en los ojos de Kassandra—. No digo que no haya sido traumática tu experiencia, pero estoy convencido de que puedes recuperarte de ello.

Ella negó con la cabeza, conmovida por aquellas palabras a las que, sin embargo, no les concedió la menor veracidad. El inspector tenía buenas intenciones, pero no disponía de toda la información. De haber conocido la verdad, no habría albergado la menor esperanza.

—No creo estar a tiempo de que eso ocurra. Esta es una causa perdida.

—Una causa jamás estará perdida mientras continúes luchando por ella.

Y parte de razón tenía, pensó Kassandra, a quien la alarma del temporizador de cocina le causó un gran sobresalto.

—El guiso está listo —anunció Liam con una sonrisa forzada. Le enfurecía el que hubiera tipos como Jayden, pero lo que más le enojaba en aquel instante era el que Kassandra hubiera tirado la toalla—. Espero que tengas hambre.

La cena dio paso a un repentino silencio, preludio del gran paso que Kassandra estaba a punto de dar.

—No soy ninguna estúpida —soltó de pronto, rompiendo aquel mutismo, curiosamente ensordecedor.

—Nadie ha dicho que lo seas —señaló él.

—Sé lo que pretendes con todo este numerito. —Kassandra le lanzó una mirada incriminatoria, que pronto dio paso a una expresión de arrepentimiento. Era la primera vez en mucho tiempo que abría la puerta a las emociones, de modo que éstas oscilaban de un lado a otro sin saber muy bien qué hacer—. No creas que no agradezco lo que estás haciendo por mí —continuó, suavizando el tono y tratando de disculpar la brusquedad con la que había hablado—, pero soy consciente de lo que ahora mismo quieres de mí.

—¿Y qué es lo que quiero, Kassie? —preguntó él sin parpadear.

—Crees que oculto algo importante. —Kassandra tragó saliva mientras notaba como sus músculos se agarrotaban—. Algo que guarda relación con el caso. —Inspiró profundamente, escuchando su propia voz como un murmullo lejano—. Quieres averiguar qué es lo que sé. Tu repentina amabilidad no es tan desinteresada como te empeñas en hacerme creer. He vivido muchos años recluida en una prisión de la que ni siquiera intenté escapar, es cierto —reconoció—, pero continúo sabiendo cuando están tratando de engatusarme, inspector Sanders.

—Una exposición tan interesante como equivocada —comentó Liam con una sonrisa mordaz—. Quiero conocer la verdad, no lo he negado en ningún momento. No sería un buen policía si no hiciera todo lo posible por averiguar qué es lo que realmente ha sucedido. Pero, por encima de todo, quiero proteger una vida que está en peligro, Kassie, y esa vida es la tuya.

—Yo... No creo que eso sea exactamente así —tartamudeó mientras se acariciaba la cicatriz de su ceja, donde de pronto sintió un dolor punzante.

—Fingir que algo no existe no lo hace desaparecer —sentenció Liam con firmeza—. Déjame

aclararte una cosa, mi involucración en este caso pende de un hilo. —Aquel anunció sí causó impresión en ella, de modo que siguió tanteando el terreno—. Como seguro ya sabrás, tu *querida* suegra es una mujer muy influyente. Margaret está convencida de que tú estás involucrada en la muerte de su hijo y ha exigido a mis superiores que esa sea la línea de investigación.

—Comprendo —dijo Cassandra, cabizbaja.

—No he dicho que sea mi línea de investigación, sino la que mi capitán quiere imponerme —aclaró mientras se pasaba los dedos por el bigote—. Mi relación con mis superiores no está pasando por su mejor momento, tengo un expediente abierto por allanamiento de morada y agresión. Asuntos Internos está deseando cortarme la cabeza y no tardarán en hacerlo. Cuando lo hagan, me apartarán del caso y el compañero que me releve no será tan paciente como lo estoy siendo yo —concluyó con un claro tono de reproche.

Kassandra le sostuvo la mirada y, tras unos segundos de titubeo, por fin decidió saltar al vacío.

—Creo que... No lo creo, estoy segura —se corrigió—, Jayden murió a causa de sus negocios.

Liam entornó la mirada.

—Trabajaba en un banco de inversión —comentó él frunciendo el ceño mientras apartaba el plato de comida que apenas había tocado y se levantaba para servir un par de whiskies—. ¿Qué relación puede tener eso con su muerte?

—Creo que ninguna. —Kassandra rechazó el whisky y bebió un sorbo de vino—. Se dedicaba a algo más. Su tío y él tenían otros negocios.

—Vamos, Kassie, no disponemos de mucho tiempo —le apremió Liam—, ¿de qué negocios estás hablando? —Casi podía acariciar la respuesta al rompecabezas, una solución que parecía hacerse de rogar, lo que acabó por impacientarle—. Dame una pista, por el amor de Dios, una maldita pista.

—Chantaje —reveló Cassandra con la respiración entrecortada.

—¿Chantaje? —repitió él, confuso, llevándose una mano a la frente, que masajeó con cierta urgencia.

—A eso se dedicaban, Liam —precisó ella. Bebió un trago de vino que acabó con el nudo anidado en su garganta—. Jayden y Benjamin se dedicaban al lucrativo negocio de la extorsión.

Diciembre de 2013 – Enero de 2014

La paternidad jamás había formado parte de sus planes. No era algo que le molestara, ni tampoco algo que le entusiasmara. Simplemente nunca había contemplado la idea de ser padre. ¿Qué sentido tenía perpetuar una especie que aborrecía?

Sin embargo, una vez asimiló la noticia, a Jayden le invadió un sentimiento tan genuino como desconocido. No dejaba de ser irónico, pensó, el milagro de la vida había llamado a la puerta de quien despreciaba al ser humano con todas sus fuerzas.

—Estoy eufórico, aunque también aterrado —le reconoció a su tío Benjamin cuando le contó la noticia—. ¿Y si no soy un buen padre?

Así a priori, no tenía mucho a su favor, se respondió Jayden en silencio. Se ganaba la vida extorsionando a la gente y su única motivación durante los últimos meses había sido destrozarle la vida a un hombre de Dios. Tampoco había sido un buen marido, se reconoció. En tanto se aseguró el futuro con Cassandra, se olvidó de ella del mismo modo que un niño olvida su juguete al segundo día. Había mirado hacia otro lado en lo que a la depresión de su mujer se refería y eso, sin duda, no era algo que hiciera una buena persona.

—Esa es una preocupación muy común en los padres primerizos —respondió Benjamin sin prestar mucha atención a la conversación.

Qué sabría él, pensó Jayden mientras miraba de reojo a su tío. La noticia no le había alegrado, de eso no le cabía duda. Tampoco le había molestado. Sencillamente, le traía sin cuidado. Su tío jamás había sido padre por decisión propia, motivo por el cual todas sus amantes siempre acababan por abandonarle.

Benjamin era demasiado egoísta como para pensar en la paternidad. Claro que, ¿acaso él no era una persona egoísta?, se preguntó Jayden.

—En fin, muchacho —comentó su tío, palmeándole la espalda—, me alegro muchísimo de que hayas vuelto al trabajo. Supongo que eso significa que tu mujer ya está mucho mejor.

—Sí, Kassie ha mejorado bastante —respondió Jayden sin apenas mirarle, preguntándose con verdadero temor si estaría preparado para ser padre.

La angustia le acompañó durante el resto del día. Las dudas le aprisionaron sin apenas dejarle respirar. No sabía si quería ser padre y, aunque así hubiera sido, ¿qué sucedería con su vida a partir de entonces?

Sus emociones bamboleaban sin concederle la menor tregua. Tan pronto se sentía entusiasmado con la noticia como, de repente, se aterraba con solo pensarlo.

A medida que el día avanzaba, su estado de ánimo le concedió una pequeña tregua. Dio un largo paseo y meditó acerca de lo que significaba ser padre. Era una nueva oportunidad, pensó. Una oportunidad para elegir una nueva vida, para olvidar el pasado y, sobre todo, para reencontrarse consigo mismo.

Telefonó a su amigo Saúl para darle la noticia, y después a su madre. Ninguno de los dos se mostró especialmente entusiasmado, especialmente Margaret, que no dudó en evidenciar, una vez más, el poco aprecio que sentía por Cassandra.

Su futura paternidad dio un giro radical no solo a su vida sino también a sus pensamientos. Jayden aparcó temporalmente su sed de venganza y se centró en lo que verdaderamente debía importarle.

Durante los dos meses siguientes, se volvió un hombre mucho más comprensivo y paciente con su mujer, a la que volvió a colmar de atenciones.

—Kassie, no tienes muy buen aspecto —le dijo en una ocasión—, ¿por qué no damos un paseo por el parque? Tal vez salir a dar una vuelta te vaya bien. Ya sabes lo que dicen, el sol es un gran aliado para la salud, y hoy hace un gran día para pasear.

Kassandra no acababa de acostumbrarse a la reciente amabilidad de su esposo. Todavía desconfiaba de él. La gente no cambiaba de la noche a la mañana.

—Me parece una buena idea —respondió tratando de ocultar su recelo.

Antes de que salieran de casa, Jayden recibió una llamada del banco. Al parecer, era un tema urgente, le dijo a su mujer mientras tapaba el micrófono del móvil con la mano.

—Lo siento, pero me será imposible acompañarte —le informó en tanto colgó—. ¿Por qué no vas tú? Tal vez podría acompañarte alguna amiga —añadió con una siniestra dulzura.

«¿Alguna amiga?», repitió ella mentalmente mientras en su rostro se dibujaba una expresión irónica. No sabía si Jayden estaba siendo descaradamente cínico o si, por el contrario, se había vuelto completamente loco. Fuera como fuese, Cassandra aún tenía miedo de su marido así que, una vez más, decidió ocultarse tras su habitual máscara y limitarse a obedecer.

La repentina empatía de Jayden provocó un cambio paulatino en su esposa. A medida que pasaban las semanas, Cassandra comenzó a recobrar cierta fuerza interior, alentada por la ausencia del control enfermizo por parte de su marido y, especialmente, por la responsabilidad que implicaba el ser madre. Podía haberse destrozado la vida, pero no pensaba consentir que nadie se la destrozase a su bebé.

Se acostumbró a dar largos paseos en soledad. Paseos durante los que solía pensar largo y tendido sobre la miserable vida que había escogido. Cierto era que *el Jayden* de los últimos tiempos nada tenía que ver con su antiguo marido. Ahora era un hombre mucho más comprensivo, apenas trataba de controlarle y, por norma general, le trataba con suma amabilidad. Pero esos cambios solo eran una fachada, algo que Cassandra no tardaría en descubrir.

Durante uno de sus paseos, coincidió con un antiguo compañero de la universidad con quien, además, había mantenido una relación sentimental en el pasado. Si aquel encuentro se hubiera producido unos meses atrás, Cassandra probablemente hubiera cambiado de acera, pero su reciente y tímida valentía le llevaron a saludar a Ethan con gran alegría.

—Estás estupenda —le dijo él después de abrazarle—. ¿Cuánto tiempo hace que no nos

veíamos? ¿Cuatro años? ¿Cinco, tal vez?

—Unos seis, calculo —respondió ella, nerviosa por el modo en que Ethan le sostenía del brazo.

—¡Caramba! Eso es mucho tiempo. Cuéntame, ¿qué fue de tu vida? Supongo que te habrás convertido en una periodista muy influyente —comentó Ethan, guiñándole un ojo.

—A decir verdad, hace años que dejé el periódico en el que trabajaba —respondió Kassandra en un susurro, como si aquello fuera motivo de vergüenza.

Él se percató de su malestar y se lamentó haber metido la pata.

—En ese caso —dijo con una sonrisa de complicidad—, supongo que estarás felizmente casada y rodeada de mocosos.

—Me casé —le confirmó Kassandra, un poco más relajada—, y lo cierto es que estoy embarazada.

—¡Santo cielo! —exclamó su amigo—. Debo de ser adivino. Enhorabuena. —Ethan le dio un sentido abrazo—. Apenas se te nota —añadió mirándole de arriba abajo.

—Solo estoy de tres meses —aclaró ella.

—¿Y quién es tu marido, Kassie? Tengo mucha curiosidad —dijo ensanchando su sonrisa—. Dime que no te casaste con aquel jugador de beisbol con el que comenzaste a tontear cuando me dejaste plantado.

Ella no pudo evitar sonreír ante aquella ocurrencia.

—Por supuesto que no. Me casé con... —Algo le impedía pronunciar el nombre de su marido—. Con un banquero —dijo finalmente, sintiéndose estúpida por aquel comentario.

—Suena aburrido. ¿Y ese banquero tiene nombre?

—Lo tiene —contestó incómoda. Carraspeó levemente y respondió—. Se llama Jayden Wenneck.

Ethan abrió los ojos excesivamente, como si acabara de escuchar una noticia realmente impactante.

—¡No puede ser! ¿Jayden Wenneck? ¡Virgen santa, Kassie! ¿Tu marido es el hijo de Margaret Witterman?

—Me temo que sí.

—¡No doy crédito! —exclamó él—. ¿Y cómo es que nunca he visto tu hermoso rostro en la prensa amarilla? Esa familia acapara todas las portadas de sociedad.

—La fama no es algo que me atraiga en absoluto, Ethan. Ya me conoces, prefiero pasar desapercibida. —Carraspeó de nuevo y continuó hablando antes de que su amigo le cosiera a preguntas sobre la familia de su marido—. Y a ti, ¿cómo te va? ¿Continúas trabajando en el New York Post?

—Así es —contestó Ethan con cierta vergüenza. Suspiró, exhalando frustración—. Después de trece años, aún continúo ahí, y lo peor de todo no es eso, todavía sigo trabajando en la sección de entretenimiento, algo que odio con todas mis fuerzas. Además, no me reporta la menor notoriedad. —Soltó una risa simulada—. Claro que, tal vez podría lograr cierta fama si publicara un reportaje sobre la mujer de Jayden Wenneck.

—Ni lo sueñes —le advirtió Cassandra. Sonrió, sabiendo que su amigo solo bromeaba—. Y dime, ¿en qué departamento te gustaría trabajar realmente?

—¿Recuerdas al profesor Stockhoff? —preguntó Ethan en voz baja. Ella asintió—. Lo acaba de fichar el New York Post para dirigir un nuevo departamento sobre fraudes financieros a gran escala. Al parecer, es algo que se ha puesto muy de moda últimamente —susurró, como si le estuviera revelando un gran secreto—. Es ahí donde me gustaría trabajar. Créeme, haré todo cuanto esté en mis manos para que el profesor me acepte en su equipo.

La reciente amabilidad de su marido tocó a su fin aquella misma tarde, después de que el destino decidiera poner una enorme piedra en medio de su camino.

Kassandra regresó a casa alrededor de las ocho. Había pasado más de tres horas fuera, de modo que el recibimiento de Lucas fue todo un espectáculo.

Jayden apareció en el salón en el mismo instante en que Cassandra y su perro intercambiaban sus habituales muestras de cariño. Les observó con desprecio, permitiendo que la semilla del odio germinara en su interior.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó ella, todavía sin haber visto la expresión de odio en la mirada de su marido.

—Benjamin te ha visto esta tarde.

Ella le miró sorprendida.

—¿Tu tío? ¿Y cómo es que no me ha saludado?

Aquella pregunta inocente enfureció aún más a Jayden, que enseguida se vio devorado por los celos.

—¿Quién era el tipo con el que hablabas?

Fue en ese preciso instante cuando Cassandra advirtió la desgracia que estaba a punto de ocurrir.

—Solo era un amigo —se excusó. Involuntariamente dio un paso atrás—, ni siquiera eso. Ethan era un compañero de la universidad.

—Sabes que no soporto que me mientas. —La ira que Jayden arrojaba por la boca no era nada comparado con el odio que emergía de su mirada—. ¿Quién demonios era ese hombre y por qué estabas hablando con él?

—Solo era un antiguo compañero de estudios, tienes que creerme —suplicó Cassandra.

Jayden dio un paso al frente, acusando un terrible dolor de rodilla. La furia que le quemaba por dentro se extendió hacia su mano derecha, que no dudó en propinarle una sonora bofetada a su mujer.

No era la primera vez que él le pegaba. Cassandra había tolerado arrebatos de violencia en otras ocasiones, pero ahora era distinto. Ella no era la única víctima del maltrato. En su interior crecía una nueva vida a la que debía proteger.

Sin pensárselo dos veces, echó a correr y huyó del apartamento. Sabía que él la seguiría, de modo que trató de salir a toda prisa. Era de noche y hacía un frío horrible, pero no le importó.

En tanto abandonó el edificio, continuó corriendo calle abajo. Respiraba con cierta dificultad, sintiendo como las náuseas y un repentino malestar provocaban el que sus fuerzas flaqueasen. Descansó un instante, apoyando las manos sobre sus rodillas. Y entonces lo oyó. Escuchó su nombre pronunciado por el mismo hombre que le había golpeado instantes atrás.

—Regresa a casa, Kassie —escuchó a sus espaldas. Jayden gritaba a pleno pulmón—. Regresa o te juro que lo lamentarás.

Corrió de nuevo, sin reparar en la fatiga que le acompañaba, sin pensar en el mareo que le acechaba. Decidió cruzar la calle, pensando que así lograría despistarle, así que avanzó unos metros más y, en tanto se sintió con fuerzas, atravesó la vía sin pensar.

En aquel preciso instante, el azar quiso recordarle lo estúpida que había sido al huir del modo en que lo había hecho, pues había olvidado lo más importante que en aquel momento tenía en su vida. No podía largarse de casa sin llevarse a Lucas con ella.

Un segundo después ocurrió la desgracia. Un duro revés que cambiaría para siempre la vida de Cassandra y, por extensión, la de su marido, quien presenció el terrible accidente sin poder hacer nada para evitarlo.

Ocurrió pausadamente, como en la escena de una película rodada a cámara lenta. Un relámpago dilatado en el espacio temporal. Un efímero parpadeo transformado en toda una vida. Una vida errante, la vida que, equivocadamente, había escogido Cassandra.

No fue culpa de ella, sino del conductor del vehículo que se saltó el semáforo en rojo.

10 de diciembre de 2015

La información que Cassandra pudo compartir con Liam acerca de los turbios negocios de su marido fue más bien escasa.

—¿Cómo lograste averiguar lo que hacían realmente? —preguntó Liam.

—Escuché algunas de las conversaciones telefónicas que Jayden mantuvo con su tío —respondió ella con ambigüedad.

Liam se percató al instante de su falta de transparencia. Una vez más, Cassandra no estaba del todo siendo sincera, pensó. Sin embargo, había logrado un gran progreso, algo que no debía pasar por alto, de modo que decidió proseguir sin presionarle en exceso.

—¿Tienes alguna prueba que demuestre sus actividades ilícitas?

—Más o menos... —Cassandra vio la impaciencia tatuada en su mirada—. Había una habitación en la casa...

—¿Una habitación? —le cortó él al tiempo que enarcaba una ceja.

—Una habitación tras una puerta roja —prosiguió Cassandra.

—La recuerdo, la puerta estaba cerrada con llave cuando mis hombres inspeccionaron el apartamento por primera vez —dijo Liam—. Durante el segundo registro trataron de forzar la cerradura, pero antes de que pudieran hacerlo tu *querida* suegra les juró y perjuró que ahí dentro no había más que viejos trastos de su hermano —añadió maldiciéndose por lo que consideraba un estúpido error.

Kassandra bebió un sorbo de vino y miró la copa con preocupación. No debía beber mucho, de lo contrario corría el riesgo de acabar revelando su secreto.

—Mintió.

—Hablaré con el detective Rodríguez para que mañana a primera hora inspeccionen de nuevo el apartamento y, si hace falta, tiren la puerta abajo —comentó Liam como si hablara consigo mismo—. Continúa, por favor.

—Dentro de esa habitación hay una caja fuerte.

—¿Qué hay en esa caja fuerte? —preguntó él sin poder reprimir la inquietud. Estaba cerca de algo importante y apenas aguantaba las ganas por saber de qué se trataba.

—Contenía documentos relacionados con sus verdaderos negocios.

—¿Los has visto?

—Hice algo más que eso —respondió ella, estremecida al recordar lo sucedido—. La noche en que Jayden desapareció robé los documentos.

—¿Que hiciste qué? —La pregunta sonó a reproche.

—Creí que era lo que debía hacer —se defendió Cassandra—. Les había oído hablar en otras ocasiones sobre sus actividades. Sabía a lo que dedicaban, pero no podía probarlo, así que aquel día simplemente aproveché la oportunidad que se me presentó. —Kassandra inspiró y cerró los ojos durante un instante—. La caja fuerte estaba abierta. La documentación que contenía les involucraba directamente en actividades de extorsión, cientos y cientos de documentos que probaban el chantaje al que habían sometido a decenas de personas.

—No lo acabo de entender... —comentó Liam con una expresión de extrañeza—. Si esa caja fuerte contenía información tan relevante, ¿por qué estaba abierta? Sinceramente, suena bastante inverosímil.

Kassandra se sintió bastante incómoda por la acusación que escondían sus palabras.

—Te estoy diciendo la verdad. Puedes creerme o no, pero eso no cambiará lo que sucedió. —Permaneció en silencio durante un instante y prosiguió—. Aquel día oí a Jayden hablar con Benjamin acerca de un caso que tenían entre manos, un asunto que al parecer se les había complicado. Jayden no sabía que yo le estaba espiando, por supuesto, pero tampoco era especialmente prudente cuando hablaba con su tío. Supongo que jamás me vio como una amenaza.

—¿Pudiste escuchar la conversación?

—No al detalle —mintió, temiendo que Liam pudiera adivinar su falta de sinceridad—. No sé qué fue exactamente lo que Benjamin le dijo a Jayden, pero fuera lo que fuera debía ser algo muy grave —añadió casi en susurros—. Inmediatamente después, Jayden salió del despacho a toda prisa y sin cerrar la caja fuerte. Me escondí y esperé a que se fuera de casa. Una vez a solas, me dirigí hacia la caja fuerte y cogí todo lo que había en su interior.

—¿Y dónde están ahora esos documentos? —preguntó Liam mirándola como si los llevara escondidos bajo la ropa.

—Los metí en una maleta y me acerqué hasta la redacción del New York Post —respondió ella—. Un antiguo compañero de la universidad, Ethan, trabaja en el periódico desde hace más de diez años. A principios del año pasado me tropecé con él cuando estaba dando un paseo. Según me explicó, tenía intención de cambiar de departamento dentro del periódico. Quería dedicarse a la investigación sobre fraudes financieros. —Kassandra alzó los hombros con impotencia y bajó la mirada—. El día en que robé los documentos no supe qué hacer con ellos. Cientos de carpetas con nombres y datos que no comprendía. Información que, en cualquier caso, habría tardado demasiado en analizar, de modo que...

—De modo que decidiste entregarle la documentación a tu amigo. —Liam acabó la frase, concentrado en el relato.

—Así es —asintió Cassandra—, pero Ethan no estaba en el periódico aquel día. No me quedó más remedio que entregarle la documentación a uno de sus compañeros. Un tal... —Trató de hacer memoria, pero fue incapaz de recordar el nombre—. El tipo a quien le cedí los documentos me prometió que los enviaría al apartamento de Ethan y, según tengo entendido, así lo hizo.

Liam se acarició su incipiente barba con el dorso de la mano, reflexionado en voz alta.

—Imagino que la grabación estará entre esos documentos —dedujo al cabo de un minuto,

asintiendo con la cabeza.

—Podría ser.

—¿Por qué no le entregaste los documentos a la policía?

Kassandra le miró con extrañeza. Aquella pregunta le cogió por sorpresa, así que no pudo inventar una mentira.

—No tengo muy buen concepto de la policía —confesó, mordiéndose el labio como si de algún modo quisiera reprimir sus palabras—. Además, lo que yo realmente quería era que esos documentos salieran a la luz.

—Está bien, dejemos esto para otro momento. La documentación está a salvo, eso es lo único que importa en estos momentos.

—Hay un pequeño problema... —dijo ella con cierta vergüenza—. No localizo a Ethan. Le he llamado decenas de veces, pero tiene el móvil apagado. Llamé a la redacción y me dijeron que está de vacaciones. Le enviaron la documentación a casa, el portero del edificio la recogió y la subió a su apartamento. Por lo visto, tiene llaves de todos los pisos —aclaró. Liam le miró sin entender cuál era el verdadero problema—. No sé dónde vive Ethan.

El inspector se acarició el bigote mientras dirigía la mirada hacia la pared que quedaba a su izquierda. Seguía sin saber quién había asesinado a Jayden, pero estaba cerca de averiguarlo.

Debía analizar el contenido de la caja fuerte y ahí hallaría a al asesino, concluyó. No le cupo duda de que su hombre sería una de las víctimas, si es que podía llamarse así, de las actividades delictivas de Benjamin y su sobrino.

—¿Cómo se apellida?

—¿Quién? —preguntó Kassandra, frunciendo el ceño.

—Tu amigo el periodista.

—Whitnall. Ethan Whitnall.

Liam cogió su móvil, que estaba sobre la mesa del salón, y se apartó unos pasos para hacer una llamada. Kassandra permaneció quieta, observándole hablar por teléfono mientras de reojo miraba el plato de comida. Apenas lo había probado, pero debía reconocer que el inspector no era mal cocinero.

Liam regresó enseguida, con una expresión pensativa, como si meditase su próxima pregunta.

—¿Qué sucede? —preguntó ella unos segundos después.

—He llamado a comisaría. Tengo a uno de mis hombres tras la pista de tu amigo. No tardaremos mucho en averiguar dónde vive.

Kassandra quiso saber qué es lo que harían una vez lo averiguaran, pero el timbre de la puerta se lo impidió. En un acto reflejo, cogió el cuchillo que había junto al plato y lo empuñó con fuerza.

—¿Esperas a alguien? —preguntó aterrada.

Liam le envolvió el puño con su mano, obligándole a soltar el cuchillo.

—Probablemente sea Mason —le explicó—. Le pedí que se pasara por casa si había alguna novedad.

Kassandra se sintió terriblemente avergonzada por su reacción. ¿Dónde diablos había quedado su auto control?, se reprimió mientras Liam abría la puerta y dejaba entrar al subinspector O'Connor.

Mason les saludó con cordialidad, manteniendo unas repentinas distancias que no acababan de encajar en él.

—Toma asiento, Mason —le pidió Liam, intuyendo los pensamientos de su compañero—. Acabamos de cenar, aunque, como puedes ver, no teníamos mucho apetito. ¿Alguna novedad? —preguntó mientras le servía una copa de vino.

Mason reparó entonces en el sabroso guiso que había en los platos y su estómago le obligó a dejar de lado sus modales.

—¿No os lo vais a acabar? —preguntó con un gesto infantil.

Liam esbozó una pequeña sonrisa y negó con la cabeza.

—Su mujer le está matando de hambre —le comentó a Kassandra mientras su amigo daba buena cuenta del guiso de ternera y zanahoria.

Aprovechó para poner a Mason al corriente sobre los negocios ilícitos de Jayden y su tío, así como para hablarle de la caja fuerte cuyo contenido había vaciado Kassandra.

—Clark está tratando de averiguar la dirección del periodista —le dijo el inspector Sanders a su compañero—. No tardará en llamarme.

—Todo apunta a que fue un ajuste de cuentas, ¿me equivoco? —comentó Mason entre bocado y bocado, incómodo ante la presencia de Kassandra.

—Creo que es una buena hipótesis —respondió Liam—. ¿Quién podría tener más interés en ver a Jayden muerto que una de las personas a quien extorsionaba?

—Tiene sentido —respondió Mason con la mirada perdida mientras se limpiaba los labios con la servilleta—, aunque...

—¿Aunque qué?

A Mason le molestaba la presencia de Kassandra en aquella conversación.

—Nada, solo pensaba en voz alta —comentó receloso.

Se hizo un silencio incómodo.

—¿Has averiguado algo más? —preguntó Liam con brusquedad.

—¡Cielo Santo, sí! —exclamó Mason, reparando de pronto en la llamada que había recibido una hora antes—. Tenemos los resultados del laboratorio —susurró, como si de ese modo le concediera cierta intimidad a la conversación—. Ya sabemos de quien era la sangre que había en

el apartamento de Benjamin Witterman.

—¿Y bien? —preguntó Liam, obviando lo incómodo que se sentía su compañero ante la presencia de Cassandra.

—La sangre era de Jayden.

—Eso no tiene ningún sentido —comentó Liam al tiempo que negaba con la cabeza.

—Tal vez sí lo tenga —apuntó Mason en voz baja, tanto que apenas se le entendía—. Eso explicaría, al menos en parte, porqué el asesino le extrajo medio litro de sangre a la víctima.

Llevaba razón, pensó Liam, recordando la conversación con el doctor Morrison. Resopló, exhausto.

—¿Qué hay de Benjamin?

—Sigue ilocalizable, socio —respondió Mason—. No hay manera de dar con su paradero. Margaret Witterman ha denunciado su desaparición esta misma tarde.

—Asigna a todos los agentes que sean necesarios —comentó Liam—, y encuéntralo.

—Haré todo cuanto esté en mis manos.

Necesitaría algo más que eso, pensó Liam.

—Está bien —dijo, mirando fijamente a su compañero—, es tarde —añadió echando un vistazo su reloj—, será mejor que te marches a casa.

Mason le miró extrañado. Liam no era un tipo que se anduviera por las ramas, pero echarle de su apartamento no parecía algo propio de él. Su prolongada mirada le hizo intuir que algo se traía entre manos. Sin embargo, su falta de su sueño le impidió adivinar qué era lo que Liam pretendía.

—Sí, claro —dijo Mason, rascándose la cabeza—. Tengo muchos asuntos que atender —añadió con torpeza, deseando encontrar la menor excusa para no tener que regresar a su casa donde le esperaba una nueva noche en vela.

—Nos vemos mañana a las ocho en comisaría —dijo Liam—. Cuando llegues quiero que hables con Clark, seguramente ya tendrá la dirección del periodista.

—¿Le haremos una visita? —preguntó Mason mientras se dirigía a la puerta.

—Tal vez hagamos algo más que eso. Es muy probable que Ethan no esté en casa y hemos de recuperar esos documentos.

—De modo que allanaremos la vivienda... —comentó Mason con cierto retintín.

—De modo que haremos lo que tengamos que hacer —le cortó Liam con brusquedad—. En esos documentos seguramente esté el nombre del asesino o, al menos, la grabación. Debemos recuperarlos y para ello haremos lo que haga falta.

Una vez a solas, Liam se percató del derrumbe de Cassandra.

—¿Y yo qué haré mañana? —preguntó ella, sentándose en el sofá junto a Lucas—. ¿No pretenderás que me quede todo el día aquí?

—Eso es precisamente lo que harás. Te quedarás aquí y reflexionarás.

—¿Reflexionaré?

Liam se armó de paciencia.

—Sabes tan bien como yo que no has sido del todo sincera conmigo.

—No estoy segura de comprender lo que quieres decir.

—Lo comprendes perfectamente, Kassie —respondió él, advirtiéndole con la mirada de que bajo ningún concepto toleraría el que le continuara mintiendo.

Febrero de 2014 – Agosto de 2015

Perder al bebé acabó por convertirse en el golpe más duro que Cassandra pudiera recordar, superando incluso a la pérdida de sus padres.

Permaneció ingresada en el hospital durante dos semanas, recuperándose de unas heridas que apenas le dolían. El verdadero dolor lo sentía en el epicentro de su corazón, donde aún conservaba los recuerdos de lo que podría haber sido y ya nunca sería. Aquel bebé, de nombre *esperanza* y apellido *ilusión*, había sido lo único bueno que le había sucedido durante los últimos años.

En el mismo lugar donde sufría la pérdida más angustiada, comenzó a germinar de nuevo una única emoción, un dolor indómito que le instaba a represaliar al único culpable de su infelicidad: su marido.

El vínculo entre la venganza que ansiaba con todas sus fuerzas y el placer no tardó en llegar, llegando a convertirse incluso en algo gratificante y adictivo a la vez. Durante su estancia en el hospital la medicación no le permitió pensar con excesiva sensatez, pero ello no evitó que aquel deseo de vengarse se afanzara, una vez más, como un objetivo firme e inamovible.

Jayden quiso permanecer a su lado durante los primeros días. Su rostro traslucía un sutil sentimiento de culpa, como una penitencia auto impuesta y a la vez verosímil. Sus palabras y gestos, en cambio, dejaban entrever al mismo ser miserable que había asediado a su mujer durante años.

Lejos de lo que hubiera sido de esperar, Cassandra decidió no abandonar a su marido tras aquel triste episodio. Se iría de su lado, por supuesto, pero a su debido momento.

Una vez regresó a casa, ambos volvieron a ser quienes eran justo antes de conocer la noticia del embarazo. Jayden se centró de nuevo en su única ocupación, perpetrar su ansiada venganza contra el Padre Jordan. Le pidió a su tío ausentarse del trabajo durante un par de meses. En esta ocasión, Benjamin no opuso la menor objeción.

Poco sospechaba Jayden que, a muy pocos metros distancia, su mujer, todavía convaleciente, fantaseaba con reparar todo el daño que había sufrido.

Kassandra sentía placer cuando imaginaba la manera de castigar a Jayden, pero lo cierto es que no lograba idear ningún castigo lo suficientemente cruel como para calmar su dolor. La venganza parecía dulce y gratificante, desde luego, pero no apaciguaba sus demonios. No aliviaba su desazón y, por supuesto, no le devolvía la esperanza. Aun así, continuó fantaseando con vengarse de su marido, un sueño que, de nuevo, se convirtió en una auténtica obsesión.

Apenas se dirigieron la palabra durante los dos meses siguientes. Cada uno se estancó en su propia laguna de ceguera, relegando al olvido cualquier otro asunto.

Jayden no tardó mucho en retomar su endiablado plan de castigo contra el hombre que había

destruido su infancia. Fue a principios de julio de 2015 cuando por fin se decidió a impartir su propia justicia.

Tal y como había hecho en numerosas ocasiones con otras de sus múltiples y miserables víctimas, envió una carta al padre Jordan en la que le exigía el pago de cincuenta mil dólares a cambio de no publicar unas imágenes escandalosas que a buen seguro destruirían su reputación. Por supuesto, como buen profesional de la extorsión, Jayden adjuntó en su misiva una pequeña muestra de su demoledora munición, unas comprometedoras fotografías que dejaban en entredicho el buen nombre del padre Jordan.

Jayden y su tío acostumbraban a ejecutar sus extorsiones empleando buzones postales privados desde donde enviaban la amenaza y donde, en ocasiones, recibían respuesta de su víctima.

Los apartados postales que utilizaban no eran más que casilleros cerrados ubicados en distintas oficinas de correos alejadas de su vivienda habitual, que contrataban únicamente mientras duraba su proyecto de extorsión. Era uno de los detectives privados a sueldo de Benjamin quien se encargaba de esa parte de la operativa. El detective, a su vez, empleaba a otros individuos para alquilar los casilleros, pagando siempre en metálico.

Las amenazas que enviaban solían ser escuetas y mecanografiadas, evitando cualquier detalle que pudiera delatarles. Jamás empleaban sus nombres reales. Se limitaban a exponer su chantaje y a exigir un dinero a cambio de su silencio. Un dinero que cobraban en una cuenta bancaria de una entidad financiera situada en Panamá.

Empleaban guantes de látex para manipular las endiabladas misivas que introducían en los sobres. Cualquier precaución era poca, solía decir Benjamin, a quien la preocupación por que un día pudieran dar con ellos solía martirizarle a menudo.

Elegir a sus víctimas no era una tarea especialmente complicada. «Las grandes fortunas acostumbran a amasar con ciertas irregularidades —solía decir Benjamin, sabiendo muy bien de lo que hablaba—, es cuestión de apartar la maleza y descubrir el verdadero origen del dinero». Y, efectivamente, así solía ser.

Todo había comenzado años atrás gracias a la insensatez del afamado empresario Aldous Schneider quien, acomodado en una elegante butaca del Arnold Business Club, no había dudado en alardear de las infracciones fiscales cometidas por su empresa a fin de evitar pagar impuestos. Aquella simple conversación estimuló la imaginación de Benjamin, que encontró en el chantaje la solución a todos problemas.

Los salones del Arnold Business Club pronto se les quedaron pequeños. Benjamin y sus socios redefinieron su nuevo negocio meses después, ampliando sus propias fronteras a los empresarios de todo el país.

Si se disponía del mejor rastreador, como era su caso, no era difícil encontrar cuentas falseadas, delitos bursátiles, uso indebido de información privilegiada, espionaje industrial, difusión de información falsa y, en definitiva, todo tipo de fraude financiero en las enramadas fortunas de la clase adinerada.

A pesar del excelente trabajo que Jayden llevaba a cabo, Benjamin no tardó en mostrar su disconformidad con ciertos asuntos. Su sobrino parecía empeñado en ampliar su selectiva red de

chantaje. Jayden apostaba por la extorsión a maridos infieles y, en ocasiones, pederastas, algo que Benjamin desaprobaba.

La ceguera propiciada por la ira hizo que, una vez más, Jayden no actuara con cautela en su particular cruzada, saltándose cada una de las estrictas reglas que su tío le había enseñado a lo largo de los años. No obstante, el dinero exigido en su amenaza al sacerdote llegó a su cuenta un par de días después sin que el párroco plantease la menor oposición.

Jayden había esperado cierta resistencia. Recordaba al padre Jordan como un hombre autoritario e intransigente, dispuesto a enfrentarse a cualquiera que osara cuestionar su autoridad. Y era precisamente a ese hombre arrogante y dominador a quien él ansiaba enfrentarse. Pero no había sido así. En su oponente no había ya ni rastro de aquel tirano sin escrúpulos, por lo que, tras aquel primer envite, Jayden se sintió defraudado ante lo que parecía ser una batalla ganada sin haber librado el menor combate.

Aquella noche fue incapaz de conciliar el sueño. Tras un par de intentos frustrados, se dirigió a su despacho mientras se preguntaba por qué demonios no había obtenido el placer esperado al ejecutar su venganza. La respuesta era muy sencilla. Jayden ansiaba un enfrentamiento, necesitaba que aquel malnacido ofreciera resistencia, deseaba luchar contra aquel enemigo a quien durante tantos años había engrandecido hasta convertirlo en el mismísimo Satanás.

Habían transcurrido más de dos semanas desde su embestida inicial y lo cierto es que Jayden continuaba sin gozar del alivio que hubiera esperado. La sensación de ardor en la boca del estómago, provocada por el ascenso de la ira, le impedía apreciar el sabor dulce de la venganza y eso le enfurecía aún más.

Totalmente fuera de sí, decidió adelantar la segunda fase de su plan. Jayden chantajeó de nuevo al sacerdote, esta vez con mucha más virulencia que la anterior, ensañándose con su víctima en su anhelada búsqueda del placer de la venganza.

La cantidad exigida en esta ocasión ascendía a cien mil dólares, una cifra del todo inalcanzable para el párroco, pensó Jayden mientras sonreía al redactar la carta. En ella le ordenaba que el pago se hiciera efectivo en menos de veinticuatro horas.

El nuevo desembolso de dinero nunca llegó a materializarse, pues el padre Jordan se negó a efectuar ningún pago adicional. Así lo manifestó en la osada respuesta que envió al apartado de correos de donde provenían las amenazas que recibía, situado en el distrito financiero de Manhattan.

Jayden se dispuso a leer la carta del padre Jordan mientras disfrutaba de una taza de café en una concurrida cafetería. Estaba contento, pues intuía el contenido de aquellas líneas que estaba a punto de leer. El padre Jordan le suplicaría que cesase en su acoso, pediría clemencia y, quizá, incluso apelase a su sentimiento cristiano. Tal vez le insultara o reprobara su osadía con palabras de odio. Daba lo mismo. En cualquiera de los dos casos, vería a un hombre devastado por las circunstancias.

Nada de eso sucedió. En aquella respuesta no había ni rastro de la menor súplica o humillación por su parte, sino todo lo contrario. La carta enviada por el párroco dejaba entrever un claro menosprecio por su rival, a quien se dirigía con burla y cierta indiferencia.

¿Acaso no era eso lo que él deseaba?, se preguntó Jayden mientras recordaba su enfado inicial cuando el padre Jordan había pagado sin oponer la menor resistencia.

Quería un oponente a la altura de las circunstancias, por supuesto, pero la respuesta del sacerdote iba mucho más allá. El viejo miserable no hacía sino humillarle con verdadero desprecio, como si de algún modo supiera a quien dirigía sus ofensas.

Su siguiente ofensiva sería mucho más cruel, se dijo tratando de alentar un estado de ánimo cada vez más debilitado. Pero nada logró levantarle el ánimo. Jayden relejó la carta una y otra vez, sumiéndose en un inagotable estado de frustración que trató de pagar con su esposa en tanto regresó al apartamento.

Para su sorpresa y desgracia, Kassandra no era ya la misma mujer. Apenas se había dado cuenta de aquella impactante transformación. Jayden sabía que ella le temía y durante años había obtenido provecho de aquel temor. Sin embargo, ahora, Kassandra parecía haberle perdido el miedo.

Su estado de irritación fue en aumento cuando ella le plantó cara con una seguridad asombrosa. La echaría de casa, pensó tras cerrar la puerta del apartamento con un fuerte portazo.

11 de diciembre de 2015

A la mañana siguiente, nada había cambiado en la vida de Cassandra. Continuaba inmersa en una pesadilla de la que no era capaz de despertar.

Tal vez hubiera un modo de intentar alejarse de aquel mal sueño, pensó todavía medio ensimismada, pero el coste era demasiado alto, concluyó al levantarse de la cama.

Miró el reloj de pulsera que había dejado sobre la mesilla de noche. Las nueve y media. Llevaba meses, tal vez incluso años, sin despertarse tan tarde. El calmante que le había dado Liam la noche anterior había funcionado, se dijo mientras se miraba en el espejo y contemplaba su rostro desenchajado.

Lucas dormía plácidamente en la cama. Desde que se habían marchado del que había sido su hogar durante los últimos años, el animal no se separaba de ella ni un solo instante.

Al salir de la habitación vio una pequeña nota sobre la mesa del salón.

Tienes café recién hecho en la cocina. No sé qué sueles desayunar, por lo que he comprado un poco de todo. En el armario que hay junto al horno encontrarás pienso para Lucas, es de la vecina del piso de arriba.

He enviado a uno de mis hombres a vigilar el apartamento. Permanecerá todo el día en la puerta de entrada, así que si necesitas cualquier cosa no tienes más que pedirselo.

Nos vemos esta tarde.

Liam no parecía un mal tipo, pensó Cassandra. Tal vez incluso pudiera ayudarle a escapar de su propio infierno, se dijo albergando cierta esperanza. Descartó la idea de inmediato, al fin y al cabo, él era un policía y ella... Ella era una asesina.

Se dirigió a la cocina y se sirvió un café bien cargado. Cogió un croissant de una bandeja repleta de repostería artesanal. Bollos suizos, cestas de frutas, chips de crema, lazos de chocolate con almendras e incluso berlinas de caramelo y nueces. Todo tenía una pinta estupenda. En cualquier otro momento, habría probado cada una de aquellas deliciosas obras de arte, pero en su estómago solo había sitio para la incertidumbre y la ansiedad.

Lucas no tardó mucho en aparecer por la cocina, alertado por su extraordinario olfato canino. Dio unos pequeños y graciosos brincos, levantando las patas delanteras, con las que pretendió saludar a Cassandra al tiempo que le exigía compartir con él aquel succulento croissant con aroma a vainilla.

Kassandra le sirvió una ración de pienso y los dos desayunaron tranquilamente, disfrutando de la compañía mutua. Una vez acabaron, ella se percató de un pequeño detalle en el que Liam no parecía haber caído. Tendría que salir del apartamento, pensó, ¿quién sino iba a sacar a Lucas a pasear?

El hombre que había enviado Liam para custodiarla fue muy categórico. Ella no saldría del edificio bajo ningún concepto. Oscar, que así se llamaba aquel fortachón de casi dos metros de

altura, llamó por teléfono a un compañero para que fuera él quien se encargara de pasear al perro.

Una vez a solas, Cassandra se sentó sobre el sofá de terciopelo y encendió el televisor. Tal vez no debería haberlo hecho. O quizá sí, pues tarde o temprano se habría enterado igualmente.

En la pantalla del televisor apareció el soberbio y fastuoso rostro de Margaret. Lucía un aspecto demasiado immaculado para una mujer que acababa de perder a su único hijo, pensó Cassandra mientras contemplaba su distinguida pose. El estómago se le revolvió al oírle hablar de lo mucho que quería a Jayden al tiempo que unas inverosímiles lágrimas le recorrían las mejillas.

Estaba siendo entrevistada por Jeremy Franco, un famoso periodista de televisión muy popular en los años noventa y actualmente caído en el olvido. Jeremy presentaba desde hacía más de cinco años un decadente magazine matinal, donde acudían ricos y famosos a explicar sus miserias más íntimas. Las cuotas de audiencia del programa habían caído en picado durante los últimos meses. Según las malas lenguas, Jeremy estaba desesperado por dar con una historia suficientemente morbosa como para recuperar su público. Sin duda, lo había logrado.

El periodista le tendió un pañuelo a Margaret, que comenzó a fingir un repentino derrumbe emocional. La entrevista estaba a punto de pasar al plato fuerte, pensó Cassandra al advertir la tensión que envolvía al periodista.

—Dígame, señora Witterman, ¿cómo puede una madre afrontar la muerte de su hijo?

—No puede —respondió Margaret con el rostro aparentemente devastado y un tono de lo más teatral. Clavó sus húmedos ojos sobre los del periodista—. Especialmente si su hijo ha sido asesinado.

Un titular sensacionalista comenzó a recorrer la parte inferior de la pantalla del televisor. «Margaret Witterman nos desvelará en exclusiva la identidad del asesino de su hijo Jayden, popularmente conocido como el Dios de las Finanzas».

—El equipo de redacción del programa ha telefonado al Departamento de Policía encargado del caso, pero han rehusado hacer ninguna declaración al respecto —informó el periodista, mirando a cámara a la vez que entornaba los ojos y ladeaba ligeramente la cabeza—. Cuéntenos, Margaret, ¿cómo avanza la investigación?, ¿ha identificado la policía a algún sospechoso?, ¿hay algún detenido?

—No lo hay —negó ella mientras se llevaba un vaso de agua a los labios.

—¿Y el examen forense? —insistió el periodista sin dejar de mirar a cámara—. ¿Ha revelado alguna pista?

—Lo desconozco, Jeremy, el inspector encargado del caso, Liam Sanders, no me ha informado de los avances del mismo. He intentado conversar con él en más de una ocasión, pues dispongo de información muy relevante para el caso, pero no atiende mis llamadas.

—¡Santo cielo, Margaret! —exclamó Jeremy sin mirar a la mujer—. Eso es terrible. Díganos, señora Witterman, ¿cuál es esa información?

—Sé quién asesinó a mi hijo —anunció mirando a cámara mientras una música escalofriante acompañaba a sus palabras.

—Bien, vayamos despacio, querida —le pidió el periodista sin apartar la mirada de la cámara —, usted no solo ha sufrido la muerte de su hijo —dijo mientras la música de fondo se volvía cada vez más aterradora—, su hermano se encuentra actualmente en paradero desconocido, ¿no es así?

Ella asintió lentamente al tiempo que cerraba los ojos.

—Benjamin tenía programado un viaje de negocios, pero a estas alturas ya debería haber regresado. No sé nada de él desde hace cuatro días. Ayer mismo denuncié su desaparición, pero...

—Dígame, Margaret —le interrumpió el presentador inclinando su cuerpo hacia el de ella—, ¿sospecha que la persona que ha asesinado a su hijo pueda estar detrás de la desaparición de su hermano?

—Así es, Jeremy —contestó ella derramando un renovado reguero de lágrimas.

Kassandra no daba crédito. ¿Quién podía tragarse semejante basura?, se preguntó mientras subía el volumen del televisor.

—¿Quién es esa persona, Margaret?

Una nueva música de fondo, de alto contenido dramático, añadió más tensión al momento.

—Kassandra Kapra, su mujer.

En aquel instante sonó el teléfono móvil de Kassandra. Descolgó la llamada sin mirar la pantalla del teléfono.

—No enciendas el televisor.

Liam le llamó en tanto le avisaron. Lamentablemente, no había llegado a tiempo de evitar que Kassandra escuchara las declaraciones de su suegra.

La mañana del inspector había sido de locos. A primera hora había discutido con el capitán. Nicholson le había amenazado de nuevo con apartarle del caso si no avanzaba rápido con su investigación. No habían logrado hallar ninguna pista relevante en la vivienda de la víctima, ni tampoco en la de Benjamin. No tenían ni un solo testigo y todo aquel al que habían interrogado, personas que tal vez pudieran guardar alguna relación con el caso, parecía haber enmudecido repentinamente.

—Demasiado tarde —respondió Kassandra con la vista clavada en el televisor.

Margaret enjuagó sus lágrimas en el pañuelo de Jeremy, continuando con su magistral interpretación.

—Aguarda un instante —dijo Liam, tapando el auricular del teléfono con la mano.

Mason acababa de entrar en su despacho y, a juzgar por la expresión de su rostro, no parecía ser portador de buenas noticias. Sin decir una sola palabra, el subinspector le entregó un papel doblado por la mitad.

—¿Sigues ahí? —preguntó Kassandra al otro lado del teléfono.

Liam no respondió. Desdobló el papel y leyó el mensaje sintiendo como la situación se le iba

de las manos.

—Nos vemos en media hora —dijo antes de colgar.

Kassandra permaneció inmóvil con el teléfono en la mano. La puerta del apartamento sonó en aquel instante. Tras ella apareció el agente que custodiaba el apartamento, y con él Lucas.

—Estaré fuera si necesita algo más —comentó con seriedad.

Kassandra asintió en silencio. Se dirigió a la cocina, donde se preparó un segundo café. Rebuscando entre los cajones, dio con un paquete de tabaco. No fumaba desde hacía más de tres años, recordó mientras cogía un cigarrillo.

Salió a una pequeña terraza a la que accedió a través de un portón rústico de hierro forjado que había en el salón. Lucas fue tras ella. Kassandra tomó asiento y contempló el caos de una ciudad ajena a su pesadilla. Cerró los ojos, sintiendo la desolación más absoluta.

Al cabo de un cuarto de hora, el ruido de unas voces llamó su atención. Encaminó sus pasos sigilosos hacia la entrada del apartamento y miró a través de la mirilla. Junto al fortachón que custodiaba la vivienda había otro hombre que conversaba con él. Era Liam.

—¿Qué sucede? —preguntó Kassandra al tiempo que abría la puerta de casa.

El inspector Sanders entró en el apartamento bruscamente, obligándole a dar un paso atrás.

—Prepara tus cosas —le ordenó sin el menor prolegómeno. Parecía abatido, pensó Kassandra al contemplar el cansancio que se dibujaba alrededor de sus ojos—. Nos vamos de aquí.

—Espera —le pidió ella—, ¿qué ha pasado?

—Saben que estás aquí —respondió escuetamente—. Por favor, Kassie, no me hagas volver a repetírtelo, coge todo lo que necesites. Vuelvo en cinco minutos.

Liam cerró la puerta del apartamento y se largó sin más. Ella permaneció inmóvil frente a la puerta hasta que, de pronto, algo llamó su atención. La esquina de un papel doblado asomaba por debajo de la puerta. Justo cuando se agachaba para recogerlo escuchó a Liam blasfemar al otro lado de la puerta. Kassandra se incorporó de golpe y observó a través de la mirilla. No alcanzó a escuchar la conversación, pero el malhumor del inspector era más que evidente. La puerta se abrió en aquel instante.

—¿Todavía no estás lista? —preguntó Liam mirándola de arriba abajo.

—Lo estaré en un minuto —respondió Kassandra, dando un paso atrás.

Recogió sus escasas pertenencias, cogió a Lucas en brazos y se dispuso a salir del apartamento, donde le aguardaba el inspector Sanders. En el mismo instante en que puso la mano sobre el manillar de la puerta, reparó de nuevo en el papel doblado que asomaba por la ranura inferior de la puerta. Se agachó y lo leyó en silencio, con la respiración contenida de quién apuesta fuerte sin tener una buena mano.

Querida Kassie,

Jugar contigo está resultando una diversión asombrosamente gratificante. Casi aditiva.

Pero esto no ha hecho más que empezar. Es ahora cuando comienza la parte más interesante. Espero que tu ánimo y tu entusiasmo por jugar no decaigan cuando pasemos a la siguiente fase.

Todavía tienes una oportunidad, mi querida Kassie, una única oportunidad de sobrevivir. Entrégame la grabación. De lo contrario, despídete del anonimato, el mundo entero sabrá lo que hiciste.

Ahcam

Septiembre de 2015

Debía reconocerlo, estaba perdiendo la batalla. Jayden no había sentido el menor placer vengándose del Padre Jordan. Lejos de acobardarse, aquel maldito bastardo parecía haberse embravecido.

Tenía que poner fin a aquello, pensó mientras daba un paseo. No tenía sentido postergarlo más. Menos aún después de que su tío Benjamin se hubiera enterado de sus planes. Había sido el mismo detective a quien había pagado más de cincuenta mil dólares por fotografiar al Padre Jordan el que le había delatado. Tendría que haberlo previsto, se dijo. Después de todo, aquel tipo llevaba trabajando para Benjamin más de tres años.

Le asestaría su último golpe al sacerdote, pensó mientras caminaba, el más sangriento de todos, y continuaría con su anterior vida.

Se subió la solapa de su chaqueta, protegiéndose del viento que comenzaba a azotarle con virulencia. Detuvo sus pasos ante un puesto de periódicos. Las portadas a todo color de la prensa sensacionalista llamaron su atención. La gente consumía aquella basura a diario, pensó con menosprecio, devorando cotilleos con los que saciar el apetito de sus vidas vacías. Pura bazofia mediática a la que algunos insensatos llamaban periodismo. Una bazofia que, no obstante, podía serle de gran utilidad.

Jayden pagó los dos dólares y medio que valía el periódico y continuó caminando mientras ultimaba los detalles de su nuevo plan.

Kassandra había mudado de piel. No quedaba ya ni rastro de aquella mujer resignada y temerosa en que se había convertido durante los últimos años. Su metamorfosis no había significado el regreso de la antigua y jovial Kassandra, sino algo mucho más siniestro. La semilla que había germinado en su interior se había transformado en un odio feroz, tan irracional como tenaz.

Jayden le había empujado hacia el abismo de la perdición, pero ella nunca había echado el freno, jamás había tratado de saltar del tren. Sus motivos tenía. Kassandra se había tumbado boca arriba, cerrando los ojos y permitiendo que la corriente le arrastrara hacia el mismísimo infierno.

Para cuando por fin se dio cuenta del error que había cometido, cambiar de camino era ya una misión imposible. No tenía suficientes fuerzas como para dar media vuelta y alejarse del despeñadero por el que había comenzado a precipitarse.

Todo cambió el día en que una nueva vida comenzó a germinar en su interior y, especialmente, el día en que aquella vida dejó de existir. Culpar de ello a Jayden podía no ser del todo racional, pero eso ya no le importaba a Kassandra, para quien continuar viviendo solo tenía una única motivación: arruinarle la vida a quien le había arrebatado la suya propia. Y de ese modo, se sumió en el profundo sueño de la venganza que equivocadamente disfrazó de justicia retributiva. Ojo por ojo, diente por diente.

Maquinar el castigo que recibiría su marido le proporcionó a Cassandra cierto alivio y placer. Su venganza estaba totalmente legitimada, solía repetirse. El sufrimiento causado por Jayden le otorgaba el derecho a devolverle el daño provocado.

Meditó su venganza en silencio, manteniendo sus emociones a raya, enterrando cualquier conato de entusiasmo o rabia, ocultando su resentimiento y acallando sus instintos más depredadores.

Durante meses Cassandra se dedicó en cuerpo y alma a su único cometido, una obsesión que se reproducía a gran velocidad sin que ni siquiera ella pudiera hacer nada para detenerla. Una obsesión que le perseguía desde hacía muchos años. Demasiados años.

Observó a su presa durante semanas, oculta tras un disfraz de moribunda. Su alma en pena vagaba silenciosa por el apartamento, recabando cuanta información le fuera posible. Jayden era un ser miserable y como tal debía tener un secreto despreciable. Cuando ese secreto diera muestras de su existencia ella estaría ahí, agazapada y al acecho, esperando su momento de gloria, su golpe de suerte, su oportunidad para impartir justicia.

Tal era el dominio que aquella obsesión ejercía sobre ella que apenas se dio cuenta de cuán fácil le hubiera resultado vengarse de su marido. La ceguera de su obstinación le impidió ver la tumba que Jayden se había cavado con sus propias manos, una fosa profunda donde acabaría por enterrarse a sí mismo sin ayuda de nadie más.

Con una mujer en permanente estado vegetativo, Jayden dejó la discreción a un lado y se dedicó a su trabajo sin que la presencia de Cassandra le supusiera el menor inconveniente. Abandonó cualquier cautela, realizando llamadas desde casa, dejando documentación relevante a la vista de su mujer e incluso redactando las misivas de chantaje desde el despacho de su apartamento.

Y es que Jayden también había caído preso de su propia obcecación. Vengarse del padre Jordan no le había producido la satisfacción que anhelaba, ni siquiera cuando precipitó los acontecimientos al enviar a un periódico sensacionalista todo el material gráfico que disponía sobre el sacerdote.

A nadie le importaba las deshonrosas miserias del Padre Jordan y menos aún al diario al que Jayden envió todas aquellas repugnantes fotografías. Sin embargo, todo cambió en tanto el director del periódico supo que aquel *hombre de Dios* había impartido clases en el internado más afamado del condado de Jefferson.

El artículo publicado arruinó la reputación del padre Jordan. En cuestión de pocos días todo el país supo de su indecencia. La gente le señalaba por la calle, cuchicheaban a sus espaldas y le tachaban de pederasta desalmado. Su vida cayó en desgracia en un abrir y cerrar de ojos.

Unas semanas después de la publicación de su deshonra, el Padre Jordan recibió una más que esperada visita policial. Dos días más tarde, la prensa publicó la noticia de su muerte. Un crimen astutamente disfrazado de suicidio.

Nada sucedió como Jayden había imaginado. Llevaba días maquinando la muerte del sacerdote.

Un asunto sencillo, pues el hombre vivía solo y, aparentemente, tenía motivos más que de sobra para quitarse la vida.

Jayden habría deseado dar carpetazo al asunto de su venganza. La muerte del Padre Jordan debía acallar los fantasmas de un doloroso pasado que jamás había logrado enterrar.

El día en que Jayden acabó con la vida del sacerdote nada sucedió como había planeado. Una parte de él estaba deseando enterrar aquel asunto, enmudecer a los fantasmas de su pasado y seguir adelante con su vida. Pero eso no fue lo que sucedió.

Viéndose a las puertas de la muerte, el padre Jordan confesó algo más que sus pecados. El temor a la muerte le hizo manifestar un arrepentimiento casi sincero. Sollozando como un muchacho desvalido, el hombre desveló el misterio que se escondía tras tras la impunidad de sus actos vergonzosos. Fue en ese preciso instante, segundos antes de que el padre Jordan respirara su último aliento de vida, cuando Jayden advirtió la magnitud de su error. Aquel desgraciado no era la única persona de quien debía vengarse.

Alguien le había traicionado. Alguien más merecía su castigo.

A medida que las semanas se sucedían, Cassandra avanzaba hacia el interior de un laberinto sin salida, un sinuoso periplo de caminos que jamás conducían a su salvación. Llegó el día en que, habiendo perdido por completo la cordura, decidió involucrar a alguien más en su descabellado propósito de acabar con su marido.

Contratar a un asesino a sueldo no era, desde luego, tarea fácil. Los sicarios no tenían por costumbre anunciarse en las guías de teléfono y ella jamás había tenido contacto con nadie similar. Navegando por una red de comunicaciones en la que los usuarios intercambiaban mensajes preservando su anonimato, Cassandra creyó dar con la solución a sus problemas.

Un tipo apodado Iscariote prometía acabar con esposas molestas, maridos celosos, amantes inoportunas, jefes desalmados o quienquiera que pudiera hacerle la vida imposible a alguien. Un trabajo limpio, discreto, sin testigos ni huellas por apenas diez mil dólares.

Kassandra quedó con el hombre en una cafetería poco concurrida a las afueras de Manhattan. Antes de sentarse, el hombre le pidió que le acompañara al lavabo donde le registró en busca de micrófonos o cámaras. Ella no llevaba encima nada similar, pero la precaución y la desconfianza le habían hecho activar la grabadora su teléfono móvil. Por suerte para Cassandra, el tipo no se percató de ello.

Una vez en la mesa, ambos pidieron un par de cafés. Iscariote no tardó en reconocer la desesperación en los ojos de ella. Ni siquiera quería matar a su marido, se dijo tras unos minutos de conversación. Cassandra era, sin lugar a dudas, una presa muy fácil para la estafa que estaba a punto de cometer.

—Serán veinte mil dólares —anunció con absoluta seguridad mientras miraba a su alrededor como si inspeccionase el terreno.

—En el anuncio se hablaba de diez mil —comentó Cassandra a modo de protesta, con un hilo de voz a medio camino entre el terror y el arrepentimiento.

¿A quién quería engañar? Ella no era una asesina. Tampoco era de las que contrataba a sicarios para que acabaran con la vida de su marido. Las dudas revolotearon insistentemente por su cabeza. Nada de aquello tenía el menor sentido.

—Diez mil dólares es lo que cobraría por un trabajo sencillo y este no parece ser uno de ellos. La más mínima complicación dobla el precio, así de sencillo —informó el supuesto asesino al tiempo que alzaba la barbilla y observaba a la gente a su alrededor. Había captado la incertidumbre de Cassandra y debía actuar rápido—. No acostumbro a bajar mis tarifas, pero con usted haré una excepción. Tipos como su marido no merecen seguir viviendo —añadió con ahínco, intuyendo el motivo que por el cuál aquella mujer quería contratarle, algo que, por supuesto, le traía sin cuidado—. Haré el trabajo por dieciséis mil dólares. Ocho mil ahora y los otros ocho mil cuando... —Carraspeó y se aproximó a ella—. Cuando acabe con él. No lo dude, está usted haciendo lo correcto.

A Cassandra le parecieron irónicas aquellas últimas palabras, especialmente viniendo de un tipo que se ganaba la vida asesinando a personas a cambio de dinero.

—No dispongo de mucho tiempo. Tengo otros clientes a los que atender, así que deberá usted decidirse. ¿Quiere que haga el trabajo o no?

—No —respondió Cassandra tras un par de segundos—, siento haberle hecho venir hasta aquí, pero... Yo no... No creo que asesinar a Jayden... a mi marido solucione nada.

—¿Con quién cree usted que está hablando? —El hombre elevó la voz. La miró de arriba abajo con una expresión de verdadero enfado. Odiaba que le hicieran perder el tiempo y aquel bombón de ojos melosos se lo había hecho perder—. Mi tiempo es oro, ¿comprende? ¿A qué demonios se cree que está jugando?

—Lo siento mucho —se disculpó ella mientras ahogaba un lamento de espanto—. Le pagaré, ¿de acuerdo? Le compensaré por su tiempo, se lo prometo —aseguró con voz temblorosa mientras buscaba su teléfono móvil en el interior de su bolso.

—¿Cuánto dinero lleva encima? —preguntó el hombre sin ocultar su malhumor.

—Tres cientos dólares —respondió ella mientras abría su cartera de donde sacó el dinero con sus manos temblorosas.

El hombre puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza. Cogió el dinero y se levantó bruscamente.

—Escúcheme, monada, espero no volver a verla de nuevo. Si vuelvo a saber de usted, no le auguro un buen final, ¿comprende? —dijo al tiempo que deslizaba discretamente el dedo índice por su cuello.

Iscariote desapareció tras su amenaza. Cassandra le vio marchar mientras hacía lo imposible por controlar el temblor de sus extremidades.

Había estado a punto de cometer un gran error, se dijo mientras contemplaba la ciudad desde el asiento del autobús. Su sed de venganza no había desaparecido, por supuesto que no, pero no sería de ese modo como acabaría con Jayden. No volvería a involucrar a nadie más en su cometido, se prometió.

El autobús le dejó a unas manzanas de distancia. Quiso bajarse una parada antes para poder caminar y reflexionar acerca de lo ocurrido aquella tarde. Llevaba meses observando a su marido y no había logrado hallar el modo de destruirle. Lo que Cassandra todavía no sabía es que aquel día sería el destino quien le quitaría la venda de los ojos. Un golpe de suerte merecido gracias al que, por primera vez, escuchó hablar sobre el contenido de la caja fuerte.

11 de diciembre de 2015

Debían largarse de ahí enseguida. Huir no solía ser una opción para Liam, pero aquel maldito hijo de perra, quienquiera que fuera, sabía dónde vivía y, lo que era aún peor, sabía dónde encontrar a Cassandra.

Nadie sabía cómo demonios había llegado aquel sobre a comisaría. Un sobre cuyo destinatario era el propio inspector Sanders. Liam repasó en su mente una y otra vez el escueto mensaje que había leído instantes antes.

¿Acaso cree que un solo hombre vigilando la puerta de su apartamento podrá protegerla de mí?

Ahícam

Estaba realmente furioso. A pesar de ello, hizo todo lo posible por mantener la calma. De nada le serviría perder los nervios en un momento como aquel. Lo que más le enfurecía no era el hecho de que aquel tipo supiera dónde vivía. Ni siquiera el tener que abandonar la ciudad. Lo que realmente le enervaba era tener la certeza de que Cassandra sabía quién era el hombre que le acechaba.

—Tarde o temprano tendrás que hablar conmigo y contarme toda la verdad —comentó con las manos pegadas al volante y la vista clavada en la carretera.

—Ayer te conté todo cuanto sé —se defendió Cassandra mirándole de reojo. Sabía que estaba tensando demasiado la cuerda, pero ¿qué otra cosa podía hacer? —¿A dónde nos dirigimos? —preguntó mirando a Lucas, que dormía plácidamente acurrucado a sus pies.

—Estoy empezando a perder la paciencia, Kassie —le advirtió Liam ignorando su pregunta—. Tienes dos opciones. O colaboras conmigo y me dices lo que sabes o te quedas sola.

La amenaza iba en serio. Cassandra había acabado con sus reservas de paciencia. Él había hecho todo lo humanamente posible para ayudarle, pero ya no era posible continuar de su lado si no recibía nada a cambio.

Liam se sentía agotado. Ninguno de sus pasos había arrojado la menor luz al macabro enigma en que se había convertido aquel caso. Pocas horas antes había recibido la llamada del detective Rodríguez. El agente regresaba en aquel instante del antiguo apartamento de Cassandra. Habían forzado la cerradura de la puerta roja, pero no habían hallado ninguna pista que pudiera ayudarles a resolver el caso.

Inmerso en un largo y oscuro túnel sin salida, Liam maldijo su suerte en silencio mientras miraba su reloj. Quedaba poco más de media hora de trayecto.

—El próximo sábado Mason y Lua, su mujer, celebran su quinto aniversario de boda —comentó Liam, dejando a Cassandra perpleja con aquel repentino giro de la conversación—. Es un matrimonio envidiable —prosiguió con la mirada perdida en la carretera—. Tienen sus pequeños baches, por supuesto, ¿qué pareja no los tiene? Pero lo cierto es que se complementan a

la perfección. Cuando era una niña, Lua solía veranear con su familia en Cold Spring. Sus abuelos tenían una casa situada frente a la academia militar de West Point. Supongo que habrás visitado el pueblo alguna vez...

Ella asintió con la cabeza mientras le miraba dubitativa.

—Hace muchos años de eso —respondió Cassandra—. Recuerdo el embarcadero, el paseo por el río y las preciosas tiendas de antigüedades que hay en Main Street —comentó casi sin pensar, rememorando viejos tiempos. No pudo evitar sonreír al viajar a aquel pasado hogareño—. A mi tío John le fascinaba Cold Spring. Solíamos comer siempre en el mismo restaurante, una antigua estación de tren donde al parecer vagaba el fantasma de una mujer que había sido asesinada ahí mismo —añadió, ensanchando su sonrisa.

—Depot Restaurant.

—Así se llamaba —confirmó ella. Miró a Liam por el rabillo del ojo. Permanecía serio y concentrado—. Y dime, ¿por qué estamos hablando de Cold Spring? ¿Acaso nos dirigimos ahí?

—Es el regalo de aniversario de Mason —respondió él sin pestañear, absorto en sus propios pensamientos. Tenía una gran capacidad intuitiva y, del mismo modo que sabía que ella no estaba siendo del todo sincera con él, vislumbraba un nuevo giro en los acontecimientos. Eso le enfurecía aún más, pues tenía la impresión de no ser más que un peón en medio de una partida de lunáticos—. Le ha comprado una casa a su mujer, algo que solo sabemos él y yo.

Kassandra advirtió su malestar. Ella tenía un firme propósito, pero no deseaba que él pagara por ello. Al fin y al cabo, era la única persona que verdaderamente había querido ayudarle.

—Escucha, Liam, yo no quisiera...

—No, Kassie, escúchame tú a mí —le interrumpió él, mostrándole su decepción a través de sus palabras—. Llegaremos en unos veinte minutos. Ese es el tiempo que tienes para tomar una decisión. O te sinceras conmigo o damos media vuelta y te llevo a comisaría.

Habían transcurrido más de quince minutos desde la firme amenaza de Liam y lo cierto es que Cassandra aún no sabía qué debía hacer. Había dado por sentado que hablarle sobre los negocios de su marido sería suficiente para que Liam la dejara en paz, pero no había sido así.

—¿Qué hay de Ethan? —preguntó de pronto, rompiendo el incómodo silencio. Tal vez si Liam lograba recuperar los documentos de la caja fuerte se olvidara de ella—. ¿Habéis logrado localizarle?

—Está de vacaciones en Guatemala. No volverá hasta dentro de dos semanas.

—Siento oír eso —comentó Cassandra con un tono de disculpa—. Esos documentos os hubieran sido muy útiles en la investigación.

—No he dicho que no tengamos los documentos —le cortó él con acritud—. Están en el maletero del coche.

Ella le miró con perplejidad. Intuía que Liam no solía ceñirse a las reglas, pero allanar una

vivienda y robar unos documentos implicaba violar demasiadas leyes incluso para alguien como él. Quiso preguntarle por ello, pero el sonido del móvil se lo impidió.

—Inspector Sanders —respondió Liam sin apartar la vista de la carretera—. Estamos a punto de llegar. ¿Cuándo podrás acercarte? Necesito que me eches una mano con la documentación.

Kassandra le observó por el raballo del ojo mientras él hablaba por teléfono. Parecía un buen hombre. Tal vez algo tosco y desencantado con la vida, pero noble y, a la vez, encantador. ¿Por qué no habría acabado ella con alguien como él?, se preguntó de pronto.

—¿Quién más ha escuchado esa grabación? —preguntó Liam mientras volvía la vista hacia Kassandra. Sus ojos se encontraron con los de ella, sosteniéndole la mirada de un modo sorprendentemente desafiante—. Está bien, procura que nadie más lo vea y envíamelo enseguida —le ordenó a su compañero, quien no había acabado de explicarle todas las novedades—. ¿Como que hay algo más? Escucha, Mason, ahora no tengo tiempo, hablaremos cuando llegues a Cold Spring, ¿de acuerdo? —Liam permaneció en silencio un instante, escuchando a su compañero—. Hazme un favor, amigo, no le hables a nadie de esto. Dame solo un par de horas —añadió, mirándose el reloj—. Si para entonces no he averiguado nada más, podrás hablar con el capitán y seré yo mismo quien detenga a Kassandra Kapra.

Entraron en la casa sin dirigirse la palabra. Era una vivienda grande y hermosa, pensó Liam. A la mujer de Mason le encantaría, no le cabía la menor duda. Se detuvo en el recibidor, contemplando el singular suelo de pizarra y las paredes revestidas de piedra de mampostería.

Las amplias cristaleras y las estancias diáfanas y conectadas entre sí hacían que el espacio fluyera libremente, estableciendo una cálida conexión entre el interior y el exterior de la vivienda.

Liam se dirigió al salón y buscó desesperado algo para beber. La situación se le estaba escapando de las manos y era plenamente consciente de ello. Si no lograba averiguar nada en las próximas horas, debería regresar a la comisaría con Kassandra detenida por asesinato.

Todo apuntaba en la misma dirección, especialmente después de la misteriosa aparición de aquella grabación de la que le había hablado Mason. Él mismo había desconfiado de Kassandra desde el primer momento. No obstante, había una gran diferencia entre creer que ella no estaba siendo sincera y culparla de la muerte de su marido.

—Tendría que haberte formulado esta pregunta hace días —comentó mirándole a los ojos al tiempo que le alcanzaba una copa de coñac, la única bebida alcohólica que había encontrado en el mueble bar del salón—. ¿Mataste a tu marido?

Ella abrió los ojos involuntariamente. Rechazó la copa con la mano y negó con la cabeza. Dejó a Lucas en el suelo.

—¿Ordenaste matar a tu marido? —insistió él, volviendo a la carga con más virulencia que nunca.

—¿Cómo dices? —sollozó Kassandra.

—Ya me has oído, ¿contrataste a alguien para que acabara con la vida de tu marido? —Las

palabras del inspector resonaron por cada rincón del salón—. No es una pregunta difícil de responder, Kassie —añadió, mordaz, presionándola un poco más mientras se acercaba a ella con paso firme y desafiante.

—No sé de qué me hablas —tartamudeó ella.

Kassandra dio un paso atrás, intimidada por la cercanía del inspector. Comenzó a respirar agitadamente mientras veía como la nitidez perdía terreno frente a un inminente desvanecimiento. Inconscientemente, se llevó la mano a la frente. Sus dedos recorrieron la pequeña cicatriz que atravesaba su ceja izquierda, reflejando una ansiedad que a duras penas lograba controlar.

Era evidente que se había sobrevalorado, pensó. Había supuesto que lograría vengarse de Jayden y salir indemne de ello, pero no había sido así. Su obsesión le había arrastrado con ella y ahora estaba a punto de ir a la cárcel o, tal vez, algo mucho peor.

—Yo creo que sí lo sabes —le acusó Liam al tiempo que se acercaba a ella de nuevo, acorralándola contra la pared. Verla de aquel modo, tan indefensa como un pajarillo enjaulado y tan desesperada como parar estar a punto de estallar, no le gustó, pero no tenía más opción que atazarla hasta hacerla confesar—. Hay una prueba que te incrimina directamente en la muerte de tu marido, Kassie.

—¿Qué...? ¿Qué clase de prueba? —preguntó ella al borde del abismo.

Lucas percibió la intranquilidad de Kassandra y se acercó a ella.

—Alguien ha enviado una grabación de audio a comisaría —explicó Liam—. Según le han confirmado los expertos informáticos a Mason, el sonido es real. La cinta no ha sido manipulada. Está en poder de Mason, pero es cuestión de minutos que acabe en manos del capitán. Cuando eso ocurra, no tardará en dictarse una orden de detención contra ti. —Dio un último trago a su copa y la dejó sobre la mesa de azulejos que quedaba a su derecha—. Dejémonos de tonterías, ¿quieres? Si no me explicas toda la verdad, yo mismo te llevaré esposada a comisaría.

Kassandra tuvo que sentarse. No estaba fingiendo, sino luchando contra la gravedad. Sus extremidades temblaban, del mismo modo que lo hacían sus labios. Las emociones contenidas durante meses fluyeron de manera precipitada.

—¿Qué es exactamente lo que contiene esa grabación? —preguntó sacando fuerzas de la nada.

Liam suspiró malhumorado.

—Una conversación entre tú y Matthew Simone, un delincuente de poca monta que acostumbra a timar a sus víctimas ofreciendo servicios a través de internet—. Inspiró, manteniendo sus emociones a raya. Clavó la mirada sobre los labios de Kassandra y enseguida la desvió a sus ojos. Unos ojos de embustera, pensó apretando el puño derecho que escondía en el bolsillo de su pantalón—. Quiero la verdad, Kassie, ¿contrataste a Simone para que asesinara a tu marido?

Inexplicablemente para él, Kassandra sonrió aliviada.

—No lo hice —respondió ella con seguridad.

—¿Y cómo explicas entonces tu conversación con él?

Ella se levantó y le miró fijamente. El inspector respiraba aceleradamente. El cabello revuelto, las marcadas y azuladas ojeras y la barba de varios días le otorgaban un aspecto desaliñado que dejaba entrever su cansancio. Aún así, seguía siendo un hombre atractivo, pensó Cassandra mientras daba un paso al frente, haciendo desaparecer el espacio entre ambos.

—Me cité con él —reconoció—. Mi marido era un hombre despreciable... —Dirigió la mirada a los labios del inspector, que en aquel momento se encontraban a escasos centímetros de los suyos. No era propio de ella comportarse de aquel modo, pero debía reconocer que, por primera vez en mucho tiempo volvía a sentir la intensa punzada del deseo—. Quise vengarme de Jayden, es cierto. En un momento de desesperación barajé la posibilidad de contratar a alguien para...

—Para que le asesinase. —Liam terminó la frase, siendo muy consciente de lo que trataba de hacer Cassandra al acercarse a él de aquel modo.

Ella asintió. El color de sus ojos se volvió más meloso que nunca, pensó Liam, a quien le estaba costando un verdadero esfuerzo no sucumbir ante la tentación.

—Pero finalmente no le contraté.

—Le pagaste por sus servicios.

—No —negó ella—, le pagué por el tiempo que le hice perder. Nada más. Puedo probar lo que digo. —Cassandra se acercó al sofá y cogió su bolso, de donde sacó su móvil—. Siento contradecir a vuestros expertos informáticos —dijo con cierto retintín—, pero la grabación que han enviado a comisaría debe haber sido manipulada. De lo contrario, no estaríamos teniendo esta conversación. —Le alcanzó el móvil al inspector mientras le miraba a los ojos y pronunciaba las siguientes palabras—: Esto es lo que sucedió realmente.

Ambos escucharon la grabación sentados en el sofá que había junto a la chimenea.

—¿Por qué grabaste esta conversación? —preguntó Liam al cabo de unos minutos.

Se sentía aliviado tras haber escuchado la grabación. Sin embargo, seguía sin fiarse de Cassandra.

—Jamás había hecho algo parecido —se defendió ella—. Ni siquiera sé por qué le llamé —añadió con los ojos empañados en lágrimas—. No fue más que un estúpido error.

—Está bien —comentó Liam, compadeciéndose de ella—. Esto no te deja en muy buen lugar, pero, efectivamente, demuestra que no contrataste los servicios de Simone. La pregunta ahora es... ¿Quién diablos ha enviado el audio a comisaría?

Septiembre 2015 - Diciembre 2015

La conversación que escuchó Cassandra no fue especialmente reveladora. Apenas comprendió nada de lo que hablaban Jayden y su tío. Sin embargo, sí pudo intuir la trascendencia de lo que entre susurros revelaron.

—Sabes que no me gusta hablar de estos temas aquí —protestó Benjamin—. ¿Por qué diablos me has hecho venir a tu apartamento?

Kassandra se las ingenió para escucharles sin que se percataran de ello. Sabía que Jayden le había pedido a su tío que se reuniera con él en su apartamento aquella misma tarde por lo que, fiel a su firme propósito por vengarse de su marido, se las había ingeniado para esconder un teléfono móvil en el salón de casa. Lo había pegado con esparadrapo en una de las caras interiores de la mesa del comedor. Poco antes de que Benjamin se reuniera con Jayden en su apartamento, Cassandra llamó con su teléfono al móvil oculto en el salón, activó el botón de silencio y descolgó la llamada. Instantes después, se fue a dar un paseo por el parque en compañía de Lucas.

—Deja de preocuparte por todo. Estamos solos en el apartamento.

—Lo sé, pero tu mujer podría regresar en cualquier momento —gruñó Benjamin, molesto por la dejadez que ahora mostraba su sobrino.

—No te preocupes por Kassie, suficiente tiene con recordar dónde vive —se burló Jayden mientras negaba con la cabeza—. Tendrías que verla, parece un fantasma vagando sin rumbo.

—No me parece una persona feliz y, si me permites el atrevimiento, creo entender por qué —le recriminó su tío.

Las palabras de Benjamin no revelaban el verdadero reproche que sus labios ansiaban manifestar. Su sobrino se había vuelto demasiado descuidado. Jayden y sus malditas imprudencias estaban a punto de dar al traste con lo más preciado que había en su vida. Su negocio.

—No es feliz por decisión propia —respondió Jayden sin prestar mucho interés.

—¿Por qué no te divorcias de ella? —preguntó Benjamin, sorprendiéndose a sí mismo por la osadía—. Podrías tener a cualquier mujer, ¿por qué quedarte con Kassie? Tú mismo lo has dicho en más de una ocasión, las cosas entre vosotros dos ya no son como antes y tú ya no parece estar enamorado de ella. Quizá haya llegado el momento de separar vuestros caminos.

Jayden le clavó sus ojos negros. En aquel instante hubiera deseado asestarle una sonora bofetada o, mejor aún, un gancho contra el mentón. Tal vez incluso teparle la cara con un cojín hasta que dejara de respirar.

—Eso no sucederá nunca, ¿me oyes? —Su tono no dejaba lugar a dudas. Aquel no era un tema de conversación que deseara tocar—. Kassie permanecerá siempre a mi lado, ese fue el compromiso que asumí el día de nuestro enlace.

Benjamin no tenía ganas de discutir, así que lo dejó estar. Al fin y al cabo, ¿qué le importaba a él lo que sucediera entre Jayden y su mujer?

—Bien, muchacho, y ¿para qué me has hecho venir?

Kassandra lo había escuchado todo desde su móvil. Las palabras de Jayden no le aterraron como solían hacerlo. La *nueva Kassandra* ya no le tenía miedo a su marido, tan solo esperaba el momento adecuado para devolverle el sufrimiento que había acabado con su vida.

—Tengo un asunto nuevo entre manos —respondió Jayden, todavía molesto por la osadía de su tío—. Creo que podría suponer mucho dinero.

Benjamin le miró con cara de pocos amigos. Sabía muy bien lo que significaba aquella expresión en el rostro de su sobrino.

—No quiero otro caso como el del sacerdote, ¿me oyes? —le advirtió alzando el dedo índice—. Me da igual lo dura que haya sido tu infancia, no permitiré que utilices mi negocio para tus asuntos personales.

Jayden sintió de nuevo el punzante deseo de acabar con la vida de su tío. Si hubiera tenido un arma le hubiera disparado ahí mismo, provocándole la muerte de manera inmediata. ¿Quién demonios se había creído que era para hablarle de aquel modo?

—Esto no tiene nada que ver con mi infancia —explicó a regañadientes. El cretino del investigador privado del banco, a quien había contratado para indagar sobre la vida privada del Padre Jordan, le había hablado del caso a Benjamin, de modo que Jayden no había tenido más remedio que confesarle la verdad a su tío—. Además, aquel asunto no acabó tan mal. No te escuché quejarte cuando ingresé el dinero en nuestra cuenta.

—Ya conoces mis reglas, nada de mezclar asuntos personales con el trabajo —dijo Benjamin, alzando la voz—. Cometiste una gran equivocación, chico, y a punto estuviste de estropearlo todo. Sabes perfectamente el tipo de persona a quien chantajeamos y el padre Jordan no entraba en ese perfil. Actuaste por tu cuenta sin consultar conmigo —le reprochó, torciendo el gesto—. ¿Has olvidado ya quién te metió en este negocio? No serías nadie si no fuera por mí. Me debes todo lo que tienes, muchacho. —Benjamin se calmó enseguida. Su sobrino actuaba de un modo imprudente, pero hacía bien su trabajo—. Será mejor que aparquemos este asunto, háblame del nuevo caso que tienes entre manos.

Kassandra había dejado de caminar. No entendía ni una sola palabra de lo que había escuchado, pero sabía que se trataba de algo importante. Su gran oportunidad estaba a punto de caer del cielo.

Nada de lo que habían hablado parecía guardar la menor relación con el banco, concluyó. ¿Sería WIB una simple tapadera? Las preguntas se acumularon entre sus pensamientos mientras una única palabra parecía resonar en las paredes de su cerebro. Chantaje.

—Dame un segundo, iré a buscar el expediente a la caja fuerte —comentó Jayden.

—¿De quién se trata? —quiso saber Benjamin.

—¿Has oído hablar de George Spacey?

—¿El magnate del petróleo?

—Ese mismo. Se rumorea que está a punto de divorciarse de su mujer, Karina, una bailarina

exuberante que logró engatusarle hace apenas siete meses.

—Algo he oído. ¿Y qué importancia puede eso para nosotros?

—Lo comprenderás todo en cuanto veas las fotografías que tengo en mi poder. —Benjamin quiso protestar, pero Jayden extendió la mano, impidiéndoselo con un gesto—. Ya lo sé, este no es el tipo de extorsión al que nos dedicamos, pero escúchame bien, tío Benjamin, este asunto puede hacernos ganar una auténtica fortuna. El afamado señor Spacey se acuesta desde hace varias semanas con la hermana de su mujer.

—Pero ¿qué...?

—Lo sé, lo sé —dijo Jayden mientras cerraba los ojos y asentía orgulloso de sí mismo—, un auténtico escándalo. Lo cierto es que se trata de un plan urdido por las propias hermanas. Son unas verdaderas...

—Aguarda un instante —le interrumpió Benjamin antes de que pudiera acabar la frase—. ¿Qué diablos pintas tú en todo esto?

—Conocí a Karina hace un par de meses, durante una fiesta benéfica —respondió con una sonrisa de lo más retorcida—. Hubo una buena sintonía entre los dos —añadió con un guiño—. Hemos mantenido el contacto durante todo este tiempo, lo que nos ha permitido...

—Trazar un plan para chantajear a su marido. —Benjamin acabó la frase. Aquello no le gustaba. Su sobrino era un auténtico genio ganando dinero, pero asumía demasiados riesgos—. No me convence, Jayden, sabes que no me gusta involucrar a más gente en nuestros negocios. Nuestros socios no le verían con buenos ojos.

—¿De qué demonios estás hablando? Johansson y Smith no hacen otra cosa que poner la mano para cobrar sus suculentos cheques a final de mes, hace años que no están involucrados en esto —protestó Jayden.

—Sigue sin convencerme.

—Puedes estar tranquilo, tío Benjamin —comentó Jayden con un tono conciliador—, yo gestionaré todo el asunto desde el principio hasta el final. Karina y su hermana se conforman con cien mil dólares. Una vez tengan su parte, no volveremos a saber de ellas.

—Es muy arriesgado. ¿Cómo sabes que son de fiar?

—No lo sé y, a decir verdad, probablemente no lo sean, pero saben a quien se enfrentan. Las fotografías ya están en mi poder. Cumpliré con mi parte si ellas cumplen con la suya, de lo contrario no me temblará la mano si he de deshacerme de Karina y de su hermana.

Kassandra permanecía petrificada. Estaba tan desconcertada que el salto de Lucas, cansado de haber permanecido quieto durante más de quince minutos, le pilló por sorpresa, haciendo que el móvil se precipitara sobre el suelo.

No le importó no escuchar el final de la conversación. Lo que había oído hasta aquel instante era más que suficiente para acabar con su marido, pensó con la respiración acelerada.

Tal y como solía suceder, Jayden se salió con la suya. Una vez tomaba una decisión, era muy difícil hacerle cambiar de opinión. Benjamin lo sabía, del mismo modo que también sabía de la habilidad de su sobrino para convertir un caso complicado en una gran suma de dinero.

Extorsionar al repugnante empresario George Spacey no le proporcionó la menor satisfacción a Jayden. El distanciamiento de su mujer y la ausencia de placer en su anhelada venganza le sumieron en un mar de desconsuelo del que solo creía poder escapar reavivando el fuego de su furia. A fin de cuentas, la balanza de la justicia seguía sin estar equilibrada. Continuaba habiendo un traidor en su pasado que merecía la expresión de su cólera.

Esta vez sería mucho más cauteloso. Nadie debía saber ni un solo detalle de sus planes, pues se enfrentaba a un enemigo mucho más astuto y poderoso que el Padre Jayden.

Inconscientemente, Jayden buscaba cierta satisfacción al perpetrar su venganza. El castigo al traidor le liberaría de su pesada carga, solía pensar.

Planificó la batalla desde la insensatez y movido por las pasiones. No intentó liberarse de su dolor. Todo cuanto hizo fue sumergirse en una venganza personal que, como acostumbraba a suceder, acompañó de una ira descontrolada.

Buscaba resarcirse de un pasado injusto, sumiéndose en un intento fallido por reparar lo irreparable. No obstante, y a pesar del perverso juego de imprudencias en el que se vio inmerso, sí supo calcular bien su jugada maestra. No sucedió así con las consecuencias de sus actos.

Fue meticuloso en la maquinación, guardando para sí todos los detalles de su plan. No contó con nadie en la elaboración ni en la ejecución del mismo. Se sirvió solo de su audacia y de su inteligencia, lo que le bastó para perpetrar su venganza. Ciertamente el destino también puso de su parte, pues su presa guardaba en su armario secretos tan inconfesables como despreciables.

La venganza de Jayden acabó disfrazándose de justicia, pero en su forma más primitiva y salvaje.

11 de diciembre de 2015

El autocontrol había sido siempre una de sus mayores virtudes. Sin embargo, aquella tarde Liam se sentía incapaz de vencer la tentación.

Trató de borrar el deseo de su mente, luchando contra un anhelo que le consumía y le controlaba. Pero aquellos ojos melosos, avivados por un fuego aparentemente descontrolado, y la sensualidad de unos labios provocadores le resultaron profundamente irresistibles.

—Pareces preocupado —comentó Cassandra al advertir la batalla interior que Liam parecía estar librando.

Debía retroceder y mantener de nuevo las distancias, pensó ella, pero estar a tan pocos centímetros del inspector le resultaba gratificante. Por primera vez en mucho tiempo, tal vez en toda una vida, se deshizo del miedo. Duró apenas un instante, pero fue suficientemente placentero como para mantenerse ahí, junto al hombre que le hacía sentir de aquel modo.

No se lo pensó dos veces. Cassandra se acercó aún más al inspector y le besó con urgencia mientras sus manos parecían responder al estímulo del deseo. Él respondió con la misma premura, cediendo a un impulso indócil.

La pasión les encontró con las defensas bajas. Tal vez se debiera a los últimos acontecimientos, algo que, por supuesto, habría logrado rebasar los límites de serenidad de cualquier persona. Claro que, posiblemente, aquel arrebato no era más que el resultado de haber reprimido en exceso unos sentimientos demasiado intensos como para acallarlos.

Liam le quitó la blusa sin reparar en la violencia de aquel gesto. Cassandra le desabrochó los botones de la camisa provocando que más de uno saltara por los aires. En cuestión de segundos se encontraron sobre la cama, entrelazando algo más que unos cuerpos sedientos de placer. Los besos, los abrazos y las caricias expresaban algo más que el deseo carnal.

Sus movimientos precipitados hablaban en un idioma desconocido, un lenguaje que manifestaba con gestos las emociones grabadas en lo más profundo de su memoria. Y así, vociferando sus miedos, sus anhelos y sus ansiedades, fue como les encontró el subinspector O'Connor.

Liam había perdido completamente la cabeza. Eso era lo único que podía explicar la escena que acababa de presenciar. Mason salió de la vivienda a toda prisa y se dirigió a la licorería que había a dos manzanas de su nueva casa.

Había conducido hasta Cold Spring rebasando unos cuantos límites de velocidad, pues la urgencia del caso así lo exigía. Instantes antes de partir, habían llegado a comisaría dos sobres, ambos de remitentes anónimos. El destinatario del primero de ellos era el inspector Sanders y el asunto, según se especificaba en el mismo sobre con letras grandes y mayúsculas era el caso Wenneck. El segundo sobre iba dirigido a él y su contenido era, si cabe, mucho más grave que el

de su amigo.

Mason llamó a su compañero. Liam no respondió a sus llamadas, de modo que el subinspector decidió abrir el sobre. En su interior había una grabación. La escuchó atentamente mientras trataba de localizar de nuevo a su amigo. En tanto acabó de escuchar la grabación, Mason salió disparado en dirección a Cold Spring para reunirse con el inspector Sanders, a quien telefoneó de camino, esta vez con mayor fortuna.

Liam era mucho más que un compañero. Había sido padrino de su boda y también lo sería de su primer hijo, el día en que Lua se quedara embarazada. Su relación sobrepasaba los límites del compañerismo y, precisamente por eso, Mason había sido tan permisivo con alguna de las excentricidades de su amigo, pero acostarse con Kassandra iba más allá de lo que él pensaba tolerar. Menos aún después de lo que acababa de escuchar.

Mason regresó a casa con una botella de whisky y la firme intención de poner a Liam en su sitio, algo que jamás había logrado.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le soltó de sopetón al verle en el salón, abrochándose los pocos botones que aun quedaban en su camisa.

Liam resopló sin saber muy bien que contestar. No tenía ganas de sermones y mucho menos de discutir.

—Escucha, Mason, no ha sido nada —respondió sin mucha convicción mientras se atusaba el bigote—. No le des más importancia de la que tiene.

—¿Estás oyendo las sandeces que dices? —Mason no daba crédito. Su amigo se había vuelto loco de remate, pensó mientras echaba un vistazo a su costoso sofá de cuero, donde el perro de Kassandra dormía plácidamente—. Te has acostado con una sospechosa de asesinato, precisamente del caso que estás investigando. ¿De verdad pretendes que no le des importancia? —exclamó el subinspector mientras se servía una copa—. Esta vez te has pasado de la raya, amigo.

—Haz el favor de calmarte, O' Connor. —Liam solía dirigirse a él por su apellido cuando la conversación se ponía seria—. Y por lo que más quieras, baja la voz —le pidió, señalando con la cabeza en dirección a la habitación.

—Claro, ahora lo comprendo. Acostarte con ella es parte de tu plan, ¿me equivoco? —murmuró—. ¿Es así como pretendes sonsacarle la información?

Liam resopló de nuevo mientras se pasaba la mano por la nuca. No le sería fácil enmendar la situación, pensó. Cogió la botella de whisky que Mason había dejado sobre la mesa del salón y sirvió un par de copas.

—En primer lugar, no me he acostado con ella —se defendió.

—Lo habrías hecho si no llego a aparecer en la habitación.

—Probablemente —admitió Liam. Se bebió la copa de un solo trago para después sentarse en el sofá junto a Lucas. Su amigo tenía razón, ¿qué diablos había hecho? Se masajeó el puente de la nariz, cerrando los párpados mientras trataba de recuperar la cordura—. No sé qué me ha pasado —se disculpó finalmente.

Mason se sentó en el sofá junto a Liam. Parecía desbordado, pensó.

—¿No te habrás enamorado de ella?

—El amor es una forma de autodestrucción que por ahora no contemplo —respondió Liam, esbozando una media sonrisa.

—Brindo por ello —respondió Mason mientras alzaba su copa. Había decidido no insistir más sobre el asunto. Era evidente lo mal que se sentía Liam por ello, así que lo mejor sería dejar el tema a un lado. Al menos por el momento.

Liam agradeció la retirada y la predisposición para trabajar en el caso. Mason era un buen amigo y, a decir verdad, muy probablemente estuviera en lo cierto. Haber estado a punto de acostarse con Cassandra había sido un error de los grandes.

En menos de diez minutos le puso al corriente de las últimas novedades, explicándole al detalle el contenido del audio completo del encuentro entre Cassandra y el famoso estafador Matthew Simone. Una información que, sin embargo, no acabó por relajar los ánimos de Mason.

—¿Qué ocurre? —preguntó Liam, advirtiendo la preocupación de su compañero.

—Hay algo más —respondió Mason en voz baja mientras se subía las gafas sobre el puente de la nariz.

—Soy todo oídos.

—No creo que este sea el lugar apropiado para hablar de ello —murmuró el subinspector dirigiendo una mirada hacia la habitación donde estaba Cassandra.

—Vamos, amigo, no le puedo pedir que se vaya. Dime lo que tengas que decirme. Ella está en la habitación, no puede oírnos —dijo Liam, aun sabiendo que no era del todo cierto.

—Tenías razón, Cassandra nos ha mentado desde el principio —dijo Mason a modo de respuesta.

—Ya te he explicado que Cassandra no contrató finalmente a ese tipo —dijo Liam.

—No se trata de su conversación con Simone. Esto es algo mucho más serio, amigo —le advirtió bajando la voz—. No eres el único que recibe misteriosos paquetes —añadió entregándole una grabadora a su compañero—. Justo después de hablar contigo, Rodríguez me entregó un sobre.

—Supongo que nadie sabe quién lo entregó, ¿me equivoco?

—Ambos sobres fueron entregados por un mensajero. Hemos hablado con la empresa de mensajería, pero no han podido facilitarnos ningún detalle relevante.

—¿Ningún detalle relevante? —repitió Liam, exasperado—. ¿Qué hay del remitente? ¿Acaso no le solicitaron su identificación?

—Lo hicieron —respondió Mason al tiempo que negaba con la cabeza—. Lo siento amigo, pero los datos eran falsos.

—¿Cómo pagó?

—En efectivo.

—¡Maldita sea! —se quejó Liam—. Este juego está empezando a cansarme. —Exhaló un prolongado suspiro—. Está bien, dime, ¿de qué se trata esta vez?

—Será mejor que lo escuches tú mismo.

—Hagamos una cosa —comentó el inspector Sanders, torciendo el gesto—. Iré a por la documentación que tengo en el maletero del coche y escucharé ahí la grabación, ¿de acuerdo? Tú vigila a Cassandra.

Liam se había separado de ella en el mismo instante en que Mason había abierto la puerta de la habitación. Recogió su camisa del suelo y se vistió sin apenas dirigirle una sola mirada. Acto seguido, salió de la habitación.

Kassandra se incorporó y permaneció sentada sobre la cama sin mover ni un solo músculo. La reacción de Liam le había hecho sentir insignificante, pero en el fondo agradecía aquella emoción, por negativa que fuera. Sentirse de algún modo, fuera el que fuera, significaba estar viva de nuevo.

No se arrepentía de lo que acababa de suceder, aunque lo cierto es que ni ella misma sabía lo que había pasado.

Desde la habitación escuchó al inspector discutir con su compañero. Mason no parecía muy contento. Liam, en cambio, trataba de defenderse con una estrategia poco acertada. Unos minutos después, el inspector Sanders había acabado por calificar lo sucedido entre ellos dos como de un error. Por más que le doliera, Kassandra debía reconocer que tal vez tuviera razón. A fin de cuentas, él era un policía y ella era una sospechosa de asesinato.

Al salir de la habitación, se extrañó al no ver a Liam.

—Buenas tardes —dijo Mason, mirándole con desconfianza.

—¿Dónde está...? —titubeó Kassandra mirando en todas direcciones—. ¿Dónde está el inspector Sanders?

—¿Acaso te preocupa?

Mason se había formado una idea muy clara de lo que había sucedido en la habitación. Liam había tenido razón desde el principio, aquella mujer no era más que una embustera y una manipuladora. Engatusaba a los hombres y después se aprovechaba de ellos. Lo había hecho con su marido, en cuya muerte muy probablemente estaba implicada, pensó Mason, y ahora lo estaba haciendo con su amigo.

—No sé qué es lo que te ha explicado Liam, pero yo no...

—No le ha hecho falta explicarme nada —le cortó el subinspector—. Es bastante evidente lo que intentas hacer con él, pero a mí no me engañas.

Se acercó a ella y le miró fijamente. Podía entender por qué su amigo había caído en sus redes. Kassandra era una mujer realmente hermosa. Parecía inaccesible, pensó. Inaccesible e incomprensible, concluyó al contemplar el intenso color miel de sus ojos.

—Las cosas no funcionan así —prosiguió, negando con la cabeza—. Aun en el hipotético caso de que Liam efectivamente creyera en tu inocencia, hay muchas más personas trabajando en este caso y, permíteme que te aclare algo, todas las pruebas te señalan a ti.

Quiso hablarle de la segunda grabación, pero se contuvo a la espera de ver la reacción de su compañero. Aquella prueba sin duda la incriminaba en la muerte de su marido, sin embargo, debía ser prudente, pues a pesar de la evidencia de su participación, todavía no podían acusarla de asesinato.

—Yo no...

Kassandra tuvo que sentarse en una silla.

—¿Por qué no te defiendes? —exclamó, elevando la voz—. Mataste a tu marido, ¿no es cierto?

—¡Basta ya! —gritó ella, llevándose las manos a la cara.

—¿Lo hiciste por dinero? —continuó Mason, empleando el mismo proceder que Liam solía utilizar cuando quería acorralar a un sospechoso—. ¿Cuál es tu precio? ¿Diez millones de dólares? ¿Veinte? ¿Tal vez treinta? ¿A cuánto asciende la fortuna de tu difunto marido?

Kassandra sentía estar a punto de desfallecer. Enterró la cabeza bajo sus manos y comenzó a respirar agitadamente. Lucas se acercó a ella enseguida, consciente del malestar de su dueña, y comenzó a gruñirle a Mason.

—¡No quiero su maldito dinero! —gritó a pleno pulmón—. Yo solo... Solo quería vengarme de mi marido. —Se levantó furiosa y le miró a los ojos mientras las lágrimas recorrían sus mejillas—. Me arrebató lo único bueno que había en mi vida, ¿comprendes? Soporté años de abusos, humillaciones y palizas mientras poco a poco cavaba mi propia tumba. —Kassandra gritaba al hablar y caminaba al frente, haciendo que Mason tuviera que retroceder, atónito ante la reacción que él mismo había provocado—. ¿Tienes la menor idea de lo que es eso?

—No era mi intención... —balbuceó Mason. Tal vez se había extralimitado, pensó—. Discúlpame, no quería...

—Pero jamás me quejé. Acepté una vida miserable al lado de un ser despreciable. A fin de cuentas, yo misma había decidido arruinarme la vida. Uno es el resultado de sus decisiones, ¿no es eso lo que dicen, subinspector O'Connor? —Kassandra continuó hablando totalmente fuera de sí—. Pero llegó el día en que Jayden cruzó una línea que jamás debería haber cruzado.

—¿Qué sucedió, Kassie? —preguntó Mason con un tono mucho más cercano.

—¡Lo perdí! —gritó encolerizada, rozando la cicatriz de su ceja con las yemas de sus dedos.

Costaba comprender lo que decía, pues sus gritos se tornaban confusos entre el profundo lamento que envolvía su voz.

—¿Qué fue lo que perdiste? —preguntó Mason sosteniéndola del brazo como si en cualquier momento fuera a derrumbarse.

—Tuvimos una discusión —balbuceó ella. Kassandra golpeaba a Mason en el pecho sin darse cuenta. Él le agarró de las muñecas y trató de calmarla, pero le fue imposible—. Una entre

tantas... Salí corriendo de casa y él me siguió. Yo... No vi aquel coche, solo pensaba en huir.

—¿Qué coche? —Mason era incapaz de comprender lo que ella trataba de explicarle—. Cálmate, Kassie, por favor —le suplicó.

—Un coche me atropelló —murmuró Cassandra con la voz entrecortada. Giró la cabeza y abrió los ojos, mostrando en su mirada el desespero de quien lo ha perdido todo casi en la vida. Esa misma asfixia que uno siente cuando apenas hay nada por lo que luchar, cuando el ineludible compromiso con la muerte se adelanta sin avisar. Posó su mano sobre el vientre de un modo delicado, como si de algún modo sintiera el corazón que aquel fatídico día dejó de latir. —Lo perdí todo —dijo con una mirada profunda, sin necesidad de más explicaciones.

Mason la abrazó contra su pecho y le acarició la cabeza, rogándole que se tranquilizara.

Pasaron unos minutos antes de que Cassandra recuperara la calma. Tenía la cara bañada en lágrimas y el pelo revuelto. Todavía respiraba agitadamente y su mirada iba de un lado a otro de la habitación. Mason le ofreció una copa y se sirvió otra a si mismo.

—Siéntate, por favor —le pidió, señalando la mesa del salón—. Dime, Kassie, ¿qué hiciste cuando perdiste...? —Mason era incapaz de formular la pregunta. Podía hacerse una idea del sufrimiento que habría padecido Cassandra. El dolor de una madre que pierde a su hijo antes incluso de haberle visto respirar no era algo de lo que uno pudiera recuperarse fácilmente—. ¿Qué pasó después de aquel día?

—Quise vengarme de él —respondió ella, después de un largo trago de whisky que le quemó la garganta—. Al principio me limité a observarle.

—Y después, ¿qué hiciste después?

Mason rellenó de nuevo las copas mientras miraba de reojo el reloj de la pared que quedaba a su izquierda. Marcaba las cinco y media.

—Ya conoces la historia del estafador que finalmente no contraté... —dijo, encogiéndose de hombros—. Fue una estupidez por mi parte.

—Lo sé. Liam me lo ha explicado. ¿Qué más hiciste? —insistió, sabiendo que la confesión pendía de un hilo.

—Le observé durante mucho tiempo, segura de que acabaría por encontrar algún secreto turbio con el que poder destruirle y hacerle pagar por todo el daño que me había causado.

—¿Lo encontraste? —preguntó él, sabiendo la respuesta.

Kassandra bebió un sorbo de whisky y asintió con la cabeza. Debía andarse con cuidado y no explicar más de lo que ya le había revelado al inspector Sanders.

—Su trabajo en el banco no era más que una tapadera —comentó, sospechando que Mason ya estaría al tanto de lo que estaba a punto de decir—. Jayden y su tío Benjamin no se dedicaban a las finanzas, sino a...

—Sino a extorsionar a gente poderosa y adinerada —comentó Mason con la mirada perdida. Volvió la vista hacia ella—. Liam subirá enseguida con la documentación que enviaste a tu amigo

el periodista. Dime, Kassie, ¿crees que allí encontraremos el nombre de la persona que asesinó a tu marido?

—Eso creo —respondió ella, esquiva.

En aquel mismo instante se abrió la puerta de la vivienda. Tras ella apareció Liam cargado de bolsas que dejó en el suelo de inmediato al ver el devastador aspecto de Cassandra.

—¿Qué diablos pasa aquí? —lanzó su pregunta a Mason, a quien también dirigió una mirada intimidatoria. Se arrodilló junto a Cassandra sin esperar la respuesta de su compañero—. ¿Estás bien? —preguntó cogiéndole la mano.

Ella asintió mirando de reojo a Mason. Inspiró profundamente y cerró los párpados con fuerza. ¿Y si confesaba de una vez por todas?

—Estoy bien —respondió tímidamente, sabiendo de sobra lo ridícula que era su respuesta.

—¿Por qué no descansas un poco? —Liam la observó mientras pronunciaba su pregunta en voz baja. Jamás había visto tanta angustia en una mirada—. Te vendrá bien dormir un par de horas antes de la cena.

Kassandra obedeció con un gesto apesadumbrado, sin ocultar la tristeza infinita que había reprimido durante los últimos días. Liam le acompañó hasta la habitación de invitados que quedaba al final del pasillo y se despidió de ella con un beso en la frente, afanándose por no ceder al deseo de acortar la distancia entre ellos.

—Escucha, Liam, tengo que hablarte de algo muy importante —dijo Cassandra en tanto él se alejó hacia la puerta.

—Lo harás cuando te despiertes —respondió él, pensando en la segunda grabación de la que le había hablado Mason—. Ahora descansa.

Kassandra se levantó pasadas las siete de la tarde, después de haber dormido poco más de una hora. Por primera vez en mucho tiempo había aparcado su tormento e, inexplicablemente para ella, había logrado descansar.

—Puede que no haya sido del todo sincera con vosotros —dijo al entrar en el salón.

—Creo que de eso ya nos habíamos percatado —ironizó Liam con una extraña expresión.

El inspector miró a su compañero. Calma, le pidió con la mirada, intuyendo, o tal vez deseando, una confesión que parecía estar a punto de llegar.

—Tal vez sí pueda facilitaros algún detalle sobre la persona que asesinó a Jayden —anunció ella con seriedad.

—¿Sabes quién es? —preguntó Mason sin ocultar su impaciencia.

—No sé su verdadero nombre —reconoció Cassandra, percatándose al instante del modo inusual en que ambos le observaban.

—¿Es una de las víctimas de los negocios de extorsión de tu marido? —preguntó Liam tras

incorporarse.

Ella asintió.

—¿Ahícam? —preguntó Liam, entornando la mirada. Cassandra asintió de nuevo—. ¿Por qué estás tan segura?

—Sé que él quería asesinar a Jayden.

—Igual que muchas otras de las personas a quienes tu marido chantajeó.

Kassandra tragó saliva y guardó silencio durante un instante que, a los ojos de los agentes, pareció interminable.

—Estoy segura de ello porque... —Inspiró una profunda bocanada de aire que inundó sus pulmones de un último aliento de vida antes de desvelar su secreto—. Fui yo quien le ayudé a matar a mi marido.

6 de diciembre de 2015

Durante la mañana Cassandra comenzó a encontrarse indispuesta, pero no fue hasta después de comer cuando ese malestar se convirtió en una sensación de mareo preocupante. Hizo lo posible por restarle importancia a la palidez de su rostro y a las oscuras ojeras que se dibujaron bajo sus ojos. Sin embargo, alrededor de las cinco de la tarde, después de haber pasado todo el día en la editorial, decidió regresar a casa y dormir un poco.

Las náuseas y la desagradable sensación de desmayo se acrecentaron a medida que se acercó al apartamento. Se sentía tan mareada que ni siquiera le extrañó el que la puerta del apartamento no estuviera cerrada con llave. Entró en casa y se dirigió directamente a su habitación. Se tumbó en la cama mientras recibía la habitual y cálida bienvenida de Lucas.

Unos minutos más tarde, cuando ya dormía, escuchó un ruido seco seguido de un bramido grave. Se incorporó de inmediato y miró a Lucas, que permanecía inalterable y durmiendo a su lado. Agudizó su oído, tratando de averiguar qué demonios habría sido aquel sonido. Dos segundos después lo adivinó. Era Jayden.

¿Qué estaría haciendo en casa tan pronto? Él no solía regresar antes de las diez de la noche. Cassandra se levantó de la cama y se dirigió al lugar de donde procedía su voz.

Una vez en el salón miró a su alrededor sin saber muy bien hacia donde caminar. La voz de Jayden era cada vez más cercana, pero ¿de dónde venía?

Una corazonada le obligó a dirigirse hacia la puerta roja, aquella que juró no cruzar jamás. El corazón comenzó a latirle agitadamente en tanto constató que era tras esa puerta donde se encontraba su marido.

Se acercó con sigilo y pegó el oído a la puerta. Jayden discutía con alguien acaloradamente. Su voz sonaba mucho más grave y autoritaria de lo normal.

—No me hagas perder más el tiempo —exclamó Jayden, encolerizado—. Quiero un millón de dólares en mi cuenta mañana por la mañana, de lo contrario le mostraré las fotografías a tu mujer.

Kassandra creyó intuir con quién estaba hablando su marido. Debía estar chantajeando a George Spacey, el magnate del petróleo a quien, juntamente con su mujer, Jayden pensaba estafar una gran suma de dinero.

Nada más lejos de la realidad. Habían transcurrido más de tres meses desde que Cassandra escuchara a Benjamin y a Jayden hablar sobre aquello, tiempo más que suficiente como para que Jayden hubiera dado carpetazo a ese asunto, que se saldó con un ingreso de más de quinientos mil euros en la cuenta de Panamá cuya titularidad compartía con Benjamin.

—¿Crees que es un farol, maldito hijo de perra? —Jayden continuó hablando, elevando cada vez más la voz—. Ahora verás. Enciende el ordenador y abre tu correo —le ordenó a su interlocutor. Dejó el móvil sobre la mesa y accionó la función de manos libres. Era plenamente consciente de la imprudencia que cometía al exponerse de aquel modo, pero lo cierto es que eso

le traía sin cuidado. —. Si tu mujer ve esto estás muerto, querido Jeffrey. ¡Muerto! —exclamó tras una carcajada interminable.

—Por el amor de Dios, piensa en el chaval. No es más que un crío.

—No seas cínico —espetó Jayden, visiblemente malhumorado—. ¿Acaso te importó el que no fuera más que un crío cuando le obligaste a mantener relaciones sexuales contigo?

Kassandra tuvo que apoyarse sobre la puerta para no ceder frente a la sensación de vértigo. Un sudor frío le recorrió la espalda mientras se le nublaba la vista.

—Ten piedad —le suplicó el hombre—. Sabes que no tengo ese dinero.

—Tú no, pero tu mujer sí —replicó Jayden. Permaneció en silencio durante un instante, pensando en su tío Benjamin. Se pondría furioso si se enteraba de cómo estaba llevando aquel asunto, cometiendo una temeridad tras otra. Debía solucionarlo cuanto antes—. Tienes veinticuatro horas para reunir un millón de dólares, de lo contrario ten por seguro que arruinaré tu vida para siempre.

Jayden colgó y lanzó el móvil sobre la mesa mientras soltaba una inagotable retahíla de juramentos.

Kassandra retrocedió un paso en tanto le escuchó levantarse. Tropezó con Lucas, que la miraba sin comprender por qué temblaba de aquel modo. Mientras caía extendió su mano derecha para amortiguar el golpe, lesionándose la muñeca. Cerró los ojos con fuerza, apretó los dientes y, como pudo, reprimió un alarido de dolor.

El móvil de Jayden sonó en aquel instante. No estaba de humor para atender llamadas, pero debía hacerlo. El negocio era el negocio y nadie lo sabía mejor que él.

—Tío Benjamin —contestó de mal humor. Activó de nuevo el manos libres de su teléfono móvil y se sirvió una copa de whisky. Aquel maldito depravado le había hecho perder los nervios, se lamentó—. ¿Cómo te va?

—Llevas toda la tarde ilocalizable —le reprochó Benjamin—. Te he llamado más de diez veces.

—Estaba al teléfono con el marido de Amanda Jones.

Kassandra se llevó la mano a la boca. Amanda Jones era una de las presentadoras de televisión mejor pagadas de todo el país.

—Te estás pasando, chico —le advirtió su tío—. ¿Cuántas veces he de decirte que ese no es nuestro negocio? —exclamó sin ocultar su enfado. Jayden le había hablado de aquel asunto y él había hecho todo cuanto había podido por quitárselo de la cabeza—. ¿Por qué demonios te empeñas en extorsionar a este tipo de sinvergüenzas?

—¿Te vas a poner moralista, tío Benjamin? —Otra vez estaba con lo mismo, pensó Jayden de malhumor—. Nuestro negocio es el chantaje, ¿qué más te da a quién desvalijemos?

—Sabes de sobra que no me gusta tratar con tipos de esa calaña. Son escoria humana.

—¿Acaso las víctimas que tú eliges son personas íntegras y de moralidad intachable?

—Con ellos no suele haber problemas a la hora de cobrar —respondió Benjamin, sin mucha locuacidad—. ¡Virgen santa, Jayden! Hablamos de personas cuyo único delito es la estafa económica, no la corrupción de menores —protestó convulsionado—. Permití que eligieras a tus propias víctimas, pero se te ha ido de las manos, muchacho. Siempre que tratas con este tipo de personas suele haber algún problema.

—No tuviste el menor inconveniente cuando ingresé los quinientos mil dólares de George Spacey.

—Fue una excepción —se defendió—. Te lo dejé bien claro en su momento. Además, aquel hombre no hizo más que engañar a su mujer. Esto va a acabar muy mal, hijo.

—¿De qué diablos hablas, tío Benjamin? —preguntó Jayden sorprendido. Nunca había oído a su tío tan alterado—. Si es por el marido de Amanda, puedes estar tranquilo. Ese tema estará solucionado mañana por la mañana. Tienes mi palabra.

—No se trata de eso.

—¿Y entonces? —le apremió Jayden—. ¿Qué demonios sucede?

Benjamin guardó silencio durante un par de segundos.

—Es por lo del cura aquel... —comentó Benjamin, dando un nuevo rodeo al verdadero motivo de su preocupación.

—¿El padre Jordan? —preguntó Jayden extrañado.

—El mismo.

Jayden maldijo en silencio. No tendría que haberle hablado de ello, se dijo a si mismo, pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? Si aquel maldito detective no se hubiera ido de la lengua. La lealtad por su tío Benjamin pareció pesar más que los cien mil dólares que Jayden le había ofrecido por su silencio.

—¿Y ahora qué pasa con él?

—Fue un asunto personal y, como tal, no supiste controlarlo adecuadamente. Te lo advertí, nuestro negocio no se lucra del abuso a menores.

—¿Otra vez vas a empezar con lo mismo?

—Deberías haberlo dejado cuando aún estabas a tiempo, pero no me escuchaste —prosiguió Benjamin, ignorando el comentario de su sobrino—. Te dejaste cegar por una estúpida vendetta personal, y ahora estás bien jodido, muchacho.

¿Una estúpida vendetta personal? ¿Qué demonios sabía él? Su tío no era más que un bufón con suerte, un ser despreciable enriquecido a costa del engaño y la estafa, un moralista de pacotilla entregado a la misión divina de condenar lo que cínicamente tildaba de pecado.

Jayden recorrió la habitación con la mirada, tratando de recobrar la compostura. De nada le serviría discutir con su tío.

—Sé que ese asunto se complicó más de lo debido —reconoció—, pero finalmente todo se

solucionó. Vamos, tío Benjamin, no te escuché protestar cuando ingresé los doscientos mil dólares que le saqué al Padre Jordan.

—A eso mismo me refiero. Le arruinaste, le sacaste hasta el último centavo y, aun así, hiciste publicar las fotografías.

Nada hubiera tenido sentido si no lo hubiera hecho, contestó Jayden en silencio.

—Necesitaba equilibrar la balanza. El dinero no era suficiente para saldar la cuenta con el pasado.

—¿Y su muerte sí lo es?

Kassandra permanecía pegada a la puerta aguantando la respiración. Aquel no era, ni de lejos, el modo en el que hubiera deseado vengarse de su marido, pero debía aprovechar la oportunidad, pensó.

—¿De qué diablos hablas? —preguntó Jayden, haciéndose el sorprendido sin que su asombro resultase creíble.

—Lo sabes perfectamente. El padre Jordan se quitó la vida hace unas semanas —le comunicó su tío con un falso pesar—. ¿Creías que no me iba enterar?

—Yo no le daría mucha importancia —comentó con una asombrosa indiferencia—. Tenemos el dinero y el hombre está muerto. No veo donde está el problema.

—Por supuesto que no lo ves —gruñó Benjamin—. Tú nunca ves ningún problema. ¿Fuiste tú, Jayden?

—El hombre se suicidó —respondió, intuyendo que ese no era el verdadero motivo de su llamada—. ¿Por qué no lo sueltas de una vez? ¿Qué es lo que realmente te preocupa?

Benjamin permaneció callado durante un instante.

—Lo has estropeado todo, muchacho. ¡Todo! Este era un buen negocio y tú te lo has cargado por tus malditos asuntos personales.

—No sé de qué me hablas. —Jayden estaba comenzando a perder la paciencia—. Ve al grano de una maldita vez.

—Alguien ha puesto precio a tu cabeza —anunció como si le estuviera sentenciando a muerte.

—¿De qué diablos hablas? —exclamó Jayden, reprimiendo un súbito ataque de ira.

—Ha publicado el mismo anuncio en la sección de clasificados de todos los periódicos nacionales.

—¿De quién estás hablando?

—Al más puro estilo del Salvaje Oeste. —Benjamin continuó divagando de manera casi inteligible, ignorando la pregunta de su sobrino.

Jayden resopló, cansado de escuchar cosas sin sentido, y a punto estuvo de colgar el teléfono.

—Haz el favor de calmarte —le exigió a su tío.

—Va a por ti, muchacho —vociferó Benjamin—. Lo dice claramente en el anuncio.

—¿Quién va a por mí? ¿Y de qué maldito anuncio estás hablando?

Benjamin cogió el periódico que había sobre la mesa de su escritorio y lo abrió en la sección de clasificados. Aquella sería la veinteava vez que leía el mismo anuncio.

—«Ofrezco dos millones de dólares a quien me proporcione información sobre el paradero de un infame y despreciable extorsionador que se hace llamar *El Ojo de Horus* —leyó Benjamin—. Si usted también se encuentra entre una de sus víctimas, no lo dude y póngase en contacto conmigo».

Jayden soltó una enorme carcajada.

—¡Santo cielo, tío Benjamin! Me habías asustado. Me cuesta creer que te hayas preocupado por semejante estupidez.

—No es ninguna estupidez —se defendió Benjamin, visiblemente alterado—. ¿Y si alguien te delata? Son dos millones de dólares. Hay quien vendería a su madre por mucho menos.

—¡Por el amor de Dios! ¿Quién diablos iba a delatarme? Nadie sabe que yo soy el *temible* Ojo de Horus —dijo Jayden con una aplastante seguridad, acompañando a sus palabras de una sarcástica teatralidad—. ¿En qué periódico han publicado ese anuncio?

—En todos, muchacho. En todos los malditos periódicos —respondió Benjamin, exagerando un pronunciado tono dramático—. El mismo anuncio publicado en todos los periódicos de gran tirada desde hace exactamente una semana.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes?

—Al principio no le di importancia —se defendió Benjamin con un ligero titubeo, como si no esperara el tono acusatorio de su sobrino—. Y después... En fin, digamos que quise investigarlo a fondo antes de explicarte nada.

Jayden cogió el periódico que había sobre su escritorio y miró la fecha de publicación. Tres de diciembre. Pasó las páginas hasta que por fin dio con el anuncio.

—Bueno, y ¿qué sabemos de nuestro misterioso contendiente? —preguntó con una expresión de burla—. Imagino que habrás averiguado algo, ¿me equivoco?

—No mucho —reconoció Benjamin con cierto pesar—. Llamé a la redacción de unos de los periódicos que publicó el anuncio donde trabaja un viejo amigo mío. Fue un muchacho quien contrató su publicación. Un joven que nada tiene que ver con todo esto. Un tal Justin... Ahora no recuerdo el apellido. Al parecer, alguien le pagó una gran cantidad de dinero por publicar los anuncios. Ese *alguien* se hace llamar Ahicam.

—Así que Ahicam... —repitió Jayden con una fingida indiferencia—. ¿Qué hay del número de teléfono que figura en el anuncio?

Benjamin resopló antes de responder.

—Todavía no he podido averiguar quién es el propietario.

Jayden permaneció pensativo durante unos segundos hasta que por fin se decidió a romper el silencio.

—Será mejor que lo dejes en mis manos —dijo mientras anotaba en un papel el número de teléfono del tal Ahicam—. Yo me encargaré de solucionar este asunto —añadió sin mucha convicción.

—No creo que sea buena idea seguir hablando de esto por teléfono. Lo mejor será que nos veamos en el almacén que hay junto a las oficinas del banco —comentó Benjamin visiblemente incómodo—. Llamaremos a Johnson y veremos a ver qué más podemos averiguar. De todos modos... —titubeó sospechando la reacción de su sobrino si finalmente pronunciaba las palabras que tenía en mente.

—Vamos, tío Benjamin —protestó Jayden—, no tenemos todo el día. Suéltalo de una vez.

—Creo que deberías irte de la ciudad durante un tiempo.

—¡De ningún modo! —exclamó Jayden furioso—. No pienso huir. Ya te he dicho que lo solucionaré. Le llamaré, averiguaré quién demonios es y entonces...

—Harás lo que yo te diga —le cortó su tío con acritud y un nerviosismo más que evidente—. Escucha, no quiero discutir contigo y menos por teléfono, pero los dos sabemos que es lo mejor para ti. —Suspiró, inquieto—. Y piensa en lo que harás con Kassie.

—¿Qué quieres que haga con ella? Si tengo que irme, ella vendrá conmigo, por supuesto.

—Es tu decisión, muchacho. Solo te pido que lo pienses bien. ¿Qué demonios le vas a decir?

—No tengo porque darle ninguna explicación —respondió Jayden visiblemente molesto. Cogió el papel donde había anotado el número de teléfono de Ahicam, lo arrugó hasta hacer una bola y lo lanzó al suelo con furia—. Es mi mujer, hará lo que yo le ordene.

Kassandra cogió a Lucas en brazos y lo arrulló como si fuera un bebé. Curiosamente, el comentario de su marido no le enfureció, estaba acostumbrada a oír cosas mucho peores. Sin embargo, todo lo que había escuchado hasta aquel momento había estimulado aún más su inquebrantable deseo por escarmentar al monstruo con el que había compartido su vida durante los últimos años.

—Piénsalo bien, Jayden —insistió su tío—, Kassandra no sería más que un estorbo.

—No puedo irme sin ella. —Jayden se masajeó la frente como si aquel gesto lograra calmar el dolor que se había instalado en su cabeza—. Necesito... Necesito tiempo para pensar. En dos horas estaré en el almacén.

—Está bien. No te retrases.

Kassandra corrió hacia su habitación y se encerró en el baño con Lucas. En tanto escuchó la puerta del apartamento, salió del lavabo caminando de puntillas.

Jayden se había marchado de casa, constató al cabo de unos segundos mientras revisaba cada estancia de la vivienda con el paso cada vez más acelerado. Observaba su alrededor con

susplicacia, temiendo que su marido pudiera estar escondido en cualquier parte.

Encaminó sus precipitados pasos hacia el pasillo que conducía al despacho de su marido. Balbuceaba palabras incomprensibles mientras miraba a un lado y a otro. A mitad camino frenó en seco. La puerta roja estaba entreabierta.

Permaneció frente a ella sin saber muy bien qué hacer. Pasados un par de minutos de incertidumbre, Cassandra decidió traspasar el umbral que en su día prometió no cruzar.

Recorrió el pasillo que le condujo al despacho desde donde Jayden había estado conversando con su tío y entonces lo vio. Se llevó la mano al pecho mientras abría los ojos desmesuradamente.

Su gran oportunidad por fin había llegado, se dijo en silencio mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Jayden se había dejado la puerta de la caja fuerte abierta.

Se apresuró a coger toda la documentación que había en su interior y la examinó atropelladamente. Se sentó sobre la butaca y clavó la mirada sobre la pared. ¿Qué diablos podía hacer con todo aquello? Tardaría horas, tal vez días, en analizar aquella información. ¿Y después qué? ¿Qué haría una vez hubiera acabado de investigar todo aquello?

Fue en aquel instante cuando su encuentro con Ethan le vino a la memoria. ¿Y si le entregaba la documentación a su amigo? A fin de cuentas, Ethan era un periodista ambicioso del New York Post y, según le había explicado el día de su reencuentro, iba a hacer todo lo posible por trabajar bajo las órdenes del profesor Stockhoff en el nuevo departamento de fraudes financieros.

Antes de salir de la sala vio la bola de papel arrugado que Jayden había lanzado al suelo instantes antes. Se agachó y la abrió con las manos temblorosas. En tanto leyó el nombre de Ahicam escrito en el papel se lo guardó en el bolsillo y salió de la estancia, llevándose consigo toda la documentación de la caja fuerte.

Kassandra se dirigió a su habitación. Cogió una pequeña maleta de mano y metió todas las carpetas y dossiers en su interior, mezclando unos y otros. Llamó a Ethan por teléfono mientras trataba de calmarse. Dejó de intentarlo al tercer intento y se sentó sobre la cama. No sabía donde vivía su antiguo compañero de universidad y no había manera de localizarle, pero no estaba dispuesta a rendirse.

Cogió la maleta, se despidió de Lucas y salió del apartamento. Tardó veinte minutos en llegar a la redacción del New York Post. Miró su reloj, las siete y media de la tarde. Muy probablemente Ethan ya no estuviera en el periódico, pensó con cierta desazón. Le llamó de nuevo al móvil, pero Ethan no contestó, de modo que decidió entrar en el edificio.

—¿En qué puedo ayudarle? —le preguntó la recepcionista, ofreciéndole su mejor sonrisa a pesar de llevar casi ocho horas trabajando.

—Busco a Ethan Gómez —respondió Cassandra tímidamente.

—Ethan —repitió la joven con una sonrisa burlona mientras sus mejillas se enrojecían casi por arte de magia—. Hace días que no le veo por aquí.

—¿Ya no trabaja en el periódico? —preguntó Cassandra espantada.

—Oh, sí, por supuesto que sí. Tal vez esté trabajando en algún reportaje o quizá se haya

marchado de vacaciones. Con él nunca se sabe —añadió con un guiño de complicidad.

—Necesito entregarle una documentación. Verá, es algo muy importante, es una información relacionada con... —se detuvo y miró a ambos lados.

—No se preocupe, no tiene por qué explicármelo —comentó la joven en voz baja—. Deme un segundo, llamaré a un compañero suyo y él se hará cargo.

Aquella opción no le convencía en absoluto a Cassandra, pero no creía tener muchas más opciones, así que aguardó mientras miraba impacientemente su reloj.

Al cabo de dos minutos apareció un compañero de Ethan, de nombre Andrew Smith. Tenía el típico aspecto de periodista de vocación, pensó Cassandra al observar su aspecto desaliñado.

—A decir verdad, no sé muy bien donde está —comentó entornando la mirada mientras se subía las gafas de pasta con la mano derecha. Llevaba una camisa de cuadros mal abrochada y una melena larga, desgredada y despeinada—. Hace unos días que no aparece por aquí, pero no se preocupe, le enviaré la documentación a casa.

—¿No podría usted darme su dirección para que yo misma pueda entregársela?

El hombre negó con la cabeza sintiendo no poder complacer a Cassandra.

—Verá, no es que desconfíe de usted, pero comprenderá que no pueda facilitarle la dirección de un compañero de trabajo —comentó con un tono cercano.

Con mucho recelo, Cassandra acabó cediendo ante la voluntad del destino, dejando en manos de aquel tal Andrew Smith su ansiada venganza.

«¿Y ahora qué?», se preguntó mientras caminaba de vuelta a casa. Era un trayecto largo, pero no tenía ganas de regresar en autobús. Lo que acababa de hacer podía destruir la reputación de Jayden. ¿Era eso lo que quería? ¿Se sentía complacida? Lo cierto es que no, concluyó al cabo de unos minutos, pero había hecho lo que tenía que hacer.

«¿Y ahora qué?», se repitió a dos manzanas del apartamento. Prepararía la maleta y se iría de casa con Lucas. No tenía sentido continuar con Jayden. No después de lo que acababa de hacer y, menos aún, después de lo que estaba a punto de hacer.

Entró en el apartamento sumida en un repentino caos emocional. No le gustaba improvisar y eso era precisamente lo que acababa de hacer. Claro que, ¿quién se hubiera imaginado que encontraría abierta la puerta roja? No podía dejar pasar la oportunidad, desde luego que no.

—¿De dónde vienes? —escuchó a su espalda al entrar en su habitación.

Cassandra se dio la vuelta asustada. Ni siquiera se había dado cuenta de la presencia de Jayden.

—He ido a dar una vuelta —respondió temerosa—. ¿Y tú? —preguntó al ver que todavía llevaba puestos el abrigo y la bufanda.

—Tenía asuntos que atender. — Jayden no tardó en advertir el remordimiento oculto tras la mirada de su mujer—. Has salido sin Lucas —afirmó acercándose a ella mientras ladeaba la cabeza y la inspeccionaba como si estuviera a punto de comenzar un largo interrogatorio—. ¿Dónde has ido con este frío?

Ella enmudeció. No tenía fuerzas para idear una mentira. Buscó a Lucas con la mirada. El animalillo estaba tendido sobre la cama. Se entretenía con uno de sus juguetes, ajeno a lo que estaba a punto de suceder.

De pronto Jayden pareció caer en la cuenta de algo muy importante. Salió enseguida de la habitación y con paso apresurado se dirigió hacia el pasillo que conducía hasta la puerta roja. Maldijo en voz alta al verla entreabierta.

—¿Has entrado? —le preguntó a Cassandra, que involuntariamente había seguido los pasos de su marido. La cogió del brazo y le zarandeó mientras trataba de controlar el impulso de golpearla—. ¡Contesta!

Ella gimió de dolor, pues le estaba sujetando del mismo brazo sobre el que instantes antes se había caído. Jayden la empujó con desprecio y atravesó la puerta. Recorrió el angosto pasillo que llevaba al despacho donde estaba la caja fuerte, soltando una incomprensible sucesión de maldiciones.

—Pero ¿qué demonios...? —Jayden se volvió hacia atrás y sin pensárselo dos veces abofeteó a Cassandra. Hubiera deseado matarla en aquel instante, aunque lo cierto es que ni siquiera eso hubiera calmado la ira que sentía—. ¿Dónde diablos está la documentación que había en la caja fuerte? —gritó enfurecido.

Kassandra estaba demasiado aturdida como para pensar con claridad. Aulló de dolor cuando él le agarró de nuevo del brazo.

—Se la he entregado a un periodista —respondió, mostrando una última oleada de dignidad.

Jayden le asestó otra bofetada. Cassandra permaneció inmóvil, como si viviera aquella escena desde la distancia. Él, en cambio, vio como su furia se volvía incontrolable. Abrió el primer cajón del escritorio y sacó una pistola con la que apuntó a su mujer. Acto seguido, le golpeó en el mentón y ella se desplomó sobre el suelo.

Se arrodilló junto a ella, tapándole la cara con un cojín que cogió de la butaca. Con la respiración cada vez más agitada, Jayden cerró los párpados con fuerza y se imaginó a sí mismo disparando el arma a quemarropa, provocándole a su mujer la muerte de manera instantánea. En su siniestra fantasía las plumas del cojín, teñidas de color rojo, sobrevolaban alborotadas por la habitación.

—¿Dónde están los documentos? —preguntó, regresando a la realidad, mientras dejaba el cojín sobre el suelo y deslizaba la pistola por el rostro de su mujer.

Lucas entró en la sala, alertado por los ruidos. Jayden apuntó entonces al perro y formuló de nuevo la pregunta. Su voz cobró un matiz de amenaza que Cassandra no pudo ni quiso ignorar. Jayden era muy capaz de disparar a Lucas. De eso y de mucho más.

—En la redacción del New York Post —respondió finalmente.

—¿Qué...? —gritó él, espantado. Se incorporó del suelo y le lanzó una mirada amenazante a su mujer. Jayden miró su reloj. Eran las nueve de la noche, constató furioso—. Si mañana no logro recuperar la documentación, date por muerta. Y a tu maldito perro también.

El instinto de supervivencia le obligó a levantarse del suelo cuando él se marchó. Cassandra abrazó a Lucas con fuerza y se dispuso a largarse de casa.

Jayden acabaría por encontrarla aunque huyera, pensó aterrada. Hiciera lo que hiciera estaba muerta. Jamás lograría escapar de su marido. Él la encontraría fuera donde fuera.

—No si antes acabo yo con él —dijo en voz alta con una frialdad impropia de ella.

Actuó de manera precipitada, pero convencida de lo que estaba a punto de hacer. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó el papel arrugado en el que Jayden había anotado el número de teléfono de Ahicam. Se sentó sobre la cama y, tras un largo suspiro, por fin se decidió a hacer la llamada.

—Escucho atentamente —contestó una voz grave distorsionada por un aparato electrónico.

Kassandra permaneció callada mientras cubría el auricular del teléfono con un pañuelo. Abría la boca, pero las palabras no atravesaban la barrera de sus labios. Respiró con calma y se concedió un par de segundos antes de pronunciar una sola palabra.

—Quisiera hablar con Ahicam —balbució—. Por favor.

—Está hablando con él.

Una mezcla de miedo y de arrepentimiento le impidió hablar. Cassandra cerró los párpados con fuerza, tratando de recordar lo que le había llevado a hacer aquella llamada.

—No tengo todo el día —le apresuró la voz al otro lado del teléfono—. ¿Tiene alguna información que pueda ser de mi interés?

—La tengo —respondió Cassandra susurrando en un tono tan bajo que apenas se le entendía—. Sé quién es El Ojo de Horus. Puedo decirle...

—¿Quién es usted?

—Yo... No creo que... —tartamudeó Cassandra mientras se ponía de pie—. No creo que mi identidad sea de su incumbencia —respondió tímidamente, evidenciando su tensión. Envolvió el auricular del teléfono con un segundo pañuelo y preguntó—: ¿Qué piensa hacer con... con él? Cuando sepa quién es realmente El Ojo de Horus, ¿qué le sucederá?

Se escuchó una risa artificial.

—¿Acaso le importa?

—Me gustaría saberlo —respondió Cassandra con un hilo de voz apenas audible—. Le diré su nombre real y cómo localizarle, pero, por favor, dígame qué le sucederá.

—Pagaré su deuda.

Kassandra se sentó de nuevo sobre la cama. Respiró hondamente y, tras un fugaz instante de duda, saltó al vacío.

—El Ojo de Horus es Jayden Wenneck —anunció con cierta ceremonia mientras cerraba los párpados y contenía la respiración.

La solemnidad de sus palabras dio paso a un silencio sepulcral.

—¿Sigue usted ahí? —preguntó Kassandra.

No escuchó nada hasta después de unos agónicos segundos.

—Le facilitaré... —Se escuchó una respiración dificultosa—. Le facilitaré una dirección de correo electrónico. Envíeme ... Envíeme un número de cuenta y yo eh... En tanto compruebe la veracidad de su información, le transferiré los dos millones de dólares. —A pesar de lo artificioso de aquella voz distorsionada, la disonante coreografía de palabras revelaba cierto desconcierto.

—No quiero su dinero. Yo solo...

—Entonces no hay nada más que hablar —le interrumpió.

Kassandra se sentó sobre el borde de la cama. La sangre en el cerebro apenas le permitía pensar con normalidad. Recorrió la habitación con la mirada mientras sufría una dolorosa punzada en el pecho.

—Todavía no le he dicho dónde encontrarle —comentó con un tono sobrecogido.

—Eso no será necesario, sé perfectamente dónde vive Jayden Wenneck.

11 de diciembre de 2015 - 12 de diciembre de 2015

—¿Y bien? —preguntó Cassandra tras finalizar su relato. Había incumplido su propia promesa, pero lo cierto es que confesar su secreto le había liberado de una gran carga. No obstante, la expresión de los agentes le intranquilizaba—. ¿No tenéis nada que decir?

Se produjo un silencio incómodo que nadie parecía estar dispuesto a romper. Liam le miró atentamente, evaluando cada uno de sus gestos, hasta que finalmente se decidió a hablar.

—Se ha hecho tarde —comentó con cierta satisfacción mientras miraba de reojo a su compañero—, será mejor que preparemos algo para cenar.

Kassandra no daba crédito. ¿Qué diablos le sucedía a ese hombre? Había tratado de sonsacarle la verdad infinidad de veces y, cuando por fin lo conseguía, no hacía otra cosa que ignorarla.

Tal vez se hubiera precipitado, se lamentó desolada por el arrepentimiento. Quizá no debería haberles contado la verdad. Después de todo, ahora que conocían su secreto, ninguno de los dos agentes parecía especialmente interesado en ayudarle.

Pero lo cierto es que tanto Liam como Mason sí querían solucionar aquel asunto. Su repentino mutismo y aparente indiferencia era el modo en que ellos solían reaccionar frente a situaciones como aquella. Situaciones en las que el giro argumental de los acontecimientos les obligaba a replantearse de nuevo el caso.

Liam preparó algo de cenar sin saber exactamente qué era lo que estaba haciendo. Sus manos se movían de forma automática sin que su cerebro tuviera que darles ninguna orden. Se sirvió una copa de vino y le ofreció otra a Cassandra, que aceptó mientras le observaba cocinar.

Mason permaneció en el salón, absorto en sus propios pensamientos. Tras unos minutos de titubeo, finalmente se decidió a echarle un vistazo a los documentos de la caja fuerte. Sería ahí donde hallarían a su asesino, pensó mientras abría el primer dossier.

El silencio de Liam le estaba impacientando cada vez más. ¿Qué demonios estaría pensando?, se preguntó Cassandra. No había abierto la boca desde hacía más de veinte minutos. Se había limitado a cocinar mientras su mente parecía discurrir en un universo muy alejado de ella.

—Ya lo sabíais, ¿no es cierto? —comentó ella al cabo de unos minutos mientras se sentaba en la silla que había junto a la mesa de la cocina—. Mason y tú sabíais lo que hice —añadió con la mirada perdida.

—Así es —admitió Liam sin mostrar la menor emoción—. Alguien le envió a Mason la grabación de tu conversación a comisaría.

Kassandra mostró un asombro comedido.

—¿Quién...? ¿Quién lo envió?

—Dímelo tú —respondió Liam, que había vuelto a apreciar la sombra de engaño que

acostumbraba a acompañar a Cassandra. Enseguida se arrepintió de la acusación que lanzaban sus palabras. Ese no era el camino a seguir si quería ganarse su confianza, pensó—. Fue un mensajero quien entregó ambas grabaciones, no sabemos mucho más —explicó con un tono más sosegado—, pero es de imaginar que ha sido la misma persona que te ha enviado los anónimos, ¿no crees?

Se hizo un silencio a todas luces incómodo. Cassandra se acarició la cicatriz de su ceja, incómoda ante la situación.

—¿Crees que soy una asesina? —preguntó finalmente.

Liam se volvió hacia ella sorprendido y ligeramente aturdido, como si la pregunta le hubiera despertado de un sueño placentero.

—No —respondió con rotundidad—, no lo creo. Sin embargo, es posible que...

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, acrecentando la impaciencia de Cassandra.

—Es posible que un jurado popular sí lo crea, ¿me equivoco, inspector? —El tono empleado sonó mucho más desafiante de lo que hubiera deseado.

Liam le contempló confuso y sacudió la cabeza.

—No era eso lo que quería decir. —Bajó el fuego y tomó asiento junto a ella sin dejar de mirarle con una expresión seria y de preocupación—. No voy a engañarte —comentó, violentado por lo que iba a decir. Reclinó su cuerpo hacia adelante. Apoyó la barbilla entre su dedo índice y el pulgar, acariciándose el mentón mientras parecía evaluar la delicada situación—. Lo que hiciste aquel día te convierte en cómplice de asesinato.

La cena resultó mucho más distendida de lo que cualquiera habría esperado dadas las circunstancias. No fue hasta pasados veinte minutos cuando la confesión de Cassandra salió a relucir en la conversación.

—Veamos, ¿qué información tenemos sobre ese tipo? —comentó Mason, lanzando su pregunta al aire mientras saboreaba el vino y apartaba a un lado el plato de comida sin acabar. Ladeó la cabeza en dirección a Cassandra—. Es de suponer que es una víctima de los chantajes que practicaban Benjamin y tu marido. Tiene cierta lógica creer que fue él quien asesinó a Jayden, cansado de la extorsión que sufría por parte de este. Hasta aquí todo tiene sentido —dijo, asintiendo a la vez que hablaba—. La pregunta es, ¿qué tienes tú que ver con todo esto? O, dicho de otro modo, ¿por qué cree él que tú estás involucrada en los chantajes que tu marido pudiera haberle hecho?

Kassandra se encogió de hombros, incapaz de responder con precisión a la pregunta.

—Ahícam sabe que fui yo quien delaté a Jayden —comentó transcurridos unos segundos—. Debe da por hecho que yo estaba al tanto de los negocios de mi marido. Quizá incluso crea que yo formaba parte de ellos —añadió, elevando de nuevo los hombros.

—O tal vez... —le interrumpió Liam, pensando en voz alta.

Los segundos transcurrieron sin que el inspector compartiese sus pensamientos.

—Vamos, socio —le apremió Mason—, suéltalo de una vez.

Liam se volvió hacia Cassandra.

—Tu marido habría hecho cualquier cosa, por enfermiza que fuera, por retenerte a su lado. De eso no me cabe la menor duda, pero ¿cómo crees que se sentía después de haberle robado los documentos de la caja fuerte? Yo te lo diré —dijo antes de que Cassandra pudiera responder—. Dolido y decepcionado. Un ataque a traición por parte de la única persona a la que él creía amar.

—¿A dónde quieres ir a parar? —preguntó Mason.

—¿Qué mejor manera de vengarse de una traición que con otra traición? —respondió el inspector, imaginándose la escena—. Uno es capaz de cometer verdaderas locuras cuando se ve a las puertas de la muerte. —Clavó sus ojos en los de su compañero—. Me apuesto lo que quieras a que fue Jayden quien le dijo a Ahicam que ella tenía esa grabación.

Hubo un instante de silencio.

—Tiene sentido —reconoció Mason, pensativo. Dirigió la mirada a Cassandra—. Déjame ver de nuevo el mensaje que recibiste en casa de tu tío.

Ella se levantó, cogió su bolso y sacó un sobre donde guardaba las escuetas misivas de Ahicam.

—En realidad —dijo Cassandra después de carraspear—, hay dos.

—¿Dos? —repitió Liam sin esconder su malestar ante aquella nueva confesión.

—Hoy he recibido otro mensaje —susurró Cassandra.

—¿Hoy? ¡Por el amor de Dios, Kassie! —exclamó el inspector Sanders, irritado—. ¿Por qué no me has dicho nada?

—Lo estoy haciendo ahora —se defendió ella.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—En tu casa, justo antes de marchar hacia Cold Spring. Alguien deslizó esto debajo de la puerta.

—Y no has dicho nada hasta ahora —se quejó Liam—. ¿En qué demonios estabas pensando?

—No sabía si podía confiar en vosotros.

—Está bien, déjame verlo —cedió Liam, conteniendo las ganas de sermonearle.

Los agentes leyeron el mensaje con el gesto serio.

—Parece determinado a destruirte a menos que le entregues esa dichosa grabación —comentó Mason, que enseguida volvió la vista a su compañero—. Creo que es lo primero que deberíamos buscar. Tal vez podríamos descartar aquellos expedientes que no incluyan ninguna grabación, ¿no crees?

—No creo que por el momento debamos descartar nada —respondió Liam mientras observaba su copa de vino.

—¿En qué piensas?

El inspector cogió los mensajes y los leyó de nuevo negando con la cabeza.

—No solo quiere esa grabación, sea lo que sea —comentó con la mirada perdida en un punto impreciso de la pared.

—Me temo que no te sigo, socio —reconoció Mason frunciendo el ceño mientras se quitaba las gafas.

Liam volvió la vista hacia su amigo.

—Desea hacerle daño —aclaró, señalando a Cassandra con la mirada.

—Eso es innegable —admitió Mason alzando los hombros—, debe ser algo realmente comprometedor.

—Creo que no me comprendes —comentó Liam, entornando la mirada. Resopló, exhalando frustración—. Estamos pasando algo por alto. Hemos supuesto que nuestro hombre...

—O mujer —apuntó Mason.

—O mujer —repitió Liam, asintiendo con la cabeza—. Hemos asumido que Ahicam es una víctima de los chantajes de Jayden y lo cierto es que no es una mala hipótesis, pero hay algo más. Hay algo personal en todo esto —comentó el inspector, cruzando los brazos sobre el pecho—. Quiere recuperar la grabación con la que supuestamente Jayden le estaba chantajeando, no lo dudo, pero creo que desea algo más. Me atrevería a decir que disfruta asediando a Cassandra, obtiene placer con la persecución —apuntó.

Ella tragó saliva con dificultad, haciendo un verdadero esfuerzo por calmar los nervios.

—¿Hay alguien que quisiera hacerte daño? —preguntó Liam—. O tal vez, ¿alguien a quien tú hayas hecho daño?

Kassandra se encogió de hombros y apartó la vista del inspector.

—No que yo sepa —respondió dubitativa.

Liam observó su copa de vino mientras negaba con la cabeza. Reclinó su cuerpo, cruzando las piernas a la altura de los tobillos y se acarició el bigote. Por su mente desfilaban decenas de pensamientos, todos ellos aparentemente inconexos. Volvió la vista hacia su compañero.

—Sea quien sea, conoce muy bien a Cassandra —le comentó a su compañero—. Sabe cuáles son sus pasos antes siquiera de que los dé. ¡Maldita sea! —exclamó enfurecido. Estiró el brazo hacia ella y le palmeó la rodilla, observándola palidecer—. Tiene que ser alguien muy cercano a ti. Sabe lo que hiciste, sabe dónde estás en cada momento, sabe cómo te sientes y como piensas. Dime, Kassie, ¿quién diablos te conoce tanto?

Ella no contestó, se limitó a encogerse de hombros sin saber qué decir. Esquivó la mirada del inspector en un par de ocasiones, temiendo que pudiera leerle el pensamiento, y esgrimió una sonrisa poco espontánea.

—¿Qué hay de Margaret? —comentó Mason transcurridos unos segundos, dirigiendo su

pregunta a Cassandra—. Creo que sería una buena candidata. Te detesta como si fueras el mismísimo diablo y cree conocerte lo suficientemente bien como para acabar contigo. Por no hablar del móvil económico...

—Me odia, es cierto —reconoció Cassandra—. Desde el mismo instante en que empecé a salir con su hijo. No por él —aclaró—, sino por su dinero. Siempre me ha visto como una caza fortunas pero, a decir verdad, no creo que ella fuera capaz de hacer una cosa así.

Mason reprimió un bostezo. Se sentía exhausto.

—Tal vez un experto en perfiles nos de más pistas sobre el autor de los anónimos —comentó.

—Mañana a primera hora pediremos que lo examinen —indicó Liam, pensativo, mientras se acariciaba el bigote.

—En fin... —suspiró Mason—. Creo que ha llegado el momento de que eches un vistazo a los documentos —le dijo a Cassandra—. He elaborado un listado con las personas a quien tu marido chantajeó. Tal vez podríamos empezar por ahí.

Ella leyó y releyó aquella relación de nombres sin encontrar ni uno solo que le resultara familiar, a excepción de algún que otro personaje notorio. Después los tres examinaron las decenas de dossiers de la caja fuerte.

—Lo siento —se disculpó Cassandra al cerrar la carpeta del último expediente—. No conozco a ninguna de estas personas. Al menos, no personalmente.

—Está bien, no te preocupes por eso —le consoló Liam, acariciándole la rodilla—. Háblanos más sobre el pasado de tu marido en el internado Caterpillar y sobre... ¿Cómo se llamaba el sacerdote que mencionaron Jayden y Benjamin en la conversación que escuchaste?

—El Padre Jordan —respondió Cassandra.

—Y dime, ¿por qué le eligió Jayden como una de sus víctimas?

—No creo que la palabra *víctima* sea muy adecuada en este caso —ironizó Cassandra—. Ese hombre abusó de Jayden durante los años en los que estuvo internado en Caterpillar. —Miró de reojo al inspector Sanders, cuyos ojos parecían evaluar cada una de las palabras que ella pronunciaba—. Jayden me habló de su pasado en el internado en una única ocasión, por lo que no hay muchos detalles que pueda facilitaros.

—Tal vez el Padre Jordan descubriera la identidad del tipo que le estaba extorsionando —pensó Mason en voz alta—. ¿Y si fuera él el asesino? —preguntó mirando a Liam, a quien no parecía convencerle la idea.

—Eso no es posible —le interrumpió Cassandra—. El Padre Jordan se suicidó hace un par de meses.

—Ahora que lo mencionas —dijo Mason entrecerrando los ojos mientras se alzaba las gafas—, creo que algo escuché por televisión.

Kassandra permaneció callada, abstraída en sus cavilaciones.

—Acabo de recordar algo que tal vez sea relevante —dijo al cabo de unos segundos. Guardó

silencio de nuevo, pensando muy bien en lo que iba a decir—. Es posible que el Padre Jordan no se suicidara.

—¿Acaso crees que Jayden le mató? —preguntó Mason, frunciendo el ceño.

—No estoy segura, pero algo parecido insinuó Benjamin en la conversación que escuché el día en que robé los documentos de la caja fuerte.

—Será mejor que no aventuremos hipótesis —intervino Liam, que hasta aquel momento había permanecido en silencio—. Hay algo que no acaba de encajar en toda esta historia —comentó al tiempo que rellenaba su copa de whisky sin apartar la mirada de Cassandra—. Si el párroco estaba entre las víctimas de tu marido, ¿por qué diablos no hay ningún expediente del padre Jordan?

Ella se encogió de hombros. Era una buena pregunta, pensó.

—Tal vez —murmuró transcurridos unos segundos—, tal vez exista una segunda caja fuerte. Una caja fuerte que Jayden solo emplease para sus asuntos personales.

Desde la cocina, Liam telefoneó al detective Rodríguez justo cuando este comenzaba su turno de guardia. El inspector le pidió que a la mañana siguiente regresaran de nuevo al apartamento de Jayden en busca de un compartimento de seguridad que, con toda probabilidad, debían haber pasado por alto.

En tanto regresó al salón, se percató de la desazón de Cassandra. Su belleza parecía haber marchitado, pensó al contemplar aquel rostro, antaño angelical, demacrado por el devenir de un incendio que parecía no haber podido apagar a tiempo.

—¿Sabes si algún otro niño pasó por la misma experiencia durante los años en que Jayden estuvo internado en Caterpillar? —preguntó Liam.

—Al menos dos más. Tal vez tres.

El inspector Sanders se levantó, sacó un paquete de tabaco de su americana y se lo mostró a Mason, que asintió con la cabeza. Liam se encendió un cigarrillo y le alcanzó el paquete a su compañero.

—¿Ninguno denunció los abusos? —quiso saber, intuyendo que tal vez la respuesta de aquel macabro rompecabezas estuviera en el pasado de Jayden.

—Lo hicieron, pero me temo que no hay muchos detalles que pueda daros.

—¿Sabes los nombres de los otros muchachos? —preguntó Liam, advirtiendo en aquella información una nueva línea de investigación.

—Uno de ellos se llamaba Steven —contestó Cassandra.

—Steven, ¿qué más?

—No recuerdo su apellido —se excusó ella—. Aunque tal vez nunca lo llegara a mencionar.

—¿Qué fue de él?

—Falleció durante su internado. —Kassandra advirtió la curiosidad en la mirada del inspector—. Lo siento, Liam, pero no sé cómo murió. Jayden apenas me habló de él.

—Está bien. ¿Recuerdas el nombre de algún otro niño?

—Saúl Ramírez.

—¡El *snoob* de pelo engominado! —exclamó Mason, arrepintiéndose enseguida—. Disculpa —dijo mirando a Kassandra—, no he debido...

—No te disculpes. Saúl era amigo de mi marido, no mi amigo —aclaró Kassandra—. Desde que le conozco, no ha hecho otra cosa que tratar de agradar a la clase social más elitista del país. Sonríe como ellos, habla como ellos e incluso trata de pensar como ellos, pero jamás ha logrado su aceptación, lo que le ha supuesto una verdadera frustración.

—Veamos, ¿qué sabemos de Saúl, más allá de la penosa conversación que mantuvimos con él? —preguntó Liam, mirando a su compañero.

—Es el dueño de una empresa farmacéutica —respondió Mason—, aunque, por lo que pude averiguar, parece que el negocio está pasando por dificultades financieras. Por lo visto, está endeudado hasta el cuello.

—¿No estaba casado con Lilly Adams? —preguntó el inspector Sanders rascándose la barbilla.

—Así es. Lilly Ramírez tras el enlace —apuntó Mason con la mirada perdida—, una de las mujeres más ricas del estado. ¡Los hay con suerte!

—¿Y si esa mujer tiene tanto dinero cómo es posible que la empresa de su marido tenga problemas económicos?

—Es Victor Adams, el padre de Lilly, quien maneja la fortuna de la familia. Según se rumorea, Victor siempre se ha negado a invertir un solo centavo en la empresa de su yerno. Y razón no le falta —comentó Mason esbozando una tenue sonrisa—. A tenor de la actual situación de su empresa, me atrevería a decir que Saúl no tiene muy buen olfato para los negocios.

—Así que tenemos a un hombre medio arruinado, que no cuenta con el apoyo económico de su familia política y obsesionado por amasar una fortuna que se le resiste —comentó Liam pensativo.

—Es posible que su suerte esté a punto de cambiar —intervino Kassandra, sorprendiéndose al escuchar su propia voz.

—Explícate, por favor.

—La empresa que dirige Saúl lleva años trabajando en el desarrollo de un medicamento revolucionario —comentó ella tras aclararse la voz—. Me habló de ello en una ocasión, hace ya mucho tiempo, pero no recuerdo los detalles. —Se encogió de hombros, sacudiendo la cabeza al mismo tiempo, y siguió hablando—. Hará unas cinco o seis semanas, Jayden invitó a Saúl a cenar en nuestro apartamento. Yo no pude acompañarles, pues me encontraba indispuesta, pero les escuché hablar mientras estaba en la cocina preparándome una infusión.

—¿Y bien? —preguntó Liam.

—Según comentó Saúl, los últimos años de investigación y experimentos por fin estaban a punto de dar sus frutos.

El inspector Sanders permaneció en silencio, pensando en si aquella información podía serles de utilidad.

—¿Eran muy amigos? —preguntó Mason de pronto, quitándose las gafas.

—¿Cómo dices?

—Saúl y tu marido, ¿eran muy amigos? —repitió el subinspector.

—No estoy muy segura —dudó Kassandra—. Aunque, a decir la verdad, no creo que Saúl le tuviera tanto aprecio como se esforzaba en aparentar.

—¿Crees que tal vez él...?

—No sabría decirte. Saúl siempre ha sido un auténtico desconocido para mí. De todos modos, ¿qué interés podría tener él en asesinar a Jayden?

—Tal vez le estuviera chantajeando. Quizá la misteriosa grabación le incrimine en algún tipo de delito. —Mason hablaba mirando de reojo a su compañero, que parecía discurrir ajeno a la conversación. Resopló con una mezcla de cansancio y frustración—. De todos modos, aunque fuera cierto, no tenemos nada contra él. Me temo que todo continúa apuntando en la misma dirección.

Kassandra se volvió hacia él, aludida por aquellas palabras.

—Nosotros confiamos en tu inocencia —se excusó Mason, sin sonar muy convencido de lo que afirmaba—, pero, francamente, no creo que con eso baste. —Se volvió hacia ella con una mirada piadosa—. La madre de Jayden y Saúl afirmaron en su declaración que vuestra relación no estaba pasando por su mejor momento. Margaret manifestó haber mantenido una conversación con su hijo en la que él le confesaba haber tomado la decisión de romper su matrimonio.

—Miente —repuso Kassandra sin el menor ápice de duda.

—El día en que Liam y yo nos acercamos a tu apartamento para conversar contigo, charlamos con el conserje del edificio. —Mason arrugó la nariz y trató de hacer memoria—. ¿Thomas?

—Así se llama —confirmó Kassandra, escuchando con atención.

—Thomas charló con nosotros acerca de la tensa relación que manteníais tu marido y tú. Afirmó haberos visto discutir en más de una ocasión. Según declaró, las peleas entre vosotros tenían lugar cada vez con mayor frecuencia.

Mason se incorporó y se sirvió un trago. No se sentía cómodo con aquella conversación, pero si de verdad querían atrapar al verdadero asesino, debían abordar la realidad: Kassandra era la principal sospechosa.

—Thomas no tiene la menor idea de lo que sucedía entre Jayden y yo —dijo ella al cabo de unos segundos, demostrando cierta indignación.

—Tal vez no, pero sus palabras confirman la declaración de Margaret y Saúl e, incluso, la tuya

—repuso Mason—. Tú misma nos has hablado del infierno que viviste junto a Jayden. No te ofendas, Kassie, pero, aparentemente, nadie tenía más motivos que tú para acabar con Jayden. —Inspiró mientras tomaba asiento junto a ella—. No es difícil intuir lo que argumentará el fiscal en tanto se formalice la acusación y te detengan. Una mujer maltratada por su marido durante años. Sacarán a relucir el accidente de coche y el posterior aborto.

Liam le miró desconcertado. Con gran esfuerzo contuvo sus ganas de preguntar por aquel asunto.

—Nadie tiene un móvil tan evidente como el tuyo, Kassie —continuó Mason—. Mencionarán a Simone, el tipo al que quisiste contratar para que acabara con Jayden. Podrás probar que finalmente no empleaste sus servicios, pero, créeme, aquel intento fallido no te deja en muy buen lugar. Por no hablar de...

—¿De qué? —preguntó ella, claramente ansiosa.

—De los diez millones de dólares que heredarás con la muerte de tu marido —respondió Mason haciendo todo lo posible por evitar el tono acusador con el que involuntariamente acompañaba sus palabras.

—Lleva razón —intervino Liam sin la menor sutileza—. Siento la brusquedad, Kassie, pero es cierto todo cuanto ha dicho. Tienes que estar preparada para que algo así ocurra a menos que averigüemos toda la verdad.

—¿Qué hay de las amenazas que he recibido? —preguntó ella afligida ante la posibilidad de estar perdiendo la confianza de los agentes.

—Esos anónimos no obvian el móvil económico —repuso Liam—, ni tampoco el de la venganza. Sin embargo, hay algo que la acusación no debería pasar por alto. No eres la única candidata a heredar la fortuna de Jayden.

—No te entiendo —dijo Cassandra, apreciando un sutil rayo de esperanza—. Pensaba que yo era la única heredera. No eso que me importe mucho en estos momentos, pero...

—Si te declaran culpable de asesinato, dudo mucho que veas un solo centavo —respondió Liam—. Si eso sucediera, la fortuna de tu marido iría a manos de...

—Margaret Witterman. —Kassandra acabó la frase con el rostro desencajado. Permaneció en silencio durante unos segundos—. No sé, Liam, Margaret puede ser muchas cosas, pero no es una asesina. No creo que ella fuera capaz de hacer algo así. ¡Por el amor de Dios! Jayden era su hijo. No es posible —negó—. ¿Matar a su propio hijo solo por dinero?

Liam permaneció en silencio con la vista clavada en el reloj de la pared. Marcaban las doce y media.

—No —respondió tras unos segundos—. No solo por dinero.

Kassandra se levantó con el ánimo por los suelos. No había podido pegar ojo en toda la noche. La oscuridad de su propio infierno, aquel que ella había escogido sufrir, se adueñó de sus pensamientos más profundos, los mismos pensamientos que le habían impedido conciliar el sueño

durante los últimos años.

—¿Café? —preguntó Liam desde la cocina.

A Cassandra le pareció extraña la expresión de satisfacción en su rostro, especialmente teniendo en cuenta que era sábado. El caso Wenneck tenía prioridad absoluta y eso implicaba trabajar durante el fin de semana.

—¿Por qué...? ¿Por qué sonríes? —preguntó, confusa, al entrar en la cocina, desde donde observó a Mason hablando por el móvil en el salón.

Debían haberse levantado hacía rato, pensó mientras miraba el reloj que colgaba sobre la pared.

—Por nada en particular —respondió el inspector. Sirvió un par de tazas de café y tomó asiento—. ¿Leche?

—Sí, por favor —contestó Cassandra al tiempo que buscaba a Lucas con la mirada.

—Mason se ha encargado de él. Le ha dado de comer y le ha sacado a pasear. Ahora está durmiendo plácidamente en el sofá —comentó Liam, intuyendo su preocupación. Le sirvió un poco de leche—. ¿Azúcar?

Kassandra asintió y le miró con desconfianza. El inspector vestía una camisa blanca con un par de botones informalmente desabrochados y una americana oscura de tweed. Desvió la vista hacia su pelo, todavía húmedo por la ducha, y, como de costumbre, sutilmente enmarañado. Era precisamente ese aire gamberro y desenfadado lo que hacía de él un hombre curiosamente irresistible.

—Escucha, Kassie —comenzó a decir Liam mientras tomaba asiento—, siento mucho haber reaccionado como lo hice ayer cuando Mason abrió la puerta de la habitación y nos encontró...

—No heriste mis sentimientos, si es eso lo que te preocupa —le cortó ella, marcando las distancias.

Liam ignoró el sarcasmo, pero sí se percató del reproche que escondían sus palabras.

—Me gustaría invitarte a cenar cuando todo esto acabe.

Ella rio con ironía y se sentó en la silla que quedaba a su lado.

—No creo que pueda acudir a esa cita estando en la cárcel —murmuró, retirándose el pelo de la cara—. Como bien dijiste, soy cómplice de asesinato. —Sacudió la cabeza y por primera vez se preguntó qué diablos habría hecho mal para haber acabado así—. Dudo mucho que ningún jurado sea especialmente benévolo conmigo.

Liam reclinó el cuerpo hacia atrás y cruzó una pierna sobre la otra. Se pasó una mano por su despeinada cabellera y se alisó el bigote mientras torcía el gesto.

—De eso precisamente quería hablarte, Kassie —dijo, mirándola fijamente. No quiso dar ningún rodeo así que lo soltó directamente—. Será mejor que, por el momento, no mencionemos a nadie la conversación que mantuviste con Ahicam. Nadie, además de nosotros, conoce la existencia de la grabación.

Ella le miró con incredulidad. Sabía que Liam no tenía inconveniente en saltarse las reglas si lo consideraba necesario, pero aquello iba mucho más allá.

—¿Y Mason? —preguntó ella, estupefacta—. ¿Él está de acuerdo?

—No del todo —admitió—, pero confía en mi criterio.

Liam le acercó un cuenco con croissants recién hechos. Los había comprado en una pastelería que había encontrado a la vuelta de la esquina. Él no los había probado, no tenía apetito, pero supuso que a Cassandra le gustaría desayunar algo más que un simple café.

—Eso no cambia en nada lo que hice —comentó ella al tiempo que involuntariamente clavaba la mirada sobre su regazo.

—Tú no mataste a tu marido —arguyó Liam en voz alta.

—Tal vez no apretara ningún gatillo, pero sí le sentencié a muerte —soltó ella con amargura.

—Solo diste un nombre, ¡maldita sea! —exclamó el inspector—. No conocías las consecuencias que ello tendría.

Kassandra echó la cabeza hacia atrás y miró al techo.

—Lo sabía perfectamente.

A las once de la mañana el inspector Sanders y su compañero se reunieron con el capitán Nicholson en la comisaría. Hablaron largo y tendido sobre el caso Wenneck sin llegar a ninguna conclusión relevante.

—¿Y dónde demonios está Cassandra? —preguntó el capitán molesto por el modo en Liam estaba llevando aquel asunto.

—En un lugar seguro —respondió Liam.

Un agente entró en el despacho después de llamar a la puerta. Mason se acercó a él y charlaron en voz baja durante unos segundos. El subinspector salió de la habitación y dejó a su compañero a solas con Nicholson.

—Tiene que confiar en mí —le pidió Liam con una mirada persuasiva—. Deme veinticuatro horas, es todo lo que le pido. Si en un día no hemos avanzado en el caso, le entregaré a Cassandra. Pero por el momento, será mejor que permanezca bajo mi custodia.

—No es así como se hacen las cosas, Liam —le dijo el capitán antes de claudicar. Cuando algo se le metía en la cabeza, no había modo de hacerle cambiar de opinión, pensó Nicholson—. Tienes veinticuatro horas. Si durante ese plazo no has averiguado quién es realmente ese tal Ahicam, no me quedará más remedio que ordenar la detención de Cassandra Kapra.

—No habrá necesidad de ello —respondió Liam fiel a su habitual templanza.

—Hay algo más, Sanders.

—Usted dirá.

—Como ya sabrá, el caso Wenneck se ha convertido en un asunto excepcionalmente mediático —dijo tras carraspear—. Durante los últimos días he recibido muchas llamadas de periodistas preguntando por los avances de nuestra investigación. He podido contenerlo hasta ahora, pero me temo que ha llegado el momento de dar la cara.

—¿A dónde quiere ir a parar, capitán? —preguntó Liam, intuyendo la respuesta—. No se ande por las ramas, se lo ruego.

—He convocado una rueda de prensa —dijo estrechando la mirada, como quien confiesa un delito y espera una represalia. Permaneció en silencio, esperando una reacción negativa por parte del inspector. Mantenía los labios abiertos, con la intención de contra argumentar la negativa de Liam—. Había pensado que tal vez sería mejor si fuera usted quien hablara frente a los medios —añadió con cierta prudencia.

El alcalde de la ciudad le había llamado a primera hora de la mañana exigiéndole que emplazara a los principales periódicos para informarles de sus averiguaciones. «La gente está hablando demasiado de este asunto y no me gusta nada lo que estoy oyendo —le había advertido el alcalde al capitán—. Algunos medios han llegado a insinuar la involucración de Margaret Witterman en la muerte de su hijo e incluso en la desaparición de su hermano. ¡A saber de dónde demonios han sacado semejante disparate! Convoca una rueda de prensa y acalla esos rumores. No será necesario que des muchas explicaciones, pero deja bien claro que la señora Witterman no tiene nada que ver con la muerte de su hijo».

—Sin ánimo de ofender, capitán, no creo que esa sea una buena idea —respondió Liam.

—¿Y eso por qué? —preguntó Nicholson contrariado.

—Deduzco que esa rueda de prensa tiene como objetivo limpiar el *buen nombre* de Margaret Witterman, ¿no es cierto?

—No es exactamente así. En realidad...

—Vamos, capitán, yo también he leído la prensa. Sé los rumores que comienzan a circular sobre la madre de Jayden.

—No me haga esto, inspector —le ordenó Nicholson con un inusual tono de súplica—, hay más de cincuenta periodistas acreditados esperando a que demos esa maldita rueda de prensa. No me obligue a ser yo quien salga ahí fuera, sabe de sobras que no soporto hablar en público.

—Lo sé —dijo Liam—, como también sé que no he sido yo quien se ha comprometido con esos periodistas. Quieren un nombre, algo que por el momento no podemos facilitarles y, déjeme decirle algo, aunque tuviéramos un claro sospechoso, no deberíamos compartir esa información. Lo siento, capitán, pero en esto no puedo ayudarle. Solo espero que no cometa la imprudencia de revelar a la prensa ningún detalle relevante sobre la investigación.

—Está bien. Yo hablaré con los medios —accedió Nicholson de mal humor—. Puedes estar tranquilo, Sanders, no divulgaré nada que pueda entorpecer tu maldita investigación. De todos modos —dijo el hombre, sentándose sobre el borde de la mesa—, recuerda el plazo que hemos acordado. Si para entonces no tienes nada concluyente acusaremos formalmente a la señora Kapra.

Mason entró de nuevo en el despacho.

—El FBI nos ha enviado a uno de sus agentes de perfiles —anunció.

—¿Y quién diablos les ha llamado? —preguntó Liam de mala gana. No soportaba que se inmiscuyeran en su trabajo, algo que el FBI acostumbraba a hacer con demasiada frecuencia.

—Necesitamos ayuda —repuso Mason, mirando de reojo al capitán, que asentía con la cabeza—. Nos conviene saber a quién nos enfrentamos si queremos atrapar al tipo que está detrás de todo esto.

—¿Y se supone que ese agente podrá elaborar un perfil a partir de unos escuetos anónimos? —preguntó el inspector Sanders con escepticismo.

—Sarah Andrews es una de sus mejores expertas en perfiles psicológicos.

—Sarah, ¿qué? —se extrañó Liam.

—Sarah Andrews —repitió Mason frunciendo el ceño—. ¿Hay algún problema?

—No tiene importancia.

Alguien llamó a la puerta en aquel preciso instante. Tras ella apareció una mujer de unos cuarenta y pocos años. Era alta y atractiva, de una belleza sobria y austera, oculta tras un aspecto de formalidad muy habitual en los agentes del FBI. Llevaba el cabello recogido en un moño alto, lo que inevitablemente hacía resaltar sus enormes ojos verdes.

—Inspector —dijo la mujer en un tono próximo al coqueteo mientras dirigía su mirada a Liam—. ¿Cómo estás? —le preguntó tendiéndole la mano y dedicándole una ensayada y sensual sonrisa—. Aún espero tu llamada.

Mason y el capitán contemplaron la escena intuyendo que su presencia en aquel despacho estaba de más.

—He estado muy ocupado últimamente —se justificó Liam—. Sarah, te presento al capitán Nicholson y al subinspector O'Connor —dijo sin prestar mucha atención al flirteo que escondía el lento pestañeo de la mujer.

La sonrisa desapareció del rostro de Sarah. Se volvió hacia el capitán y le estrechó la mano. Después hizo lo mismo con Mason, a quien con sutileza repasó de arriba abajo.

—Si me disculpan —dijo el capitán encaminando sus pasos hacia la puerta del despacho. Dirigió una mirada de advertencia a Liam antes de salir—. Veinticuatro horas, Sanders.

—¿Alguien quiere un café? —preguntó Mason una vez a solas, tratando de relajar un poco la tensión que de pronto pareció respirarse en el despacho.

Durante media hora los agentes pusieron a Sarah al corriente del caso. La mujer asentía y tomaba notas mientras escuchaba atentamente sin formular una sola pregunta. Después, Sarah examinó los anónimos que había recibido Kassandra. Los leyó una y otra vez. Anotó sus primeras conclusiones a la vez que cotejaba las observaciones que había apuntado en su libreta mientras los agentes narraban los hechos.

—¿Ha habido algún contacto entre Ahicam y Kassandra? —preguntó Sarah—. Tal vez una llamada telefónica.

Liam negó con la cabeza.

—No nos consta —respondió, adelantándose a su compañero.

—Doy por sentado que solo me facilitas la información que crees conveniente, inspector —dijo Sarah sin el menor reproche—. No me malinterpretes, Liam, respeto que no quieras compartir conmigo todos los detalles del caso pero, como seguro comprenderás, no podré hacer bien mi trabajo si me ocultas detalles importantes.

El inspector Sanders permaneció callado, como si la cosa no fuera con él. En el fondo, Sarah tenía razón, pensó, pero por algún motivo, se negaba a hablarle de la llamada. De haberlo hecho, no tardarían nada en esposar a Kassandra.

El detective Rodríguez llamó a la puerta antes de entrar. Saludó a la hermosa mujer de ojos verdes y se dirigió a sus compañeros.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó Liam, agradeciendo la interrupción.

—No mucho, me temo. Hemos regresado de nuevo al banco donde trabajaba la víctima. Ninguno de sus compañeros sabe nada —dijo el detective, evidenciando el cansancio acumulado—. En cuanto a Benjamin Witterman, seguimos sin dar con él. Según nos ha confirmado su secretaria, partió de viaje unos días atrás, tal y como declaró su hermana en comisaría, pero nadie parece saber cuál era su destino. Por otro lado... —dijo Rodríguez, dudando—, tal vez no sea relevante, pero tuve la impresión de que no había mucha actividad en las oficinas. No sé muy bien cómo explicarlo, Sanders, pero los pocos empleados que había no parecían tener ocupación alguna.

—Buen trabajo —dijo Liam—. Manténme al corriente de cualquier novedad.

El detective abandonó el despacho unos minutos después, sintiendo no haber sido de más ayuda.

—Es un psicópata de libro —dijo Sarah tras beber un sorbo de café—. Aprecio una clara tendencia a la agresividad, sin temer sus consecuencias. Seguramente sea capaz de comportarse como una persona encantadora cuando le conviene. Alguien frío y calculador, incapaz de empatizar con sus semejantes. Podría decirse que incluso disfruta con la tortura. Carece de moral, es antisocial e inestable, pero no parece un tipo impulsivo. Tiene un alto coeficiente intelectual y apostarí a que lleva tiempo planificando todo esto.

—¿Hombre o mujer? —preguntó Mason.

Sarah se volvió hacia el subinspector O'Connor como si de algún modo le incomodara la pregunta.

—No estoy muy segura —reconoció, mirando de nuevo los anónimos—. A decir verdad, y esto es más una opinión personal que mi criterio profesional, intuyo rasgos femeninos y masculinos detrás de estas líneas. —Negó con la cabeza y arrugó los labios y la nariz de manera coordinada—. Tal vez intente confundirnos.

—¿Crees que podría cometer más asesinatos? —preguntó Mason, mirando de reojo a su compañero, que permanecía en silencio con una pose de incredulidad.

—Es bastante probable —respondió Sarah con rotundidad—. A decir verdad, creo que hará lo que tenga que hacer hasta ver cumplido su cometido.

Liam y Mason regresaron a Cold Spring pasadas las siete de la tarde. Mientras conducía, el inspector pensaba sobre la conversación que habían mantenido con Sarah. Dada su experiencia, no era muy dado a confiar en el criterio del FBI, pero debía reconocer que el perfil que había descrito Sarah guardaba cierta relación con el que él mismo había imaginado.

—¿Habéis averiguado algo más? —les preguntó Cassandra en tanto les vio aparecer por la puerta.

—Podría decirse que ya conocemos un poco más al tipo al que nos enfrentamos —contestó Mason mientras le ponía la correa a Lucas—. Si te parece le sacaré a dar un paseo —le dijo a Cassandra con un entusiasmo algo incongruente dadas las circunstancias.

—Te lo agradezco —dijo Cassandra algo extrañada, contagiándose por un instante del buen humor del subinspector—. ¿Qué sucede? —le preguntó esbozando una ligera sonrisa—. ¿Por qué pareces tan contento?

—De camino me ha telefoneado mi mujer —respondió Mason—. Su hermana ha hecho las paces con su marido —añadió con alivio antes de dirigirse a una de las habitaciones.

En tanto Mason se marchó, Liam se acercó a Cassandra. Quiso besarle en la mejilla, pero se contuvo.

—Imagino que ha debido ser duro estar todo el día encerrada aquí.

—Tranquilo, inspector —dijo ella con un tono cercano—, no me he movido de casa, no he hecho ninguna llamada y ni siquiera he encendido el televisor.

—Es por tu bien —aclaró él, advirtiendo el reproche en sus palabras—. Puedes relajarte en el sofá. Yo prepararé algo de cena.

—Tal vez necesites ayuda en la cocina —comentó ella esbozando una sonrisa. Enseguida se dio cuenta de que algo no marchaba bien—. ¿Qué sucede? —preguntó sin obtener respuesta—. Vamos, Liam, he hecho todo lo que me has pedido y estoy colaborando en todo cuanto está en mis manos. ¿No crees que me merezco un poco de tu confianza?

—No es eso, Kassie —respondió él acercándose a ella. Le asombró la expresión de sus ojos. Sorprendentemente irradiaba optimismo—. Tengo veinticuatro horas para dar con la persona que está detrás de todo esto. Si en ese plazo no logro averiguar quién es Ahicam, y con ello demostrar tu inocencia, deberemos detenerte bajo el cargo de sospechosa de asesinato.

Kassandra se despertó pasadas las siete de la mañana. Sentía su cuerpo dolorido, especialmente el cuello y la cabeza. Probablemente se debía a la tensión con la que había dormido.

El intenso dolor del cuello se extendió desde el mentón hasta los hombros. Cogió aire por la nariz y abrió la boca, relajando la mandíbula y la musculatura cervical hasta que, pasados un par

de minutos, sintió una leve mejoría. Se incorporó de la cama con cierta dificultad y encaminó sus pasos hacia el baño, dejando tras de sí un reguero de desaliento.

La ducha le sentó mejor de lo que esperaba. Las lágrimas recorrieron sus mejillas, fundiéndose con el agua tibia que resbalaba por su cuerpo hasta desaparecer por la rejilla del desagüe, arrastrando consigo cierta dosis de derrotismo.

Se envolvió el pelo húmedo en una toalla, limpió el vapor del espejo con la mano y contempló su reflejo. Había cambiado mucho en los últimos años, desde luego, pero todavía conservaba algo de la antigua Cassandra. No sabía muy bien el qué. Tal vez, pensó, el deseo de empezar una nueva vida.

Sacó una barra de carmín de su bolso y se pintó los labios lentamente. Observó de nuevo a la mujer del espejo mientras se quitaba la toalla de la cabeza.

Tenía el pelo alborotado y las pupilas anormalmente dilatadas. Los cercos oscuros bajo sus ojos y la palidez extrema de su rostro exhibían, orgullosos, su enorme agotamiento. Aplicó rímel en sus pestañas, agrandando sus ojos y, con ayuda de una brocha, añadió una brizna de color en sus mejillas. Su aspecto había cambiado, se dijo en silencio, pero ¿a quién quería engañar? No había maquillaje que ocultara el miedo, la duda o el arrepentimiento.

Cuando salió al salón, Liam y Mason conversaban con un tipo de unos cuarenta y pocos años. El hombre parecía quejarse por algo, pero lo hacía de un modo amable, gesticulando con sus manos y esbozando una sonrisa que acentuaba cada pocos segundos. Abrió un maletín de cuero algo anticuado y extrajo un sobre que enseguida les entregó a los agentes.

—En estas carpetas encontrarás dos informes sobre tu principal sospechosa —dijo el hombre remarcando sus últimas palabras.

—Gracias —respondió Liam cogiendo las carpetas que el detective le entregó—. ¿Qué más tienes para mí?

—Ayer por la tarde fui de nuevo al apartamento de la víctima.

—¿Y bien?

—Llevabas razón, Sanders. Había un doble fondo en la caja fuerte. En su interior encontré una carpeta con dos expedientes. Están en el sobre.

En el rostro de Liam se dibujó una leve mueca de satisfacción. Volvió la vista hacia su derecha, percatándose de la silenciosa presencia de Cassandra.

—Kassie, te presento al detective Rodríguez —dijo tendiéndole la mano para que se acercara a ellos.

El agente se sorprendió al ver a Cassandra Kapra, aun así, le estrechó la mano sin mostrar el menor asombro.

—Encantado —murmuró, visiblemente incómodo. Volvió la vista hacia Liam—. Te vas a meter en un buen lío —le dijo al tiempo que negaba con la cabeza.

El inspector Sanders permaneció impasible ante la advertencia de su compañero. Liam tenía

una única preocupación en aquel instante, averiguar la identidad de Ahicam. Por eso precisamente había hecho venir hasta ahí al detective Rodríguez. Era el único agente, a excepción de Mason, en quien verdaderamente podía confiar. Sabía que no siempre aprobaba sus métodos, pero no dudaba de su lealtad.

El detective se despidió con un gesto de cabeza, no sin antes ofrecer su máxima colaboración.

—Veamos que tenemos aquí —dijo Liam en tanto se quedaron a solas de nuevo—. Sentaros, por favor, echaremos un vistazo al informe que ha elaborado Rodríguez sobre Margaret.

Cogió la primera carpeta y leyó el informe que contenía en su interior. Más de diez folios resumían la vida de Margaret Witterman, incluyendo detalles sobre sus familiares, amistades y conocidos, y en general, sobre aquellas personas con quien se relacionaba. Liam saltó las primeras hojas que hablaban sobre su infancia y acerca de todos sus cargos en asociaciones dedicadas a la beneficencia. Esas páginas mostraban a una mujer comprometida con la sociedad, una imagen muy alejada de la realidad, pensó Liam.

Leyó con interés las últimas páginas donde el informe mencionaba el reciente compromiso de Margaret Witterman con un conocido empresario noruego de nombre impronunciable.

—Nada relevante —dijo al concluir su lectura, alcanzándole la carpeta a Mason—. ¿Dónde está la carpeta con los expedientes de la caja fuerte?

Liam alzó la carpeta, postergando de manera deliberada el momento de la verdad. La abrió pausadamente aún a pesar de la urgencia.

—¡Mira a quien tenemos aquí! —exclamó el inspector con una mezcla de burla y desprecio—. El Padre Jordan —anunció mientras echaba un vistazo rápido al dossier—. El mundo no ha perdido mucho con su muerte —añadió al observar las fotografías que había en el interior de la carpeta. Le entregó el expediente a Mason—. Que Rodríguez se ocupe de esto, va a tener trabajo.

—Está bien —dijo el subinspector—. Vamos, socio, abre el otro expediente —le urgió.

Liam continuó con la lectura del resto de la documentación. Cogió la tercera carpeta que había en el sobre y leyó el nombre que había escrito a mano. La seriedad de su rostro enseguida dio paso a una ligera muestra triunfal.

—Margaret Witterman —anunció finalmente, observando el garabato indescifrable que había junto al nombre de la señora Witterman.

—¡No es posible! —exclamó Mason desconcertado mientras se quitaba las gafas—. ¿Jayden extorsionaba a su propia madre? —preguntó con incredulidad.

Liam le entregó la carpeta a su compañero y reclinó su cuerpo sobre el respaldo, apoyando la cabeza en ambas manos. Cassandra se inclinó levemente hacia él y le habló al oído.

—¿Le convierte esto en sospechosa? —le preguntó en voz baja.

—No —respondió Liam sin adornos—, una carpeta y un nombre escrito en ella no convierten a nadie en sospechoso de asesinato, pero abre una nueva línea de investigación. La correcta, espero —comentó más pendiente de su compañero que de Cassandra.

—Este expediente es distinto a los demás —dijo Mason con el rostro ceñudo—. ¿Qué es lo que hay escrito junto al nombre de Margaret?

—No tengo ni la menor idea —reconoció Liam—, parecen unas iniciales.

Mason abrió la carpeta y miró en su interior donde encontró un único papel con una sola anotación. Un nombre y una fecha.

—¿Qué diablos significa esto? —preguntó, alcanzándole la hoja a Cassandra.

—«Michael Bennet. 23 de junio de 1986» —leyó Cassandra—. Mil novecientos ochenta y seis —repitió pensativa—. Por aquel entonces Jayden estaba internado en Caterpillar —dijo con una mueca de confusión.

Liam le arrebató la carpeta con un gesto más brusco de lo que hubiera deseado.

—¿Qué demonios ocurrió en ese maldito internado?

Kassandra abrió la boca para decir algo y después la cerró. En su rostro se reflejaba el cansancio de los últimos días. Un agotamiento que dibujaba pequeños surcos morados bajo sus ojos y unas leves arrugas de tensión en la comisura de los labios.

—No pensé que eso fuera relevante —comentó con una lentitud pasmosa mientras parecía tratar de recordar algo.

—Por tu reacción, está claro que sí lo fue —intervino Mason, colocándose las gafas sobre el puente de la nariz.

—No sé quién es Michael Bennet. —Kassandra aspiró una honda bocanada de aire y dejó que su mirada se extraviara en la espesura de sus recuerdos.

Liam le concedió un pequeño descanso aún sabiendo que el tiempo apremiaba.

—Hazme un favor, ¿quieres? —dijo, dirigiéndose a su compañero—. Averigua quién demonios es Michael Bennet.

—Enseguida.

El inspector aprovechó la ausencia de Mason para tratar de calmar a Cassandra, en cuyo rostro se plasmaba la ansiedad de quien deambula por la cuerda floja. Le ofreció un vaso de agua, mostrando una paciencia que a duras penas lograba encontrar, y trató de entablar con ella una conversación que nada tuviera que ver con el caso.

Mason regresó al cabo de media hora. La expresión de su mirada evidenciaba que no era portador de buenas noticias.

—Hubo un Michael Bennet internado en Caterpillar —anunció mientras tomaba asiento.

—Esas son buenas noticias —dijo Liam con un fingido entusiasmo—, tal vez sea él quien esté detrás de todo esto.

—Me temo que no, socio —negó Mason—. Murió hace más de cinco años en un accidente de coche.

—¿Murió? —repitió Liam, incapaz de creer en su mala suerte. Cada camino que se abría les conducía siempre a un callejón sin salida—. ¿Y ya está?

—Conducía ebrio y bajo los efectos de antidepresivos cuando ocurrió el accidente —respondió Mason, repasando las notas de su libreta—. Por lo visto, llevaba varios años en tratamiento psiquiátrico por depresión y ansiedad. Había intentado suicidarse sin éxito en una ocasión, tras lo cual pasó una larga temporada ingresado en un hospital psiquiátrico. Sin embargo, según ha podido averiguar Rodríguez, parece que su estado había mejorado bastante durante los meses previos al accidente. —Eché de nuevo un vistazo a sus notas y leyó lo que había anotado—. Al parecer, había encontrado el modo de silenciar los fantasmas que le atormentaban.

—¿De qué fantasmas hablas? —preguntó Liam, molesto por la ambigüedad que arrastraban aquellas palabras.

—No tengo ni la menor idea —reconoció Mason, encogiéndose de hombros—. Son las palabras exactas del último psiquiatra que le trató, William Dankworth. Según parece, no se ha mostrado muy dispuesto a facilitar ninguna otra información de su paciente, amparándose en el secreto profesional.

El silencio se instaló en el salón de la vivienda, acomodándose de un modo casi violento.

—La fecha, el 23 de junio de 1986... —dijo Kassandra al cabo de unos minutos—. La fecha me resulta familiar. Jayden la mencionó en una ocasión.

—Haz memoria, Kassie —le imploró Liam.

Ella cerró los párpados.

—Creo que... —murmuró sin estar del todo segura de lo que iba a decir—. Creo que ese fue el día en que falleció aquel muchacho de Caterpillar. Sí, eso es—añadió, asintiendo con la cabeza como si acabara de dar con algo importante—. Esa es la fecha en la que murió Steven.

Al día siguiente, cuando apenas restaban unas pocas horas para que se cumpliera el plazo del capitán Nicholson, Mason recibió una llamada que les obligaba a acudir de inmediato a la comisaría.

No era una mala noticia, pensó Liam, aunque sí un tanto extraña. Aprovecharía para hablar con el capitán y solicitar una prórroga para entregar a Kassandra. El cartel de sospechosa había cambiado de rostro con las nuevas averiguaciones.

El inspector sabía que no podría detener a la señora Witterman, pero nadie impediría el que ordenase una entrevista con ella. Era obvio que Margaret tenía motivos más que suficientes para acabar con su hijo. No solo estaba en juego una herencia millonaria. Aparentemente, la madre de Jayden había sido extorsionada por su propio hijo.

De camino a la comisaría, Liam telefoneó al detective Rodríguez. Necesitaba que recopilara toda la información que pudiera acerca de uno de los compañeros de clase de Jayden Wenneck. El muchacho en cuestión se llamaba Steven y había fallecido durante su internado en Caterpillar.

—Averiguaré todo lo que pueda —comentó el detective con ciertos reparos—, pero necesitaré

unas horas, inspector. No será nada fácil descubrir qué le sucedió a ese niño.

—Prueba a interrogar a los profesores del colegio que impartieran clases por aquella época —le sugirió el inspector mientras conducía a gran velocidad por la interestatal 95 en dirección sur.

—A eso precisamente me refiero, Sanders. Recuerda que ya hablé con el director del internado dos días atrás. Él fue uno de los profesores de Jayden, pero se negó a facilitarme cualquier información.

—Haz lo que puedas —le dijo Liam mientras hacía sonar el claxon con una mano, maldiciendo el tráfico exasperante de la autopista—. Si el director de Caterpillar se niega a colaborar, seré yo mismo quien le llame por teléfono.

—Espero que eso no sea necesario. Hay algo más que quería comentarte —dijo el detective Rodríguez bajando el tono de voz.

—Tú dirás.

—Esta misma mañana uno de mis hombres ha encontrado un pisapapeles cubierto de sangre seca en las inmediaciones del viejo almacén donde hallamos el cadáver del señor Wenneck —dijo el detective, bajando el tono de voz—. Según nos han confirmado del laboratorio, la sangre es de Jayden Wenneck.

—¿Huellas?

—Únicamente las de la víctima. Es un objeto de bronce, muy pesado y con forma de águila —dijo Rodríguez, echando un vistazo a su libreta de notas—. El anverso está bastante dañado, pero se intuye una pequeña inscripción.

—¿Una inscripción?

—Parecen unas iniciales, pero no estoy muy seguro. Ahora mismo me dirigía al laboratorio para ver qué más puedo averiguar.

—Está bien, mantenme informado ¿quieres?

—Descuida. ¿Algo más, jefe?

Liam inspiró hondamente antes de responder.

—Quiero que averigües de dónde pudo sacar Margaret la tetrodotoxina con la que envenenó a su hijo.

Mason se volvió hacia su amigo con una expresión de absoluta sorpresa, pero no dijo ni una sola palabra. Liam no acostumbraba a errar el tiro y, si bien en ocasiones como aquella su apuesta parecía tan aventurada como desacertada, lo cierto es que sus sospechas siempre acababan por confirmarse.

—¿No crees que te estás precipitando, inspector? —le preguntó el detective Rodríguez al otro lado del teléfono.

—Averígualo —le pidió de nuevo antes de colgar.

Mientras conducía, Liam recordó el instante en que le había comentado a Kassandra que debían ausentarse de nuevo.

—El caso se ha vuelto demasiado mediático, Kassie —le había dicho para justificar su marcha—. Quieren que les pongamos al corriente sobre los últimos avances de la investigación.

—¿Quieren?

—Los jefes, ya sabes —comentó Mason mientras se servía un vaso de limonada—. Todo sería mucho más fácil si nos dejaran hacer nuestro trabajo en lugar de pedirnos explicaciones a cada paso que damos, pero, por mucho que nos incomode, debemos cumplir órdenes —añadió, remarcando sus últimas palabras mientras miraba a su compañero.

Liam recordaba aquella conversación mientras conducía sin dejar de pensar en cómo enfrentarse al capitán. Nicholson no le permitiría detener a Margaret Witterman, pues aún no contaban con suficientes pruebas en su contra. Sin embargo, ahora que sabían que ella había sido chantajeada por su propio hijo, algo que ella jamás había mencionado, sí podría interrogarla. Sería entonces cuando lograría que confesase, pensó con cierta satisfacción.

El inspector desvió sus pensamientos hacia la reunión a la que iba a asistir, maldiciendo en silencio aquella interrupción en su investigación justo cuando parecía estar a punto de encontrar la pieza de aquel puzle endiabladamente espinoso. La reunión dejó de tener el menor interés cuando recordó el expediente que incriminaba a su principal sospechosa.

Margaret Witterman tenía un móvil económico, los diez millones de dólares que heredaría en caso de que Kassandra fuera declarada culpable de asesinato. Y lo cierto es que, de no poner remedio, ese parecía ser el final más probable. Sin embargo, ahora que sabían que la señora Witterman estaba siendo chantajeada por su hijo, todo podía suceder. Fuera lo que fuera lo que motivaba esa extorsión, Margaret parecía tener un motivo, más importante si cabe que el dinero, para acabar con la vida de Jayden.

—¿Con quién te ha dicho el capitán que ha hablado? —preguntó de pronto, cuando la reunión a la que se dirigía regresó a sus pensamientos.

Mason se encogió de hombros.

—Según tengo entendido, con Kirk Bratton.

—¿El nuevo comisario jefe de la Policía de Nueva York? —exclamó Liam, mirando a su compañero por el raballo del ojo.

—Eso es —respondió Mason mientras ojeaba una revista de coches antiguos—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bratton no lleva ni una semana en su nuevo puesto, ¿no te parece extraño que se interese precisamente por este caso y quiera saber de su evolución justamente un domingo?

Mason alzó los hombros de nuevo. Tal vez resultara extraño, pero ¿qué importancia podía tener?

—Tú mismo lo has dicho, todo esto se ha vuelto un asunto muy mediático y el capitán le ha asignado al caso la máxima prioridad. No somos los únicos trabajando en domingo —argumentó

—. Además, es posible que la señora Witterman haya ejercido cierta influencia. Ha presionado mucho al departamento para que el caso se resuelva de manera inmediata.

—Querrás decir para que detengan a Kassandra de manera inmediata —le corrigió Liam—. Me temo que Margaret ha errado el tiro en esta ocasión —añadió irónico—. El capitán no podrá impedir el aluvión que se le viene encima.

Últimamente los periódicos no hablaban de otra cosa que no fuera el asesinato de Jayden. Alguno incluso se había aventurado a emitir su propio veredicto de culpabilidad. Dejando de lado el más mínimo rigor periodístico, más de un diario acusaba a Kassandra de la muerte de su marido. Otros, en cambio, apuntaban directamente a Margaret Witterman.

Sin embargo, no podía obviar la influencia de la madre de Jayden. Margaret era amiga del alcalde de Nueva York y eso, inevitablemente, le otorgaba cierto poder, pensó Liam. Un poder que, muy a su pesar, también parecía ejercer en la comisaría de policía.

Aun así, al inspector Sanders seguía sin convencerle el que el nuevo comisario jefe de la Policía de Nueva York, Kirk Bratton, se hubiera interesado por el caso precisamente en aquel momento. Tal vez no fuera su interés lo que más le extrañaba, sino el hecho de que quisiera oír los avances de la investigación de sus propios labios.

Kirk Bratton llevaba más de treinta años al servicio de la Policía de Nueva York, donde había ocupado varios puestos hasta llegar al actual. Su carrera había sido meteórica, incluso para alguien como él.

Hijo de un conocido empresario, Kirk se había graduado en el Colegio John Jay de Justicia Criminal de la Universidad de la Ciudad de Nueva York con apenas veintitrés años. Posteriormente, se había doctorado en Psicología Forense y en Justicia Penal. Era un hombre respetado en toda la ciudad, no tanto por sus logros profesionales sino por la influencia y el prestigio que inevitablemente se asociaban a su apellido. No obstante, las malas lenguas le acusaban de haberse beneficiado de ello, llegando incluso a cuestionar su verdadera profesionalidad. Liam lo sabía muy bien, pues conocía a alguien cercano al nuevo comisario jefe, una mujer que hasta hacía apenas una semana había trabajado con Bratton durante más de diez años.

—No tiene sentido —pensó Liam en voz alta—. ¿Estás seguro de que ha sido Kirk Bratton quien le ha pedido al capitán Nicholson que sea precisamente yo quien le ponga al corriente del caso?

—No personalmente, por supuesto.

Liam se giró, apartando la mirada de la carretera durante una fracción de segundo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó alzando la voz mientras apartaba el pie del acelerador e, involuntariamente, lo colocaba sobre el pedal del freno.

—Según me ha comentado el capitán, ha sido la secretaria de Bratton quien le ha llamado.

Liam sacudió la cabeza. Sacó el móvil del bolsillo interior de su americana y se lo entregó a Mason.

—Llama a Nicholson y activa el manos libres —le ordenó hoscamente.

—Pero si estamos a punto de llegar —protestó el subinspector frunciendo el ceño—. ¿Por qué no hablamos con él en comisaría?

—Lámale —le ordenó Liam.

Tal y como ya había pronosticado, el capitán Nicholson no pudo facilitarles muchos más detalles. Linda Hamilton, la secretaria de Bratton, le había llamado aquella misma mañana para pedirle, de parte de su jefe, que fuera el inspector Liam Sanders quien se reuniera con él y le pusiera al corriente sobre la investigación.

En tanto escuchó el nombre de la secretaria, Liam colgó el teléfono y tomó la primera salida de la autopista sin aminorar la velocidad.

—Pero ¿qué demonios haces? —exclamó Mason, viendo como su compañero perdía completamente la cabeza.

—Es una trampa, Mason —respondió Liam, golpeando el volante mientras se maldecía por su torpeza—. Nos han tendido una maldita trampa.

—¿De qué diablos hablas? —preguntó alzando la voz.

—Linda Hamilton no es la secretaria de Kirk Bratton.

—Pero ¿qué...? —Mason no daba crédito—. Y tú, ¿cómo sabes eso? —Liam guardó silencio, mirando la carretera mientras parecía concentrarse en resolver un endiablado acertijo.

—La conozco —gruñó.

—No me digas que también te has acostado con ella...

Liam se volvió hacia Mason.

—Linda Hamilton pidió el traslado a la ciudad de Filadelfia hace más de dos meses. Se lo concedieron la semana pasada —comentó, pisando a fondo el acelerador—. Y sí, nos acostamos durante un tiempo, pero eso ya se acabó.

La casualidad, o tal vez la sincronicidad, hizo que Cassandra sintiera un profundo malestar en la boca del estómago en el mismo instante en que Liam dio media vuelta.

—Aquí estamos seguros —dijo en voz alta, mirando a Lucas, que continuaba durmiendo apoyado sobre su regazo.

Lo cierto es que no se sentía tranquila estando a solas en aquella casa. Había acabado por acostumbrarse a la compañía de Liam y la verdad era que le echaba a faltar. Sabía que tan solo serían tres o cuatro horas, pero también era consciente de la amenaza que cernía sobre ella.

Entrar en pánico no le serviría de nada, se dijo en voz baja. Sabía muy bien cómo dominar sus emociones, de modo que ahuyentó el espanto de entre sus pensamientos y comenzó a revisar de nuevo los expedientes de la caja fuerte. Cientos de informes, fotografías y documentos varios en los que Cassandra no advirtió ningún detalle relevante.

Fue entonces cuando Cassandra escuchó el primer ruido. Era ligero, apenas apreciable, pero su capacidad de percepción se había agudizado durante los últimos meses. Cerró los ojos e identificó el sonido de unas llaves atravesando una cerradura. Lucas levantó la cabeza bruscamente. Bajó del sofá de un salto y miró atentamente hacia la entrada de la vivienda.

Kassandra corrió hacia la cocina y agarró un cuchillo sabiendo que no le serviría de nada. Regresó al salón con la respiración agitada, temiendo que aquellos fueran los últimos instantes de su vida.

Un segundo ruido le confirmó lo que ya era más que evidente, alguien estaba tratando de entrar en la vivienda. Ese alguien giró el pomo de la puerta lentamente y sin que el mismo ofreciera la menor resistencia. La escena transcurrió a cámara lenta, postergando el agónico desenlace.

La puerta se abrió unos centímetros y Cassandra apretó el mango del cuchillo con fuerza. Quiso gritar, pero a duras penas lograba respirar. El telón del acto final estaba a punto de descubrir su peor pesadilla. Con la mirada fija en la puerta, contuvo la respiración mientras hacía lo imposible por permanecer de pie.

Un segundo después, un espectro de carne y hueso constató la innegable realidad. Las rodillas le fallaron segundos antes de desplomarse sobre el suelo. En aquel instante en que Cassandra aceptó el final de la partida, las piezas del rompecabezas acabaron por encajar.

6 de diciembre de 2015

El desagradable sabor metálico de la sangre hizo que se le revolviera el estómago. Al pasarse la lengua por la boca, Jayden notó que le faltaban un par de dientes. Estaba sentado sobre una vieja silla de madera, maniatado al respaldo y silenciado por una mordaza de cuero en la boca.

Ni siquiera había podido verle la cara, pensó mientras la ira comenzaba a adueñarse de él. Le dolía la cabeza justo detrás de la oreja derecha, donde aquel malnacido le había golpeado a traición, tal y como solían hacer los cobardes. Fuera quien fuera, se dijo, lo pagaría muy caro.

Al mirar a su alrededor sintió la hinchazón en su ojo izquierdo, que apenas podía abrir. Se encontraba en el interior del almacén donde había quedado con su tío Benjamin. Respiró profundamente, inhalando el desagradable olor a rancio. La humedad y el polvo se adhirieron a sus pulmones provocándole un intenso malestar.

—Es una verdadera lástima que hayamos tenido que llegar a esto.

Jayden trató de girarse al escuchar aquellas palabras, aunque sabía perfectamente quién las había pronunciado.

La ira se transformó momentáneamente en un profundo estupor al que enseguida se le sumó el miedo por estar respirando su último aliento de vida. No solía asustarse fácilmente, y mucho menos permitir que el pánico se adueñase de él, pero en aquel instante Jayden supo que, tras años jugando con fuego, finalmente estaba a punto de quemarse.

Escuchó unos pasos firmes y decididos que se aproximaban a él. Unos dedos largos se deslizaron entre sus cabellos antes de quitarle la mordaza.

—¿Por qué? —atinó a preguntar sin ocultar el pánico que recorría todo su cuerpo.

No obtuvo ninguna respuesta. Jayden contuvo la respiración durante un espacio de tiempo indeterminado.

—¿Qué es lo que quieres? —balbuceó finalmente.

—Que pagues tus deudas.

—No te debo nada —bramó Jayden tratando de recobrar el control—. En cambio, tú me lo debes todo. No serías nadie sin mí. —Guardó silencio durante un breve instante que aprovechó para recalibrar su ofensiva—. ¿Quieres dinero? ¿Es eso? ¿Cuánto quieres?

—Te equivocas, Jayden. Como siempre te equivocas.

—No has contestado a mi pregunta.

—Lo he hecho. Debes pagar por tus pecados. Así ha funcionado siempre.

—Pero, ¿de qué diablos hablas? —exclamó Jayden sintiendo un repentino dolor en el brazo izquierdo—. ¿Cómo...? ¿Cómo quieres que pague por un pecado que ni siquiera soy consciente de haber cometido?

El silencio retumbó en las paredes de su cerebro mientras hacía lo imposible por mantener la compostura. De pronto, creyó apreciar la sombra de la duda en el rostro de su verdugo. Duda, arrepentimiento o, tal vez, miedo. ¿Qué más daba? No pensaba desaprovechar su única oportunidad.

—Acabaré contigo, ¿me oyes? —exclamó envalentonado.

Había estado jugando con fuego durante demasiado tiempo, pensó. Aún así, aquello carecía de toda lógica. Contuvo la respiración durante unos segundos, apretando la mandíbula mientras esperaba una respuesta que no parecía llegar. Abrió la boca para amenazarle de nuevo, en un intento desesperado por hacerle tambalear, pero sus palabras se helaron a la altura de sus labios en tanto sus miradas se cruzaron.

—Tarde o temprano, todos saldamos cuentas con el pasado.

13 de diciembre de 2015

Sus miradas se cruzaron expresando emociones muy dispares. Él parecía satisfecho con el curso de los acontecimientos, como si estar frente a Cassandra culminara con éxito el más importante de sus logros.

—¿Cómo estás, Kassie? —preguntó, acercándose a ella lentamente hasta situarse a escasos centímetros—. No tienes muy buen aspecto.

Kassandra le miró con cierto desconcierto. Sus piernas parecían flaquear peligrosamente, advirtiendo su inminente caída. Como pudo, logró frenar el derrumbe apoyando la mano sobre el respaldo del sofá.

—He tenido días mejores —respondió con una fingida tranquilidad, como si su presencia no le provocara el menor temor. Dio un paso atrás y sin darse apenas cuenta dejó caer el cuchillo al suelo—. ¿Qué...? ¿Qué haces aquí?

Él dio un paso al frente y le pasó una pequeña pistola por la mejilla. La sostuvo durante unos segundos, suficientes como para que a Cassandra se le helara la sangre. Se agachó y cogió a Lucas en brazos, que observaba la escena con cierta confusión. Llevó al animal al lavabo que había junto al salón sin perder el contacto visual con Cassandra y cerró la puerta.

—Sabes perfectamente por qué estoy aquí —dijo, acelerado, tras aclararse la garganta.

—¿Cómo me has encontrado?

—Me temo que Jayden y tú os habéis buscado demasiados enemigos. —Sonrió con aires de grandeza—. En fin... ¿por qué no me das lo que he venido a buscar y acabamos con esto cuanto antes?

—No tengo la grabación —atinó a decir mientras luchaba por contener el temblor de sus labios.

Él soltó una sonora carcajada y comenzó a caminar alrededor de Cassandra con la pistola en la mano, rascándose la coronilla con la culata. Con un gesto pretendidamente hierático esbozó una media sonrisa de suficiencia.

—El inspector Sanders regresará de un momento a otro —indicó ella, jugando una última y desesperada carta.

—Tu querido inspector Sanders y su compañero O'Connor no regresarán a tiempo de salvarte, Kassie —dijo una vez estuvo frente a ella.

—Sabes quién eres —mintió Cassandra en un abatido arranque de valentía.

—No me hagas perder más el tiempo —le advirtió él.

Se alejó unos pasos hacia la puerta de la casa, dándole la espalda a Cassandra mientras sonreía con la tensión reflejada en la comisura de los labios. Les separaban apenas tres metros. El instinto de supervivencia hizo que ella extendiera la mano y cogiera su teléfono móvil de la mesa

del salón. Rápidamente lo ocultó en el bolsillo de su pantalón.

—No me obligues a emplear la violencia. Deja el móvil donde estaba—. Se frotó la cuenca de los ojos con la mano libre, tras lo cual le miró alzando una ceja. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa—. Los dos sabemos lo que hice. No tengo intención de fingir contigo. —Se alejó unos pasos con la cabeza alzada, moviéndose con una rebuscada elegancia—. A decir verdad, no me arrepiento de nada.

—Deberías —soltó Cassandra en un impulso, mostrando duda en la amenaza que escondían sus palabras.

—Hice lo que tenía que hacer —dijo él, perdiendo momentáneamente la paciencia—. Ahora, dime, ¿dónde diablos escondes esa grabación? —preguntó por última vez, aproximándose hacia ella, sabiendo que si Cassandra no colaboraba tendría que disparar un arma que en aquel momento le quemaba en la mano.

—La tiene la policía —mintió ella, tratando de ganar algo de tiempo.

—Sé perfectamente cuando mientes. Tú eres la única que sabes dónde está. —Él le agarró del brazo con fuerza antes de continuar hablando—. No has sido sincera con la policía, lo cual es comprensible. De haberlo sido ya estarías arrestada. Se te agota el tiempo. Dime dónde está la maldita grabación, de lo contrario tienes mi palabra que tanto tú como tu perro sufriréis una muerte lenta y dolorosa.

Ella se zafó como pudo y le miró desconcertada y desafiante a la vez.

—Michael Bennet —dijo con la voz entrecortada, permitiendo que la confusión y la desesperación hablaran por ella—. Sé quién es y dónde está.

—¡No seas estúpida! Michael murió hace años. Dime dónde diablos está su confesión, Kassie. No abuses de mi paciencia.

—¿Qué te hace pensar que la tengo yo?

Él le miró con una expresión de desconcierto y duda, que trató de ocultar tras su fachada de distinción.

—No te hagas la inocente conmigo. Sé lo que hiciste. —Se detuvo ante ella y le clavó una mirada encendida—. No te culpo por ello. En tu lugar, yo habría hecho lo mismo.

—Eso no tiene nada que ver.

—Por supuesto—. Él se alejó de ella, dándole espacio. Debía conseguir ese vídeo fuera como fuera—. Hiciste lo que tenías que hacer. Eso es algo que no me incumbe, o tal vez sí. —Añadió con una sonrisa interminable, irguiendo el cuello con petulancia mientras disimulaba un molesto carraspeo—. Fue una buena jugada, pero no olvides una cosa, tengo pruebas que demuestran tu culpabilidad y, créeme, no dudaré en utilizarlas. Del mismo modo que tampoco dudaré en matarte si no me das lo que quiero.

—¿Y si no existiera esa grabación? —preguntó Cassandra, echando mano de un último recurso.

—Jayden llevaba meses amenazándome con ello —balbució él—. Él decía que... Decía que tenía en su poder un vídeo en el que Michael explicaba lo que sucedió... Lo que sucedió aquel día en el río.

Kassandra compuso una mueca irónica.

—Déjame decirte algo, Jayden decía muchas cosas y no todas eran ciertas. —Kassandra dio un paso al frente hasta situarse a escasos centímetros de él. Le clavó la mirada, esquivando el miedo y desenterrando su reciente osadía—. Tú deberías saberlo mejor que nadie, Saúl.

Liam condujo a gran velocidad, sabiendo que la probabilidad de llegar a tiempo se escurría entre sus manos como polvo de mármol en un reloj de arena.

El móvil de Mason sonó al cabo de unos minutos. Liam le escuchó contestar al teléfono, pero apenas prestó atención a sus palabras.

—Era Rodríguez —comentó el subinspector O'Connor en tanto colgó—. No localizan a Margaret Witterman. No está en su domicilio y, por lo visto, tiene el móvil desconectado.

—¿Qué ha averiguado sobre el chico que murió en el internado? —preguntó Liam sin desviar la vista de la carretera.

—Poca cosa. No ha encontrado nada que confirme esa muerte a excepción de... —Detuvo sus palabras al escuchar el timbre de su móvil.

—¿A excepción de qué? —preguntó Liam molesto por la interrupción.

—Aguarda un instante —le pidió Mason mientras leía el correo que acababa de recibir—. Rodríguez acaba de enviar algo.

—¿Y bien?

—Ha encontrado un artículo en un periódico local donde se menciona la muerte de un niño en el internado Caterpillar. Puede que ese niño sea Steven —añadió mientras continuaba leyendo.

—¿Y qué más dice el artículo? —preguntó Liam volviendo la vista hacia su compañero—. ¿Cómo murió ese niño?

—En extrañas circunstancias —respondió Mason—. Lo siento, socio, pero no hay más detalles.

¿Y si ella decía la verdad?, se preguntó Saúl. ¿Y si Kassandra no tenía la grabación? Peor aún, ¿y si no existía ninguna grabación? El corazón le dio un vuelco al pensar en la posibilidad de que todo hubiera sido una farsa. De ser así, no habría ningún motivo para que Kassandra continuara con vida, concluyó mientras la observaba detenidamente.

La voz de la conciencia le planteó la pregunta contraria. ¿Y si la grabación sí que existía? Si así fuera, matar a Kassandra solo empeoraría las cosas. Desvió la mirada hacia la puerta y, por un instante, deseó no estar en aquella casa. Pasados un par de segundos, la frágil e incomprensible

belleza de Cassandra atrajo de nuevo su mirada.

¿Y si solo estaba jugando con él? Sí, eso era. No podía siquiera imaginar que hubiera vivido aquel calvario por nada. Las preguntas se sucedieron una tras otra. Solo había un modo de averiguar si Cassandra mentía, concluyó finalmente, recuperando la templanza. Saúl se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un frasco pequeño. Al hacerlo, carraspeó repetidas veces.

—Los antiguos griegos creían que este veneno provocaba una muerte dulce —dijo con su habitual tono arrogante, agitando el frasco mientras caminaba a su alrededor con el mentón alzado—, pero lo cierto es que no es así. Una vez ingerido, comenzarás a sentir un terrible dolor de cabeza, acompañado de náuseas y vómitos. La temperatura de tu cuerpo caerá en picado, especialmente en piernas y brazos, donde sentirás un frío terrible. Perderás la coordinación mientras padeces un intenso dolor en la zona abdominal. No podrás hablar debido a la parálisis de la faringe y de la lengua. Experimentarás horribles convulsiones y, después de unas pocas horas, sufrirás un paro respiratorio. Así es como actúa la cicuta, querida Kassie. —Saúl compuso una fingida mueca de satisfacción, que ocultaba su verdadero malestar por no haber logrado su objetivo—. Se te acaba el tiempo.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó Cassandra sin despegar los ojos del frasco.

Saúl soltó una carcajada desdeñosa con la que disimuló un nuevo carraspeo. Comenzaba a dominar la partida, pensó.

—Resulta que no eres tan lista como pensaba —comentó con menosprecio—. Soy el dueño de una empresa farmacéutica, ¿recuerdas? Te asombraría saber la cantidad de medicamentos que se extraen de la propia naturaleza.

—No sé cómo decirte que no tengo tu maldita grabación—insistió Cassandra, haciendo un verdadero esfuerzo por mantener la calma.

—Las semillas se machacan y se trituran en un mortero. —Saúl prosiguió hablando sin alterarse, derrochando un exceso de autoestima por cada poro de su piel—. De ese modo se extrae el principio activo necesario para la preparación del veneno: la coniína. A continuación, se añade el agua y, finalmente, se deja reposar. Es necesario menos de medio gramo de coniína para que la dosis sea mortal.

—Fue Jayden quien trató de extorsionarte, ¿no yo! —exclamó Cassandra con un gesto de indignación—. ¿Por qué debería pagar yo por sus errores?

Saúl se acercó a ella y le susurró al oído.

—Estás haciendo de esto algo personal, Kassie. Es una simple cuestión de supervivencia. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó ella—. Jayden jamás me involucró en sus negocios. Nunca estuve al corriente de lo que hacía.

—No eres especialmente buena mintiendo —comentó Saúl con una sonrisa de suficiencia—. De todos modos, eso es algo que ya no importa. No me puedo permitir el lujo de dejarte con vida, supongo que lo comprenderás—. Le miró de arriba abajo y dijo—: Vamos, Kassie, no me lo pongas más difícil. Si colaboras, no tocaré a tu perro.

Ella se desplomó sobre el suelo y comenzó a sollozar. Unas décimas de segundo le bastaron para repasar toda su vida. Una vida que resumió en un único y enorme error: no haberse alejado de Jayden cuando aún estaba a tiempo.

—Dame ese maldito veneno —le pidió desde el suelo.

Saúl bajó la mirada, confuso. Dejó el arma sobre la mesa del salón y se secó el sudor de la frente con un pañuelo que sacó del bolsillo de su pantalón. Se agachó sobre una rodilla y cogió la mano de Cassandra. Le apartó el pelo de la cara, mirándola de un modo fraternal.

—No es así cómo hubiera deseado que acabara todo —reconoció, dejando entrever cierta duda en su mirada.

—No calmaré tu conciencia, Saúl —respondió Cassandra, que vio en aquel gesto una última oportunidad para desafiar al destino—. Dime al menos por qué voy a morir.

Él le miró extrañado por la pregunta, contemplando por primera vez la posibilidad de que ella no supiera nada. Carraspeó de nuevo, tapándose la boca con la mano.

—¿Por qué te chantajeaba Jayden? —insistió ella.

—Hay gente que no supera su pasado —respondió Saúl, conteniendo las ganas de soltar un discurso—. Tu marido era una de esas personas. En cualquier caso, lo que sucediera entre él y yo no es de tu incumbencia.

—Sí lo es si tengo que morir por ello.

—Está bien, de todas formas, te llevarás el secreto a la tumba —dijo con una sonrisa comedida, alargando el cuello exageradamente y elevando el mentón—. Supongo que Jayden te hablaría de Caterpillar. —Ella asintió, aliviada al ganar unos segundos—. Fueron unos años terribles —comentó, ligeramente conmovido al recordar su particular pasaje del terror.

—Jayden me habló de los abusos que sufristeis —le interrumpió ella—, sé que se lo contó a sus padres y ellos no le creyeron.

Saúl permaneció en silencio, con la mirada dilatada clavada en la pared.

—¿Qué diablos le hiciste a Jayden para que quisiera vengarse de ti? —preguntó Cassandra con dureza.

Él se levantó bruscamente y se dirigió al mueble bar. Se sirvió una copa de whisky. Sabía que hablarle de ello no era buena idea, pero ¿qué diablos?, ¿a quién podría contárselo?

—¿Te habló Jayden del juicio que iba a celebrarse contra el Padre Jordan? —preguntó con la copa en la mano.

—Lo mencionó en una ocasión —respondió Cassandra mientras se levantaba del suelo. Se acomodó en una elegante silla de madera que había en una esquina del comedor—. Un profesor presentó la denuncia después de sorprender al Padre Jordan abusando de uno de sus alumnos.

—En la Escuela Caterpillar se cometió un crimen aún peor que el del Padre Jordan —dijo Saúl con la mirada perdida en sus recuerdos—, el encubrimiento de la pederastia clerical, además de... —Guardó silencio durante un instante y se aclaró la garganta antes de continuar hablando—.

Había habido otras denuncias anteriores en el seno del propio colegio, pero ninguna de ellas prosperó. Eran *pecados menores* —dijo empleando un tono sarcástico—. Al menos, eso es lo que concluían siempre las investigaciones internas, que no requerían de más expiación que la simple oración. Los abusadores jamás fueron entregados a las autoridades, todo cuanto hizo la dirección del internado fue trasladar a alguno de ellos a otro centro escolar.

Saúl se bebió el whisky de un solo trago y se sirvió otra copa. No era buena idea continuar hablando, pensó de nuevo.

—El profesor que destapó los abusos del Padre Jordan, Ewan House, conocía a un periodista que publicó un breve artículo en un periódico local —prosiguió con una gesticulación superflua—. El asunto pasó desapercibido, pero unos meses más tarde adquirió cierta relevancia, después de que uno de los alumnos falleciera en circunstancias que... en circunstancias nadie logró aclarar. —Saúl se llevó la mano al pecho, donde sentía una intensa quemazón. Carraspeó y continuó hablando—. Al colegio no le quedó más remedio que presentar una denuncia formal. Ewan logró convencer a dos alumnos del Padre Jordan para que testificaran en su contra.

—Esos niños erais Jayden y tú —dijo Cassandra.

—Así es. —Saúl se sirvió otra copa de whisky. Comenzaba a sentir los efectos del alcohol—. Jayden nunca quiso hacerlo. Sabía muy bien cuáles serían las consecuencias, pero yo le convencí. Nadie creía en nosotros, solo Ewan. Se lo debíamos.

—¿Y tus padres? —preguntó Cassandra, mirando el reloj de la pared.

—Yo no provenía de una familia adinerada como la de Jayden. Mi padre tuvo que trabajar muy duro para costear mi estancia en Caterpillar —comentó con cierta ironía, obviando la herencia, caída del cielo, que costó su internamiento—. Nunca tuve su apoyo, ni siquiera cuando le supliqué que me sacara de ahí. Para él era mucho más importante el poder presumir delante de sus amigos que el liberarme de aquel infierno. En cuanto a mi madre... —Saúl permaneció callado durante un par de segundos—. Era una mujer enferma. Su vida se reducía a las pastillas y al alcohol.

—Así pues, los dos testificasteis en contra del Padre Jordan. ¿Qué sucedió para que quedara libre de todos los cargos?

Saúl se bebió el whisky como si se tratara de un antídoto contra el dolor.

—No declaré en su contra —dijo al cabo de un minuto, alzando la barbilla, como si la traición fuera motivo de orgullo. Se sentó lentamente y dejó la copa sobre la mesa—. El colegio logró convencer a mi padre. A cambio le ofrecieron una gran suma de dinero. —Volvió la vista hacia la ventana del salón y permaneció un par de segundos embelesado con el suave repiqueteo de la lluvia—. Hizo bien en aceptar el dinero —dijo de pronto, como si nada de lo vivido en su pasado le pudiera causar el menor trastorno—. Yo habría hecho lo mismo. A fin de cuentas, el dinero lo es todo en esta vida.

—Tal vez para alguien como tú —puntualizó Cassandra en voz baja, permitiendo que la repulsa que sentía por Saúl hablara por ella.

—En cuanto a mí...

—Te trasladaron a un nuevo colegio. —Kassandra le observó atentamente. Durante un breve instante creyó ver un destello de humanidad en su rostro. Un destello que no tardó en cegarle con la esclarecedora luz de la verdad. Saúl era un ser miserable—. ¿Qué pasó con Jayden?

Él se encogió de hombros y se alejó unos pasos.

—Su situación en Caterpillar empeoró bastante a raíz de aquello —respondió evitando dar más detalles.

—¿Por qué Margaret no intentó sacarle de aquel colegio?

—Tendría sus motivos para no hacerlo —contestó Saúl, huraño.

Kassandra intentó reconducir la conversación.

—No eras más que un niño, nadie te culparía por eso.

—Tu marido lo hizo —dijo Saúl, tamborileando con sus dedos la copa vacía que había sobre la mesa—. No sé cómo diablos pudo averiguarlo —pensó en voz alta con la mirada perdida—, pero lo hizo.

—Tú mismo lo has dicho, Jayden jamás superó su pasado. —comento Kassandra, esquivando su mirada—. De ningún modo podría justificarse lo que hizo tu padre, pero tú... Digamos que tus circunstancias eran especiales.

—No lo entiendes ¿verdad? —Saúl esbozó una sonrisa incomprensible, a medio camino entre el odio y la satisfacción. Clavó sus ojos en los de ella, mirándole como si no fuera más que simple mercancía—. Mis circunstancias han cambiado y, sin embargo, volvería a hacer lo mismo.

Liam sintió una fuerte punzada en el pecho. Un dolor que, a su modo, presagiaba la tragedia. Llovía a raudales cuando aparcaron el coche. Caía una lluvia torrencial, acompañada de un fuerte viento que sacudía con violencia las copas de los árboles. Por fortuna, la calle estaba completamente desierta.

Los agentes corrieron hacia la casa con las armas desenfundadas. Instantes antes Mason había informado al capitán de cuál era la situación. Nicholson les había dado luz verde para entrar en la casa y actuar como creyeran conveniente, pero se aseguró de enviar refuerzos de inmediato.

—¡Policía, abra la puerta! —gritó Liam, secándose la frente empapada con el dorso de la mano.

No obtuvo ninguna respuesta. Con un gesto de cabeza le pidió a Mason que abriera la puerta. El subinspector introdujo la llave en la cerradura mientras pensaba en lo que podían encontrarse al otro lado.

Un tipo alto de unos cuarenta y tantos, bien parecido y de expresión enfermiza caminaba alrededor de la mesa del salón con la mirada perdida y una sonrisa irreverente.

—Discúlpenme, no les he oído llamar a la puerta —comentó Saúl al verlos entrar en el salón apuntándole con sus armas. Se volvió hacia los policías y, con una inquietante frialdad, ensanchó su sonrisa amenazante—. ¿No deberían identificarse antes de entrar, agentes?

Liam se abalanzó sobre él y le dio un puñetazo en la barbilla que lo dejó tambaleando. Acto seguido le agarró el brazo y se lo dobló detrás de la espalda.

—¿Dónde diablos está? —preguntó Liam cegado por la ira, apretándole el brazo con tanta fuerza como para rompérselo.

Mason se acercó a su compañero y le rogó que se calmara.

—Suéltale, Liam, está desarmado —le susurró al oído—. Déjale hablar —le pidió mientras echaba un vistazo al salón.

Liam empujó a Saúl, que cayó sobre el suelo, dolorido, desde donde esperó un segundo golpe que finalmente no llegó. Observó a los agentes, disfrutando de una enfermiza sensación de poder.

Había logrado que Cassandra le confesara dónde tenía aquella maldita grabación y se sentía satisfecho por ello. Había sido un acierto amenazarle con matar a Lucas. No dejaba de ser irónico, pensó. No era tan fría y calculadora como había supuesto. Recordó con una sonrisa como se había derrumbado en tanto apuntó al dichoso perro con su pistola. Pobre idiota. No había tardado ni dos segundos en decirle que era el inspector Sanders quien tenía la grabación. Algo que, desde luego, complicaba mucho las cosas.

A Saúl no le resultaba placentero negociar con Liam Sanders. Hubiera preferido golpearle con todas sus fuerzas. Pero, afortunadamente, el inspector tenía un punto débil y ese era Cassandra. Si su plan tenía éxito, saldría de ahí con vida y en libertad. Se marcharía a otra ciudad y empezaría una nueva vida. Sonrió, de nuevo, y se dirigió al inspector.

—Ha llegado el momento de negociar, ¿no creen?

La pregunta resonó en la estancia sin obtener una respuesta. Saúl recorrió con sus dedos el brazo dolorido. Aquel maldito agente le tenía ganas.

Liam maldijo en voz baja sin saber muy bien qué hacer. Acostumbraba a tener todo bajo control y rara vez se mostraba ansioso, mucho menos frente a un criminal. Si en alguna ocasión perdía los papeles y, por ejemplo, golpeaba a un delincuente, lo hacía plenamente consciente de sus actos y porque así lo había querido. No obstante, en aquel instante la cordura y la serenidad se le escurrían como arena entre los dedos.

Sostuvo su arma, apuntando a Saúl mientras trataba de controlar la ráfaga de cólera que le acechaba con violencia. Escuchó su propia respiración, acelerada y dificultosa. Se negaba a negociar con un tipo como Saúl, pero ¿qué otra cosa podía hacer si quería volver a ver con vida a Cassandra? No tenía más opción, concluyó, por disparatada que fuera. Tendría que seguirle el juego a aquel maldito bastardo. Al menos por el momento.

Le hizo un gesto a su compañero para que vigilara a Saúl mientras él echaba un vistazo por la casa. Revisó todas las estancias. No había ni rastro de Cassandra, ni tampoco de Lucas. Regresó al salón y apuntó a Saúl con su pistola, decidido a usarla. Empuñaba el arma con decisión, deseando que aquel loco le diera un motivo para abrir fuego.

—Cree que me conoce, ¿no es cierto? —exclamó, colocando el cañón de la pistola en la frente de Saúl—. ¿Cree que no dispararé porque soy policía?

La pregunta no requería una respuesta, aún así Saúl se la dio.

—No, inspector, sé perfectamente que usted sería capaz de disparar, pero, aunque quisiera no podría decirle donde está Cassandra —respondió con sinceridad, conteniendo un leve carraspeo—. La persona que la tiene en estos momentos la matará en una hora a menos que para entonces yo esté libre.

Liam se dirigió al dormitorio principal, desde donde llamó a comisaría.

—Escucha atentamente —le pidió al detective Rodríguez tras hacerle un breve resumen de los últimos acontecimientos—, averigua todo lo que puedas sobre Saúl Ramírez. Quiero saberlo todo de él, especialmente con quien se relaciona y quien más pudiera estar ayudándole en este asunto. Habla con el capitán, ponle al corriente de las últimas novedades y pídele que alerte a los refuerzos, no quiero que nadie entre en la casa hasta que yo lo ordene —susurró al tiempo que echaba un rápido vistazo por la rendija de la puerta—. Tengas lo que tengas, no me llames por teléfono. Envíame un correo electrónico con todo cuanto hayas averiguado, ¿de acuerdo?

—Así lo haré, Sanders. Por cierto, seguimos sin localizar a la señora Witterman. ¿Qué quiere que hagamos con...? —El detective guardó silencio durante un instante—. Discúlpeme, inspector —dijo en voz baja—, hay un periodista merodeando por la comisaría. Me temo que alguien se ha ido de la lengua.

—Margaret sigue siendo sospechosa —dijo Liam sin titubear—. En el momento en que deis con ella, proceded con su detención. Una cosa más, asegúrate de que nadie entra en la casa, ¿me oyes? —le pidió mientras miraba por la ventana de la cocina que daba a la calle—. Habla con Nicholson, que el dispositivo de refuerzo retroceda un par de manzanas. No quiero ver a ningún policía por los alrededores de la vivienda.

Liam regresó al salón dominado por una dolorosa sensación de frustración. Jugaba en clara desventaja en aquella endiablada partida de la que ni siquiera conocía las reglas. Una partida que, a menos que ocurriera un milagro, estaba a punto de perder. Sumido en la desesperación, sintió la dolorosa necesidad de emplear la violencia física.

—Está bien, Saúl, tú ganas —dijo, alzando las manos mientras negaba con la cabeza—, negociaremos.

Mason se volvió hacia él, sorprendido.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le susurró al oído, dándole la espalda a Saúl.

—No tenemos más alternativa, O'Connor —respondió Liam lo bastante alto como para que Saúl le escuchara.

Mason conocía a Liam suficientemente bien como para saber que estaba fingiendo. El tono empleado, los gestos e incluso el hecho de que se hubiera dirigido a él por su apellido, no dejaban lugar a dudas. Liam estaba tratando de ganar tiempo.

—Así me gusta, inspector —comentó Saúl, en cuyo rostro había regresado una sonrisa

engreída—, veo que ha entrado usted en razón. ¿Sabe?, en el fondo siento lástima por usted. Se ha enamorado de la persona equivocada.

Liam tuvo que vencer la tentación de patearle la cabeza. Inspiró profundamente y continuó interpretando su papel mientras esperaba la llegada de un correo electrónico que le ayudara a darle la vuelta a la partida.

—Tarde o temprano acabará entre rejas —dijo mirando fijamente a Saúl.

—No tienen mucho en mi contra, ¿me equivoco?

Liam pensó en lo que iba a decir antes de responder. No tenían nada en su contra. Nada que un buen abogado no pudiera tumbar. A pesar de ello, decidió arriesgarse, apostando por una carta distinta a la del asesinato de Jayden Wenneck.

—Tenemos la grabación. Suficiente para incriminarle y, por supuesto, para hundir su reputación —respondió, marcándose un farol y aventurándose por un camino que en absoluto le agradaba.

—Esa confesión no tiene la menor validez legal —dijo Saúl, secándose el sudor de la frente con un nerviosismo que trataba de disimular.

Liam se replanteó la estrategia sin tener la menor idea de lo que estaban hablando.

—Lleva razón —admitió—. Sin embargo, creo que ese asunto no le haría ningún bien si saliera a la luz, ¿me equivoco? —El inspector advirtió cierta perplejidad en el rostro de Saúl—. No nos haga perder más el tiempo. Lo sabemos todo.

—¿Qué es exactamente lo que saben, inspector?

—Jayden llevaba meses chantajeándole con esa grabación. Usted hizo lo que su amigo le ordenó. Pagó grandes sumas de dinero, pero Jayden continuó chantajeándole, ¿no es cierto? Ya sabe lo que dicen, una vez cedés al chantaje ya no es posible dar marcha atrás. Pero usted trató de darla, se cansó de las amenazas y decidió tomarse la justicia por su mano.

—No tiene la menor idea de lo que habla.

—No me malinterprete, no le estoy juzgando, a fin de cuentas, Jayden disponía de algo con lo que destruir todo lo que usted tiene. —Liam no se sentía cómodo deambulando por el camino de las suposiciones, pero eso era todo cuanto tenía, suposiciones—. Tenía usted un buen motivo para acabar con la vida de su amigo, señor Ramírez, ¿o debería decir Ahicam?

Saúl intuyó cierta duda en la voz del inspector y decidió aprovecharlo.

—Está enamorado de ella, ¿no es cierto?

Desde el interior de la casa se escuchaba el violento aullido del viento y el monótono pero intenso sonido de las gotas de lluvia golpeando las ventanas. Liam abrió la boca para responder a Saúl, pero se contuvo. Era evidente que trataba de provocarle. Por más que quisiera dejar que su rabia se expresara libremente, no debía permitir que aquel cretino llevara las riendas de la situación.

—Veo que no quiere hablar de ello —comentó Saúl, demostrando una grandiosidad casi

enfermiza en cada uno de sus gestos—. No se preocupe, no insistiré.

—¿Por qué no se deja de rodeos y nos dice de una vez qué es lo que quiere?

—¿Acaso no es evidente? Quiero la grabación y todas las copias de las que dispongan.

—¿Cómo sé que ella continúa con vida?

—No lo sabe, inspector, deberá confiar en mí. —Saúl se detuvo frente a Liam y le miró fijamente—. Este es el trato, ustedes me entregan el vídeo, dejan que me vaya, y yo hago una llamada para que liberen a Cassandra.

Liam zarandó la cabeza.

—No puedo aceptar un trato así —dijo sin apartar la mirada de Saúl—. No tengo la más mínima garantía de que ella siga con vida y, aunque así fuera, ¿cómo sé que la liberarán en tanto le hayamos soltado?

—Yo tampoco me fío de usted, Sanders, pero me temo que deberemos confiar el uno en el otro si queremos que esto salga bien.

Liam se metió la mano en el bolsillo del pantalón. Habían pasado más de diez minutos y su móvil todavía no había sonado. Maldijo en silencio al detective Rodríguez, sabiendo que lo que estaba pidiendo era un auténtico milagro.

—Iré a por un trago —dijo mientras se dirigía a la cocina.

En aquel preciso instante sintió la vibración de su móvil. Soltó un largo suspiro de alivio y leyó atentamente toda la información que le habían enviado desde comisaría. Durante los últimos meses, Saúl había estado transfiriendo la misma cantidad de dinero a una empresa que alquilaba oficinas, edificios, naves industriales y todo tipo de locales. Algo aparentemente ajeno a sus negocios.

Una vez terminó de leer el correo electrónico, Liam cogió una botella de whisky y regresó al salón. Lentamente, como si pretendiera detener el devenir del tiempo, abrió la alacena color caoba donde Mason guardaba la cristalería y cogió tres copas.

—Oiga, inspector, esto no es una reunión de amigos, ¿comprende? —protestó Saúl, repentinamente malhumorado. Tosió repetidas veces antes de continuar hablando—. Tiene poco más de media hora para tomar una decisión o Cassandra morirá. Y tenga por seguro que no dudaré en hacer una llamada para adelantar el plazo que les he dado —añadió agitando su móvil.

Liam sirvió el whisky en las copas.

—No es una decisión fácil de tomar, ¿no cree? —dijo, alcanzándole una copa—. Dígame, Saúl, ¿ama usted a su mujer? —Liam observó el desconcierto de Saúl y sonrió para sus adentros—. ¿Y a la fortuna de su mujer?

Saúl respiró hondo para contener el temblor de sus labios.

—¿Qué demonios pretende, inspector? —preguntó, conteniendo el odio que sentía en aquel instante.

—Dejémonos de tonterías, ¿quiere? Si voy a entregarle la grabación, qué menos que sacar algo de provecho de ello. —Su plan estaba funcionando, pensó Liam al ver el rostro desencajado y furioso de Saúl—. Dígame, ¿cuánto estaría dispuesto a pagar por comprar mi silencio?

—¿Está usted chantajeándome, inspector?

—Es un modo bastante acertado de resumir mi propuesta.

Saúl sintió una gota de sudor descendiendo por su espalda.

—¿Acaso la vida de Cassandra no es suficiente?

—¡Vamos, Saúl! —exclamó Liam en tono burlón—. Soy demasiado mayor y demasiado deshonesto como para perder el tiempo con estos juegos. No me juzgue —le pidió en un tono de reproche—, ¿sabe usted cuánto cobra un policía de esta ciudad por jugarse el pellejo cada día? Yo se lo diré, una miseria. Tiene dos opciones, o me ofrece una cantidad que me haga cambiar de parecer o le aseguro que pasará el resto de sus días encerrado en una prisión de máxima seguridad.

Saúl se abalanzó sobre él y trató de darle un puñetazo en el pómulo derecho, pero Liam fue lo bastante rápido como para esquivar el golpe. El inspector sonrió satisfecho. Tenía a Saúl justo donde quería.

—¿Sabe lo que les pasa en la cárcel a los tipos como usted? Ha asesinado a una persona a sangre fría y ha acosado a una mujer indefensa —prosiguió, llevando la provocación hasta el extremo.

—No sabe de lo que habla —respondió Saúl entre dientes.

—No será bien recibido, eso se lo aseguro —prosiguió Liam—. También perderá su fortuna. Firmó un acuerdo prematrimonial, ¿no es cierto? Arruinado y preso por graves delitos. No es un futuro muy alentador, ¿no le parece? Imagino que será algo doloroso para un hombre de origen humilde como usted. Debe haber sido muy duro haber vivido en un mundo de opulencia sabiendo que nadie le aceptaba en él.

La fina línea que separa la cordura de la demencia se tornó borrosa, casi invisible, para Saúl. Todo esfuerzo por mantener sus emociones bajo control fue en vano. Aquel maldito inspector estaba jugando con él, al tiempo que hurgaba en una herida sin cicatrizar. Sintió un estallido de voces en su cabeza, todas ellas le pedían que acabara con aquel malnacido. Ya no le importaba lo que le sucediera, ni siquiera pensaba en huir, solo quería matar a Liam Sanders.

Saúl quiso extender sus manos y apretarle el cuello hasta que aquel maldito cretino dejara de respirar.

—¿Tú que opinas, Mason? —le preguntó Liam a su compañero, empleando el mismo tono altanero y jocosos—. ¿No crees que deberíamos sacar tajada de este asunto? Oportunidades como esta no se presentan todos los días. —Clavó su mirada en los ojos de Saúl y le contempló como si el mundo entero se redujera a ellos dos—. Le seré muy sincero, la chica me gusta, es cierto, pero no tanto como la idea de no volver a trabajar en toda mi vida. Además, he de reconocer que siento cierto placer extorsionando a un perdedor como usted. ¡Qué diablos! Haré publicar la grabación, aunque no le saque un maldito céntimo —exclamó—. Y luego le pegaré un tiro. Los tipos como

usted me dan asco —añadió apuntándole con una mirada desquiciada.

Saúl se levantó bruscamente, con la sangre hirviendo en sus venas y su corazón palpitante bombeando arrítmicamente. Se abalanzó sobre Liam, tratando de agarrarle por el cuello, pero las manos de Mason le cogieron por la espalda y lo estamparon contra la pared.

Liam contempló la escena como si él no formara parte de ella, inmutable y satisfecho a la vez. Su turno había acabado, pensó, ahora era Mason quien debía entrar en escena. Él había mostrado su lado más intratable y provocador. Había llegado el momento de que su compañero se ganase la confianza de Saúl.

—¿Por qué no nos calmamos todos? —preguntó Mason en tono conciliador. Se agachó ligeramente y le ofreció su mano a Saúl, ayudándole a incorporarse del suelo—. ¿Está usted bien?

—¡Maldita sea, Mason! —espetó Liam—. ¿Qué diablos te importa a ti cómo esté este tipo? ¡Peguémosle un tiro y acabemos con todo ahora mismo! —exclamó apuntando de nuevo a Saúl con su pistola.

—Pero ¿de qué demonios hablas? —preguntó Mason, como si la propuesta de su compañero le hubiera ofendido.

Liam soltó una carcajada y le miró con cierto desdén.

—No sería la primera vez que nos saltamos el protocolo —comentó. Se dio la vuelta, girando sobre sí mismo y, mientras marchaba, alzó la mano a modo de despedida—. Estaré en la cocina si me necesitas. Avísame cuando reúnas las agallas necesarias para liquidar este asunto.

Oculto tras la puerta de la cocina, Liam escuchó la extraordinaria interpretación del sub inspector O'Connor.

—Siento mucho el comportamiento de mi compañero. —Mason empleó un tono inusualmente cordial—. Ha estado totalmente fuera de lugar —añadió, negando con la cabeza—. Liam es así, impredecible e impulsivo, pero estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo.

—Me traen sin cuidado los problemas mentales de su compañero —indicó Saúl, frustrado y furioso, tosiendo con brusquedad sobre un pañuelo de tela—. La chica morirá en quince minutos si no hago la llamada.

Se sentía humillado y tenía ganas de vengarse del inspector, ¿qué mejor manera de hacerlo que matando a Kassandra?, pensó. Era consciente de estar actuando con temeridad. Sabía que arriesgaba no solo su libertad sino su propia vida, pero lo cierto es que en aquel momento de obcecación ya poco le importaba lo que sucediera con él.

—Los dos sabemos que, si eso ocurre, usted irá directo a prisión —dijo Mason, ajustándose las gafas sobre la nariz—. Vamos, Saúl, deme tiempo para convencer a mi compañero. Tiempo, eso es todo cuanto necesito. Haga esa llamada y concédanos unos minutos más. Estoy seguro de que podré convencer al inspector para llegar a un acuerdo razonable para ambas partes.

Liam cerró la puerta de la cocina tras escuchar aquellas palabras, sabiendo que dejaba la situación en buenas manos. Llamó al detective Rodríguez, de quien no había tenido noticias desde

su último correo.

—Hacemos todo cuanto podemos, Sanders, pero necesitamos más tiempo —se defendió el policía.

—Tiempo es precisamente lo que no tenemos —susurró Liam, mirando su reloj de muñeca.

—Dame cinco minutos más, estoy esperando una llamada de la empresa de alquiler de inmuebles. No está siendo fácil, Sanders, no sin una maldita orden y sin tiempo para investigar.

—Nadie dijo que esta profesión fuera fácil —replicó Liam—. ¿De la empresa de alquiler, dices?

—Así es. Saúl alquiló una pequeña nave industrial por la que paga un importe de mil doscientos dólares al mes. Al menos, eso es lo que nos ha confirmado uno de los gerentes de la empresa.

—Buen trabajo —dijo Liam, esperanzado—. ¿Tienes la dirección?

—Estoy en ello —titubeó el detective.

—¿Estás en ello? —repitió el inspector, agotando sus reservas de paciencia—. ¿Cuál es el problema exactamente?

—El gerente se negaba a facilitarme la dirección de la nave hasta que...

—¡Amenázale! —le interrumpió Liam en voz baja—. Preséntate en sus oficinas si es necesario, pero consigue esa maldita dirección.

—¡Calma, jefe! No creo que nada de eso sea necesario. Esa es precisamente la llamada que estoy esperando. Logré convencerle, pero me pidió unos minutos para informar antes a su superior.

—¿Qué hay de Margaret? ¿Habéis dado con ella?

—Todavía no —respondió el detective con cierto pesar.

—Está bien, mantenme al corriente —le pidió Liam con intención de concluir la conversación.

—Hay algo más, Sanders.

—Dispara.

—Sé cómo pudo haber conseguido Saúl la tetrodotoxina con la que envenenaron a Jayden.

—Según he podido averiguar, la empresa farmacéutica que preside lleva años trabajando en el desarrollo de un nuevo medicamento contra el cáncer. Adivina cuál es uno de sus componentes.

En tanto Liam colgó el teléfono, abrió la puerta de la cocina y echó un vistazo de nuevo al salón. Mason y Saúl conversaban de manera calmada, como si realmente estuviera habiendo un acercamiento entre ambos. Saúl sacó un móvil de su bolsillo e hizo una llamada. Liam no alcanzó a escuchar lo que decía, pero supuso que estaba llamando a quienquiera que retuviera a Kassandra con intención de retrasar el plazo inicial de una hora.

Todavía en la cocina, caminó de un lado a otro hasta que por fin su teléfono comenzó a vibrar. Era el detective Rodríguez. Tenían la dirección.

Tardaría al menos media hora en llegar al lugar donde, con casi toda seguridad, tenían secuestrada a Kassie, calculó el inspector. Muy a su pesar le pidió al detective que enviara dos coches camuflados de la policía, un equipo de asalto y una ambulancia. Él haría todo cuanto estaba en sus manos por salir de aquella casa y llegar tan pronto como le fuera posible.

En tanto colgó el teléfono, se dirigió al salón con paso firme. El desenlace de aquel macabro juego estaba tocando a su fin, pensó mientras inspiraba profundamente y trataba de no perder los nervios.

—¿Estás ya más calmado? —le preguntó Mason, interpretando a la perfección su papel—. Saúl ha accedido a concedernos más tiempo para que podamos hablar sobre cómo solucionar este asunto. Ahora nos toca a nosotros mostrar un poco de nuestra buena voluntad negociadora, ¿no crees, socio?

—Está bien —accedió Liam de mala gana—, ¿ha hecho la llamada?

—La he hecho —intervino Saúl, encolerizado. Se incorporó del sofá en el que estaba sentado y se aproximó a Liam—. No tiene ni la menor idea de la equivocación que está cometiendo—. Sus miradas se cruzaron de un modo desafiante, como si ambos desearan prender una mecha suicida. Saúl le hundió el dedo en el pecho sin apartar la vista y le advirtió—: No juegue conmigo, inspector. He accedido a concederles una hora, ni un minuto más. A cambio quiero doscientos mil dólares en efectivo, en billetes sin marcar, un coche y vía libre para salir del país.

—¿Por la vida de Cassandra? —preguntó Liam como si eso le trajera sin cuidado.

—Vamos, Sanders, esto te valdrá el ascenso que tanto ansías —dijo Mason, fiel a su interpretación.

—¿Doscientos mil dólares en billetes sin marcar y un coche para salir del país? Ha visto demasiadas películas —se burló Liam entre dientes, sin que apenas se le pudiera entender. Se volvió hacia Mason y, con el rostro serio por cuanto se jugaban, le preguntó de nuevo—: ¿Ha hecho la llamada?

—La he hecho —insistió Saúl con una mirada enfurecida—, pero de nada le servirá esta concesión si no hago una segunda llamada para confirmar que la grabación está en mi poder. Si no me entrega la cinta, todo lo que habrá conseguido será postergar la muerte de Cassandra una hora. Nada más.

Liam le miró con desprecio. Una hora, pensó. Tiempo más que suficiente. Sin pensárselo dos veces, se abalanzó sobre Saúl y le quitó el móvil que sostenía en su mano. Aprovechó su desconcierto para asestarle un violento golpe en las costillas, tras el que vino un duro puñetazo en la nariz, que salpicó de sangre el suelo.

Tumbado en el suelo, Saúl trató de coger la botella de whisky que había sobre la mesa. Liam, advirtiendo sus intenciones, le propinó una patada directa a la mandíbula. Se escuchó el sonido de la fractura del hueso, lo que dejó a Saúl aturdido y momentáneamente fuera de combate.

—Pero ¿qué demonios...? —preguntó Mason sin dar crédito.

—No tengo tiempo de explicaciones, Mason —dijo Liam, mientras se preparaba para salir de ahí a toda velocidad—. Han localizado una nave a una media hora de aquí donde muy probablemente tengan secuestrada a Kassie.

—¿Y qué diablos quieres que haga con él? —preguntó de espaldas a Saúl.

Liam se llevó la mano derecha a su espalda y sacó su pistola de la pretina del pantalón. Dos disparos atravesaron el pecho de Saúl, provocándole una muerte instantánea.

Mason se volvió hacia atrás con los ojos desorbitados mientras se llevaba las manos a la cabeza. Era incapaz de cerrar la mandíbula, que se desplomaba en señal de absoluto estupor.

—¡Santo cielo! ¿Acaso te has vuelto loco, Sanders? —exclamó sin entender lo que acababa de suceder.

Mason observó a su compañero mientras con un gesto de manos le pedía una explicación. Liam se limitó a señalar con la cabeza en dirección al cuerpo ya sin vida de Saúl.

—Iba a dispararte —añadió mientras guardaba su arma y de una patada apartaba la pistola que empuñaba Saúl. [1-1]
[5EP]

23 de junio de 1986

Aquella mañana Jayden tenía la impresión de que algo terrible estaba a punto de suceder. No se trataba de una simple corazonada, sino más bien la certeza de que aquel día marcaría un antes y un después en su desdichada vida.

Se levantó de la cama abatido, zambulléndose casi sin pensar en la misma rutina de cada día, mientras su compañero de habitación refunfuñaba entre dientes.

—Vamos, Saúl, levántate —le dijo Jayden, estirando de las sábanas de su compañero—, son casi las siete y media. No quiero llegar tarde por tu culpa.

El comedor donde se servía el desayuno estaba lleno casi a la mitad. Los alumnos continuaban entrando por la puerta principal. De manera ordenada se colocaban en la fila y esperaban pacientemente su turno para recibir el desayuno, que consistía en un colmado vaso de leche, zumo, fruta y cereales. Ocasionalmente, uno de los cocineros del primer turno, un inmigrante de origen cubano, obsequiaba a los alumnos con hojaldre y miel.

Jayden se sentó en la mesa y depositó la bandeja con sumo cuidado. Se sentó en silencio y comenzó a desayunar con la mirada clavada en la comida, evitando llamar la atención.

El padre Damian, a quien en secreto apodaban *Goofy* por sus largas orejas, era quien vigilaba el comedor aquella mañana. Sin embargo, Jayden sabía muy bien que el padre Jordan podía aparecer en cualquier momento, y si eso sucedía él debía pasar totalmente desapercibido. Era una simple cuestión de supervivencia.

Steven y Michael tomaron asiento junto a ellos. Miraron de reojo hacia la puerta principal y respiraron tranquilos al ver al padre Damian.

—Tenemos que hacer algo para que esto se acabe de una vez —susurró Michael al cabo de unos minutos.

—¡Cállate! —exclamó Jayden en voz baja.

—Pero...

—¿Es que no me has oído? —Jayden agarró con fuerza el mango del cuchillo con el que acababa de pelar su manzana—. Nos vas a meter en un buen lío.

—Creo que Michael tiene razón —intervino Steven con timidez. Se acarició el antebrazo, observando las secuelas de su último encuentro con el padre Jordan—. La verdad, Jayden, no entiendo que no quieras hacer nada para solucionarlo —añadió mientras sus gafas resbalaban por su nariz.

—¿Y qué se supone que podemos hacer? —preguntó Saúl, que hasta entonces había permanecido callado sin apartar la vista de la puerta del comedor. En su voz podía apreciarse cierto reproche. Jamás había sentido el menor aprecio por Steven, y mucho menos por Michael—.

Jayden habló con su madre, pero ella prefirió no creerle y el resultado fue mucho peor.

—Tienes razón —admitió Steven—, pero ¿qué hay del resto? ¿Y si...?

—Mi padre hace meses que no viene a visitarme —le interrumpió Saúl—, y si algún día lo hace dudo mucho que haga nada por mí. Con tus padres sucede lo mismo. No te ofendas, Cutiepie, pero tus viejos no parecen acordarse mucho de ti.

Saúl volvió la vista hacia Michael, sentado a su derecha, y abrió la boca para decir algo, pero enseguida la cerró. Los padres de Michael habían fallecido dos años atrás en un trágico accidente aéreo y su único familiar vivo, a quien apenas había visto en un par de ocasiones, había decidido internarle en Caterpillar en tanto se enteró de la muerte de sus padres.

—¿Y si se lo contamos al padre Damian? —preguntó Michael—. Parece un buen hombre. Él sí nos creará.

—Es posible que lo haga, pero ¿de qué nos servirá si nadie más lo hace? —repuso Saúl—. Todos sabemos lo que le ocurrió al profesor Ewan cuando trató de denunciar lo que ocurre en Caterpillar.

Jayden apartó el vaso de leche, que ni siquiera había probado, y les pidió silencio con una expresión seria en su mirada, más propia de un adulto que de un niño de apenas once años de edad.

—Nos escaparemos —anunció de pronto.

Jayden había pensado en huir solo. Al fin y al cabo, era él quien, tras meses de maquinación, por fin había dado con el modo de escapar de aquel infierno. Descartó la idea tras un par de días de darle vueltas. Les necesitaba. Necesitaba a aquellos tres muchachos a los que llamaba *amigos* y por quien, sin embargo, no sentía el menor aprecio.

Los tres le miraron sorprendidos e ilusionados a la vez. Jayden se había convertido en un joven sombrío y, en ocasiones, inquietante, pero seguía siendo el líder indiscutible del grupo.

—¿Cuándo? —preguntó Steven, en cuyos ojos asomaba la humedad de la esperanza.

—Hoy —respondió Jayden sin el menor asomo de emoción—. Quiero que vayáis a vuestra habitación y que cojáis todo lo que tengáis de valor, especialmente dinero. Nos hará falta—. Percibió la incredulidad asomando en la mirada de sus amigos—. El que no quiera venir conmigo es libre de no hacerlo, pero si alguno de vosotros me delata juro por Dios que lo mataré —les advirtió en voz baja—. Os explicaré el plan durante la clase de historia.

—No creo que eso sea una buena idea —opinó Michael—. Ya sabes cómo es el señor Müller, apenas podemos respirar durante sus clases.

—Está enfermo —le cortó Jayden, molesto por su interrupción—, lo que significa que será el estúpido de Tom el Bobo quien vigile la clase.

Tom Singleton era un hombre de mediana edad. Llevaba trabajando en Caterpillar más de dos décadas, desde que su hermano, el antiguo director del colegio, decidió darle un empleo harto de

no saber qué hacer con él. Tom sufría una leve discapacidad intelectual que a menudo era objeto de burla por parte de los alumnos. Era precisamente aquella deficiencia el motivo por el que jamás desempeñó ninguna tarea destacable en el internado.

No obstante, y a pesar de que su hermano hacía ya varios años que había dejado el cargo de director, nadie se atrevía a deshacerse de Tom. Sus quehaceres no tenían la menor envergadura. Oficialmente, se encargaba del mantenimiento de las instalaciones del colegio, pero lo cierto es que ni siquiera sabía cambiar una simple bombilla.

En ocasiones, cuando un profesor enfermaba o le sobrevenía alguna urgencia que le impidiera impartir su clase, el director de Caterpillar le pedía que vigilara a los muchachos mientras el colegio encontraba un sustituto. Tom aceptaba la tarea con indiferencia.

Solía elegir al estudiante más afanoso y, con voz medio temblorosa, le ordenaba que leyera en voz alta la última lección. El resto de alumnos acostumbraban a ignorar la perorata, hablando sin parar, jugando e incluso burlándose de Tom, quien se entretenía leyendo el mismo cómic una y otra vez.

—¿Y por qué no nos explicas en qué consiste tu plan durante el recreo de las diez y media? —preguntó Michael.

Jayden sonrió con los labios cerrados.

—Nos iremos durante el recreo —respondió sin titubear.

De algún modo Jayden intuía la desgracia que se avecinaba. Pese a ello quiso seguir adelante con su plan.

Durante la clase de historia permanecieron en una esquina del aula. Tal y como había previsto, Tom el Bobo fue el encargado de vigilarles.

—¿Alguna duda? —preguntó Jayden una vez finalizó su explicación.

Los muchachos negaron con la cabeza, pero él advirtió cierta desconfianza en sus rostros, especialmente en el de Steven, quien sin duda era el más débil de los cuatro.

Cutiepie, como solían apodarle, era demasiado frágil y cobarde como para poder enfrentarse a algo así, pensó Jayden mientras observaba su delicado rostro. Pero lo necesitaba. A los tres. Sin ellos su plan no tendría el menor éxito.

De haber podido, Jayden habría huido él solo. ¿Qué sabrían ellos del verdadero dolor? Ese mismo dolor que retuerce el alma hasta hacerte desear la muerte. Sus amigos también sufrían la ira del padre Jordan, es cierto, pero nada tenía que ver con la tortura que él soportaba desde hacía ya varios años. Jayden era siempre la diana perfecta sobre la que el padre Jordan aliviaba todo su odio.

—Repíteme el plan —le ordenó a Steven con un gesto de barbilla.

—A la hora del recreo nos dirigiremos a la cancha número trece y continuaremos el partido que ayer dejamos a medias —respondió el muchacho con un hilo de voz mientras se subía las

gafas que se habían deslizado por su nariz—. Diez minutos después de que comience el partido...

—Cinco —le interrumpió Jayden—. Cinco minutos después. Nada de esto tiene sentido a menos que os ciñáis al plan —añadió, lanzando una mirada de reproche que clavó sobre los ojos de Steven—. Cinco minutos después derribarás a Saúl de un codazo en la boca.

—¿Y por qué he de ser yo el que reciba el golpe? —protestó Saúl.

Jayden no respondió. Se limitó a mirarle con esa aspereza tan madura que se había adueñado de casi todos sus gestos.

—Tendrás que propinarle un buen golpe, ¿comprendes? —explicó mirando a Steven, quien asintió con los ojos bien abiertos—. Deberá sangrar. —Se volvió hacia Saúl—. Tú te enfurecerás y arremeterás contra él.

—¿Cómo?

—Envístele con todas tus fuerzas hasta que se desplome en el suelo. Michael acudirá enseguida con la intención de mediar, pero acabará enfrascado en la pelea.

—¿Y tú? —quiso saber Saúl—. ¿Qué harás tú?

—Me aseguraré de que nadie más se mete en la pelea. Después trataré de separaros. —Se volvió hacia Tom el Bobo y torció el gesto con desprecio. El pobre idiota reía mientras releía el mismo cómic una y otra vez. Jayden desvió la mirada hacia Michael—. Tú me darás un buen puñetazo en la nariz.

—Jayden, yo no sé si... —tartamudeó Michael.

—Escuchadme bien —les ordenó Jayden, mirando a los tres jóvenes mientras alzaba el dedo y dejaba entrever lo mucho que se jugaba al involucrarles en su huida—, si esta parte no sale bien, el plan entero se irá al garete, ¿entendéis? —Los tres muchachos asintieron con obediencia—. Los cuatro, sin excepción, hemos de acabar en la enfermería.

—Sigo sin comprender cómo lograremos escapar —comentó Saúl mientras miraba de reojo a un grupo de compañeros que intercambiaban cromos de beisbol al otro lado del aula—. La enfermería no conduce a ninguna salida. Además, ¿cómo nos vamos a librar de Bruna?

Bruna Murs era una mujer de edad avanzada. Al igual que Tom Singleton, Bruna llevaba trabajando en Caterpillar desde tiempos inmemoriales. Su único cometido era atender las incidencias sanitarias de baja urgencia y complejidad, desde heridas y traumatismos leves, hasta los habituales vómitos, fiebre, tos y síntomas gripales. Si el alumno requería atención médica, el colegio avisaba al doctor Stewart y, en caso de urgencia, se le derivaba al hospital más cercano.

—Ayer estuve en la enfermería —respondió Jayden, cansado por tener que dar tantas explicaciones.

—Eso ya lo has dicho antes —replicó Saúl—. Fingiste un dolor de estómago —añadió, frotándose la zona del abdomen a modo de burla.

—Bruna estaba atendiendo a Sullivan cuando entré en la enfermería. El muy ganso se había torcido el tobillo al resbalar por las escaleras del comedor. Estoy seguro de que apenas se hizo

nada, pero ya sabéis cómo se desviven todos por el imbécil de Peter —dijo Jayden, escupiendo inquina en cada sílaba que pronunciaba.

Odiaba a Sullivan desde el primer día de colegio, cuando algunos padres acompañaron a sus hijos durante la presentación del profesorado. Viendo los modales tan exquisitos de Peter Sullivan y su asombrosa habilidad para conversar como un adulto más, Margaret no tardó en prendarse del muchacho. Su inapropiada fascinación no hizo sino ir en aumento, especialmente cuando reconoció al padre de Peter, un conocido empresario peletero poseedor de una gran fortuna.

—Bruna me pidió que aguardara en la sala de espera mientras ella acompañaba a Sullivan al despacho del director para que él valorara la conveniencia de llamar al doctor Stewart —explicó Jayden.

—No entiendo nada —comentó Saúl—. ¿Qué tiene esto que ver con nuestro plan de huida?

—Mi plan de huida —le corrigió Jayden—. Abrí los armarios de la enfermería y me llevé todos los vendajes y apósitos que encontré. Me fui a mi habitación y los escondí debajo del colchón.

—No veo a dónde quieres ir a parar —insistió Saúl, que no dudaba en mostrar abiertamente su contrariedad. A decir verdad, él confiaba ciegamente en el plan de su amigo. Lo que verdaderamente no comprendía era porqué demonios tenían que huir con Michael y con Steven—. ¿Por qué no vas al grano?

—Bruna no podrá curar nuestras heridas si no dispone del material necesario —aclaró Jayden cada vez más molesto—. Deberá ausentarse de la enfermería durante al menos cinco minutos para ir al almacén que hay junto al despacho del director, tiempo más que suficiente para que nosotros huyamos.

—¿Huir? —preguntó Steven sobresaltado, mientras se ajustaba las gafas sobre la nariz—. ¿Por dónde exactamente?

—La puerta trasera de la enfermería conduce al río.

—Sabes de sobra que no sé nadar. —La voz de Steven evidenciaba un miedo súbito e intenso.

Jayden le miró con el rostro serio. Tal vez se había equivocado al involucrarle en el plan, pensó, pero lo cierto es que no creía tener más alternativa que contar con él. Necesitaba a dos personas más, y Michael jamás habría accedido a huir sin Steven.

—¡No seas gallina! —exclamó Jayden empapando sus palabras de un profundo desprecio—. No cruzaremos el río, seguiremos su curso. —Guardó silencio y miró a los tres muchachos como si de algún modo deseara que alguno de ellos planteara alguna objeción—. Caminaremos por el monte, siguiendo la orilla del río, hasta que lleguemos al primer pueblo.

—¿Y luego qué? —preguntó Saúl, que continuaba sin entender por qué diablos no estaban manteniendo aquella conversación solo entre ellos dos—. ¿Qué haremos después?

—Ese no es mi problema —respondió Jayden, huraño. Él había ideado el plan de huida, ¿qué más querían?—. Lo que hagáis después no es asunto mío.

La sombra de incredulidad y recelo afloró de nuevo en el rostro de los muchachos. Jayden

carraspeó incómodo, decidido a hacer todo cuanto hiciera falta para huir de aquel lugar.

—Un familiar mío vive a unas dos millas de distancia. Jamás le he visto y es posible que él ni siquiera sepa de mi existencia, pero estoy convencido de que querrá ayudarme. —Jayden inspiró hondamente y pensó muy bien lo que estaba a punto de decir—. Supongo que no habrá problema en que nos acoja temporalmente a los cuatro.

—¿Un familiar? —preguntó Saúl. Detestaba que Jayden no le hubiera hablado de eso antes, pero ocultó su malestar—. ¿de quién se trata?

—Del hermano de mi madre.

La conversación tocó a su fin en el mismo instante en que Tom comenzó a pasear a lo largo del aula. Leía su cómic sin prestar atención a los alumnos, aun así era demasiado arriesgado continuar hablando del plan.

Faltaban poco más de diez minutos para el final de la clase cuando Tom regresó de nuevo al otro extremo de la clase.

—¿El hermano de tu madre? —preguntó Saúl en voz baja—. ¿Benjamin?

Jayden negó exageradamente con la cabeza contemplaba el cielo tormentoso a través de la ventana.

—Me refiero al otro hermano de mi madre —respondió, recordando el día en que sus padres le visitaron por primera vez en el internado—. Su nombre es Roy. Eso y su dirección es todo cuanto sé de él.

—¿Y por qué habría de ayudarnos? —La pregunta de Saúl sonó a reproche—. Es tu tío —recalcó—, lo más probable es que avise a tu madre enseguida.

—No lo hará —respondió Jayden con la mirada fija en el cielo oscuro.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Jayden miró a Saúl con una expresión de aborrecimiento. No estaba de humor para dar tantas explicaciones, pero aquella, muy a su pesar, debía darla.

—Odia a mi madre. Hará todo lo que esté en sus manos para hacerle daño.

13 de diciembre de 2015

Desde donde estaba sentada, Cassandra alcanzaba a ver el exterior a través de una ventana batiente medio abierta. Había pensado en gritar, pero estando amordazada todo cuanto logró fue emitir unos gemidos prácticamente inaudibles. De todos modos, ¿quién podría haberle escuchado en aquel lugar?

Sintió doloridas sus muñecas por el roce de la cuerda áspera que ataba sus manos, pegadas a la espalda. A pesar de sus continuos esfuerzos, no había logrado deshacerse de ella. Apenas tenía esperanzas de salir con vida de ahí, pero debía agotar todas las opciones antes de tirar la toalla.

Sacudió la cabeza ligeramente como si tratara de deshacerse de aquel infernal dolor en la parte posterior. Estaba tendida sobre un colchón mugriento en el que algún animal parecía haber orinado recientemente.

El techo comenzó a gotear sobre su cabeza. Volvió la vista hacia arriba y vio una enorme mancha de humedad. El sonido monótono de aquel goteo, lento y pausado, le otorgó cierta tranquilidad.

Miró hacia la ventana preguntándose cuánto tiempo habría estado ahí. Recordaba haber abandonado la casa de Mason a punta de pistola y el trayecto de media hora en coche hasta llegar al lugar donde se encontraba ahora. Después de eso, su mente estaba en blanco. Debía haber perdido el conocimiento tras el violento golpe que había recibido en la cabeza.

Escuchó unos pasos que se acercaban con seguridad. Miró hacia la puerta y respiró hondamente, sintiendo la falta de aliento y un repentino dolor en el pecho.

La puerta continuaba cerrada, pero los pasos se escuchaban cada vez más cercanos. Cassandra cerró los ojos y trató de calmarse. Su respiración se volvió agitada y arrítmica, casi al compás de los desesperados latidos de su corazón. Sintió náuseas y un extraño entumecimiento en los brazos y piernas. Tragó saliva, sintiendo como se atragantaba al tratar de recuperar el control de su propio cuerpo.

Los pasos se detuvieron. Cassandra cerró los párpados sabiendo perfectamente quién estaba al otro lado de la puerta. Nadie más caminaba de aquel modo. A cada paso que daba, parecía abrir una enorme grieta en el suelo, como si el mundo entero se derrumbara ante su sola presencia.

Margaret abrió la puerta lentamente. Observó a Cassandra con una sonrisa ladina y sin sentir la menor lástima por ella.

—Todo está en manos de tu querido inspector —dijo adentrándose en la habitación—. Si nos entrega la grabación, continuarás con vida —añadió aparentando indiferencia.

Kassandra levantó la vista hacia sus ojos. Margaret rezumaba elegancia por los cuatro costados. Podría decirse que incluso respiraba con distinción, pensó al contemplar la suavidad con la que inspiraba y expiraba.

El miedo no tardó en echar raíces, agitándose en un caos de emociones. El espanto le pilló por

sorpresa. Se presentó de improviso, ascendiendo por su garganta como un terror frío que acabó por nublarle la vista. Había ido demasiado lejos, pensó Cassandra con el pánico recorriendo sus extremidades hasta convertirse en una peligrosa parálisis.

Margaret se aproximó a ella con movimientos tranquilos y distinguidos, como si en lugar de haber secuestrado a su nuera estuviera contemplando las hermosas vistas que acostumbraba a observar desde la terraza de su apartamento.

Desde su ubicación, Cassandra pudo ver parte de la nave en la que se encontraba. Observó una mesa rodeada de sillas. Sobre ella había un cenicero repleto de colillas y una botella de ginebra.

—Tal vez pienses que no soy más que una estúpida —dijo Cassandra, maldiciendo en silencio a la mujer que tenía delante, sumiéndose en un mar de venganza del que ni siquiera quería librarse —, pero te equivocas si crees que saldrás victoriosa de esto —dijo, permitiendo que la rabia hablara por ella.

—Eres tú quien se equivoca —repuso Margaret, aproximándose lo suficiente como para que Cassandra percibiera el olor a alcohol que emanaba de su boca—. Tal vez estos no sean tus últimos minutos de vida, dependerá del inspector, pero nada te libraré de la cárcel. Unos años a la sombra te vendrán bien para amaestrar ese carácter indomable que tanto daño te ha causado —añadió con una falsa expresión bondadosa—. Yo también sé cómo acechar a una presa. Tienes mucho que esconder, ¿no es así, querida Kassie? Por desgracia para ti, estoy al corriente de lo que hiciste. No solo eso, también tengo pruebas que te incriminan.

Kassandra se revolvió, forcejeando para librarse de las cuerdas que amarraban sus manos. Observó a Margaret desde el suelo, mostrando abiertamente el desprecio que sentía por ella. El sudor brillaba en su frente, pero ni siquiera eso le restaba un ápice de elegancia.

Tenía una sola oportunidad de salvarse, pensó Cassandra. Una única oportunidad que no pensaba desperdiciar.

—No existe ninguna grabación —dijo con voz serena, ofreciéndole su mejor sonrisa.

—¡No digas bobadas! —exclamó Margaret mientras se atusaba el pelo con una fingida indiferencia.

—Es irónico, ¿no crees? —comentó Cassandra, sonriendo de soslayo mientras dirigía una mirada furtiva hacia el interior de la nave—. Resulta increíble todo lo que has hecho por algo que ni siquiera existe.

Margaret le miró con una expresión de incredulidad e irguió la barbilla. Se secó el sudor del labio superior con la manga de su refinada americana, sin que aquel gesto revelara la menor ordinariéz. Así era ella, pensó Cassandra, una mujer capaz de empapar de elegancia hasta la acción más vulgar.

—Nunca has sabido mentir —dijo Margaret soltando una carcajada estridente.

En su voz no se percibía la menor duda, pero lo cierto es que durante un instante pensó en la posibilidad de que su nuera hubiera dicho la verdad. Reprimió el impulso de abofetearle. Ella estaba por encima de esa mujerzuela de tres al cuarto.

Kassandra contuvo una sonrisa, algo que no pasó desapercibido para Margaret aun a pesar de su embriaguez.

—¿Por qué habría de mentirte? —preguntó, satisfecha. Había dado en la diana—. Créeme, no existe ninguna prueba que te incrimine en lo que sucedió en Caterpillar.

Margaret le miró con el rostro lívido, como si de algún modo diera por ciertas sus palabras. Apartó la mirada mientras se quitaba la americana. El rictus de su boca mostraba desconcierto, del mismo modo que lo hacían las manchas de sudor bajo sus axilas aun a pesar del frío que reinaba en el exterior.

Deberían haber acabado con ella días atrás, pensó Margaret. Había sido un error acudir a la policía sin haber arreglado antes este asunto. Después de eso, todo se había complicado demasiado. Por algún motivo que ella no alcanzaba a comprender, el inspector Sanders se había empeñado en proteger y ocultar a Kassandra, lo que había dificultado sus planes.

—¿Qué sucede, Margaret? ¿Acaso te pesa la conciencia? —preguntó Kassandra sabiendo que su suegra ni siquiera conocía el significado de esa palabra.

Ambas intercambiaron una mirada desafiante.

Margaret sintió un repentino calor en las mejillas. Movi6 los labios, pero fue incapaz de hablar. ¿Y si era cierto?, se preguntó una vez más. ¿Y si no había nada que pudiera relacionarla con lo que sucedió con aquel pobre muchacho? ¿Cómo diablos se llamaba? El alcohol y el agotamiento habían hecho mella en ella y apenas era capaz de pensar con claridad.

La luz se reflejaba en el cristal de la ventana. Margaret dio un par de pasos y observó el exterior mientras se preguntaba por qué diablos no recibía la llamada de Saúl. Había confiado su destino a un hombre a quien ni siquiera respetaba. Pero Saúl estaba metido en esto tanto como ella, de modo que había supuesto que él lo arreglaría.

No era una asesina, se dijo. En sus manos no había ni una sola gota de sangre. Ella no había matado a aquel muchacho. ¿Cómo diantre se llamaba?

Por alguna razón que no podía explicar, Margaret era incapaz de recordar el nombre de aquel pobre niño. Lo había relegado a esa memoria que desechamos cuando un recuerdo no nos es grato, cuando un recuerdo nos duele en lo más profundo del alma.

Ella no era una asesina, se repitió, pero sí había encubierto un crimen atroz. La sensación de azoramiento, provocada en parte por la ingesta de alcohol, iba en aumento. Aquella maldita blusa le hacía sudar pese a la fría temperatura. Por un momento pensó en desprenderse de ella.

Steven. Eso era. Así se llamaba el muchacho. Sintió una punzada en el corazón al recordar lo ocurrido. Aquel pobre niño había muerto de manera accidental. Sí, eso fue lo que ocurrió. Un maldito accidente. ¿Qué culpa podía tener ella?

Una simple grabación amenazaba con destruir todo cuanto tenía. Era más que probable que nadie creyera aquella confesión. A fin de cuentas, su autor no era más que un pobre desgraciado que había decidido sincerarse con el mundo instantes antes de suicidarse. Aún así, Margaret no podía arriesgarse a que la verdad saliera a la luz. Abrirían una investigación y, más pronto que tarde, averiguarían lo sucedido.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Kassandra.

Desde luego que no, respondió Margaret en silencio. Miró la pantalla de su móvil. No había ninguna llamada. ¿Qué diablos estaría sucediendo?, se preguntó con la respiración entrecortada.

Saúl le había llamado hacía ya más de veinte minutos pidiéndole un aplazamiento. Ella había accedido a regañadientes sin entender muy bien por qué demonios debían concederles ni un solo minuto más. Para ella era un trato sencillo, la grabación a cambio de la vida de Kassandra. Mirándole de reojo, Margaret se preguntó si, llegado el caso, sería capaz de acabar con ella.

Se sentía abatida y angustiada mientras se aferraba a un único pensamiento. Ella no era culpable de la muerte de aquel niño. Balbució unas palabras huecas, carentes de sentido y apenas comprensibles al tiempo que se desabrochaba un botón de su blusa. Vaciló un instante antes de responder con su característico aplomo.

—Fue un accidente. —Notaba la presencia del alcohol en su flujo sanguíneo y un repentino picor en la piel—. Yo ni siquiera estaba ahí cuando sucedió —añadió moviendo los labios de un modo extraño, como si quisiera desprenderse del rancio sabor del alcohol.

Kassandra no sentía compasión por ella, pero asintió con la cabeza, instándole a que continuara hablando.

—¿Qué es lo sucedió?

Margaret se desabrochó otro botón de la blusa y de nuevo se secó el sudor frío que cubría su frente. La sensación era extraña. Sentía calor y frío a la vez, como si dos trenes estuvieran a punto de descarrilar en su propio cuerpo. Las náuseas se apoderaron de ella. Sintió de nuevo la dura arremetida del alcohol cuando la vista se le nubló, haciendo que Kassandra pareciera un espejismo nebuloso. En tanto aquel asunto concluyera dejaría la bebida, se prometió a sí misma.

—No fue más que un maldito accidente —dijo Margaret con la respiración agitada—. Aquel pobre muchacho se ahogó en el río que había junto a Caterpillar. No debería... —Sintió el corazón a mil por hora—. No debería haber salido del internado. Las normas lo prohibían. Él...

Una fracción de segundo bastó para que Kassandra se diera cuenta del más que inminente desfallecimiento de Margaret.

—No tienes buen aspecto —le dijo—. Vamos, Margaret, suéltame y deja que te ayude.

—Yo ni siquiera estaba ahí cuando ocurrió —pensó de nuevo, pero esta vez en voz alta.

—¿De qué huía Steven? —insistió Kassandra—. ¿De qué huían todos?

—¡Maldita sea, Kassie! —exclamó—. Ya sabes la respuesta.

—Quiero oírla de tus labios.

—Del padre Jordan —respondió Margaret, a punto de rebasar sus propios límites.

—¿Y qué tienes tú que ver con todo esto?

Margaret se acercó y tomó asiento junto a la mujer a la que más había odiado en toda su vida. No le importó manchar sus delicadas ropas con la mugre de aquel viejo colchón.

—Había un profesor... No recuerdo su nombre. —Trató de hacer memoria, pero el dolor que se había instalado en la parte posterior de su cabeza se lo impidió—. Era joven y, al parecer, estaba empeñado en sacar a relucir los trapos sucios del padre Jordan. Jamás creyó la versión oficial sobre lo ocurrido aquel día en el río. Días después de que el desgraciado accidente tuviera lugar y cuando todo parecía haberse calmado, el profesor se las ingenió para hablar a solas con mi hijo y con Saúl, convenciéndoles para que le contaran a la policía lo que realmente sucedía en el internado. Llegó incluso a presentar una denuncia —comentó con desprecio. Margaret permaneció en silencio durante un instante, tras el que reanudó su relato—. La prensa podía hacerse eco de lo ocurrido si alguien no ponía remedio.

—Sigo sin entender qué tienes que ver tú en esta historia.

—El padre Jordan me pidió que convenciera a los chicos para que no declaran. Y lo conseguí. Al menos, en parte.

—No comprendo —dijo Cassandra instándole con un gesto de cabeza a que continuara con su confesión.

Margaret pensó en Saúl y en lo fácil que había sido convencer a su padre, un pobre paleta que no tenía dónde caerse muerto. Bastaron unos cuantos billetes y la promesa de una plaza para su hijo en otro internado elitista para comprar su silencio.

—Saúl se retractó de sus acusaciones.

—Pero no sucedió así con tu hijo, ¿no es cierto? —preguntó Cassandra.

—No —admitió Margaret con cierto pesar—. No lo hizo, él... No por el muchacho que falleció en el río, sino por mí. Jayden me odiaba. Habría hecho cualquier cosa con tal de lastimarme. De todos modos, su declaración no sirvió de nada. No después de que Saúl confesara haber mentado en sus acusaciones sobre el padre Jordan.

—Después de eso Jayden continuó en Caterpillar, sufriendo todo tipo de abusos. ¡Santo cielo, Margaret! —exclamó Cassandra. Sus ojos se encontraron con los de su suegra. Ambas se sostuvieron la mirada—. Era tu hijo.

—¿Y a ti precisamente te preocupa la suerte de Jayden? Ni se te ocurra darme lecciones de moralidad —le advirtió Margaret, clavándole una mirada frenética—. Además, ese chico no hubiera muerto si no llega a ser por Jayden.

—Sigo sin comprender por qué decidiste encubrir al padre Jordan —comentó Cassandra, tratando de desviar la conversación hacia su verdadero propósito.

—Apostaría a que sí lo sabes, querida. —Su voz tomó un matiz de reproche—. Te haces la inocente conmigo, pero las dos sabemos que distas mucho de ser la pobre mojitata que pretendes aparentar.

Kassandra entornó la mirada.

—¿Por qué protegiste al padre Jordan? —preguntó al cabo de unos segundos, observando de soslayo el rostro huesudo de su suegra.

Margaret se levantó con cierta dificultad, apoyando la mano izquierda sobre el sucio colchón.

—No protegí al padre Jordan —respondió con una afligida rotundidad—. Protegí a Jordan Witterman. Protegí a mi hermano.

Cuando Liam llegó todavía no se había producido el asalto al interior de la nave. Todos los agentes, incluidos los ocho ocupantes de los coches patrullas y la media docena que conformaba el equipo de asalto, se habían situado a una manzana del lugar mientras planeaban cómo rodear la nave y entrar en su interior. Junto a ellos había aparcadas dos ambulancias.

—Inspector Sanders —informó Liam mostrando su placa—. ¿Quién está al mando?

—Teniente Robinson —se apresuró a contestar el hombre de mayor edad, que hasta aquel instante había estado hablando por teléfono con el capitán Nicholson. Se acercó a Liam y le estrechó la mano amigablemente—. ¿Cómo estás, muchacho?

—He estado mejor. Pensaba que ya te habrías retirado, George.

—Todavía me quedan un par de meses para eso.

—Bien, y ¿cómo estás? —preguntó Liam echando un vistazo a su alrededor.

—Ahora mismo debería estar en casa disfrutando de una comida familiar con mi mujer y mis hijos, así que... yo también he estado mejor —respondió el teniente en tono de broma, tratando de relajar los ánimos—. Por el amor de Dios, ¡hoy es domingo! Los bandidos ya no respetan nada —dijo, sacudiendo la cabeza mientras esbozaba una sonrisa amistosa. Carraspeó un par de veces, aclarándose la garganta, y cambió de tema—. Así que habéis atrapado al asesino de Jayden Wenneck.

—Eso parece —respondió Liam sin prestar mucha atención a la conversación.

—Siempre supe que eras un buen policía. Tienes tus propias reglas, pero solucionas los casos y eso es lo que importa. —El teniente soltó una sonora carcajada. Acto seguido la seriedad regresó a su rostro—. Esto no pinta muy bien, Liam. Solo hay un acceso posible a la nave, no sabemos cuántas personas hay en su interior y tampoco si la rehén continúa aún con vida.

—No creo que haya más de dos personas —informó Liam, mientras negaba con la cabeza.

—En ese caso, creo que estamos listos para entrar. Ponte uno de estos si quieres acompañarnos —dijo el teniente, alcanzándole un chaleco antibalas.

—Aguarda un instante, George —le pidió Liam al tiempo que rechazaba el chaleco. Su mirada se perdió a lo largo de la calle. No era buena idea entrar con un equipo de asalto, pensó mientras se acariciaba el bigote. Entrar con casi una docena de hombres armados hasta los dientes podía ser contraproducente. Un asalto de esas características podría poner nerviosa a la persona que retenía a Cassandra y eso era precisamente lo último que necesitaban—. Entraré yo solo. Hazme un favor, una vez entre en la nave, llámame por teléfono.

Liam golpeó la puerta de la nave con decisión y aguardó pacientemente. Pese a lo mucho que se jugaba, había logrado aplacar los nervios. ¿Qué otra cosa podía hacer? En situaciones como

aquella, en la que se jugaba todo a una única carta, los nervios no eran buenos aliados, podían transformar una buena mano en la peor de las jugadas.

Los golpes en la puerta metálica de la nave sobresaltaron a Margaret. Se dirigió apresuradamente hacia el habitáculo donde estaba Cassandra y, una vez ahí, la desató de pies y manos y la incorporó bruscamente. Juntas caminaron hacia la puerta de la nave.

—Una sola palabra y disparo —le susurró Margaret al oído mientras la encañonaba por la espalda con su arma. Se aclaró la garganta y volvió la vista hacia la puerta—. ¿Quién es? —preguntó en voz alta.

Liam no se sorprendió al escuchar la voz de Margaret.

—Soy el inspector Sanders —respondió, aproximándose a la puerta, empleando un tono de voz próximo a la indiferencia.

—¿Qué diablos hace usted aquí, inspector? —gruñó Margaret al tiempo que agarraba a Cassandra de un brazo y dirigía el cañón de la pistola a la cabeza de ella.

—Vamos, Margaret, sea razonable. Solo he venido a hablar con usted. —Nadie contestó al otro lado de la puerta, por lo que continuó hablando—. Estoy aquí a petición de Saúl, señora Witterman. Ábrame la puerta y hablemos.

—¿Saúl? —tartamudeó Margaret.

Sentía como la cabeza le daba vueltas. No debería haber tomado tanta ginebra, se lamentó mientras pensaba en las palabras del inspector Sanders. ¿Habría sido Saúl tan estúpido como para decirles donde tenía secuestrada a Cassandra? Aquello no tenía ningún sentido, pero ¿y si era verdad? ¿Y si ese maldito descerebrado había confesado? Peor aún, ¿y si le había traicionado?

—No quiero parecer descortés, Margaret, pero no tengo todo el día —presionó Liam.

—¿Por qué no he recibido la llamada de Saúl? —preguntó Margaret en voz alta, acercando sus labios a la puerta.

—Ha habido un cambio de planes. Hemos llegado a un nuevo acuerdo. Si me permite entrar, se lo explicaré.

—No hay nada de lo que hablar. —En el tono de Margaret no se apreciaba ya el menor titubeo. Su voz sonaba firme y segura, pero por dentro estaba muerta de miedo. Toda su vida de fantasía estaba a punto desaparecer, si es que no lo había hecho ya—. El trato era muy sencillo, inspector, usted nos entregaba la grabación y nosotros liberábamos a Cassandra.

—Ese era su trato, no el mío —respondió Liam con sequedad—. Está usted loca si cree que yo aceptaría algo así. ¿La grabación que puede acabar con sus vidas de ensueño a cambio de una promesa? —ironizó—. Jamás le entregaré nada a menos que vea a Cassandra con vida.

Margaret rechinó los dientes. Saúl no era más que un estúpido. ¿Cómo podía haberse fiado de alguien como él?

—Su *querida* Cassandra está aquí conmigo, inspector —dijo en un susurro, tarareando las palabras a modo de burla.

—Quiero verla.

Con un movimiento colérico, Margaret abrió la puerta corredera que, al deslizarse sobre el riel del suelo, produjo un sonido rechinante. Observó detenidamente al inspector. No llevaba chaleco antibalas y tampoco parecía ir armado. Derrochaba tranquilidad, como si lo que estaba sucediendo le trajera sin cuidado.

Liam entró en la nave con las manos en alto. De un solo vistazo valoró la situación, evitando en todo momento los ojos de Cassandra. Si cruzaba una sola mirada con ella estaba perdido. De hacerlo, no podría fingir la indiferencia y la frialdad con la que pretendía afrontar aquella situación.

El revolver de Margaret apuntaba directamente a la cabeza de Cassandra. Un solo movimiento en falso y aquello acabaría en tragedia, pensó Liam mientras bajaba lentamente las manos.

La nave era enorme. Tal y como ya le había advertido el teniente Robinson, no parecía tener ningún otro acceso, además de la puerta de entrada.

—Bien, ya la ha visto, inspector —dijo Margaret, irguiendo la barbilla con su habitual teatralidad—. ¿Dónde está la grabación?

El teléfono del inspector sonó en aquel instante.

—Si me disculpa, señora Witterman —dijo con apatía—, he de atender una llamada. — Liam metió su mano en el bolsillo de su pantalón lentamente, consciente del riesgo que estaba asumiendo y se giró para atender la llamada—. Sí, soy yo, dígame. —Guardó silencio durante unos segundos mientras fingía escuchar a su interlocutor, el teniente Robinson, que permanecía en silencio al otro lado de la línea—. De acuerdo. Ajá... Muy bien, enhorabuena, manténgame informado de cualquier novedad. —Silencio de nuevo. Liam asintió con la cabeza, observando de reojo la reacción de Margaret, que le observa desconcertada y sin saber muy bien qué era lo que estaba sucediendo—. Le felicito de nuevo, buen trabajo.

Liam colgó el teléfono y se lo metió de nuevo en el bolsillo del pantalón. Se volvió hacia Margaret, mirándole con cierto desdén. Acto seguido sonrió.

—Pero ¿qué diablos se ha creído usted? —exclamó ella, indignada no tanto por no tener la grabación en su poder sino por la descortesía del inspector—. No me haga perder más el tiempo, señor Sanders, deme la grabación o le juro que...

—Debería calmarse, señora Witterman —le interrumpió Liam, alzando la palma de su mano.

—¡No me pida que me calme, cretino! —gritó ella al borde de una crisis nerviosa—. Deme la maldita grabación.

Liam comenzó a caminar lentamente con las manos en sus bolsillos. Su tranquilidad resultaba inquietante.

—Verá, Margaret, las reglas del juego han cambiado.

—¿Qué...? Pero ¿de qué reglas me está hablando? Inspector, no abuse de mi paciencia —amenazó mientras erguía el arma hasta situarla en el cuello de Cassandra.

Liam le miró fijamente a los ojos.

—Saúl ha confesado —dijo con una expresión triunfal, dejando al descubierto una amplia sonrisa bajo su bigote—. Está usted sola, señora Witterman.

Margaret bajó la pistola unos centímetros en un gesto involuntario. Aturdida, miró a Liam tratando de adivinar si sería verdad lo que acababa de decir. Tal vez había llegado el final, pensó. Desde luego no era el que esperaba, pero era un final.

Todo a su alrededor se congeló durante un lapso suficientemente largo como para pensar en el infierno que había vivido durante los últimos meses.

Todo comenzó el día en que recibió la llamada desesperada de Saúl. «Alguien sabe lo que sucedió en el río y lo que hicimos después», le había anunciado visiblemente angustiado. Tardó más de veinte minutos en lograr que se calmara y otros tantos en convencerle para que se acercara a su apartamento para explicarle lo que había sucedido.

A Saúl y a ella les unía, desde hacía ya varios años, algo más que una simple amistad. No era una relación romántica ni mucho menos, pero debían reconocer que se sentían bien el uno con el otro. De vez en cuando mantenían relaciones íntimas, pero su verdadera complicidad no nacía del deseo carnal, sino de una afinidad profunda arraigada en un secreto inconfesable.

—Señora Witterman —dijo Liam, acercándose de manera casi imperceptible—, entrégueme el arma y todo habrá acabado.

Margaret no escuchó las palabras del inspector. Siguió recordando el día en que todo comenzó. Saúl le recibió en su apartamento. Daba vueltas sin parar y sudaba de manera incontrolable. Con las manos temblorosas le mostró la carta que había recibido.

Una amenaza. Ese era el mensaje claro que pretendía transmitir aquella misiva endiablada firmada por un maldito desconocido que ni siquiera se atrevía a dar la cara: El Ojo de Horus. Quien quiera que fuera aquel tipo sabía lo que había ocurrido años atrás en Caterpillar y estaba dispuesto a sacarlo a la luz a menos que recibiera una considerable compensación económica. Aseguraba tener en su poder una grabación especialmente comprometedor, una declaración de Michael Bennet, grabada instantes antes de morir, en la que daba testimonio de lo ocurrido el 23 de junio de 1986 y los días posteriores. Apenas una semana después, Margaret recibió la misma carta.

Ambos barajaron distintas opciones, entre ellas la de acudir a la policía e incluso la de hablar con Jayden. Quizá él también hubiera recibido una carta similar, tal vez él pudiera ayudarles a averiguar quién era realmente El Ojo de Horus. Aunque ¿cómo hablar de ello con Jayden sin descubrir su secreto? No. De ningún modo podían involucrarle.

Perdidos y sin apenas opciones, decidieron pagar la cantidad exigida: doscientos mil dólares. Pero lejos de acabar con su pesadilla, aquel pago no hizo sino acelerar su propio declive. A la primera carta le siguieron otras tres.

Después de varios meses de angustia y ochocientos mil dólares entregados, Margaret y Saúl decidieron poner fin a su calvario. Fue a ella a quien se le ocurrió la idea de publicar un anuncio en los periódicos de mayor tirada. Alguien como El Ojo de Horus debía haber extorsionado a

otras personas, era evidente por el vergonzoso tono de justiciero que empleaba en sus amenazas. Serían sus otras víctimas quienes les ayudarían a dar con el hombre que se escondían tras aquellos chantajes, y entonces... Entonces acabarían con él. Fuera quien fuera, juró Margaret.

Aquel juramento se desvaneció el día en que por fin conocieron la identidad de su extorsionador. La noche del 5 de diciembre Saúl recibió la llamada que había esperado durante semanas. Era una mujer quien estaba al otro lado del teléfono. Una voz triste, apagada y nerviosa a la vez, le facilitó la información que necesitaba para acabar con su tormento.

La confusión inicial dio paso a la furia. ¿Jayden?, resonó en su cabeza una y otra vez. Aquello no tenía el menor sentido. ¿Por qué iba Jayden a hacer algo así? La respuesta a la pregunta no tardó en llegar. Conocía su secreto. La pregunta ahora era ¿cómo demonios lo habría averiguado?

Todavía temblando de la rabia, Saúl telefoneó a Margaret desde el despacho que había junto a su habitación. Habló agitadamente y en voz alta, mientras bebía una copa de whisky a la que le siguieron dos más. Margaret permaneció en silencio durante unos minutos, sin prestar atención a Saúl, que soltaba toda suerte de improperios elevando cada vez más su tono de voz.

Una vez hubo asimilado la noticia, Margaret habló con una voz profunda y templada: «Deja que hable con él mañana antes de tomar una decisión». Saúl accedió sin oponer la menor resistencia, aunque lo cierto es que sus planes eran muy distintos.

—Sea razonable, señora Witterman —le pidió Liam aproximándose con las palmas abiertas. Miró de reojo a Cassandra sin atreverse a cruzar una mirada con ella. Parecía estar al borde de una crisis nerviosa, pero afrontaba la situación con aplomo y valentía—. Por favor —insistió—, déjeme ayudarle.

Margaret continuó con la mirada perdida. La tensión se reflejaba en sus párpados y en sus labios cerrados y temblorosos. La inclinación de sus cejas dibujó unas marcadas arrugas entre las mismas. De pronto, reparó en la presencia del inspector, a quien miró de un modo penetrante y severo mientras sin darse apenas cuentas apretaba con fuerza el brazo de Cassandra.

Su nuera era la verdadera culpable, pensó Margaret. De no haber sido por ella nada malo habría sucedido.

—Entrégueme la pistola —le pidió Liam con un tono conciliador.

Margaret le miró de nuevo con los ojos bien abiertos y sin apenas parpadear, como el depredador que estudia a su presa antes de darle caza. Irguió la mano que sostenía la pistola y apuntó a Cassandra a la altura de la sien, sin dejar de observar fríamente al inspector. En su mirada sin vida, Margaret proyectó una ira contenida a punto de estallar. Abrió y cerró su otra mano, apretando con fuerza el brazo de Cassandra, que hacía todo lo posible por contener un grito de dolor.

Liam dio un paso atrás reconsiderando la situación. Le bastaron dos segundos para adivinar el delirio que se reflejaba en la mirada de Margaret. Una locura que no hacía sino manifestar la certeza de lo que estaba a punto de ocurrir. La señora Witterman, enferma de maldad, apretaría el gatillo sin él no lo impedía.

El inspector Sanders no dudó ni un solo segundo. En tanto vio la oportunidad echó mano del

arma que aguardaba silenciosa en la parte posterior de su pantalón y abrió fuego sin que la culpa o la incertidumbre detuvieran su empeño.

Fueron dos únicos disparos los que acabaron con la vida de Margaret Witterman, una mujer a la que nadie echaría de menos.

El teniente Robinson se esforzaba en poner un poco de orden en aquel caos de policías yendo de un lado a otro. Tras la cinta del cordón policial se agolpaban decenas de curiosos que alzaban la vista tratando de adivinar qué había sucedido. Mientras tanto, los conductores de las ambulancias deambulaban entre los agentes en busca de heridos que atender.

—¿Quién demonios ha llamado a la prensa? —preguntó el teniente al ver un par de reporteros entre la gente.

Liam acompañó a Cassandra hasta una de las ambulancias, donde insistió para que la trasladasen al hospital.

—No estoy herida —dijo ella todavía un poco aturdida mientras tomaba asiento en la parte trasera de la ambulancia—, no necesito ir a ningún hospital—. ¿Dónde está Lucas? —preguntó con los ojos empañados de lágrimas.

En aquel instante sonó el teléfono de Liam.

—Será solo un minuto —se disculpó mientras tomaba su mano y se la llevaba a los labios—. Es Mason.

La conversación duró apenas un par de minutos. El subinspector aprovechó un instante en medio del desconcierto que había anidado en su casa de Cold Spring para telefonar a Liam e informarle que habían encontrado a Lucas a tres manzanas de ahí.

—Está sano y salvo —le anunció Liam a Cassandra en tanto colgó el teléfono.

Ella suspiró aliviada. Cerró los ojos y en su mente reprodujo lo ocurrido en la nave instantes antes. Todavía no podía creer que Margaret estuviera muerta.

De pronto, giró la cabeza de un lado a otro, como si echara algo en falta.

—¿Y mi bolso? —exclamó en voz alta.

—¿Su bolso? —preguntó el conductor de la ambulancia mientras tomaba asiento junto a ella con intención de curarle las magulladuras de su brazo—. Mujeres... —se burló.

El teniente Robinson se acercó a ellos, interesado por el estado de Cassandra.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó amablemente al tiempo que le alcanzaba el bolso que portaba en la mano—. Esto debe ser suyo.

El teniente permaneció junto a ellos mientras un oficial les tomaba una primera declaración. Liam quiso llevar la voz cantante en la narración de los hechos, que trató de explicar concienzudamente, obviando, sin embargo, un detalle crucial.

El oficial Brown advirtió enseguida el empeño del inspector por ser él quien relatara lo

sucedido. La chica permanecía callada y en un segundo plano, como si su declaración fuera del todo irrelevante. Liam, en cambio, explicaba lo acontecido como un narrador omnisciente, dando por sentado la incuestionabilidad de su relato.

—No se ofenda, inspector —le interrumpió Brown sin delicadeza—, pero su exposición de los hechos no es la única que necesitamos. Si no es mucha molestia —comentó, mirando a Kassandra—, quisiera escuchar su versión.

Liam miró al oficial Brown con cara de pocos amigos, pero se abstuvo de hacer el menor comentario.

—Saúl se presentó en la casa de Mason alrededor de las doce del mediodía —comentó Kassandra después de tragar saliva hasta en tres ocasiones—. Amenazó con matarme si no le entregaba una grabación.

—Bien —comentó el oficial Brown con un profundo aire de suficiencia—. Es de suponer entonces que Saúl era... —Consultó su libreta y pasó las hojas hasta que dio con lo que buscaba. Recorrió unas cuantas líneas con el dedo y dijo—: Eso es, Saúl era Ahicam. El tipo que puso el anuncio en el periódico. —Se humedeció un dedo en saliva y continuó pasando hojas—. El mismo que ha estado enviándole mensajes amenazantes durante los últimos días.

—Una deducción de lo más brillante —ironizó Liam con un cigarrillo en los labios mientras buscaba un encendedor en los bolsillos de su pantalón.

—Sanders... —susurró el teniente Robinson con un suave tono de reprimenda—, deja que Brown haga su trabajo, ¿quieres?

El oficial carraspeó para aclararse la garganta y continuó con su interrogatorio.

—Dígame, señora Kapra, ¿qué hay en esa grabación? —preguntó, mesándose con la mano su cabello gris y grasiento.

—No lo sé, oficial. Jamás ha estado en mi poder.

—¿Y por qué creía Saúl que usted poseía la grabación?

Aquella era una cuestión sin una explicación certera, pensó Kassandra, aunque lo cierto es que ella intuía la respuesta.

—Imagino que Jayden se lo dijo.

—No comprendo... —comentó el oficial Brown, rascándose la coronilla con los cinco dedos y frunciendo el ceño—. Si usted no tenía la grabación, ¿por qué iba a decir su marido que usted la tenía?

Kassandra vaciló durante un instante y volvió la vista hacia Liam. En los ojos del inspector pudo leer una clara advertencia: «No lo hagas, Kassie, no lo echas todo a perder. No te inculpas».

Durante su declaración, Liam había obviado deliberadamente la conversación que Kassandra mantuvo con el asesino de su marido el mismo día de su muerte. Le traía sin cuidado sin con ello faltaba a la verdad o si, de algún modo, dejaba de cumplir con su deber como policía. Él tenía su

propio concepto de la justicia y enviar a Cassandra a la cárcel desde luego no encajaba en él.

Liam rezó en silencio para que ella no lo fastidiara todo.

Él llevaba razón, pensó Cassandra, si se sinceraba con Brown muy probablemente acabaría por rendir cuentas ante la justicia. Cerró los ojos y, durante un breve instante, imaginó la escena que respondía a la última pregunta del oficial:

—¿Cómo diablos has podido hacernos esto? —bramó Saúl, escupiendo odio en cada palabra. Observó a Jayden, maniatado al respaldo de la silla donde instantes antes le había sentado, tras haberle asestado un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza—. No eres más que un fracasado, un pobre desgraciado, ¡un cobarde y un traidor! —Saúl se aproximó a Jayden, apoyó una mano sobre su hombro y le escupió en la cara. Acabaría con él, se dijo en silencio, pero antes quedaba una cuestión por resolver—. Ahora dime, ¿dónde diablos tienes la grabación?

Jayden sonrió. Muy probablemente no saliera con vida de allí, pero no se amedrentó ante la visión de estar respirando su último aliento de vida.

—Dime quien me ha delatado y te diré dónde está la grabación —dijo sin el menor asomo de duda o miedo.

Saúl se encogió de hombros. No perdía nada diciéndoselo, pensó. Todo lo contrario.

—Tu mujer, amigo. Ha sido tu propia mujer quien te ha traicionado.

Jayden fue incapaz de disimular su sorpresa. Le temblaba el labio inferior a causa de la rabia que sentía.

—Kassie... —susurró, apretando con fuerza la mandíbula.

—Sí, Jayden, tu querida Kassie —se burló Saúl.

—La muy... —farfulló Jayden, acabando la frase en silencio. La mataría, pensó. La mataría en tanto la tuviera delante. Permaneció absorto en sus pensamientos durante no menos de dos minutos, mientras Saúl le observaba sin pestañear. Los finos labios de Jayden dibujaron de pronto una sonrisa enfermiza y retorcida. No necesitaba tenerla delante para acabar con ella—. Mi querida Kassie... —murmuró ensanchando su sonrisa. Clavó sus ojos en los de Saúl—. O tal vez debería decir nuestra querida Kassie. —Guardó silencio durante unos interminables segundos—. No lo entiendes, ¿verdad? —Jayden soltó una carcajada convulsa—. Ella tiene la grabación. Es Kassie quien está detrás de todo esto.

Aquella escena, o una muy similar, podía explicar por qué Saúl creía que ella tenía la grabación, pero compartirla con el oficial significaría delatarse a sí misma, significaría revelar su cooperación en la muerte de su marido.

—Si me permite la interrupción, agente Brown —intervino Liam con pies de plomo—, no creo que sea el momento ni el lugar para continuar con esta conversación —dijo, señalando a Cassandra con la cabeza—, la señora Kapra no ha tenido un *buen día* y, a decir verdad, yo tampoco. Será mejor dejarlo por hoy.

—No tan rápido, Sanders —intervino el teniente Robinson con un tono amable—. Solo un par

de preguntas más. —Liam asintió, instándole a formularlas—. Está bien, supongamos que, tal y como has mencionado, Jayden chantajeaba a Margaret Witterman y a Saúl Ramírez con una grabación de la que, al parecer, nadie tiene conocimiento. La pregunta es, ¿por qué? ¿Por qué iba alguien a extorsionar a su madre y a su mejor amigo?

—Jayden se ganaba la vida extorsionando a la gente —respondió Liam, esquivo. Se encogió de hombros—. Tal vez logremos responder a esa cuestión en tanto averigüemos qué contiene la grabación, si es que verdaderamente existe...

El teniente se masajeó la barbilla. El caso le intrigaba, aunque lo cierto es que estaba deseando regresar a casa con su mujer y sus hijos. Odiaba tener que trabajar en su día de descanso.

—Veamos... —comentó, mirando de reojo al oficial Brown—, dices que Margaret y Saúl publicaron un anuncio en varios periódicos nacionales pidiendo información sobre un extorsionador que se hacía llamar el Ojo de Horus. Alguien cuya identidad desconocemos, presumiblemente otra víctima, contactó con ellos y delató a Jayden. Después de eso, Margaret y Saúl acabaron con la vida de Jayden. ¿Así es?

—Todo apunta a que fue Saúl quien perpetró el asesinato —aclaró Liam.

El teniente resopló. Algo no acababa de encajar en aquella historia, se dijo mientras pensaba en el plato de macarrones con queso que su mujer le prepararía para cenar.

—Está bien, Sanders —dijo finalmente, mirando al oficial mientras negaba con la cabeza—, creo que por hoy es suficiente. Confío en que harás un buen trabajo para dar respuesta al resto de interrogantes —añadió antes de estrecharle la mano y despedirse de Cassandra con un gesto de cabeza.

—Debería darte las gracias por lo que acabas de hacer —dijo ella una vez a solas.

—No tengo ni la menor idea de lo que estás hablando —respondió Liam mientras le retiraba un mechón de pelo de la frente.

—Lo sabes muy bien. No les has dicho la verdad. Al menos, no toda la verdad. Jayden no estaría muerto si yo no le hubiera delatado.

—Un detalle que nadie tiene porqué conocer —dijo Liam sin titubear.

El alivio se reflejó en los labios de Cassandra, que no dudaron en esbozar una sonrisa pronunciada que apenas podía contener. Jayden, Saúl y Margaret habían muerto, pensó en silencio sin sentir el menor remordimiento. La partida había culminado.

23 de junio de 1986

Todo sucedió tal y como Jayden había previsto. La pelea que se desató durante el partido de baloncesto les condujo directos a la enfermería. Una vez ahí, Bruna, abrumada por el desagradable espectáculo de hematomas, cortes, torceduras y demás lesiones, se ausentó en busca del material necesario para atender a los heridos.

—No lo entiendo —protestó antes de marchar, alzando los brazos como si el mundo entero se hubiera confabulado en su contra—. Les tengo dicho que no toquen nada de los armarios. Seguro que ha sido el majadero de Bob Singleton. Un día de estos me voy a largar de aquí y entonces... —maldijo mientras salía por la puerta.

Dio un portazo y se marchó refunfuñando por el pasillo.

Michael abrió la puerta de la enfermería y la vio alejarse al tiempo que hacía exagerados aspavientos con las manos.

Jayden se bajó de la camilla, abrió su bolsa de deporte y sacó una cizalla que el día anterior había robado del cuarto de las herramientas.

—Comienza la cuenta atrás —dijo visiblemente nervioso—. Más nos vale darnos prisa.

Jayden abrió la vitrina de la pared que quedaba a su izquierda. Cogió una cubeta con forma de riñón y la destapó. De su interior sacó un manajo de llaves que revolvió agitadamente hasta que dio con lo que buscaba.

Saúl y Steven le observaban con la boca abierta, respirando a toda velocidad. Jayden no se detuvo a darles la menor explicación. No era magia lo que acababa de hacer. Tan solo era el resultado de meses de observación. Había acudido a la enfermería cientos de veces durante el último medio año, aquejado de un supuesto dolor de oído que jamás lograba curar.

—No veo nada extraño —solía decirle Bruna mientras la luz del otoscopio iluminaba el conducto auditivo.

—Pues a mí me duele. Y mucho —protestó Jayden en una ocasión sentado sobre la camilla con la cabeza inclinada.

—Esta es la tercera vez que vienes en lo que va de semana. Sinceramente, no sé qué más puedo hacer por ti, Jayden —le dijo Bruna moviendo insistentemente la cabeza mientras se abanicaba con una revista médica que encontró a mano.

Aquel día, apenas dos semanas antes del día de la huida, hacía un calor infernal.

—No tiene buen aspecto —comentó Jayden con una fingida expresión de preocupación—. Parece acalorada.

—Y lo estoy, muchacho. Este calor es insoportable. Sabe Dios cuantas veces le he pedido un ventilador al director —se quejó abanicándose cada vez con más ahínco—, pero claro, nunca hay dinero para la maldita enfermería. ¿Has visto en qué condiciones he de trabajar? —exclamó

abriendo el botiquín metálico que colgaba de la pared.

—¿Y si abre una de las ventanas? —preguntó Jayden mientras la mujer continuaba protestando cada vez más sulfurada.

—¿Es que no ves que estas ventanas no pueden abrirse? —vociferó Bruna haciendo un exagerado aspaviento con la mano.

—En ese caso, tal vez sería buena idea que abriera la puerta trasera. La verdad, Bruna, tiene usted muy mala cara.

De ese modo fue como Jayden supo dónde guardaba Bruna la llave que abría la puerta de su libertad.

No tardó mucho en hacer un boquete en la valla que había nada más atravesar la puerta de la enfermería.

—¡Vamos! —exclamó en un susurro—. Larguémonos de aquí.

Los cuatro muchachos salieron escopeteados sin pararse ni un segundo a pensar en nada más que no fuera huir de Caterpillar. Siguieron el curso del río por un angosto camino de tierra que quedaba a unos dos metros de altura de las embravecidas aguas.

Pasados unos minutos Jayden paró en seco para tomar aire. Apoyó las manos sobre sus rodillas, doblando el cuerpo mientras jadeaba sin descanso. Irguió la barbilla y miró el cielo, advirtiendo el vertiginoso avance de una importante tormenta.

—Debemos darnos prisa —dijo Jayden retomando la marcha.

Sus amigos le siguieron sin fuerzas para protestar. Steven, el más rezagado de todos, a duras penas podía respirar. En apenas cinco minutos, unas nubes oscuras cubrieron la totalidad del cielo. Poco después los relámpagos lo iluminaron hasta adquirir un inquietante tono anaranjado.

Jayden continuó avanzando sin descanso, secándose con la mano la frente empapada de sudor. Cada pocos segundos echaba un vistazo a su alrededor, temiendo que sus sueños de libertad no fueran más que eso, sueños.

La lluvia torrencial no tardó en llegar, embarrando el sendero y haciendo que cada paso fuera más peligroso que el anterior.

Steven vio como sus compañeros se alejaban. Los cristales de sus gafas estaban empañados y apenas podía divisar la silueta de Michael, que caminaba presuroso a poca distancia de él. La lluvia, que caía a borbotones, hizo que el engañoso camino de tierra acabara por convertirse en un barrizal intransitable.

La rama de un árbol le golpeó la cara, lastimándole con fuerza en la frente. Su alarido pasó desapercibido entre el estruendo de los truenos y el rugido del viento. Como pudo, se levantó del suelo y siguió caminando.

Jayden detuvo la marcha repentinamente. Un socavón en el camino le obligó a parar en seco. Mientras se pasaba la mano por la cabeza trató de serenarse, pensando en el modo de vencer aquel nuevo obstáculo. No podían esquivarlo sin más. Jayden miró hacia su izquierda, valorando

la posibilidad de adentrarse en la espesura montañosa. Para ello deberían trepar un par de yardas por la ladera de peñascos y roca, de donde ya habían comenzado a desprenderse varias piedras.

Algunas ramas colgaban a lo largo de la ladera, pero no parecían ser lo suficiente robustas como para trepar por ellas. Jayden sacudió la cabeza. Sortear el socavón saltando por encima de él tampoco parecía una buena idea. El aterrizaje en el suelo, embarrado y encharcado, era demasiado peligroso, acabarían por precipitarse al río y en la caída podían golpearse con alguna de las rocas que salpicaban la ladera.

—Tendremos que descender hasta el río —concluyó Jayden en voz alta.

Volvió la vista hacia sus amigos. Quería estar seguro de que le habían oído, pero algo llamó su atención. Se apartó las gotas de lluvia de los ojos y, apoyando la mano derecha sobre una roca escarpada,ladeó el cuerpo, empleando su otra mano a modo de visera.

Jayden recordó en aquel instante la extraña agitación que había sentido aquella misma mañana. Un dolor agudo a la altura del esternón, acompañado de una sensación de hormigueo que se extendía hasta la espalda. No había querido darle mucha importancia, pero en el fondo intuía lo que podía significar. Ahora lo sabía.

—¿Dónde está? —Las palabras resbalaban entre sus labios.

Jayden abrió la boca todo lo que pudo, inspirando tan intensamente que acabó por marearse.

—¿De qué hablas? —preguntó Saúl, volviendo la vista hacia atrás. No conseguía ver que era lo que tanto parecía preocuparle a su amigo. Llovía demasiado como para distinguir nada más allá del lugar donde se encontraba Michael, que permanecía inmóvil y aterrado a poca distancia—. No sé qué diablos estás buscando, pero debemos largarnos de aquí ya.

—¿Dónde está? —repitió Jayden sin apenas mover los labios.

Un silencio fugaz y casi ficticio dio paso al estallido de la tragedia. Los tres bajaron la vista hacia el río. Sus miradas aterrorizadas distinguieron el cuerpo de Steven. El muchacho trataba de pedir ayuda mientras agitaba los brazos, pero el agua que había tragado le impedía gritar.

La corriente parecía empeñada en arrastrarle río abajo, pero la manga de su camisa había quedado enredada en las ramas de unos árboles. Steven se llevó las manos a la garganta mientras intentaba mantener la cabeza fuera del agua, inspirando enormes bocanadas de aire que, inevitablemente, le hacían tragar grandes cantidades de agua. Trataba de permanecer a flote con todas sus fuerzas, pero apenas lograba mover los brazos y las piernas.

Michael reaccionó de inmediato. Retrocedió parte del camino y partió una de las ramas que pendían por la ladera. Sin apenas percatarse de la herida que tenía en su brazo derecho, lanzó la rama al río.

Los alaridos agudos e intermitentes de Steven aplacaron momentáneamente el estruendo de los fuertes vientos. El joven suplicaba por su vida, pero solo uno de sus amigos hizo cuanto pudo por salvarle.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Saúl agarrando a Michael del brazo mientras este descendía atropelladamente por la ladera.

Los chillidos de Steven sonaban cada vez más agónicos y, al mismo tiempo, apagados, como un último aliento de una vida que ya daba por perdida. El intenso dolor muscular hizo que Steven dejara de luchar durante unos segundos en los que su cabeza quedó totalmente sumergida en el agua. Aguantó la respiración durante poco más de un minuto hasta que subió de nuevo a la superficie. Inhalaba agua, tosía y se revolvió tratando de librarse de su camisa.

Jayden observó la escena petrificado. No sentía la menor compasión al ver como su amigo parecía estar a punto de atravesar la delgada línea que, en ocasiones como aquella, separa a la vida de la muerte. No sentía piedad ni lástima por su amigo, pero sí sentía tristeza. Tragó con dificultad, sobrecogido al ver como sus planes se ahogaban en un lodazal.

Saúl tampoco parecía estar angustiado por la vida que estaba a punto de desvanecerse ante sus ojos. A decir verdad, una parte de él deseaba que Steven se ahogara de una vez por todas. Sostenía a Michael del brazo, sin atender a las súplicas de su amigo.

—¡Suéltame de una vez, maldita sea! —gritó Michael—. Se ahogará —gimoteó mientras veía como Steven se apagaba como una vela sin llama—, morirá si no hacemos nada por él.

Saúl volvió la vista hacia Jayden. Él era el líder del grupo, era quien lo había planeado todo. Él sabría qué hacer.

El transcurso del tiempo pareció alargarse dolorosamente. No se escuchaba nada, a excepción de sus respiraciones desacompañadas y del violento repiqueteo de la lluvia contra el suelo. En una oscuridad tenebrosa, el viento soplaba en todas direcciones, arrastrando consigo un penetrante aroma a muerte.

—Nos será más útil muerto que vivo —espetó Jayden sin reflejar una sola emoción—. Larguémonos de aquí.

Steven dejó de gritar en aquel preciso instante. Se llevó las manos al pecho, donde sentía una intensa quemazón, y se dejó embriagar por una repentina calma. El silencio que precede a la fatalidad le acogió entre sus brazos sin que él opusiera resistencia. Una abrumadora sensación de quietud se adueñó de su último aliento. Steven cerró los ojos, arropado por el telón de una vida que tocaba a su fin.

Michael y Saúl observaron la escena con emociones muy distintas. Michael se debatía entre la desesperación y su propia muerte, una muerte que anunciaba el final de su infancia y daba paso al infierno en que se convertiría su vida después de aquel día.

Saúl sentía el acecho de la derrota. Notó un hueco en el estómago, el mismo lugar donde arraigan los miedos y el rencor. Volvió la vista hacia Jayden, reclamando su aprobación, y este asintió con sequedad, mostrando su aquiescencia. Saúl se agachó con rapidez, soltando a Michael del brazo. Incluyó el cuerpo hacia delante, abrió las palmas de sus manos y empujó a su amigo hacia una muerte casi segura.

15 de diciembre de 2015

Kassandra se miró al espejo mientras se quitaba la ropa. Se desvistió lentamente, sonriendo para sus adentros. Se recogió el pelo en un peinado nada sofisticado y permaneció desnuda frente al espejo de la habitación, contemplando a la mujer que veían sus ojos. Por primera vez en mucho tiempo, pudo vislumbrar un fugaz pero intenso vestigio de emoción sincera en su rostro.

Cogió la copa de whisky que había dejado sobre la mesilla de noche y, sin dejar de mirarse al espejo, bebió un trago. Con profundo placer, sintió el ardor del alcohol deslizándose por la garganta.

La mujer del espejo le sonrió. En su mirada profunda se adivinaba la imperiosa necesidad de ser feliz, pensó Kassandra mientras bebía un segundo trago.

Escuchó a Liam llamarle desde el salón.

—La cena está casi lista —anunció el inspector Sanders.

Su voz sonó más alegre de lo que solía ser habitual en él. Liam no era muy dado a entusiasmarse con una mujer, especialmente después de su fracaso matrimonial, pero ahora creía haber encontrado a la única persona por quien sería capaz de dejarlo todo de lado.

—Iré enseguida —respondió Kassandra.

El olor a carne guisada con especias llegó hasta la habitación. Kassandra se sintió inusualmente hambrienta. Curiosamente, su voraz apetito no se limitaba al sabroso guiso que le esperaba en el salón. Deseaba alimentarse de algo mucho más imperecedero y menos mundano que un simple plato de carne. Pero antes de eso, antes de cerrar aquel fatídico capítulo y comenzar una nueva vida, debía hacer una última cosa.

Todavía desnuda, Kassandra rebuscó en su bolso donde encontró su teléfono móvil. Apretó varias teclas hasta que encontró el número que buscaba en su listado de contactos.

Una voz debilitada por el peso de la conciencia respondió la llamada.

—Necesito verte.

Kassandra se levantó. Permaneció quieta frente al espejo, sosteniendo el teléfono en una mano y la copa de whisky en la otra.

No había sido su belleza lo que le había ayudado esta vez, pensó sin apartar la vista de su rostro, sino unos rasgos equilibrados que inspiraban confianza.

—Ya hemos hablado de eso —dijo, humedeciéndose los labios mientras pronunciaba aquellas palabras de un modo inusualmente lento—. No podremos volver a vernos durante una buena temporada.

—Pero tú y yo... Pensé que había algo entre nosotros.

—Lo hubo.

—¿Lo hubo? Después de todo lo que ha sucedido.

—Eso es agua pasada —respondió Cassandra sin apenas inmutarse.

La mujer del espejo le sonrió de nuevo con unos labios bien perfilados y una mirada osada.

—No puedes hacerme esto, Kassie. Sabes muy bien lo que siento por ti. He puesto en peligro mi vida participando en esto.

—Los tres están muertos —le cortó Cassandra—. Todo ha terminado.

—¿Así de simple? —Benjamin alzó la voz—. ¿Y qué hay de mí?

—¿Qué hay de ti? —preguntó ella arqueando las cejas. Conocía muy bien sus sentimientos. Precisamente por eso le había elegido. Pero no estaba dispuesta a que un estado emocional, seguramente pasajero, estropease sus planes —. Recibirás tu parte. Diez millones de dólares.

Benjamin se llevó la mano al pecho, donde sintió un fuerte mazazo. Había llegado a creer que tenía alguna posibilidad de conquistar a Cassandra. Qué estúpido había sido, pensó mientras recordaba lo excitado y lleno de alegría que se sentía cada vez que la veía.

Todo empezó de un modo inocente, tal y como suelen germinar la mayoría de emociones. Es cierto que se sentía profundamente atraído por ella, pero también admiraba la honradez que revelaban sus ojos. Al igual que su sobrino, él jamás había conocido a una mujer como Cassandra. Su pureza era indescriptible. Una mezcla de honestidad y valentía diamantinas, solía pensar Benjamin.

Le extasiaban sus sensuales labios rojos, tan provocadores como ardientes, su tez delicada, suave y tersa, sus piernas interminables y, sobre todo, esa mirada que derrochaba una letal combinación de candidez y misterio.

Sin embargo, era su aparente debilidad lo que más le atraía de ella. Cassandra le recordaba a una joya de porcelana, bella y frágil al mismo tiempo. En su mirada podía advertir el reflejo de la melancolía, una tristeza que ella abrazaba como si creyera merecer, un dolor permitido que exhibía las cicatrices de un pasado irreparable.

A través de las heridas que esculpían el espíritu de la joven, Benjamin advertía la oscuridad en la que Cassandra se encontraba inmersa. Él podría juntar sus pedazos, reparar sus grietas y transformar en luz su oscuridad. Sí, eso haría. Porque él se creía capaz de eso y de mucho más.

A Benjamin le dolía ver el modo en que Jayden se comportaba con ella, pero mucho más le dolía el hecho de que Cassandra continuara a su lado. Le resultaba incompresible que alguien como ella quisiera pasar el resto de su vida junto a un ser tan miserable como su sobrino.

Cierto es que, en muchos aspectos, él no era muy diferente de Jayden. Valoraba el dinero y el poder por encima de todo y, al igual que su sobrino, medía a la gente en función de sus posesiones. Precisamente por eso le sorprendió la extraña complicidad que de pronto pareció surgir entre Cassandra y él.

Con el paso de las semanas su relación se volvió mucho más afectiva. Se veían a escondidas, como si tuvieran algo que ocultar, pero lo cierto es que todo cuanto hacían era charlar. A su lado, Benjamin se sentía extraordinariamente bien. Cassandra le escuchaba, valoraba sus opiniones y

apreciaba sus consejos. En definitiva, le hacía sentir imprescindible y apreciado.

En una ocasión, aprovechando que Jayden había tenido que viajar por un asunto personal del que apenas dio ningún detalle, Benjamin invitó a Cassandra a cenar en un restaurante japonés propiedad de un buen amigo suyo. Inquietos ante la posibilidad de que alguien pudiera verlos juntos, Benjamin le pidió a su amigo una mesa apartada del resto de los clientes.

Akihiro, que así se llamaba propietario del restaurante y amigo de Benjamin, les ofreció degustar un plato fuera carta que solo invitaba a probar a sus amigos más íntimos: sashimi de fugu. «El pez globo, como se le conoce popularmente, es el pez más venenoso del mundo —les advirtió Akihiro—, pues contiene tetrodotoxina en algunos de sus órganos y en su piel. Un simple error en su preparación podría ser letal para el comensal».

Era necesario obtener un permiso especial para poder servir el pez fugu, les explicó el propietario del restaurante. Sin embargo, aún a pesar de sus esfuerzos, todavía no habían recibido la autorización de las autoridades, de ahí que solo lo ofrecieran a unos pocos clientes y de forma clandestina.

Al ver el entusiasmo que sus palabras despertaron en Cassandra, Akihiro les invitó a acompañarle a la cocina, donde les mostró varios ejemplares de pez fugu que nadaban en una pecera de grandes dimensiones. Junto a ella, un chef japonés de edad avanzada manipulaba un ejemplar sobre una gran mesa de madera. Con suma delicadeza cortó el pescado por la parte de la cabeza y le retiró los sesos y los ojos. A continuación, le extrajo la piel y las vísceras, que colocó en una bandeja metálica marcada con una cruz roja. Repitió la operación con los ovarios del animal, el hígado y los intestinos. La presencia de Akihiro y de sus invitados no importunó al chef, que continuó inmerso en su rutina sin que nada le distrajera.

Una vez regresaron a su mesa, la velada transcurrió entre exquisiteces y confidencias, en un ambiente relajado y distendido. Sin embargo, pasados unos minutos, a Benjamin le pareció advertir cierto enfriamiento en la conversación. Cassandra parecía distraída, pensó, como si su mente hubiera emprendido un viaje lejano. Cuando le preguntó por ello, la joven rompió a llorar. Él le miró atónito y, sin saber muy bien cómo debía reaccionar, le alcanzó el pañuelo de seda que llevaba en el bolsillo superior de su americana.

Kassandra no tardó en sincerarse. Entre lágrimas, le habló a Benjamin de lo desgraciada que se sentía. Su matrimonio era una farsa, le confesó, una gran mentira de la que no podía escapar. Eligiendo cuidadosamente sus palabras, le explicó toda la verdad sin obviar el menor detalle, por escabroso que fuera.

Benjamin, que conocía de primera mano lo cruel que podía ser su sobrino, se quedó pasmado al escuchar cómo Cassandra le relataba lo que verdaderamente sucedió el día en que fue atropellada por aquel conductor que se saltó el semáforo en rojo. Después de media hora, no pudo seguir escuchando más. Mirándole fijamente, le pidió a Cassandra que abandonara a su marido. «Si lo hago me matará», respondió ella secándose las lágrimas.

—¿Qué sucede, Ben? ¿No es suficiente dinero? —preguntó Cassandra, obligándole a regresar a la realidad.

—El dinero no es el problema —titubeó él.

—¿Acaso tienes remordimientos? —Benjamin guardó silencio. Ella espiró profundamente y con desprecio añadió—: Tú deseabas su muerte tanto como yo.

Era cierto, pensó él. En cierto modo lo era. Jayden llevaba demasiado tiempo comprometiendo el futuro de su negocio. Se comportaba de manera temeraria e imprevisible, empleando el chantaje para saldar cuentas con el pasado, y eso, tarde o temprano, tendría sus consecuencias.

El día en que Cassandra descubrió a qué se dedicaban tuvieron una fuerte discusión. Había escuchado una conversación entre él y su sobrino en la que Jayden le proponía chantajear a un magnate del petróleo llamado George Spacey.

Benjamin se quedó sin palabras después de escuchar los reproches de Cassandra. «Jayden y tú no sois tan distintos como pensaba —le dijo con un frío desprecio—. Desaparece de mi vida. No quiero volver a verte nunca más».

Los días siguientes fueron un auténtico calvario para Benjamin. Por primera vez en su vida, experimentó el miedo a perder el control. Sentía un fuerte dolor en el pecho que a menudo venía acompañado de una desagradable sensación de ahogo, lo que en más de una ocasión le hizo temer una muerte inminente.

Superados los primeros días de ansiedad, Benjamin cayó en un estado de depresión. Era incapaz de conciliar el sueño por las noches, lo que hacía que durante el día se sintiera profundamente cansado e irascible. Dejó de comer y pasaba los días odiándose a sí mismo mientras trataba de calmar el dolor del alma con el único medicamento que tenía a mano: el alcohol.

Fue el décimo día después de haber caído en desgracia cuando Benjamin por fin creyó ver la luz. Eran las cuatro de la tarde. Apenas había comido nada durante las últimas horas, pero tampoco tenía apetito. Con el ánimo por los suelos, abrió el periódico que había en la mesa de la cocina. Un escueto mensaje en la sección de anuncios clasificados le brindó la solución a todos sus males.

Se vistió a toda prisa y sin perder ni un minuto se dirigió a la emisora de radio donde trabajaba Cassandra. Verla de nuevo le aceleró el corazón. Parecía infeliz, pensó al ver la oscuridad que se dibujaba bajo sus ojos. Se acercó con cautela, repitiendo mentalmente las mismas palabras que había ensayado durante la última media hora.

Una vez frente a ella se le aceleró el pulso, dominado por la tensión. «Comprendo que no quieras saber nada de mí —le dijo en voz baja—, pero debes escuchar lo que he venido a decirte. Sé cómo librarnos de Jayden».

Kassandra reaccionó con calma y una asombrosa serenidad, como si de algún modo ya hubiera previsto aquel encuentro.

Sin apenas intercambiar una sola palabra, ambos se dirigieron a la cafetería que quedaba junto a la emisora de radio. Tomaron asiento en una mesa apartada y pidieron un par de cafés.

Movido por una repentina intuición, Benjamin decidió no revelar todos los detalles de su plan. «Uno de los tipos a los que tu marido ha extorsionado está dispuesto a pagar dos millones de dólares por conocer su identidad y su paradero», explicó en voz baja. En tanto pronunció aquellas

palabras, a Cassandra se le iluminó la mirada. Sus pupilas se tiñeron de un ambarino fantasmal, tan seductor como sobrecogedor, y el rojo de sus labios se acentuó al contener una sonrisa. No era difícil intuir el pensamiento que rondaba por su cabeza en aquel instante.

Benjamin se apresuró en aclarar sus intenciones. No entregaría a su sobrino. No porque Jayden no lo mereciera, sino porque hacerlo supondría asumir un riesgo demasiado grande para él. Su plan era mucho más sencillo y menos temerario. Hablaría con Jayden, le explicaría que alguien había puesto precio a su cabeza y, finalmente, le convencería para marcharse de la ciudad durante una buena temporada.

La sonrisa desapareció del rostro de Cassandra mientras el deslumbrante resplandor de sus ojos se desvanecía como un mal recuerdo. Clavó sus ojos dorados y vidriosos en los de él, hablándole a través de aquella mirada inocente y desafiante a la vez. «Dime todo cuanto sepas sobre ese tipo, Ben», le pidió con una voz melódica.

Benjamin guardó silencio observando como la insensatez alumbraba de nuevo la mirada de Cassandra. Debía protegerla de su marido, pensó en aquel instante, pero por encima de todo debía protegerla de sí misma. La creía muy capaz de hacer una locura, de modo que se negó en rotundo a facilitarle ningún detalle sobre el tipo que andaba tras la pista de Jayden.

Kassandra se levantó lentamente. Con un gesto frío y distante, se despidió de Benjamin. Él la observó marchar sin saber qué más podía hacer para retenerla.

—Deberías haberme hecho caso —tartamudeó Benjamin en voz alta, abandonando sus pensamientos—. Habría logrado que Jayden desapareciera de nuestras vidas. No tenías por qué...

—¿Por qué que, Ben? ¿No tenía por qué acabar con la vida de mi marido? —preguntó Cassandra, sintiendo cierto placer al escuchar sus palabras. Hablaba con entereza y sin el menor asomo de duda—. ¿Es eso lo que tratas de decirme? —añadió desafiante.

Él asintió con la cabeza sin pronunciar una sola palabra, dejando que su mente retrocediera de nuevo a aquella tarde en que la vio marchar de la cafetería.

No volvió a saber nada más de ella durante varios días. Con cierta dificultad, Benjamin venció la tentación de llamarle por teléfono. Quería darle tiempo para pensar en su propuesta. Tiempo y espacio, eso era todo cuanto ella debía necesitar.

Una semana después, desalentado por no haber tenido noticias de Cassandra, Benjamin decidió telefonarle. No esperaba que ella atendiera su llamada, por lo que se sobresaltó al escuchar su voz. Para su sorpresa, Cassandra accedió a encontrarse con él aquella misma tarde.

Había algo extraño en ella, pensó Benjamin en tanto la vio acercarse. Tomaron asiento sin cruzar una sola palabra y en tanto les sirvieron un par de cafés, ella le habló en susurros. «Le estado dando vueltas y creo que tenías razón. Creo que tu plan podría funcionar», dijo rozándole la mano con delicadeza por debajo de la mesa.

Él la observó con cierta incredulidad. Cassandra había decidido apostar por su idea y él se alegraba por ello, pero aquel repentino cambio de parecer le puso en alerta. Su desconfianza inicial no pasó desapercibida para Cassandra, quien, con una sonrisa nerviosa, a medio camino entre la tristeza y la angustia, le confesó su desesperación. Charlaron durante dos largas horas, que

sirvieron para que Benjamin estuviera más decidido que nunca a hacer casi cualquier cosa por ella.

En aquel ambiente de renovada complicidad, Cassandra propuso acabar la velada en casa de Benjamin, aprovechando que su marido estaba fuera de la ciudad. Él, cegado por un enamoramiento casi febril, creyó que aquella era una idea estupenda. Una vez en su apartamento encargó comida china y cenaron sin que el nombre de Jayden apareciera en la conversación ni una sola vez.

Ella se ausentó de la mesa en un par de ocasiones, aquejada de una repentina indisposición, pero por lo demás todo salió a pedir de boca para Benjamin, que a última hora de la noche se propuso coronar la que había sido una noche perfecta. Muy a su pesar, Cassandra, anticipándose a sus deseos, esquivó sus labios. «Ha sido un día muy largo y estoy agotada —se excusó entornando los ojos—, será mejor que me marche a casa».

Benjamin le miró con un gesto compungido y el rostro desencajado por la decepción. En un desesperado intento por retenerla, le preguntó por el asunto de su marido, ansioso por precipitar los acontecimientos y apartar a Jayden de sus vidas. Cassandra le ofreció su mejor sonrisa antes de contestar. «Espera mi llamada, Ben —dijo con una expresión difícilmente descriptible—. Por el momento, será mejor que no hablemos más de esto. Confío en que sabrás ser discreto».

Después de aquella noche, Benjamin no volvió a saber nada de Cassandra durante las dos semanas siguientes. La telefoneó en varias ocasiones, pero siempre saltaba el contestador. Sin ánimo de atosigarla, decidió cesar en su empeño durante unos días, ocupando su tiempo con el trabajo a fin de no pensar en ella.

Al cabo de quince días, Cassandra por fin dio señales de vida. Cuando Benjamin atendió la llamada aquella mañana del 5 de diciembre, lo hizo con cierta dificultad a causa de la emoción por volver a escuchar su voz. Ella habló de manera apresurada, amontonando palabras incomprensibles y lamentos desesperados. Benjamin le pidió que se calmara y le explicara lo que había sucedido.

«La situación en casa es insostenible, Ben —sollozó Cassandra—. Soy incapaz de continuar a su lado ni un segundo más. Solo Dios sabe cómo he podido soportarle durante tantos años. Creo que... Creo que ha llegado el momento de probar suerte con tu plan».

Unas horas más tarde, Benjamin telefoneó a su sobrino, dando comienzo a la función que Cassandra había ideado: el inevitable camino de no retorno que se emprende al activar el mecanismo de la venganza.

«Creo que deberías irte de la ciudad durante un tiempo», le aconsejó Benjamin a Jayden, advirtiéndole del peligro que corría si no lo hacía. Desafortunadamente, sus palabras no tuvieron el efecto esperado. Su sobrino se negó a huir. Se negó a huir sin su mujer. No obstante, Benjamin se sintió esperanzado al colgar el teléfono. Confiaba en su poder de persuasión en tanto hablara con él frente a frente en el viejo almacén que había junto a las oficinas del banco. No había sido idea suya el quedar con Jayden en aquel lugar, sino de Cassandra. Pese a ello, le parecía un gran plan.

Aquella conversación jamás llegó a producirse. Pocos minutos antes de la hora emplazada,

Benjamin recibió un mensaje telefónico de su sobrino. Jayden posponía su reunión.

A los dos días, su hermana Margaret le telefoneó con la noticia de que Jayden había desaparecido. Por lo visto, ella y su hijo habían quedado para almorzar el día anterior, pero él no acudió a su cita. No solo eso, desde entonces no había habido modo alguno de localizarle. Ni siquiera Kassandra sabía dónde podía estar.

El miedo se apoderó de Benjamin en cuestión de pocos minutos. Se dirigió a toda prisa al apartamento de su sobrino con la intención de hablar con Kassandra y averiguar qué demonios había sucedido. Una vez ahí, la presencia de Margaret y, posteriormente, la de Saúl, truncaron sus planes.

Preso del pánico, Benjamin hizo lo único que podía hacer: marcharse de la ciudad. Tenía negocios importantes que atender, le dijo a Margaret al despedirse de ella, pero regresaría lo antes posible.

Pensaba en Kassandra mientras esperaba su tren en un concurrido andén de la Estación Central. Benjamin había decidido mudarse, al menos temporalmente, a una antigua propiedad que tenía en Scarsdale. Ahí estaría seguro, pensó. Nadie sabía de la existencia de aquella casa, que tampoco figuraba entre sus posesiones patrimoniales.

El tren llegó al pueblo en apenas cuarenta minutos. Una vez ahí, Benjamin alquiló un coche cerca de la estación y se dirigió a su residencia. Sin saber muy bien qué hacer, se tumbó en la cama y miró la fotografía de Kassandra que guardaba en su cartera.

Pasó cuatro días interminables metido en la cama con el teléfono en la mano. ¿Debía llamar a Kassandra?, se preguntaba una y otra vez. La creía muy capaz de haber cometido una locura y, por mucho que la amara, no quería verse salpicado por ningún escándalo.

A la mañana siguiente despertó con la firme decisión de solucionar el asunto que apenas le había dejado dormir en las últimas noches. Hablaría con Kassandra, averiguaría lo que había hecho y trataría de ponerle remedio, si es que todavía estaba a tiempo.

De camino al centro del pueblo pensó en lo que le diría cuando hablara con ella. No importaba lo que hubiera hecho, se dijo. Él lo arreglaría. Abrió la puerta de la cafetería que había junto a la oficina de correos y entró con decisión.

Se sintió bien en tanto probó el primer sorbo de café. En tiempos solía tomar entre cinco y seis tazas solo durante la mañana, pero desde que le diagnosticaron la úlcera de estómago, Benjamin había reducido su consumo a una única taza de café al día. El segundo sorbo avivó sus esperanzas. Hablaría con Kassandra después de desayunar, se dijo con un renovado bienestar, después de que la camarera le trajera un plato de huevos revueltos y tortitas con bacon.

Sentado en la barra de la cafetería, cogió el periódico que quedaba a su derecha y se dispuso a disfrutar del desayuno, ajeno al ajeteo matutino que había a su alrededor. En tanto abrió la sección de sucesos y leyó el titular de la noticia que encabezaba la página, se quedó sin respiración.

Jayden Wenneck había sido encontrado sin vida en un viejo almacén cerca del banco en el que trabajaba. Benjamin se llevó la mano a la frente y después a la boca, ahogando un grito de pánico.

Su sobrino estaba muerto.

El artículo apenas aportaba ningún dato relevante. El inspector a cargo de la investigación había decidido no hacer público ningún detalle sobre sus averiguaciones, pero el periodista, que sabía tan poco de lo sucedido como cualquier otro ciudadano, apuntaba a un posible suicidio, empleando la palabra «veneno» hasta en seis ocasiones.

Benjamin quebrantó su propia rutina y decidió tomarse una segunda taza de café. La tensión y los nervios se hicieron patentes al recordar el día en que invitó a Cassandra a cenar en el restaurante japonés de su amigo Akihiro.

Un pequeño detalle, al que en su momento apenas le concedió la menor importancia, se acomodó entre sus pensamientos: la expresión de la joven cuando vio al chef manipulando el pez fugu. Su rostro se había iluminado como el de una niña a la que hubieran agasajado con el más preciado de los regalos.

Benjamin pidió un tercer café, al que le siguieron dos más. Su estómago se resintió de inmediato, pero poco le importaba ese dolor. La amenaza que cernía sobre sus hombros empañaba cualquier sufrimiento físico.

Habían pasado más de dos horas cuando pidió un whisky doble. La camarera le miró entre sorprendida y asustada. «No servimos bebidas alcohólicas, señor —le dijo con voz de preocupación. La compasión que aquel pobre hombre despertó en ella, le hizo pronunciar las siguientes palabras—: Aguarde un instante, iré a la cocina. Seguro que mi marido guarda alguna botella de vino».

En tanto el alcohol resbaló hasta su estómago, Benjamin sintió un efímero placer. Con la voz medio entrecortada le pidió a la camarera que encendiera el televisor. La mujer obedeció y le entregó el mando para que él mismo escogiera el canal. Benjamin saltó de programación en programación hasta que de pronto vio a Margaret en la pantalla del televisor.

No pudo evitar escupir el vino que todavía tenía en la boca al ver a su hermana junto a Jeremy Franco, un decrépito presentador, antaño popular y actualmente venido a menos, por quien apenas nadie sentía el menor respeto.

Jayden estaba muerto, se repitió Benjamin una y otra vez hasta que por fin logró asimilar la noticia. El tipo sentado a su derecha le arrebató el mando del televisor y cambió de canal. En aquella cafetería no veían programación basura, le reprochó. Curiosamente, en aquel momento todos los canales parecían empeñados en cubrir la misma noticia.

A media mañana, ya nadie hablaba de un posible suicidio. La hipótesis más extendida sostenía que Jayden había sido envenenado. Benjamin recordó de nuevo el día en que Cassandra y él cenaron en el restaurante japonés de su amigo Akihiro. La bandeja metálica en la que el chef vertió los restos venenosos del pez fugu acudió a su memoria con asombrosa nitidez. En cuestión de pocos segundos, recordó también el instante en que Cassandra se ausentó para ir al lavabo. Había tardado demasiado en regresar.

Benjamin se sentía cada vez más mareado. Eran las doce y media y la cafetería comenzaba a llenarse de gente, lo que en un primer momento acrecentó su ya devastado estado de ánimo. No quería volver a casa, de modo que pidió algo de comer, sabiendo que no podría probar bocado.

Pasó dos largas horas observando el sándwich relleno de carne de langosta.

A duras penas podía respirar cuando finalmente se decidió a llamar a Cassandra. No tenía más opción que hablar con ella, se repitió en voz baja mientras pulsaba las teclas en la pantalla de su móvil.

Se puso tenso al escuchar su voz serena. No parecía la misma de siempre, pensó. Cassandra sonaba mucho más distante que de costumbre. Distante y fría, como si nada en el mundo pudiera perturbarle. Benjamin le habló en voz baja desde una mesa apartada de la cafetería, articulando sus palabras de manera imprecisa y torpe.

«¿Qué...? ¿Qué diablos has hecho, Kassie?», le preguntó a la joven en voz baja. A través del teléfono, Benjamin pudo advertir su respiración profunda y constante. El silencio hizo que Benjamin se sintiera terriblemente incómodo y rompió a hablar de nuevo sin saber muy bien qué decir.

«No hagas más preguntas, a menos que de verdad quieras escuchar las respuestas —respondió ella con un tono grave. Inhaló hondamente y dulcificó su voz tras un leve carraspeó—. Estoy metida en un buen lío y necesito que me ayudes a salir de él. ¿Lo harás, Ben? ¿Harás eso por mí?». Benjamin asintió en silencio, siendo plenamente consciente de la manipulación que ella ejercía sobre él.

Kassandra le pidió un único favor. Algo que bien podría haber hecho ella, pero involucrando a Benjamin le convertía en su cómplice, lo que a la postre le garantizaba el silencio de la única persona que podía comprometer su ansiada venganza. A cambio, le ofreció el dinero de la herencia que cobraría por la muerte de su marido. Benjamin se negó en redondo a aceptar ese dinero, pero la insistencia de Cassandra y su deseo obsesivo por acumular riquezas, le hicieron cambiar de opinión en cuestión de minutos.

Al día siguiente, mientras tomaba su tercera taza de café en lo que iba de mañana, Benjamin se dispuso a cumplir con su parte del plan. No entendía qué pretendía Cassandra con ello, pero tampoco le importaba. Su obediencia y sumisión le impedían pedirle cualquier explicación.

En tanto todo acabara, al fin podrían estar juntos sin necesidad de esconder su amor, pensó Benjamin. Tenía dinero suficiente como para empezar una nueva vida sin ataduras. Además, contaba también con la fortuna de su sobrino. Ambas cantidades sumaban una enorme cantidad de dinero, pensó con una expresión codiciosa.

Benjamin encendió el teléfono móvil con tarjeta de prepago que había comprado el día anterior. Descargó una aplicación que le permitiera distorsionar su voz y telefoneó al mejor amigo de su sobrino.

En tanto Saúl respondió, Benjamin se limitó a seguir las instrucciones de Cassandra al pie de la letra. Se aclaró la voz y comenzó a leer el texto que ella le había dictado: «Kassandra Kapra y su marido han hecho daño a muchas personas decentes, incluyéndome a mí mismo. Ella tiene algo que le pertenece y yo sé dónde puede encontrarla. La policía la tiene oculta en una casa amarilla situada frente a la academia militar de West Point. Estará sola entre las doce y la dos del mediodía. Encontrará las llaves de la vivienda bajo el macetero que hay junto a la puerta». Saúl no tuvo tiempo de preguntarle quién era, pues Benjamin colgó el teléfono de inmediato.

—No quiero parecer descortés, Ben, pero no puedo seguir hablando contigo —dijo Cassandra de pronto.

Benjamin se sobresaltó al escuchar su voz de nuevo. El miedo le sobrecogió sin aviso. ¿Y si nunca más volvía a escuchar aquella voz melódica?

—Puedo entender lo de Jayden, de veras que sí —dijo tratando de alargar un desenlace más que evidente—, pero ¿qué hay de Margaret y de Saúl? —preguntó sin que ni una muerte ni la otra le importaran lo más mínimo.

—No eran precisamente dos almas inocentes, Ben. De todos modos, sus muertes no fueron culpa mía —respondió ella sin titubear—. Y ahora, si me disculpas, tengo otros asuntos que atender...

—¡No! —gritó Benjamin perdiendo el control de sus propias emociones—. ¿Qué hay de mí? ¡Por el amor de Dios, Kassie! ¿Qué será de mi vida a partir de ahora?

—Eso no es asunto mío.

—¿Cómo que no? Estoy metido en un buen lío por tu culpa. Todos los periódicos hablan de mí, dicen que la policía me está buscando. Tienes que arreglar esto, Kassie, tienes que hacerlo por mí.

—No te debo nada, Ben. Nada, salvo los diez millones que te transferiré en tanto cobre la herencia de Jayden.

Él se llevó de nuevo la mano al pecho como si acabara de recibir un disparo en el corazón.

—Sabes muy bien que no puedo volver, la policía cree que estoy involucrado en la muerte de Jayden.

—Y lo estás, Ben, lo estás. No lo olvides nunca.

Benjamin sintió como se le aflojaban las rodillas y perdía el equilibrio al verse arrojado a un destierro inmerecido, pero lo que más le dolía era el desprecio de Cassandra.

—¿Es por el inspector? ¿Acaso piensas abandonarme por él? ¿Es eso? —exclamó poniéndose en evidencia—. No lo consentiré... Esto no acabará aquí.

Kassandra seguía frente al espejo, contemplando su esbelta figura, mientras sus pensamientos deambulaban por un laberinto de recuerdos. Llevaba demasiado tiempo planeando vengarse de su marido. Había urdido cientos de planes antes de que el destino le obsequiara con un merecido golpe de suerte. Durante todo aquel tiempo, había soportado una vida miserable, relegando su propia existencia a un segundo plano. Lo había sacrificado todo por una causa mayor y noble, se recordó a sí misma, pero ¿realmente había merecido la pena el sufrimiento?, se preguntó, acariciándose el vientre y recordando todo lo que había perdido por el camino.

—Veo que no has entendido nada, Ben —dijo en voz baja y sin despegar los ojos del espejo—. Si yo caigo, tú caes conmigo.

Kassandra clavó su mirada en los oscuros y penetrantes ojos de la mujer del espejo. La sonrisa que se dibujó en sus labios contrastaba con la frialdad de su mirada. Por primera vez en mucho

tiempo, se sentía satisfecha y orgullosa de sí misma.

No era su intención herir los sentimientos de Benjamin, pero tampoco sentía lástima por él. Después de todo, no era tan diferente de su sobrino. Había sido una pieza clave en la consecución de su objetivo. Sin él muy probablemente no hubiera podido perpetrar su venganza.

Benjamin era un tipo tan deshonesto como el resto de su familia, pero tenía un defecto de enorme valor para Cassandra: su debilidad por las mujeres frágiles y con problemas. Rescatar y auxiliar a una joven desprotegida alimentaba su ego varonil, especialmente si la dama en cuestión tenía una bonita sonrisa. Y en el fondo, eso es lo que era ella, pensó Cassandra. Solo que no necesitaba a ningún hombre que acudiera en su rescate, ella sola había logrado escapar de su propio infierno. Sin embargo, sí precisaba de su colaboración.

No le costó mucho esfuerzo encandilar a Benjamin. Su aparente vulnerabilidad fue su mejor aliado. Cassandra se mostró tímida, insegura e indefensa, lo que acabó por despertar un instinto protector en Benjamin. Ella le escuchaba atentamente, pidiéndole consejos que agradecía como si sus palabras fueran una auténtica fuente de sabiduría. Poco a poco, Cassandra logró que él se sintiera como un auténtico héroe, halagando sus virtudes, reconociendo sus méritos, valorando su opinión y, en definitiva, transformando su relación en pura magia.

También echó mano del noble arte de la seducción que tan bien conocía, pero siempre en su justa medida. Acostumbraba a escucharle con la cabeza ligeramente ladeada, observándole de reojo con los párpados a medio caer. Las miradas de reojo se intercalaban con instantes en los que ella clavaba sus ojos sobre los de él, sonriendo con vergüenza antes de apartar la vista de nuevo. Con enorme destreza, Cassandra sacó su lado más femenino, atusándose el cabello mientras se humedecía los labios y propiciaba algún que otro roce aparentemente casual.

Manipular a un tipo como Benjamin fue una tarea extraordinariamente fácil. Él sería su salvoconducto hacia la libertad. Lo intuyó desde el principio. Si había algún modo de acabar con Jayden sería a través de su tío.

El día en que Cassandra descubrió a qué se dedicaban se sintió tentada de poner en marcha la maquinaria de su venganza, pero la voz de la prudencia le obligó a esperar. En su lugar, empleó aquella información con gran habilidad y astucia, menospreciando a Benjamin al compararle con su marido. Después de aquello se alejó de él, sabiendo que con ello le destrozaría el corazón.

Días más tarde, retomaron el contacto cuando Benjamin le aseguró haber encontrado la solución a todos sus problemas. Con el entusiasmo impaciente de un adolescente enamorado, le habló del tipo que andaba tras la pista de Jayden, alguien que ofrecía una gran suma de dinero a cambio de información sobre el paradero de un extorsionador conocido como El Ojo de Horus.

Kassandra trató de mostrarse cauta en su reacción, pero lo cierto es que apenas pudo contener su exaltación. Con cierta ansiedad le pidió a Benjamin que le dijera todo cuanto sabía acerca de aquel misterioso hombre. Quería saber quién era realmente y cómo podía contactar con él.

Benjamin se negó en redondo a facilitarle ningún detalle más sobre el tipo que parecía haber puesto precio a la cabeza de Jayden. Aprovechó también para dejar bien claro cuáles eran sus intenciones. Su deseo no era poner en peligro a Jayden, sino alejarle de Cassandra. Ella, en cambio, parecía tener otros planes.

Kassandra se disgustó ante el incomprensible mutismo de Benjamin, pero evitó mostrar la menor emoción. Se despidió de él con frialdad, sosteniéndole la mirada mientras le daba a entender que jamás perdonaría aquel delito de alta traición. En tanto le volvió la espalda, esbozó una tímida sonrisa. Era una simple cuestión de tiempo, pensó, tarde o temprano Benjamin acabaría por decirle todo cuanto sabía.

Por su parte, Margaret había colaborado sin saberlo en su brillante plan. El odio que le profesaba no hacía sino beneficiarle, pero Kassandra tuvo que ser paciente. Todos los indicios y las pruebas que había hallado la policía apuntaban en una única dirección: ella era la asesina. Sin embargo, su asombrosa paciencia, aderezada con sus sutiles maniobras de seducción, habían logrado que finalmente el inspector creyera en su inocencia.

Su relación no había empezado con buen pie, recordó Kassandra. Liam era un tipo desconfiado por naturaleza. Desconfiado, intuitivo y perspicaz. Kassandra había tenido que esmerarse a conciencia con él, lo que no le resultó fácil en absoluto.

El inspector Sanders le había sentenciado en el mismo instante en que ella cruzó la puerta de su despacho, dando por sentado su involucración en la desaparición de su marido. Ella no se molestó en hacerle cambiar de opinión ni en interpretar el papel de víctima antes de hora. Debía ser Liam quien se diera cuenta de su error. Eso haría que, de algún modo, él se sintiera en deuda con ella.

La fotografía de su cuerpo desnudo empapelando los postes de media ciudad había encaminado la investigación en la dirección *correcta*. Encargó esa parte del plan a un muchacho de la calle a quien ni siquiera conocía. Vestida de un modo prácticamente irreconocible, Kassandra le entregó quinientos dólares a cambio del trabajo. No tenía la menor garantía de que el joven hiciera lo que le había pedido, pero ¿qué podía perder además de los quinientos dólares?

Con una destreza y frialdad asombrosas había planeado cada detalle al milímetro, pero no era tan necia como para negarse a improvisar si la situación así lo requería, como de hecho había acabado por suceder. Era precisamente esa capacidad de reacción y adaptación lo que le permitía responder eficazmente a cualquier imprevisto.

Le disgustaba enormemente haber tenido que implicar a su tío John en aquel asunto, pero de no haberlo hecho su plan no habría funcionado. Los últimos acontecimientos exigían un certero golpe de timón y qué mejor lugar para cambiar de rumbo que la cabaña de Lake Placid.

Kassandra sabía de sobra que con un simple juego de seducción no sería suficiente para engatusar al inspector Sanders. Liam jamás creería en su inocencia a menos que alguien se la hiciera ver. Y ese alguien era John Kapra.

Kassandra sabía muy bien lo mucho que su tío se esforzaría en limpiar su buen nombre frente a las continuas insinuaciones del inspector. La calidez de la cabaña, el fuego de la chimenea y un par de copas de whisky harían todo lo demás.

La imagen de una mujer maltratada por su marido y con un trágico pasado bastó para que el inspector Sanders cayera en la trampa. Kassandra se convirtió así en un ser débil a quien Liam debía proteger. A decir verdad, no era una cuestión de deber, sino más bien de necesidad. Sin darse apenas cuenta, el inspector dejó su instinto de lado y se obsesionó con proteger a aquella mujer desvalida de la que no tardó en enamorarse.

Lentamente, casi a cuentagotas, Cassandra había ido construyendo su propio relato de la historia. Una ficción compleja, pero verosímil. Una maquinación cautelosa repleta de intrigas, mentiras y pistas falsas, que en cuestión de poco tiempo adquirió la condición de certeza casi incuestionable.

La estudiada sutileza de la misteriosa amenaza que cernía sobre ella llegó a su punto álgido el día en que, tras regresar de nuevo a la ciudad, se dirigieron al apartamento de Benjamin. El dantesco y escalofriante espectáculo que presenciaron no dejaba lugar a dudas, alguien estaba decidido a destruir a Cassandra.

Había llevado a escena aquel acto macabro al día siguiente de acabar con la vida de Jayden. Con ello pretendía comprometer la integridad de Benjamin y, de paso, contribuir a que ella quedase libre de toda sospecha.

Kassandra tiñó de rojo la habitación de Benjamin, empleando la sangre que le había extraído a su marido la noche anterior. Lo hizo sin pestañear, sin el menor asomo de culpa ni compasión por el hombre al que acababa de traicionar.

Benjamin estaba enamorado de ella, o más bien creía estarlo, pero Cassandra no albergaba la menor duda sobre la endeblez de su aparente lealtad. Si se veía obligado a ello, no dudaría en delatarle. El mejor modo de evitar que ello sucediera no era otro que concederle un protagonismo en aquella historia mayor aún del que ya tenía. Eso y los diez millones que Cassandra le transferiría cuando todo acabara, serían suficientes para garantizar su silencio.

A decir verdad, no era solo el silencio de Benjamin lo que ella buscaba con aquel movimiento. Cassandra quería asegurarse de no volver a verle nunca más. En su nueva vida ya no habría sitio para él. Después de implicarle en la muerte de su sobrino, Cassandra sabía muy bien que Benjamin jamás regresaría. Desaparecería y despilfarraría su fortuna hasta sus últimos días.

—¿Todo en orden, Kassie? —preguntó Liam mientras acababa de poner la mesa.

—Me visto enseguida —respondió Cassandra sobresaltada. Su mirada parecía perdida en la inmensidad de un océano de recuerdos. Volvió la vista hacia la mujer del espejo y sonrió, esta vez con ternura—. Huele estupendamente.

Se llevó la mano izquierda a la parte baja de su espalda, tratando de calmar el agudo dolor que a ratos le dificultaba el respirar con normalidad. Un dolor que ahora se le antojaba placentero.

Sus pensamientos fluyeron de nuevo mientras enfundía su esbelta figura en un vestido ajustado. Los recuerdos de lo ocurrido el 5 de diciembre regresaron a su memoria como un desfile de sucesos aparentemente inesperados, que acabaron por precipitar el fatal desenlace. No le resultaba agradable pensar en ello, pero debía hacerlo. Era importante recordar lo sucedido y asegurarse de no haber cometido ningún error irreparable.

El 5 de diciembre fue el día que ella eligió para comenzar la partida. Un día como otro cualquiera, salvo por una pequeña diferencia: su nivel de resistencia parecía haber alcanzado un inquebrantable techo de cristal. No había ningún motivo para posponerlo más, así que aquella misma mañana telefoneó a Benjamin y dio comienzo a la función.

Poco después, Cassandra empezó a sentirse algo indispuesta, un malestar que fue en aumento a

lo largo del día. Eran las cinco de la tarde cuando regresó a casa con una terrible sensación de mareo. Se dirigió a su habitación y se tumbó en la cama junto a Lucas, sin extrañarse de que la puerta del apartamento no hubiera estado cerrada con llave. Cerró los ojos y trató de mantener la calma. Todo cuanto tenía que hacer en aquel momento era esperar.

Estando dormida, se sobresaltó al escuchar un fuerte golpe. Se levantó bruscamente y contuvo la respiración al oír la voz de su marido. Caminó cuidadosamente hacia el despacho que había tras la puerta roja. Una vez ahí, permaneció inmóvil, concentrando sus cinco sentidos.

Con la oreja pegada a la puerta, escuchó la tensa conversación entre su marido y un tipo al que parecía estar extorsionando. Al cabo de unos minutos, Jayden dio por concluida la llamada, lanzando el móvil mientras vociferaba palabras incomprensibles.

Kassandra, asustada, dio un paso atrás, tropezándose con Lucas. Cayó al suelo, lesionándose la muñeca de su mano derecha. Temblando de miedo, trató de incorporarse de inmediato, temiendo que Jayden pudiera salir del despacho en cualquier momento. Por suerte para ella, el móvil de su marido sonó en aquel preciso instante. Era su tío.

Benjamin cumplía con su parte del plan, constató Kassandra al escuchar cómo le advertía a su sobrino sobre el grave peligro que corría si no abandonaba la ciudad: una de las personas a las que había extorsionado estaba decidida a acabar con él.

Un tal Ahicam había publicado su amenaza en la sección anuncios clasificados de todos los periódicos nacionales. «Ofrezco dos millones de dólares a quien me proporcione información sobre el paradero de un infame y despreciable extorsionador que se hace llamar El Ojo de Horus. Si usted también se encuentra entre una de sus víctimas, no lo dude y póngase en contacto conmigo», rezaba el anuncio.

Unos minutos después, Benjamin decidió poner fin a la llamada telefónica, conminando a su sobrino a continuar la conversación en el viejo almacén que había junto a las oficinas del banco. Jayden aceptó a reunirse con su tío en dos horas. Necesitaba tiempo para pensar en cómo afrontar aquel inesperado contratiempo.

Kassandra corrió hacia su habitación y se encerró en el baño con Lucas. Poco después, escuchó la puerta del apartamento. Su marido se había marchado. Respiró ya más tranquila y repasó mentalmente sus próximos pasos.

Minutos más tarde se dirigió de nuevo al despacho de su marido. Al llegar, su corazón se contrajo al ver la puerta roja entreabierta. Durante un instante permaneció inmóvil frente a ella hasta que por fin se decidió a entrar.

Recorrió el pasillo que conducía al despacho caminando sigilosamente. Con la mano en el pecho abrió la boca sin poder creer lo que veían sus ojos. Jayden había dejado la puerta de la caja fuerte abierta.

Kassandra no era muy dada a improvisar, menos aún en un asunto como aquel, en el que estaba en juego mucho más que su vida, pero eso fue precisamente lo que hizo aquella noche en que por fin el destino allanó el camino de su venganza.

Observó el despacho sin poder creer lo que veían sus ojos. Tenía al alcance de su mano la

documentación que podía destruir el buen nombre de su marido. Un golpe de suerte que no pensaba desperdiciar. Tras mirar el reloj que había sobre la pared, Cassandra decidió robar la documentación y entregársela a Ethan, su amigo periodista. Él sabría qué hacer con ella, pensó.

Cuarenta minutos le bastaron para ir a la redacción del New York Post y regresar de nuevo al apartamento. Estaba tan absorta preguntándose si habría hecho bien al deshacerse de los documentos que ni siquiera consideró la posibilidad de que su marido pudiera regresar a casa. Al entrar en su habitación sintió una punzada en el corazón, un dolor agudo que, de algún modo, le advirtió de lo que estaba a punto de suceder.

«¿De dónde vienes?», le preguntó Jayden evidenciando su embriaguez. Cassandra le miró sobresaltada y aterrada, pero mantuvo la sangre fría al responder a la pregunta. Él la fulminó con la mirada, disimulando su ansiedad con una calma ficticia hasta que de pronto torció el gesto. Jayden salió de la habitación y encaminó sus pasos apresurados y errantes en dirección a su despacho.

Todo se precipitó en tanto vio la puerta roja medio abierta. Lo que sucedió a partir de aquel instante a punto estuvo de acabar con la vida de Cassandra. No fue la violencia física que él empleó lo que más le atemorizó, ni siquiera cuando Jayden le apuntó con un arma mientras le tapaba la cara con un cojín. El verdadero miedo vino de la mano de una dura advertencia, la amenaza que Jayden le lanzó en tanto ella reveló el paradero de la documentación de la caja fuerte: «Si mañana no logro recuperar la documentación, date por muerta. Y a tu maldito perro también.»

—¿Qué te apetece beber? —La voz grave de Liam le hizo volver a la realidad.

El inspector entró en la habitación y se sentó en la cama junto a Cassandra.

—Una copa de vino estaría bien —respondió ella mientras se calzaba unos elegantes zapatos de tacón.

—¿Por qué no me cuentas lo que sucede?

Liam obtuvo un largo silencio por respuesta. Cassandra era una mujer fascinantemente hermosa, pensó al contemplarla embelesado. Observó su lento parpadeo, casi hipnótico, y acercó la mano a su rostro. Le miró fijamente, intentando descifrar la enigmática expresión de aquella mirada ambarina.

—No es nada —contestó Cassandra con el pulso acelerado.

—No te ofendas, Kassie, pero no eres muy buena mintiendo —comentó Liam librando una impetuosa batalla contra el deseo.

Ella sonrió irónicamente. Se acercó a él y le besó, bordeando el perímetro de la cordura. Una bocanada de aire inundó sus pulmones de esperanza. Podía ser feliz a su lado, desde luego que sí.

Sin embargo, al poco le invadió un repentino remordimiento. Las lágrimas enturbiaron su vista mientras se preguntaba qué sería de aquella relación si no estuviera cimentada sobre una inmensa mentira.

—No he sido del todo sincera contigo... —confesó finalmente. Había logrado todo cuanto

quería y, aunque no lo deseara, estaba dispuesta a pagar por sus pecados—. Hay algo que quizá deberías saber.

Liam le besó en la frente, sonriéndole de un modo extraño. No era ningún estúpido. Nunca lo había sido y jamás lo sería. Sabía muy bien por quién había apostado. No necesitaba formular ninguna pregunta cuya respuesta ya conocía.

—Es hora de desviar la vista del pasado, Kassie —le aconsejó con un tono paternalista—. De lo contrario jamás serás capaz de avanzar hacia el futuro.

—Pero yo...

Él negó con la cabeza, besó sus labios por última vez y se dirigió hacia la puerta.

—La gente acostumbra a buscar justicia o venganza —dijo con el semblante serio—. Tú has encontrado ambas cosas —añadió antes de marchar.

Aturdida y casi sin respiración, Cassandra viajó en el tiempo una última vez mientras se llevaba la mano a la frente, donde instantes antes Liam le había besado.

El plan no era sencillo, desde luego que no, pero valía la pena intentarlo. Había calculado hasta el más mínimo detalle, evitando dejar nada al azar. Aun así, sabía que el éxito no solo estaba en sus manos sino en las de un destino caprichoso que hasta el momento no le había sonreído.

La noche en que su vida cambió para siempre, Cassandra actuó con la templanza y la seguridad de quien no tiene nada que perder.

Dos semanas antes había quedado con Benjamin en una cafetería que ambos solían frecuentar. Echando mano de su valiosa capacidad para embaucar a los incautos, Cassandra le hizo saber que había cambiado de opinión. El plan que Benjamin le había propuesto unos días atrás para alejar a Jayden de sus vidas, un planteamiento que en absoluto había sido del agrado de Cassandra, le parecía ahora una buena idea.

Benjamin accedió a continuar la conversación en su apartamento. Una vez ahí encargó comida china y ambos disfrutaron de la cena en un ambiente mucho más relajado.

Pasados unos minutos Cassandra fingió sentirse indispuesta, ausentándose en un par de ocasiones, sin que ello levantara la menor sospecha. El lavabo quedaba al final del pasillo, justo al lado del despacho de Benjamin.

No tuvo suerte en su primera incursión. Después de casi cinco minutos en los que examinó a conciencia cada rincón del despacho de Benjamin, Cassandra regresó al salón haciendo lo posible por ocultar su decepción. Media hora después decidió intentarlo de nuevo, simulando una indisposición ligera a la que trató de restarle importancia.

Entró en el despacho caminando de puntillas, volvió la puerta lentamente y se detuvo en medio de la estancia. Había registrado cada estantería, cada armario, cada maldito rincón de aquella habitación sin encontrar lo que buscaba.

Presa de la frustración, Cassandra valoró la posibilidad de sonsacarle la información a Benjamin cuando algo llamó su atención. Esparcidos sobre el escritorio había al menos una decena de periódicos aparentemente desordenados. Cogió uno al azar y leyó en voz baja el

anuncio que Benjamin había destacado con un rotulador fluorescente. Ahí estaba todo cuanto necesitaba para emprender su andadura, reflexionó en silencio mientras una tímida sonrisa de satisfacción asomaba en sus labios.

Unos minutos más tarde, Cassandra se despidió de Benjamin. Había sido un día muy largo y estaba agotada, se excusó. Él sacó a colación el asunto de su marido, creyendo que de ese modo lograría retenerla un instante más. No fue eso lo que sucedió. «Espera mi llamada, Ben», le dijo Cassandra sin expresar la menor emoción.

A la mañana siguiente, Cassandra telefoneó al número que aparecía en el anuncio del periódico. Su única intención era averiguar algo de información sobre el tipo que quería acabar con su marido. Tal vez incluso llegaran a hacer buenas migas, ironizó en silencio. A fin de cuentas, ambos tenían un enemigo común.

Las víctimas del lucrativo negocio que manejaban Benjamin y Jayden no despertaban en Cassandra la menor compasión. Todo lo contrario, sentía por ellos casi el mismo desprecio que por su marido. Así pues, servirse de uno de ellos para perpetrar su venganza no supuso para ella el menor inconveniente. En tanto se le presentó la oportunidad, no dudó en aprovecharla. ¡Y qué oportunidad! Aquel pobre infeliz había cometido un error de los grandes al haber dispersado a los cuatro vientos su deseo por vengarse de Jayden Wenneck. Una auténtica insensatez de la que Cassandra se serviría para perpetrar un crimen casi perfecto.

Escuchó al menos cinco tonos antes de que una voz distorsionada por la tecnología respondiera a la llamada. Cassandra habló en susurros, camuflando su voz con la ayuda de un pañuelo, que colocó sobre el micrófono del teléfono, y forzando un marcado acento sureño. «Le llamo por el anuncio en el periódico... Sé quién es El Ojo de Horus», fueron sus primeras palabras.

El hombre que le escuchaba al otro lado de la línea carraspeó ligeramente y esperó a que ella continuara hablando. En lugar de eso, Cassandra permaneció callada. Algo había llamado su atención.

El tipo carraspeó de nuevo, esforzándose por hacerlo discretamente. «Oiga, no tengo todo el tiempo del mundo, ¿sabe o no sabe quién es El Ojo de Horus?», exclamó, formulando su pregunta al tiempo que se afanaba por aclararse la garganta. Tosió y carraspeó de nuevo, esta vez enérgicamente.

Kassandra reconoció aquella tos seca, involuntaria y repetitiva. Una tos casi violenta. La misma tos nerviosa y persistente que acompañaba siempre a Saúl.

Colgó el teléfono de manera instintiva, abriendo la boca una y otra vez como si quisiera expresar su desconcierto. Continuó inmóvil durante varios minutos, paralizada como una estatua de sal. Sentía como la sangre le retumbaba en las sienas mientras se le formaba un nudo en la garganta. ¿Sería él?, se preguntó, ¿sería Saúl el tipo que quería acabar con su marido?

Kassandra se irguió repentinamente y echó a andar por la habitación. Era él, se dijo, era Saúl. Ningún aparato electrónico podía disimular aquel carraspeo ininterrumpido, similar a una estridente e irritante música de fondo.

Tardó poco más de una hora en advertir la fortuna que se ocultaba tras aquel contratiempo. Cuando lo hizo, le invadió una sensación deliciosa. Las reglas del juego habían cambiado, era

cierto, pero lo habían hecho para mejor.

Saúl Ramírez. Cassandra repitió su nombre en voz alta mientras se preguntaba qué demonios habría averiguado Jayden sobre él. Abrió la ventana de su habitación, dejando entrar el gélido viento. Todavía conmocionada y desorientada, comenzó a dar vueltas en círculos hasta que, pasados unos minutos, las piezas comenzaron a encajar.

Saúl Ramírez. Repitió su nombre una vez más, esbozando una tímida sonrisa de satisfacción. Se lo imaginó hablándole por encima del hombro, con su habitual semblante engreído, describiendo al detalle cada uno de sus logros al frente de su exitosa empresa farmacéutica.

Pobre infeliz. Saúl había acabado por creerse sus propias mentiras, desdibujando la realidad para lograr la aceptación de los demás. Pero lo cierto es que sus grotescos delirios de grandeza no causaban la menor impresión en la gente. Todo lo contrario, Saúl aborrecía a propios y extraños con sus fantasías narcisistas.

Kassandra se tumbó en la cama mientras pensaba en ello. Saúl Ramírez. Susurraba su nombre una y otra vez. Cuantas más vueltas le daba, más provechosa se le antojaba su aparente propensión a la megalomanía.

Recordó aquella ocasión en la que, años atrás, Saúl le habló del éxito que esperaba cosechar con el lanzamiento de un medicamento revolucionario. Como la mayoría de las historias que contaba, el tiempo acabó por enterrarla en un suelo sembrado de mentiras. Sin embargo, fiel a su habitual y enfermiza mitomanía, Saúl había prolongado su fábula con el paso de los años. Es más, durante los últimos meses, sintiendo en la nuca el aliento de la bancarrota, había reanudado su fantasía con más ahínco que nunca.

La realidad es que la empresa estaba a punto de quebrar tras más de dos años en números rojos. Cassandra lo sabía por boca de Jayden, a quien Saúl había tenido que pedir dinero en más de una ocasión.

Deambulando de un lado a otro de la habitación, Cassandra reflexionó en silencio sobre lo que acababa de averiguar. Necesitaba ordenar sus ideas. Todavía profundamente desorientada, repasó la situación una y otra vez.

Tardó poco más de dos horas en idear un nuevo plan que reemplazara al anterior. Todo ocurriría de manera accidental. Escucharía una conversación privada entre Jayden y Benjamin, tal y como venía haciendo en los últimos tiempos. Sabría de la existencia de ese anuncio que ponía precio a la vida de su marido y, finalmente, en un estado de enajenación transitoria, decidiría delatar a Jayden.

Esa sería su coartada en caso de verse acorralada. Era una balanza difícil de equilibrar, pero astutamente planificada. Delatar a Jayden le otorgaba cierta complicidad en su muerte, pero en cierto modo le exculpaba de la ejecución de su asesinato.

Si finalmente se veía obligada a revelar su traición, hallaría el modo de que la eximieran de cualquier responsabilidad criminal. A fin de cuentas, en su estado no podía hacerse responsable de sus actos. ¿O tal vez sí? Asumía un riesgo demasiado grande al embarcarse en aquella locura, pero ¿cómo no hacerlo si llevaba años esperando una oportunidad como aquella? ¿Cómo no seguir adelante si el destino le había repartido la mejor mano posible?

Acabar con la vida de Jayden e incriminar a otro por ello era, sencillamente, un plan perfecto. Pero, a pesar de todo, Kassandra tenía sus reparos. Ese *otro* era un tipo al que su marido había extorsionado. Presumiblemente, un empresario rico y poderoso de dudosa catadura moral. A pesar de ello, la idea de imputarle a otra persona un delito de asesinato seguía sin convencerle a Kassandra. Si algo había aprendido con el paso tiempo era la importancia de no abrir al conflicto más puertas de las necesarias.

La entrada en escena de Saúl lo cambiaba todo, transformaba un plan brillante en un crimen casi perfecto. Un pobre diablo, arruinado por la mala gestión de su negocio y extorsionado por su mejor amigo. Dueño de una ruinoso empresa farmacéutica que, según había anunciado a los cuatro vientos, estaba a punto de lanzar al mercado un medicamento destinado a hacer historia. Un fármaco cuya composición contaba con una sustancia altamente venenosa.

Con el viento claramente a su favor, a Kassandra solo le restaba dar con una razón moral de peso para ampliar su radio de acción e incluir a Saúl como una víctima más de su venganza. Y la tenía, por supuesto que la tenía.

Pasó dos semanas reconstruyendo el plan inicial, adaptando cada uno de sus pasos al nuevo personaje que acababa de entrar en escena. No quiso atender las llamadas de Benjamin. Nada debía distraerse de su objetivo. Llegado el momento, contactaría de nuevo con él, pero hasta que eso ocurriera mantendría las distancias.

La noche del 4 de diciembre, Kassandra dio por concluido su plan. Unas horas antes, Jayden le había telefonado para anunciarle que llegaría tarde a casa. «Tengo una cena de negocios —dijo tras un leve carraspeo—. Probablemente se alargue bastante, así que no me esperes despierta». La última frase era tan absurda como innecesaria. Hacía ya mucho tiempo que Kassandra no le esperaba despierta.

Cuando cayó la noche, se sentó junto a Lucas en el alféizar de la ventana de su habitación y contempló el cielo estrellado. Pensó en Jayden. Seguramente estaría emborrachándose en algún club de strippers, deslizado billetes de cien por el tanga de alguna bailarina semidesnuda con la que después mantendría relaciones sexuales. Nada de eso le importaba a Kassandra, todo lo contrario, reafirmaba su determinación a acabar con la vida de su marido.

A la mañana siguiente telefoneó a Benjamin. Le habló de manera precipitada, interpretando su papel a la perfección y no dejando lugar a dudas: el día había llegado. Benjamin debía hablar con su sobrino, advertirle de la existencia de Ahicam y reunirse con él en el viejo almacén que había junto a las oficinas del banco. Su venganza había comenzado.

La noche en que su vida cambió para siempre, Kassandra golpeó a Jayden en la parte trasera de la cabeza con tanta violencia que incluso ella se sorprendió. Aquel brutal impacto era el resultado de años de espera y paciencia. Años de frustración y, en ocasiones, de resignación, pero también años de perseverancia.

Antes de salir de su apartamento y dirigirse al almacén donde su marido y Benjamin habían quedado, cogió el manojito de llaves que Jayden guardaba en su mesita de noche y una bolsa de deporte con varios utensilios que necesitaba para lograr su objetivo.

Al cerrar la puerta de su apartamento, le invadió una oleada de pánico. Respiró hondamente, frenando el impulso de dar voz a las dudas que le asaltaron en aquel instante. La decisión estaba tomada, se dijo mientras aceleraba el paso.

Entró en el viejo almacén después de enfundar sus manos en unos guantes de látex, adentrándose en la penumbra mientras caminaba de puntillas. Un haz de luz blanca penetraba a través de una pequeña claraboya que iluminaba una delgada silueta al otro lado de la fría estancia.

Kassandra se acercó a su marido lentamente, conteniendo la respiración para no hacer el menor ruido. Caminaba con el sigilo y la cautela de un ave nocturna a punto de atrapar a su presa. A apenas diez pasos de distancia, se detuvo y trató de agudizar todos sus sentidos.

La oscuridad era casi absoluta y el silencio sepulcral. Caminó unos pasos más, procurando no tropezar con los cables que había en el suelo. Su corazón latía con tal intensidad que a duras penas podía respirar. Un pánico abrumador y paralizante se adueñó de sus piernas por un instante, impidiéndole avanzar.

El color desapareció de sus labios, que comenzaron a temblar enérgicamente, y de sus mejillas, dejando paso a una palidez cadavérica. Kassandra dio un paso al frente. Tenía el rostro desencajado, las pupilas dilatadas y los músculos tensos, preparados para actuar. Sus ojos aterrorizados observaron la silueta de Jayden, que permanecía de espaldas a unos pocos pasos de ella.

Kassandra echó un vistazo alrededor. No podía posponerlo más, pensó mientras respiraba hondamente hasta llenar sus pulmones de aire. Avanzó los últimos pasos lentamente y con extrema cautela, con cuidado de no hacer ningún ruido. Levantó el brazo, sosteniendo un pisapapeles con forma de águila que Jayden guardaba en su despacho, y golpeó a su marido en la cabeza con la fuerza que brinda el odio contenido durante años.

Arrastró el cuerpo inconsciente de Jayden varios metros y, con cierta dificultad, logró incorporarle hasta sentarle sobre una vieja silla de madera. Abrió la bolsa que llevaba consigo y vació su contenido sobre el mueble desgastado que quedaba a su derecha.

Le ató las manos a la espalda con una cuerda gruesa, la misma que empleó para inmovilizarle las piernas y el torso, y le colocó una mordaza de cuero en la boca. Acto seguido, le propinó un violento puñetazo en el ojo.

Kassandra tomó asiento frente a su marido y le observó sin pestañear, sosteniendo una jeringa en su mano derecha. Con una frialdad absoluta, colocó una banda elástica alrededor de la parte superior del brazo izquierdo de su marido. Lentamente, hundió la aguja en una vena localizada en la parte interior del codo y aspiró suavemente. La sangre comenzó a penetrar en la jeringa con lentitud, como si no quisiera abandonar el cuerpo de Jayden. Kassandra aflojó el compresor de goma, retiró la aguja y traspasó la sangre a un tubo con anticoagulante. Después, esperó pacientemente a que su marido despertara. Quería que Jayden fuera consciente de todo cuanto le iba a suceder a partir de aquel momento.

Pasaron más de treinta minutos antes de que Jayden abriera los ojos. Cuando lo hizo, ella sonrió al ver su rostro de estupor. Le retiró la mordaza y le concedió la que sin duda sería su última voluntad: tratar de humillarla con insultos y amenazas. Para su sorpresa, nada de eso

ocurrió. Las únicas dos palabras que desatinadamente brotaron de los labios de su marido fueron «¿Por qué?».

Ella le respondió con una sola mirada. Una mirada en la que se apreciaban años de sufrimiento. De pronto la duda le arremetió con fuerza. ¿Qué estaba haciendo? Cassandra comenzó a sudar y a respirar agitadamente. El pánico subió un peldaño en intensidad cuando Jayden le miró con su habitual menosprecio. Permaneció quieta, incapaz de articular una sola palabra. «Acabare contigo, ¿me oyes?», le dijo Jayden creciéndose ante el desconcierto de su mujer.

Kassandra comenzó a caminar alejándose de su marido. «El miedo no cobrará vida a menos que yo se lo permita», se dijo a sí misma mientras le daba la espalda y hacía lo imposible por recobrar la templanza. Unos segundos después, se volvió hacia él y le miró fijamente sin que en sus ojos se reflejara la menor emoción.

Lo que experimentó en aquel momento fue una sensación de paz infinita. Estaba a tan solo un paso de liberarse de los grilletes a los que había estado encadenada durante años. Un solo paso, se dijo mentalmente antes de inyectarle a su marido cincuenta miligramos de tetrodotoxina.

El veneno no tardó mucho en hacer efecto. Pasados unos minutos, Jayden apenas era capaz de mover ni un solo músculo. Respiraba con mucha dificultad y tenía unas violentas convulsiones que, junto a sus pupilas anormalmente dilatadas, le otorgaban un aspecto de lo más siniestro. Cassandra permaneció frente a él, viendo como poco a poco la parálisis derivaba en una depresión respiratoria.

A pesar de lo mucho que deseaba la muerte de su marido, lo cierto es que Cassandra no disfrutó de lo que vio. Todo lo contrario. Aun así, decidió no moverse del lugar hasta cerciorarse de la muerte de su marido.

Una vez Jayden hubo exhalado su último aliento, Cassandra regresó a su apartamento, donde apresuradamente y sin apenas margen de maniobra o error, repasó al detalle sus siguientes pasos.

Aquella noche pocas cosas sucedieron tal y como ella había planeado. Sin embargo, y a pesar de los contratiempos, creía haber superado las complicaciones con relativo éxito. Los días siguientes eran cruciales para cruzar la delgada línea que separa el fracaso del triunfo. Hubo algún instante en que sintió como su suerte rodaba cuesta abajo y sin frenos, precipitándose en caída libre hacia un futuro poco alentador. Parte de culpa la tuvo el inspector Sanders.

Liam era un tipo inteligente y mucho más sagaz de lo que Cassandra hubiera esperado de un policía. Tenía la costumbre de desconfiar de cualquier persona y eso, por supuesto, la incluía a ella. A simple vista parecía un hombre frío y duro, que recurría a la provocación con excesiva facilidad.

El inspector la había tomado con ella desde el instante en que puso el pie en su despacho. Actuaba como un perro de presa, despiadado y obstinado, decidido a perseguir a Cassandra hasta demostrar su culpabilidad. No parecía haber modo humano de detenerle. Sin embargo, todo cambió la noche del 9 de diciembre cuando, al calor del fuego de la chimenea, ambos mantuvieron una breve pero intensa charla.

Después de aquel encuentro, el inspector cesó en su empeño de acorralar a Cassandra. Seguía sin confiar en ella, es cierto, pero el recelo y la antipatía cedieron terreno frente a una repentina e

irracional obsesión por protegerla.

Pasados seis días frenéticos, ella afrontó el desenlace de la partida con la resignación de quien se lo juega todo a una sola carta.

Siguiendo sus instrucciones, Benjamin telefoneó a Saúl y le informó del paradero de Cassandra. Por su parte, ella llamó a comisaría y, haciéndose pasar por Linda Hamilton, la secretaria del comisario jefe de la Policía de Nueva York, solicitó una reunión urgente con el inspector a cargo del caso Wenneck.

Aquella había sido una jugada demasiado arriesgada, casi imposible. Cassandra había supuesto que Liam no tardaría en percatarse del engaño. En tanto lo hiciera, regresaría a casa de Mason a tiempo de ver como Saúl trataba de acabar con ella. Pero no había sido así y su error de vaticinio a punto había estado de costarle la vida.

Lo que sucedió a partir de aquel instante no fue lo que Cassandra había planeado. Fue infinitamente mejor.

Revelarle su escondite a Saúl ponía en peligro su vida, pero no había un final alternativo. No si quería enviarle directo a la cárcel. Aquel encuentro, junto con las pistas falsas que Cassandra había ido esparciendo a pequeñas dosis durante las últimas cuarenta y ocho horas, confirmarían la implicación de Saúl en el asesinato de Jayden Wenneck.

Era muy consciente de lo rápido que podían torcerse sus planes. Después de todo, su apuesta era mucho más ambiciosa de lo que inicialmente había previsto. Pero eso no le importaba a Cassandra. La cárcel o incluso su propia muerte no se encontraban entre sus mayores temores.

No sucedió ni una cosa ni la otra. La suerte, la casualidad o, tal vez, el destino reescribió la escena final, cobrándose la vida de dos personas a las que probablemente nadie echaría de menos.

—La cena se va a enfriar —exclamó Liam mientras servía los platos en el salón de su casa.

—Enseguida voy —respondió Cassandra.

Liam Sanders era un buen tipo. Podía enamorarse de él, pensó, regresando de nuevo a la realidad. Tal vez incluso ya lo hubiera hecho, se reconoció mientras veía como el hielo a su alrededor comenzaba a derretirse.

Kassandra cogió su bolso y extrajo un pequeño frasco del bolsillo oculto que había en su interior. Había cometido un error mayúsculo al no haberse deshecho de él, pero temía que tuviera que volver a hacer uso del veneno con Saúl si las cosas no salían como ella había planeado.

Con una expresión de plena convicción, observó el líquido incoloro que contenía. Tetrodotoxina. Se dirigió al baño y vació su contenido por el retrete, sabiendo que acaba de cerrar el capítulo más triste y despreciable de su vida.

Enero de 2016 - Junio de 2016

Los meses transcurrieron en un ambiente de incertidumbre, mezclada con el miedo vertiginoso de quien se expone a un drástico e irremediable final. Ese final no era otro que la cárcel. Era el precio que pagaría por haber acabado con la vida de su marido, solía pensar Cassandra.

Aprovechaba la menor ocasión para quedar con Liam, de quien, para su asombro, había acabado por enamorarse perdidamente. Era la primera vez que saboreaba las dulces mieles del deseo. Sin embargo, a menudo se sentía incapaz de abrir plenamente la puerta al amor, pues en el fondo temía que la terrible cuenta atrás estuviera a punto de comenzar.

Todo cambió el día en que Liam, fiel a su singular código de honor, le anunció el cierre del caso sobre el asesinato de Jayden Wenneck. Lo hizo sin el menor prolegómeno y sin apenas facilitar ningún detalle.

—Asunto zanjado —añadió como colofón a su peculiar exposición.

No había sido fácil dar carpetazo a aquel caso del que todavía quedaban bastantes flecos por cerrar. Las sospechas que pesaban sobre la posible involucración de Cassandra en la muerte de su marido no tardaron en desaparecer, especialmente después de que ella renunciara a la herencia de Jayden.

En su informe final, Liam concluyó que Saúl Ramírez era responsable de la muerte de Jayden Wenneck. Su mujer, Lilly Ramírez, fue una pieza clave en la resolución del caso.

En su primera declaración ante la policía, Lilly apenas aportó ninguna información de valor. Confirmó que, a tenor de lo que Saúl se esforzaba en pregonar a los cuatro vientos, su empresa farmacéutica trabajaba desde hace años en un medicamento contra el cáncer. Un fármaco cuyo principal componente era la tetrodotoxina. También mencionó la irascibilidad desmesurada que parecía haber anidado en el carácter de su marido durante las semanas previas a la muerte de Jayden Wenneck. En definitiva, nada que la policía no supiera ya.

No obstante, pocos días después Lilly acudió de nuevo a comisaría. Con el rostro compungido confesó haber omitido una cuestión relevante en su declaración. Al parecer, había sido el abogado de la familia quien le había aconsejado el mantenerse al margen de la investigación policial que pesaba sobre Saúl.

Los remordimientos y el desprecio que sentía por su marido lograron hacerle cambiar de idea. Con los nervios a flor de piel, Lilly Ramírez le explicó al detalle la conversación telefónica que escuchó desde su habitación el día en que asesinaron a Jayden Wenneck. Saúl, totalmente fuera de sí, mencionó el nombre de Jayden en varias ocasiones. Costaba entender lo que decía. En su discurso delirante, su marido amontonaba palabras imprecisas y desenfrenadas, a la vez que soltaba toda suerte de improperios y amenazas contra Jayden. «Juró que le mataría», comentó Lilly sin el menor ápice de duda.

Dos días más tarde, el registro telefónico del móvil de Saúl confirmó que aquella llamada se había efectuado a un número de teléfono registrado a nombre de Margaret Witterman. Para

entonces prácticamente nadie dudaba sobre la autoría del crimen. Las pruebas en contra de Saúl Ramírez eran abrumadoras, consistentes y más que suficientes para confirmar su culpabilidad.

Liam determinó que Margaret Witterman había sido cómplice del asesinato de su hijo. Tras una ardua investigación, no exenta de especulaciones y ambigüedades, finalmente concluyó que el asesinato de Jayden Wenneck no pudo haberse consumado sin su colaboración.

Durante esos días, un joven periodista, ávido de sensacionalismo y carnaza, publicó un reportaje desgarrador sobre el caso Wenneck. El reportero construyó su propio relato de la historia, echando mano de una dramatización amarillista y de información no contrastada, impactante y polémica. Curiosamente, su versión de lo ocurrido no distaba mucho de la realidad.

El artículo publicado abordaba los detalles más escabrosos sobre la muerte de Jayden Wenneck, haciendo especial hincapié en lo que, a juicio del periodista, había dado origen a aquella historia: la infancia de Jayden y los abusos que este sufrió de manos de su propio tío: el padre Jordan. Unos abusos de los que, sin duda, su madre, Margaret Witterman, estaba al corriente. Pero el amplio reportaje, que alcanzaba las dos páginas completas, sacó a la luz un escándalo mayor aún que el anterior: los casos de pedofilia cometidos durante años en el prestigioso internado Caterpillar.

A pesar de las lagunas existentes en el caso, el inspector Sanders se las ingenió para encauzar las aguas en la dirección correcta. No logró llevarse a su terreno al capitán Nicholson, que no veía con buenos ojos el modo en que Liam concluyó su investigación, pero el tiempo y el juicio mediático con el que la prensa sentenció a Margaret y a Saúl relegaron el caso a un merecido olvido.

Sin embargo, antes de que ello ocurriera, Liam tuvo que sortear infinidad de obstáculos. Había demasiadas piezas que no encajaban en aquella historia, demasiados interrogantes abiertos para los que él no tenía una respuesta.

La policía registró de nuevo el apartamento de Jayden Wenneck, incluyendo su ordenador personal. Ahí hallaron nuevas evidencias físicas del chantaje al que sometió a Saúl Ramírez. Una carta en la que Jayden aseguraba disponer de una declaración de Michael Bennet, grabada instantes antes de morir, en la que explicaba con todo lujo de detalles lo ocurrido el 23 de junio de 1986 y los días posteriores. Según pudieron comprobar los agentes, aquella misma carta había sido remitida, días después, a Margaret Witterman,

A pesar de los múltiples registros, los investigadores no llegaron a encontrar ninguna grabación, de modo que finalmente concluyeron que la misma no había existido jamás.

La policía tampoco logró averiguar quién había informado a Saúl sobre la identidad del Ojo de Horus, algo a lo que Liam trató de restar importancia. No le fue fácil, pues el capitán Nicholson insistió incansablemente sobre la importancia de dar con el delator.

Sin embargo, el principal escollo con el que se encontró el inspector Sanders fue Benjamin Witterman. Llevaba desaparecido varios meses y durante todo ese tiempo Liam y sus hombres no habían dado con ninguna pista sobre su paradero. Surgieron múltiples conjeturas sobre su posible cooperación en la muerte de su sobrino, pero ninguna de ellas prosperó lo suficiente. Aun así, nadie descartaba su involucración, especialmente el inspector Sanders.

Liam sospechaba que Benjamin había jugado un papel relevante en el asesinato de Jayden, pero lo cierto es que aquella incógnita no le hizo perder ni un minuto de sueño. Tenía cierta urgencia por cerrar el caso y, a su juicio, disponía de todo cuanto necesitaba para hacerlo. En cuanto a Benjamin, seguirían investigando su desaparición hasta que dieran con él, o hasta que su ausencia no despertara ya el menor interés.

—¿Estás bien, Kassie? —preguntó Liam.

Kassandra, prisionera de sus propias emociones, comenzó a caminar a lo largo del salón mientras derramaba unas lágrimas silenciosas. Todo había terminado. Se sentía aliviada y desorientada al mismo tiempo. Sus ojos vidriosos se posaron sobre los de Liam, agradeciéndole en silencio todo lo que había hecho por ella. Nunca habían hablado de ello y, probablemente, jamás lo harían, pero ambos sabían que la versión oficial sobre el asesinato de Jayden Wenneck distaba mucho de lo que realmente había sucedido.

Al inspector Sanders no le importaba arriesgar su carrera como policía por Kassandra. No solo estaba locamente enamorado de ella, también creía firmemente en su inocencia. Claro que, su concepto de inocencia no era, ni de lejos, el que estipulaba la ley. A su modo de ver, un tipo como Jayden merecía un final incluso peor del que había tenido. En cuanto a Margaret y a Saúl, lo cierto es que Liam hubiera preferido que pasaran una larga temporada a la sombra, pero la vida era así de impredecible.

—Creo que tal vez necesites estar un rato a solas —comentó al ver la expresión de desconcierto en el rostro de Kassandra—. Antes de irme, quisiera pedirte algo.

—¿De qué se trata, inspector? —preguntó ella rozando su mano.

—Me gustaría que viviéramos juntos.

Kassandra clavó su mirada en el reloj que colgaba de la pared. Las manecillas del segundero recorrieron la esfera entera antes de que ella se decidiera a responder.

—Cuenta con ello —dijo finalmente.

Mientras veía a Liam marchar, sus pensamientos regresaron al instante en que todo comenzó. Su mente se remontó a los nítidos recuerdos que tenía de aquel lunes 23 de junio de 1986. Unos recuerdos vivos y precisos, casi fotográficos, grabados a fuego en su memoria. Pensaría en ello una última vez antes de olvidar para siempre aquella pesadilla de la que acababa de despertar.

Dicen que los niños tienen una asombrosa capacidad para olvidar aquellas experiencias dolorosas que han padecido a lo largo de su corta vida. Pero no todos lo logran, ni tampoco todos lo intentan.

Algunos niños retienen en su memoria el recuerdo. Arrinconan, si es que pueden, el dolor y, sencillamente, aprenden a vivir con la fatalidad.

El día en que se fraguó la tragedia, Kassandra tenía ocho años. Lo recordaba muy bien, pues la noche anterior había recibido una llamada de sus padres anunciándole su regreso después de más de tres semanas de ausencia. En tanto colgó el teléfono, Kassandra comenzó a correr por toda la

casa rebosante de felicidad. La euforia se extendió por todo su cuerpo como un reguero de pólvora mientras sus estallidos de emoción resonaban por las paredes de toda la casa.

Aquel alborozo infantil, ceremonioso y honesto, una alegría que solo otro niño hubiera sido capaz de entender, se vio perturbado en tanto Cassandra bajó corriendo las escaleras y se tropezó con la señora Owens, la mujer que se hacía cargo de ella durante las ausencias de sus padres. Susan Owens era una mujer de edad próxima a la vejez, resentida con el mundo y terriblemente severa. Una institutriz a la vieja usanza, con más fe en la disciplina que en la motivación, empeñada en enseñar a Cassandra a tocar el piano, a coser y a bordar.

Pero ni el más agrio de los rostros podía arruinar aquella noche perfecta en que la joven soñaría con sus padres, a quienes vería en cuestión de horas. Jamás olvidaría la increíble sensación de alegría y libertad que experimentó aquella noche, una sensación muy próxima a la felicidad duradera.

A la mañana siguiente, Cassandra se levantó de un salto de la cama y corrió hacia la cocina, donde le esperaba un humeante tazón de leche con gachas de avena. La señora Owens parecía de buen humor, pensó al escucharle entonar una alegre melodía.

Casi tres décadas después, Cassandra recordaba lo sucedido aquel día con milimétrico detalle. Recordaba el vestido de muselina blanco con estampado de flores rojas que llevaba puesto, una prenda que odiaba con todas sus fuerzas y que, curiosamente, su madre adoraba. Recordaba el olor de la leche caliente, hervida con una rama de canela y cáscara de limón, el olor nostálgico y placentero del jazmín, el olor del pan recién horneado y el olor de la tierra húmeda del jardín, que se colaba por la ventana de la cocina. Cassandra también recordaba con precisión la extraña expresión desenfadada del rostro de la señora Owens e, incluso, la vieja canción de cuna que tarareaba aquella mañana.

Los recuerdos de aquel día regresaban a su memoria con una nitidez asombrosa. Sin embargo, a diferencia de otras ocasiones, las imágenes se sucedían ahora a cámara lenta, permitiéndole observar la escena como si fuera una mera espectadora.

Una llamada, una simple llamada, anunciaría el abrupto final de su niñez, encadenando una desgracia con otra. Y es que cuando la fatalidad llama a la puerta, a menudo viene acompañada.

En el mismo instante en que la señora Owens descolgó el teléfono, una especie de intuición le advirtió de que aquella llamada no sería portadora de buenas noticias. Una única frase, pronunciada por un oficial de policía, le confirmó sus sospechas.

Con el auricular aún en la mano, Susan Owens se giró lentamente hacia Cassandra mientras una lágrima de terror recorría su blanca mejilla. Abrió sus labios, tensos y arrugados, con intención de hablar, pero fue incapaz de pronunciar una sola palabra. ¿Cómo se le anuncia a una niña de ocho años el final de su infancia?

Kassandra se levantó de la silla y dejó caer la cuchara al suelo. Sin apartar los ojos de la institutriz, supo de inmediato que algo terrible había sucedido. Balbuceó una pregunta incomprensible mientras inconscientemente daba un paso atrás.

La señora Owens se acercó a ella sin poder controlar el temblor de sus labios. Buscó a tientas un pañuelo de algodón en el bolsillo de su delantal, lo sacó con un movimiento impaciente y se

enjugó las lágrimas mientras hacía lo posible por serenarse. Susan se aclaró la garganta antes de que las palabras resbalaran de sus labios: «Stevie ha muerto».

A menudo las desgracias parecen confabuladas para sucederse una detrás de otra, pensó Cassandra mientras observaba la ciudad a través de la ventana, absorta en sus recuerdos.

La muerte de su hermano fue un golpe muy duro para ella, pero lo fue aún más para sus padres. Jeremy y Sophie no pudieron ni quisieron encajar el indescriptible dolor que supone la pérdida de un hijo. Martirizados por su propio sufrimiento, ignoraron el de su hija, sumiéndose en un lamento crónico, acrecentado por el remordimiento de su conciencia.

Los recuerdos de aquellos días quedaron grabados en la mente de Cassandra de manera imprecisa, como una sucesión de imágenes en blanco y negro, ralentizadas, silentes y borrosas. Sin embargo, sí era capaz de recordar con exactitud el profundo y doloroso sentimiento de soledad. No había lugar para ella en el desolador ritual de duelo en que se había convertido la vida de sus padres.

Meses después de que la tragedia tuviera lugar, y coincidiendo con las fechas navideñas, la madre de Cassandra decidió buscar ayuda profesional. Su decisión le valió una fuerte discusión con su marido, quien no veía la necesidad de recurrir a ningún charlatán de pacotilla, más interesado en sacarles su dinero que en aliviar su dolor. Después de varias peleas, Jeremy finalmente claudicó. Muy a su pesar, accedió a visitar a un afamado psicólogo especializado en procesos de duelo y pérdidas.

El día en que se dirigían a la consulta, Sophie y él discutieron de nuevo. Jeremy observaba a su mujer, sentada a su lado, mientras él conducía a gran velocidad al tiempo que le lanzaba continuos reproches. Sophie decidió no responder a sus provocaciones, por mucho que lo deseara. Sentía lástima por su marido y por su vida en común, si es que a aquello podía llamarse *vida*. Aquel psicólogo era su última esperanza, pensó mientras echaba un vistazo a las latas de cerveza aplastadas que había en el suelo del coche.

«¿Has bebido?», le recriminó a su marido. Aquella simple pregunta desencadenó la discusión que acabó con sus vidas. Jeremy no tardó en perder el control del vehículo mientras se afanaba por vocear su rabia.

Como casi la mayoría de las desgracias, todo ocurrió en apenas una fracción de segundo. Un instante que, sin embargo, transcurrió a cámara lenta para el matrimonio.

El padre de Cassandra conducía en un avanzado estado de embriaguez cuando perdió el control del vehículo y lo estrelló contra un poste de la luz. Jeremy y Sophie perdieron la vida en el acto.

El 23 de diciembre de 1986, seis meses después de la muerte de su hermano, Cassandra asistió al funeral de sus padres. Lo poco que para entonces quedaba de su infancia quedó sepultado bajo los escombros de la atrocidad.

Fue John Kapra quien se hizo cargo de la pequeña. Cassandra creció con una herida abierta al lado de su tío. Se volvió una niña tímida y con una terrible sensación de inseguridad. Pasaba los

días aterrada, pero lo peor, sin duda, eran las noches, cuando los miedos nocturnos le arrojaban hasta hacerla estremecer. Las pesadillas recurrentes jamás desaparecieron, del mismo modo que no lo hicieron el estrés y la ansiedad.

Para su tío John no fue nada fácil la convivencia con aquella niña de ojos ambarinos a la que apenas conocía. Se esforzó incansablemente por tratar de darle una vida feliz, pero su admirable empeño cayó siempre en saco roto.

Tuvieron que pasar varios años antes de que John viera la primera sonrisa en el rostro de Cassandra, coincidiendo con él día en que se decidió a comprar la cabaña de Lake Placid. A partir de entonces, ambos se hicieron inseparables. Una felicidad comedida, nutrida del olvido, ocupó sus vidas durante los años siguientes.

John no escatimó en gastos a la hora de elegir la mejor educación para Cassandra. Por su parte, ella se afanó en compensar los esfuerzos de su tío convirtiéndose en una gran estudiante. Se graduó en Periodismo en la Universidad de Columbia con unas calificaciones excelentes y, siguiendo los pasos de sus padres, poco después comenzó a trabajar como reportera en un pequeño periódico local.

Kassandra se convirtió así en una joven brillante con un gran porvenir como periodista. No obstante, no fue su excepcional talento periodístico lo que le abrió las puertas de su primer ascenso, sino su indescriptible belleza. La suerte genética quiso que aquella niña de ojos tristes y espíritu melancólico se transformara en una mujer increíblemente hermosa.

Ella era consciente del efecto que causaba en los hombres, algo a lo que no solía concederle la menor importancia. Su aspecto no era ninguna virtud de la que presumir, tampoco era un legado merecido ni una cualidad real y objetiva. Todo lo contrario. Su belleza era tan accidental como innecesaria, tan superficial como efímera, aunque en el fondo intuía que tarde o temprano tendría que echar mano de ella.

Durante los años en los que trabajó como reportera, Cassandra llevó a cabo un trabajo excelente. Era feliz haciendo lo que hacía. O, al menos, eso es lo que se decía cada noche cuando la oscuridad más silenciosa regresaba en tanto cerraba los ojos.

Nada de lo que hiciera lograba ahuyentar sus terrores nocturnos. Las pesadillas recurrentes se apropiaban de sus sueños en lo que acababa siendo un aterrador bucle. Los rostros de su hermano y de sus padres desfilaban por su mente sin descanso, reproduciendo el instante de sus muertes una y otra vez.

Lo peor eran los falsos despertares. A menudo creía despertarse de sus espantosos sueños cuando en realidad seguía soñando. Tardaba en darse cuenta de que seguía atrapada en sus pesadillas y cuando lo hacía le invadía una angustia terrible al creer que jamás podría despertarse. Sumida en un terrorífico laberinto de irrealidades, Cassandra escuchaba los escalofriantes gritos de auxilio de su hermano mientras veía como se ahogaba en el río.

Stevie había muerto de manera accidental. Esa fue la versión que desde el primer momento sostuvo el director del colegio en el que su hermano estaba internado. Una exposición fraudulenta de los hechos que el sheriff del condado no dudó en corroborar tras una exigua investigación. Una versión, con más lagunas que evidencias, que el juez instructor ratificó dos meses después de la

tragedia, dando así carpetazo a un caso que acabó relegado al olvido.

Mayo de 2009

Existen pocas cosas más trágicas que la muerte accidental de un ser querido, solía pensar Cassandra, que a menudo deseaba tener a alguien a quien culpar de su tormento. No solo lo deseaba, lo ansiaba con todas sus fuerzas, aun sabiendo lo irracional y pernicioso que podía resultar para ella aquel anhelo que la consumía sin descanso. Tal vez por eso acabó por convertir sus días en largas jornadas laborales, buscando el alivio del olvido.

Un día, coincidiendo con su tercer aniversario en el periódico, el destino decidió truncar su carrera como periodista. Tal y como acostumbraba a hacer cada mañana al llegar al trabajo, Cassandra encendió su ordenador mientras bebía un café con leche humeante de forma apresurada.

La última novela de su tío, el afamado escritor John Kapra lucía reluciente en una estantería de su recién estrenado despacho. El libro captó su interés. Sería un gran éxito, pensó, como todos los que había escrito hasta el momento. Se levantó de su asiento y lo tomó entre sus manos, examinando su portada. «La expiación de la culpa», leyó Cassandra en voz alta antes de que el sonido de su teléfono le sobresaltara.

Era su jefe. Había un asunto al que quería que le echara un vistazo. Le había enviado los detalles por correo electrónico, le dijo antes de colgar. Cassandra dejó el libro en la estantería y regresó de nuevo a su mesa. Bebió un sorbo de café, sin dejar de pensar en el libro de su tío. Esa misma noche comenzaría a leerlo, pensó.

Tenía una docena de mensajes nuevos en la bandeja de entrada de su correo electrónico, pero solo uno llamó su atención. Cerró los ojos durante un par de segundos, repitiendo en silencio el nombre del remitente: Michael Bennet. Abrió los párpados lentamente, deslizando la mirada por cada una de las palabras que incluía el asunto de aquel misterioso mensaje: «23 de junio de 1986».

Las manos le temblaban cuando abrió el correo. En su interior había varios archivos. Cassandra abrió cada uno de ellos antes de comenzar a leer el texto que incluía el correo. Los examinó detenidamente, con la vista nublada y el pulso acelerado. Todos ellos forjaban un entramado de turbios escándalos en el seno de un prestigioso internado católico. Documentos que constataban los escalofriantes casos de pedofilia y abusos sexuales perpetrados por varios docentes de un afamado colegio. Casos encubiertos, tolerados y auspiciados por la propia dirección del insigne internado Caterpillar.

Solo una persona seriamente trastornada podía haber elaborado aquel material de implacable meticulosidad, pensó Cassandra. Alguien obsesionado con un pasado doloroso y, aparentemente, irreparable. Alguien como ella. Alguien como Michael Bennet.

Tratando de controlar su respiración, Cassandra leyó el texto que incluía el correo electrónico. En él, Michael le narraba, sin obviar el menor detalle, lo que verdaderamente sucedió aquel trágico 23 de junio de 1986. Una nube de relatos en cadena que constataba lo que en el fondo Cassandra siempre había sospechado: la versión oficial sobre la muerte de su hermano no era más que una burda invención.

No pudo continuar la lectura. Un dolor asfixiante se instaló en su corazón. Sujetó la pantalla de su ordenador con ambas manos, inclinó la cabeza hacia delante y cerró los ojos mientras en su mente recreaba el desgarrador relato que acababa de leer. Se llevó una mano al pecho, tratando de apaciguar el dolor, y apoyó la cabeza sobre la pantalla.

Unos instantes después, Cassandra leyó las últimas líneas del correo en voz alta.

«No pretendo implorar un perdón que no merezco. La indulgencia es un honor reservado a unos pocos entre los que no me incluyo. Tampoco aspiro a justificar mi silencio ni calmar mi conciencia. Solo quiero hacer lo correcto, aunque sea después de tanto tiempo.

Alguien me dijo en una ocasión que el silencio acostumbra a ser el mejor aliado de una mentira. No le faltaba razón. Lamentablemente, han tenido que pasar demasiados años para que comprenda el verdadero significado de aquellas palabras.

Aquel 23 de junio yo también estuve a punto de perder la vida. Fue Saúl quien trató de arrebatármela, al empujarme hacia el río. Una vez fuera del internado, Stevie y yo no éramos más que una carga para Jayden y Saúl. Éramos más útiles muertos que vivos. Esas fueron las palabras de Jayden.

El destino quiso que mi vida corriera mejor suerte que la de tu hermano, pero estuve ingresado en el hospital durante dos semanas. Cuando desperté, Margaret Witterman, la madre de Jayden, estaba junto a mi cama.

Como he dicho, no trato de justificar mi silencio, pero quiero que sepas que si no hablé fue por miedo a las represalias. Mis padres habían fallecido unos años antes y no contaba con nadie excepto conmigo mismo. Margaret me dijo lo que tenía que explicarle a la policía y eso fue precisamente lo que hice. Mentir acerca de lo sucedido en el río y guardar silencio sobre los abusos que tenían lugar en Caterpillar.

En tanto salí del hospital me internaron en otra escuela y continué con mi vida, tratando de olvidar el recuerdo imborrable de aquel día. Pero no lo logré. En todo este tiempo el horror del pasado siempre ha sido mi sombra.

Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y cambiar lo que sucedió, pero no puedo. Todo cuanto puedo hacer ahora es romper mi silencio y explicar toda la verdad. Confío en que sabrás qué hacer con ella.»

Kassandra leyó y releyó aquellas palabras una y otra vez mientras las semillas del odio germinaban en su corazón. Después de tantas noches de sufrimiento, noches en las que el dolor del alma se volvía asfixiante, creyó ver un atisbo de luz en la oscuridad. Siempre había deseado tener un enemigo a quien responsabilizar de su tragedia. Un enemigo de carne y hueso. Un enemigo con nombre y apellido. Y es que el dolor atormenta con más fuerza si el que lo sufre no tiene a quien culpar.

No había un solo culpable de la muerte de su hermano, sino cuatro. Cuatro personas que, directa o indirectamente, habían contribuido a acabar con la vida de Stevie, con la de sus padres e, incluso, con la suya. Cuatro nombres: el padre Jordan, Margaret Witterman, Saúl Ramírez y Jayden Wenneck. El último de ellos destacaba por encima de los demás.

Con la respiración entrecortada, Cassandra desvió la mirada hacía el libro de su tío John. Alargó sus largos y delicados dedos y acarició el lomo lentamente, de arriba abajo, hasta que por fin se decidió a cogerlo. «Una novela negra con tintes de thriller psicológico. El libro del que todo mundo habla», rezaba el fútil eslogan comercial que ocupaba gran parte de la portada.

Con un movimiento intencionadamente pausado, como si quisiera cambiar el sentido del tiempo y atribuirle el dramatismo que precede a la catarsis final, Cassandra giró el libro y clavó la mirada en la contraportada del mismo. Se humedeció los labios antes de comenzar a leer, deleitándose con el artificial y dulce sabor que se degusta antes de consumir un deseo reprimido.

Por fin había encontrado sentido al dolor, pensó antes de pronunciar unas palabras que parecían haber sido escritas para ella, preludio de un acto de libertad que bien podía significar su propia destrucción.

—Allá donde la justicia no alcanza a alumbrar —dijo con la voz quebrada de quien experimenta el placer moral del castigo—, se prende la hoguera de la venganza.